

Ensayo

**DAVID
REMNICK**
Rey del mundo

**Muhammad Ali y el nacimiento
de un héroe americano**





Prólogo

EN MICHIGAN

Cassius Clay subió al ring de Miami Beach luciendo un batín de color blanco con el rótulo «*The Lip*» (el insolente, el bocazas) cosido a la espalda. Volvía a ser hermoso. Rápido, resplandeciente, veintidós años. Pero, por primera y última vez en su vida, tenía miedo. El ring estaba abarrotado de figuras pasadas, presentes y futuras, de lacayos y de perros pachones. Clay fingió no verlos. Se puso a dar saltos de puntillas, al principio sin ningún entusiasmo, como si estuviera participando en un concurso de baile y faltaran diez minutos para las doce de la noche, pero luego fue agarrando velocidad y tomando gusto en ello. Transcurridos unos minutos, Sonny Liston, campeón del mundo de los pesos pesados, pasó entre las cuerdas para poner los pies en la lona, con cuidado y delicadeza, como quien se sube a una canoa. Llevaba una batín con capucha. No se le veía preocupación alguna en la mirada; sus ojos eran los de una persona sin vida ni expresión, una persona que nunca ha recibido un favor de nadie, que nunca ha hecho un favor a nadie. No parecía muy probable que el primer beneficiario fuera a ser Cassius Clay.

Casi todos los cronistas deportivos que había en el *Miami Convention Hall* daban por supuesto que Clay iba a terminar la velada en el suelo. Robert Lipsyte, joven especialista en boxeo de *The New York Times*, había recibido instrucciones del jefe de redacción en el sentido de que averiguara

cuál era el camino más corto entre el recinto deportivo y el hospital, para no perderse cuando trasladaran a Clay. Las apuestas estaban 7 a 1 en contra de Clay, y resultaba casi imposible encontrar a nadie que las aceptara. En la mañana misma del combate, el *New York Post* publicó una columna de Jackie Gleason —el cómico de televisión más popular de los Estados Unidos— donde podía leerse: «*Mi pronóstico es que Sonny Liston ganará a los dieciocho segundos del primer asalto, y en este cálculo incluyo los tres segundos que Bocazas ponga por su cuenta.*» El propio grupo financiero que apoyaba a Clay, el Grupo Patrocinador de Louisville, esperaba la catástrofe: su abogado, Gordon Davidson, mantenía estrechas negociaciones con Sonny Liston, ante el temor de que aquella fuera la última noche en que Cassius Clay pisara un ring de boxeo. Lo más que esperaba Davidson era que el joven saliese «*con vida y sin daño*» del combate.

Era la noche del 25 de febrero de 1964. Malcom X, mentor de Clay e invitado suyo en esta ocasión, ocupaba la butaca número 7 de la primera fila. Allí estaban, también, Jackie Gleason y Sammy Davis, además de unos cuantos mafiosos de Las Vegas, Chicago y Nueva York. Un nubarrón de humo de puro se desplazaba lentamente bajo los focos centrales. Cassius, golpeando con sus puños la neblina gris, esperaba el toque de campana.

— ¿Ves eso? ¿Me estás viendo?

Muhammad Ali, sentado en un sillón de excesivos cojines, se miraba en la pantalla del televisor. La voz le salía en un susurro, como atragantándose, y le temblaba el índice con que señalaba la joven imagen

de sí mismo, su propio yo preservado en cinta magnética: veintidós años de edad, calentando en su rincón, con las manos, enguantadas, colgándole a ambos costados. Ali vive en una finca del sur de Michigan. Siempre se ha dicho que la casa perteneció a Al Capone en los años veinte. Drew «Bundini» Brown, uno de los mejores amigos de Ali, y preparador suyo, registró una vez la finca, esperando descubrir algún tesoro allí enterrado por Capone. En 1987, Bundini vivía en un motel barato de la Olympia Avenue, en Los Ángeles, y se cayó por las escaleras. Una de las doncellas lo encontró en el suelo, paralizado. Murió tres semanas más tarde.

Ahora volvía a susurrar Ali:

—¿Lo ves? ¿Me estás viendo?

Y sí, ahí estaba, rodeado por su entrenador, Angelo Dundee y el recién mencionado Bundini, muy joven, carirredondo, musitando consejos magistrales al oído de Ali: «*¡No pares en toda la noche! ¡No pares en toda la noche! ¡Revolotea como una mariposa y pica como una avispa! ¡Zumba que te zumba, muchacho!*»

—Fue la única vez que pasé miedo en el ring —me dijo Ali—. Sonny Liston. La primera vez. Primer asalto. Me dijo que me mataría.

Ali estaba ahora muy pesado. Con el típico desprecio de los deportistas ante el ejercicio, estaba comiendo mucho más de lo que le convenía. Ya tenía la barba gris, y el pelo también iba encaneciéndole. En lo que a mí respecta, me había acercado a Michigan para encontrarme con él, porque pensaba escribir un libro sobre el modo en que aquel hombre se

había inventado a sí mismo en los primeros sesenta, el modo en que un muchacho de las calles de Louisville había logrado convertirse en el más electrizante de los personajes norteamericanos, patrón y reflejo de su época. Cuando Cassius Clay llegó al ámbito del boxeo profesional lo que se esperaba de un púgil negro era que no hiriese nunca la sensibilidad de los blancos y que se comportase como era debido, es decir como un guerrero noble y deferente, en un mundo de «juglares» del sur e hipócritas del norte. En su condición de deportista profesional, se le suponía obligado a mantenerse por encima de las revueltas políticas y raciales que lo rodeaban: las sentadas estudiantiles de Nashville en 1960 (el año en que él obtuvo una medalla de oro en Roma), las Marchas de la Libertad, la marcha sobre Washington, las protestas estudiantiles de Albany, Georgia y la Universidad de Mississippi (mientras él iba subiendo por el escalafón de los pesos pesados). Clay, en cambio, no se limitó a reaccionar ante la agitación, sino que lo hizo de tal manera que logró irritar a todo el mundo, desde los racistas blancos a los dirigentes de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color. Cambió de religión y de nombre, se declaró libre de toda atadura y toda expectativa. Cassius Clay se convirtió en Muhammad Ali. Ahora, apenas hay norteamericano que no piense en Ali con un cariño un poco difuso —lo más paradójico del caso es que él, un guerrero, haya acabado erigido en símbolo del amor—, pero esta transformación de la mentalidad popular se produjo mucho después del periodo en que Ali se creó a sí mismo, en los primeros sesenta, mucho después, por tanto, del periodo que en este libro vamos a cubrir.

Aquella tarde, Ali y yo estuvimos hablando de los tres pesos pesados más importantes de aquella época —es decir: Floyd Patterson, Sonny Liston y el propio Clay— y del extraño modo en que, como por designio de alguna fuerza superior, los tres fueron poniendo hitos en los cambios políticos y raciales, mientras luchaban entre sí por la corona de su categoría. En los primeros años sesenta, Patterson se quedó con el papel de Negro Bueno, un hombre muy tratable y al mismo tiempo muy temible, paladín de los derechos civiles, de la integración y de la moral cristiana, mas no por ello carente de tacto. Liston —veterano de la cárcel antes de llegar al ring— aceptó el papel de Negro Malo como una especie de destino ineluctable, una vez hubo comprendido que no le iban a permitir ningún otro. Casi todos los comentaristas deportivos veían en Liston una especie de monstruo inexplicable, más bruto que el consabido Caliban de La tempestad de Shakespeare. Así las cosas, mi relato empieza por Patterson y Liston, sus vidas y sus dos combates de 1962 y 1963, tan rápidos como dramáticos. Estos dos hombres, cada uno a su manera, representan el mundo que Cassius Clay se encontró al llegar, para superarlo luego. Ali declararía su independencia de los estereotipos a que Patterson no tuvo más remedio que someterse; y también de los mafiosos que durante muchos años habían dominado el boxeo en general y a Liston en particular.

—Tenía que demostrar que se podía ser negro de otra manera —me dijo Ali—. Y hacérselo ver al mundo entero.

De vez en cuando, Ali se dejaba llevar por el tema de su propia persona, pero, otras veces, sus gruesos labios hacían varios intentos y al

final se quedaban quietos, como si de pronto se hubiese quedado dormido, en mitad de una frase, durante cuatro o cinco minutos. Lo mismo hacía de joven, sólo que no con tanta frecuencia como ahora. A veces, el tiempo presente, la vida que ocurría alrededor —los banquetes de celebración, los juegos por el campeonato, la visita del rey de Marruecos o del Ayuntamiento de Chicago en pleno—, lo sumían en el aburrimiento. Ahora, me dijo, se pasa el tiempo pensando en la muerte. «*Hacer buenas obras. Visitar hospitales. El Día del Juicio ya está cerca. De pronto abres un ojo y es el Día del Juicio.*» Ali reza cinco veces al día, siempre con la muerte en el pensamiento. «*Pensando en después. Pensando en el Paraíso.*»

Empezó el combate. Ali, de blanco y negro, salió dando brincos de su rincón y se puso a dar vueltas por el ring, acercándose y alejándose, inclinando la cabeza de un lado al otro, como para aliviarse una tortícolis mañanera, con ligereza y fluidez. Y entonces Liston, un toro enorme cuyos hombros cuadrados parecían tapar la mitad del ring, proyectó un jab de izquierda. Falló por dos palmos largos. Aquello fue un adelanto no sólo de lo que iba a ocurrir esa noche en Miami, sino de la novedad que Clay estaba a punto de introducir en el ámbito del boxeo y del deporte en general: el matrimonio entre la masa y la velocidad. Ya no era imprescindible que un hombre de gran tamaño se moviera pesadamente, para de pronto asestar el golpe. Ali pegaba como un peso pesado y se movía como Ray Robinson.

— ¿A que es encantador?

Ali sonrió. Le costó trabajo, pero sonrió. El mal de Parkinson es una enfermedad del sistema nervioso que hace rígidos los músculos y deja el rostro convertido en una máscara sin expresión. El control de los movimientos va degenerando. También el habla. Hay personas que padecen alucinaciones o pesadillas. Cuando la enfermedad progresaba, el mero hecho de tragarse algo se convierte en una prueba espantosa. El Parkinson se presenta en sus víctimas de modo inconsistente. Ali todavía andaba bien. Aún tenía fuerza en los brazos y en el pecho. Bastaba con estrecharle la mano para darse cuenta de que aún poseía un golpe demoledor. Para él, en realidad, la peor tortura eran el habla y la expresión, como si la enfermedad hubiera decidido empezar por las cosas que más le había complacido a él, que más habían complacido, e irritado, al mundo entero. Ahora detestaba el esfuerzo que le suponía hablar. («*Habrá veces en que no me entiendas*», me dijo, cuando nos conocimos. «*No importa. Lo diré otra vez.*») Rara vez se arriesgaba a decir una palabra delante de una cámara. Y, por lo general, mostrar una simple sonrisa le costaba un esfuerzo descomunal. Le dije que sabía muy bien de qué me estaba hablando. Mi padre tiene Parkinson. Ya no puede caminar más allá de unos cuantos pasos, y el hecho de hablar, en algunos momentos del día, puede resultarle un verdadero padecimiento. De modo que lo entendía muy bien. Lo que no podía decirle era que mi padre ya había rebasado los setenta y que no tenía tantas dificultades como él para expresarse de palabra. Pero, claro, mi padre no se había pasado decenios recibiendo golpes, cientos, miles de golpes, de los mejores pesos pesados de su tiempo.

Ali sonrió ante el jab de izquierda, muy dañino, que su joven yo acababa de colocarle a Liston en una ceja.

— ¿Has visto eso? ¡Qué depriisa!.. ¡Qué boniito!...

Liston parecía tocado y confuso. No tenía respuesta para ese nuevo tipo de competidor deportivo.

Lonnie, la cuarta mujer de Ali, subió desde el piso de abajo y colocó las manos en los hombros de su marido. Es una mujer robusta y guapetona, con el rostro lleno de pecas. Lonnie tiene quince años menos que Ali. Se crió en el West End de Louisville, no lejos de donde vivía la familia Clay. Fue a la Universidad de Vanderbilt, en Nashville, Tennessee, y trabajó en el departamento de ventas de Kraft, en Los Ángeles. Ali la llamó cuando su tercer matrimonio entró en liquidación, para que se viniera con él. Al final se casaron. Lonnie es exactamente lo que Ali necesita. Es inteligente, tranquila y cariñosa, y no trata a Ali como a un enfermo. Dejando aparte al mejor amigo de Ali, el fotógrafo Howard Bingham, Lonnie es probablemente, en la vida de este hombre, la única persona que le ha dado más a él de lo que ella ha recibido. En Michigan, Lonnie se ocupa de la casa y de la finca. Cuando están de viaje, que es la mayor parte del tiempo, se dedica a cuidar de Ali, procurando que descanse lo suficiente y que se tome sus medicinas. Conoce su modo de ser y sus costumbres, sabe lo que le está permitido y lo que no le está permitido hacer. Sabe cuándo está sufriendo y cuándo se esconde tras sus síntomas para no percibir algo que lo aburre.

Ali no apartó la vista del televisor. Alargó el brazo y le puso una mano a Lonnie en el hueco de la espalda.

—Tienes que firmar un par de fotos, Muhammad. ¿Te parece bien? —dijo Lonnie. Le puso delante dos retratos en papel brillo, tamaño 18x24. Cassius Clay se paseaba bailando por el cuadrilátero, sin pararse más que para irle haciendo una cara nueva a Sonny Liston, a base de golpes.

—Anda, Ali, dedícale ésta a Mark. M-A-R-K. Y la otra a Jim. J-I-M.

Luego tienes que firmar más fotografías, y unos guantes.

Así, mayormente, es como se gana la vida Ali, hoy en día. Ganó muchísimo dinero boxeando, pero no guardó todo lo que debería haber guardado. Pensiones de divorcio, gastos de mantenimiento, Hacienda, los buenos ratos, la Nación del Islam. Pero alguna ventaja tenía que tener el hecho de haber sido la figura deportiva más carismática del siglo: incluso en su reducida condición actual, lento y casi sin habla, todavía puede presentarse en el banquete final de una convención y cobrar un buen cheque. De los iconos de los sesenta —los Kennedy, Martin Luther King, Malcom X, John Lennon, Elvis Presley, Bob Dylan, Mickey Mantle, el jugador de béisbol—, ya sólo unos pocos quedan vivos, y Ali es, con mucho, el más querido por la gente.

—Firmo aquí y comemos —dijo, muy sumiso.

El vídeo siguió pasando. Cassius Clay controlaba completamente el combate. Liston tenía ambos ojos hinchados. Había envejecido diez años en

un cuarto de hora. Ali lo pasó maravillosamente entonces, e igual de maravillosamente lo estaba pasando ahora.

—El público gritaba cada vez que Liston sacaba una mano —musitó—. Estaban como esperando. Pero es que no se lo podían creer. Habían pensado que Liston me sacaría del ring de un solo golpe. ¡Y mírame!

Clay, sin dejar de bailar, lanzaba sus golpes. En el sexto asalto, Clay era como un torero que se dedicara a clavarle una espada tras otra al toro, en todo lo alto.

Concluido el sexto asalto, Liston se sentó en su banqueta y allí se quedó. Había abandonado. Ali, sonriendo, miraba a su joven yo, que no paraba de bailar en torno al ring, gritando «*¡Soy el rey del mundo! ¡Soy el rey del mundo!*», aupándose a las cuerdas y gritándoles a los cronistas deportivos: «*Ahora se tragan sus propias palabras!*»

Al día siguiente, Ali puso en general conocimiento que no sólo era el nuevo campeón del mundo de los pesos pesados, sino que se había enrolado en la Nación del Islam. A las pocas semanas tendría un nuevo nombre. Y al cabo de dos años ya se había convertido, por obra propia, en una de las figuras norteamericanas más atractivas y electrizantes de su tiempo. Él, aquel muchacho rápido y travieso de Louisville, Kentucky. Se hizo tan famoso, que durante sus viajes alrededor del mundo —de Lagos a Los Ángeles, de París a Madrás— podía mirar por la ventanilla del avión y estar seguro de que allá abajo no había un alma viva que no conociera su

nombre. A veces fantaseaba con la posibilidad de irse por ahí de vagabundo, sabiendo que la gente se desviviría por darle comida y alojamiento, por rendirle pleitesía. En sus primeros tiempos de Cassius Clay recibió abundantes ataques de la prensa y los restantes medios, pero aquellas voces contrarias acabaron haciéndose prácticamente inaudibles. Se ganaba la vida a mamporros, y, sin embargo, con el tiempo llegó a ser un símbolo no sólo de valentía, sino también de amor y de honradez, por no decir, en cierto sentido, de sabiduría.

Entró en la habitación una señora de la limpieza, que no tardó en dejar a un lado la aspiradora y sentarse delante del televisor. Cassius Clay seguía gritando: «*¡El rey del mundo!*»

— ¿A que soy guapo?

— Eras todo boca en aquella época, Ali — dijo ella.

— Sí, ya, pero ¿a que era guapo? Veinti... Veinti ¿cuántos? Veintidós.

No, veinticuatro. Ahora tengo cincuenta y cuatro. Cincuenta y cuatro.

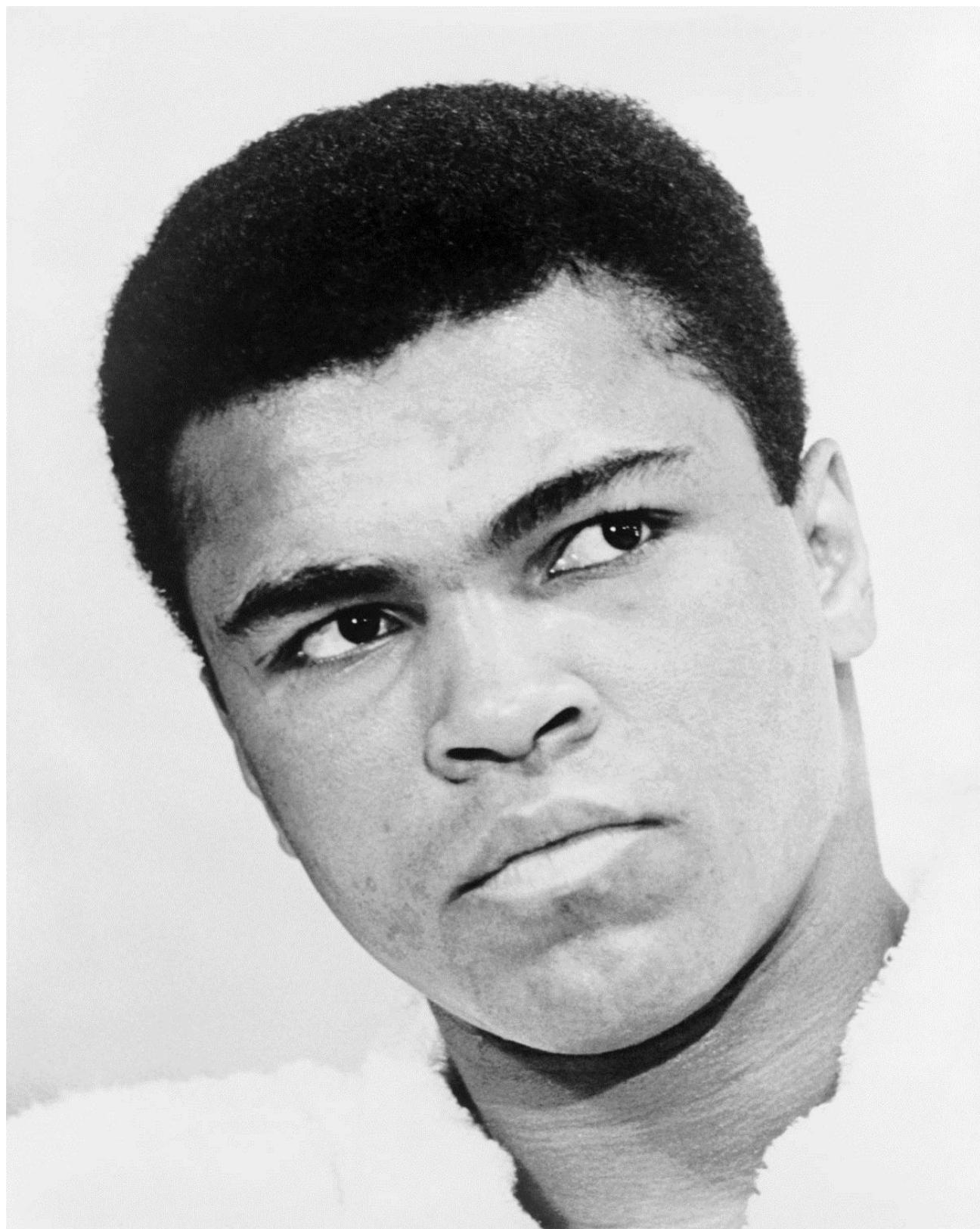
Se estuvo un par de minutos sin decir nada.

— El tiempo vuela. Vuela, vuela, vuela. Se va.

En ese momento, muy despacio, Ali alzó la mano y movió los dedos como las alas de un pájaro.

— Se va volando — dijo.

PRIMERA PARTE



I

EL HOMBRE QUE VIVÍA BAJO TIERRA

25 de septiembre de 1962

En la mañana del combate, el campeón del mundo de los pesos pesados preparó sus cosas en plan perdedor. Floyd Patterson, a pesar de la velocidad de su mano, a pesar de las horas que se pasaba en el gimnasio, era la persona más insegura de todas las que alguna vez habían poseído el título de su categoría. Siempre hubo perdedores, oponentes profesionales, tongueros, desconocidos que sufrían lo mismo que él, individuos cuyo único placer, cuando ganaban, era el de experimentar un momentáneo alivio en su sentido de la humillación y la derrota; pero Floyd Patterson era el campeón del mundo, el más joven campeón del mundo de todos los tiempos.

Durante las últimas semanas de entrenamiento, Patterson permanecía tendido en su cama, en la casa de campo de Illinois, medio dormido, escuchando su grabación de *Music for Lovers Only*. En aquellas ocasiones, cuando le sonreía la suerte, se veía ganando, se veía saliendo de una finta y acertándole a Sonny Liston con uno de sus famosos «golpes de canguro», un gancho de izquierda de tanta trayectoria y tanto empuje que siempre existía la posibilidad de que Patterson marrase el blanco, se proyectara contra las cuerdas y acabara tendido en la hamaca de pantalones de franela que le ofrecían los periodistas de la primera fila. Si el golpe daba en el

blanco, como en tantas ocasiones había sucedido con anterioridad, Patterson tocaba el cielo. Lo normal era que esperase un poco antes de correr tamaño riesgo, por los menos unos cuantos asaltos, hasta que Liston empezara a notar el cansancio, pero nunca tardaba demasiado en saltar. Inmediatamente vendría la continuación, sin pausa, derribando al otro, mucho más grande que él, con un uppercut de derecha, un golpe cruzado, otro directo. Patterson no podía esperar que le bastase un solo golpe, no desde luego contra Liston, cuyo aspecto evocaba la fuerza del león. Tendría que confiar en su mejor virtud, es decir: la velocidad.

A Patterson le constaba que tenía que andarse con cuidado: un jab de Liston podía hacer tanto daño como el mejor golpe cruzado de cualquier otro. Hubo un combate en que Liston le ganó a un contrincante verdaderamente macizo, un tal Wayne Bethea, a fuerza de jabs; al final, sus preparadores, tras haberlo arrastrado al vestuario, pudieron comprobar que a Bethea se le habían quedado incrustados siete dientes en el protector bucal. También le sangraba el oído. La pelea había durado cincuenta y ocho segundos. De modo que Patterson no debía perder la cabeza. Se mantendría frente a Liston, se agacharía para colarse por debajo de su jab, y le golpearía en el cuerpo.

—Siempre pensé que podía ganarle a Liston —me dijo Patterson, casi cuarenta años más tarde—. Sigo dándole vueltas, incluso ahora, y a veces me parece que voy a descubrir el modo de hacerlo. Qué cosa tan rara, ¿verdad?

Pero todo estaba en contra de Patterson. Cus D'Amato, que llevaba ocupándose de él desde que empezó a boxear, a los catorce años, había estado años evitándole este combate, optando siempre por contrarios menos fuertes. D'Amato, que, por el aspecto, parecía un cruce del emperador Adriano y el actor James Cagney, utilizaba su autoridad y su prestigio entre los comentaristas deportivos para endosarles muy sensatos pronunciamientos sobre los contactos de Liston con la Mafia; también, como si hablase en nombre del Ministerio de Bienestar Social, peroraba sobre la necesidad de rehabilitación, de que Sonny demostrase que se había vuelto verdaderamente civilizado y que así iba a continuar, antes de que se le diera ocasión de luchar por el título. Pero Patterson sabía perfectamente que D'Amato no le otorgaba muchas posibilidades en un enfrentamiento con Liston. Y no era el único que pensaba así. Algún que otro predecesor de Patterson en el cetro mundial, como Rocky Marciano y Joe Louis, lo primero que hicieron, nada más bajarse del avión, al llegar a Chicago para la pelea, fue decirles a los periodistas que el aspirante era demasiado fuerte y demasiado peligroso como para perder con Patterson.

Ni que decir tiene que casi todo el mundo apoyaba a Patterson, haciendo una piña en torno a él, pero se trataba de un apoyo puramente sentimental. A los especialistas les encantaba Patterson porque siempre estaba disponible, por lo abierto y lo bien educado que era. La Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color respaldaba a Patterson porque estaba a favor de los derechos civiles y del integracionismo, porque era un caballero de mentalidad reformista, mientras que Liston, el ex

presidiario, estada «dándole un malísimo ejemplo a la juventud norteamericana», como decían todos los periódicos, uno tras otro. Jackie Robinson predijo que Patterson «*haría trizas*» a Liston, pero, la verdad, su profecía entraba más en el campo de lo político que en el del boxeo.

Patterson, como de costumbre, estaba dispuesto a jugar limpio, a acomodarse a las circunstancias, a hacer lo correcto. Hacía ya mucho tiempo que Liston ocupaba el número uno en la lista de aspirantes al título. Había estado en la cárcel por robo a mano armada, es cierto, pero había cumplido su condena y merecía una oportunidad. Patterson ponía su granito de arena a la causa de la movilidad social: «*Liston ha pagado por sus delitos*», dijo. «*Si es capaz de alzarse con el campeonato, estas cualidades saldrán a relucir. Creo que van ustedes a ver un Liston nuevo, completamente cambiado.*»

Por el momento, Liston no manifestaba ningún agradecimiento: «*Me gustaría pasarle por encima con un camión*», dijo.

De modo que Patterson, pensando en la derrota, fue tomando sus medidas. Llenó su equipaje de ropa y de cosas de comer, pero también preparó un maletín con un disfraz, parte del cual era una barba completa, hecha a medida. Claro está: si ganaba, recibiría a la prensa y luego se trasladaría al hotel para la fiesta de celebración. Si no, saldría de Comiskey Park con sus postizos puestos y se iría directamente, en coche, conduciendo de noche, hasta su campo de entrenamiento del estado de Nueva York.

Así era siempre, tratándose de Patterson. El miedo —más concretamente, el miedo a perder— lo devoraba. Se había ganado el

derecho a considerarse el hombre más duro del planeta, pero ni él mismo se lo creía demasiado. Era campeón en el mismo sentido en que Chester A. Arthur fue presidente: «*No soy un gran campeón*», solía decir; «*soy un campeón, a secas*»¹. No escaseaban quienes se preguntaban si a Patterson no le faltaría un tornillo, o no estaría neurótico perdido. Entre los periodistas procedentes de Inglaterra hubo quienes lo llamaban Freud Patterson.

Tenía muy buenos motivos para dudar de sí mismo. Hasta ahora había tenido mucha suerte, tras ganar el título en noviembre de 1956, contra Archie Moore. Éste era un púgil habilísimo, pero le pasaba lo mismo que a Patterson: era demasiado pequeño para peso pesado, por no decir que en el momento de su combate con Patterson estaba entrando ya en lo geriátrico, con sus cuarenta y pocos años. Una vez obtenido el título, Patterson nunca transmitió la arrogancia propia de un campeón del mundo de los pesos pesados. Nunca expresó el necesario desdén. Tenía los ojos tristes y una mirada vulnerable, soñadora, de adolescente poco querido. Su físico era correoso, como el de peón caminero, un cuerpo indudablemente válido, pero que en modo alguno transmitía una impresión de invencibilidad.

Lo mejor que podía decirse de Patterson es que era un buen peso pesado, aumentado de tamaño para encajar en la categoría máxima. Llegado el combate, Liston daría 97,100 kilos, contra los 85,700 de Patterson. En boxeo, dados dos hombres de más o menos la misma calidad

¹ Nota del T. Chester Alan Arthur, republicano, fue el vigésimo primer presidente de los Estados Unidos, entre 1881 y 1885. Llegó a la presidencia tras el asesinato de James A. Garfield.

técnica, son de aplicación, por lo general, las leyes de la física, y, como ocurre en el choque frontal entre dos vehículos, el más poderoso es el más fuerte, es decir: el camión, el de mayor tamaño. Por naturaleza, Patterson tenía a hacerse más pequeño. «Si lo ponemos a dieta», decía su entrenador, Dan Florio, «al poco tiempo tendremos un peso medio entre las manos».

Patterson nunca había defendido su título con ningún púgil remotamente comparable con Sonny Liston en cuanto a potencia. D'Amato le puso delante gente como Pete Rademacher, un olímpico que disputaba su primer combate como profesional, y Brian London, uno de esos ingleses huesudos con tanta facilidad para empaparse de sangre el níveo pecho. Quizá el más notable de los oponentes de Patterson, antes de Liston, fuera un tal Roy Harris, de la localidad tejana de Cut and Shut. Como los periódicos se deleitaron en señalar (para divertirse con algo, ya que el combate no resultaba nada prometedor en sí, salvo en algún exótico detalle sureño que pudiera producirse), Harris se crió peleando con aligátores en una ciénaga que había cerca de su casa y que se llamaba Big Thicket (Gran Matorral). También tenía un pariente, un tío, que se llamaba Cleve, y no le faltaban primos con nombres pintorescos, como Hominy (palo de mazorca), Coon (palurdo) y Armadillo. Dicho en pocas palabras, Harris era un montaje de relaciones públicas, y, así y todo, a Patterson le costó trece asaltos tumbarlo. Liston lo aniquiló en uno.

Así, por mucho que jugara en la cabeza con la opción ganadora, por mucho que se entrenara, lo cierto era que Patterson estaba plenamente

preparado para la derrota. No le parecía que nada obrase muy a su favor, ni mental ni físicamente. Había perdido con gente de menos nivel que Liston, sin duda alguna: primero con Joey Maxim, en 1954, y luego, ya como campeón, con Ingemar Johansson, en 1959. Su reacción ante estos hechos no fue la rabia, como suele ser el caso tratándose de un campeón del mundo, sino la depresión y el prolongado alejamiento. Tras la derrota ante Maxim –una decisión bastante controvertida–, Floyd se encerró en su casa y no salió de ella en varios días. Contra Johansson la humillación fue mucho más profunda, porque también fue mucho más aparatoso el escenario en que se produjo. En el Yankee Stadium, con el título en juego, Johansson lo había tumbado una y otra vez, como si aquello hubiera sido una pelea callejera especialmente cruel. Patterson era un púgil basado en la velocidad, pero ante el sueco no acertó ni una sola vez. Se quedó rígido, y Johansson, que tampoco era ninguna cosa del otro mundo, en cuanto a talento boxístico, «soltó sus rayos y sus truenos», como decía la gente de su entorno. Tras haber sido derribado por primera vez, Floyd se levantó de la lona e intentó dirigirse hacia su rincón, como en sueños. Saliendo del rincón neutral, Johansson se le acercó por el lado ciego y volvió a tumbarlo. Aquello, más que boxeo, parecía una pelea de borrachos, con un contrincante tratando de partírle el cráneo al otro a botellazos. A la cuarta caída, Patterson, mientras se desplazaba a cuatro patas por la lona, miró por entre las cuerdas y la mirada se le quedó fija en John Wayne, que estaba en primera fila. Y se sintió abochornado ante la presencia del actor. El bochorno era algo así como el santo y seña emocional de Patterson, y más que nunca en aquella ocasión. Aún no había terminado la pelea

cuando ya empezó a preguntarse si no estarían en serio peligro todas las cosas por las que había venido luchando: el título, su pertenencia a un mundo mucho mejor que el suyo de nacimiento, etc. ¿Acaso había sido digno de tanta alabanza, de tanto ascenso social? ¿Qué estaría pensando de él John Wayne? El juez árbitro, Ruby Goldstein, detuvo la pelea cuando Patterson se fue al suelo por séptima vez.

Floyd quería esconderse en algún sitio, pero no encontraba ningún agujero suficientemente profundo. Como no se había traído disfraz, le pidió prestado el sombrero a uno de sus segundos, se lo encasquetó y se puso a tirar del ala hacia abajo, a ver si así desaparecía dentro. Tuvo que permitir que sus familiares y amigos lo consolaran con sus atenciones, pero tanta commiseración se le hacía insufrible. Estaba deseando quedarse solo, lo antes posible. Y cuando todos se marcharon, los familiares, los amigos, los periodistas, Floyd se volvió a su casa de Nueva York. Una vez allí, se encerró en el salón, con las cortinas cerradas, y dejó pasar los días. «*Creí que mi vida había terminado*», me explicó. Estaba a un paso de donde había empezado, a un paso de Bedford-Stuyvesant, el suburbio de su infancia. Era como si en cualquier momento fuese a llegar el funcionario del departamento de desahucios a vaciarle la casa, sacándole la televisión y el horno al patio de delante, para que todos los vecinos —sus vecinos blancos— pudieran ver que Patterson volvía a ser un auténtico don nadie.

No lograba dormir, o por lo menos no durante mucho tiempo. Más tarde, durante aquella primera noche de la derrota —lo cuenta en su

autobiografía —, saltó de la cama y se metió en su madriguera. Allí lo encontró Sandra al cabo del rato, cuando ya estaba a punto de amanecer.

—Floyd —le dijo—, ¿qué vas a sacar dándole vueltas a la cabeza, ahí sentado y a oscuras?

—Pues lo mismo que en la cama y a oscuras.

Al abrir los ojos, en el sofá, se encontró con el rostro de su hija de tres años, Jeannie, que lo miraba fijamente. Aún tenía la cara cubierta de marcas, de modo que abrazó a la niña y la mantuvo contra él, para que no se asustase al verlas. Más tarde, Sandra logró convencerlo de que subiera a dormir. Pero no pasó mucho rato antes de que se le escapara una exclamación de terror, al mirar a su marido:

—¿Qué te pasa en el oído? —le preguntó.

La almohada de Patterson estaba empapada en sangre. Johansson le había roto el tímpano a puñetazos.

Se le ahondó la depresión. Permaneció a solas durante días, sin leer nada, sin decir una palabra, ahuyentando a todo el mundo. En tres semanas sólo salió de casa en dos ocasiones. Según explicó más tarde, estaba guardando luto por su muerte como campeón.

—Papá está malito —decía Jeanny a cada rato—. Papá está malito.

Casi un año le duró la depresión a Floyd Patterson.

Él estaba convencido de que los boxeadores siempre tienen miedo, especialmente los situados en el más alto nivel del escalafón. «*Lo que nos asusta no es que nos hagan daño, sino perder. Perder entre las ocho cuerdas no es lo mismo que perder en cualquier otro sitio*», dijo en cierta ocasión. «*Un púgil que ha sido vencido por K.O. o por inferioridad manifiesta sufre de un modo que nunca podrá olvidar. Le pegan la paliza bajo los focos, con miles de testigos que lo insultan y le escupen, y sabe que también lo están viendo otros muchísimos miles de personas, por medio de la televisión y de los noticiarios cinematográficos, y sabe que no tardará en llegarle la inspección del Fisco, que siempre trata de sacar tajada antes de que la presa se le derrumbe del todo y se quede sin un centavo. Y, a todo esto, el púgil no puede echarles la culpa a sus cuidadores, ni a sus mánagers, ni a nadie, aunque, desde luego, cuando gana, los cuidadores y los mánagers sí que están ahí, en primera fila, recibiendo las alabanzas. El púgil derrotado pierde algo más que el combate y, con él, el orgullo. Pierde parte de su futuro, está un paso más cerca de volver a la miseria de donde procede.*»

Nunca ha habido un campeón de los pesos pesados tan sensible y tan franco ante sus temores como Floyd Patterson. Él fue el primer deportista profesional a quien se hizo objeto de un trato que luego se consideraría «moderno», una manera de escribir sobre el deporte al modo freudiano, que iba más allá del cuadrilátero para entrar en la psique. *Victory over Myself* (Victoria sobre mí mismo), la biografía de Patterson —que le dictó a Milton Gross, columnista de *The New York Post*—, así como sus confesiones a Gay Talese para *The New York Times* y, más tarde, para la revista *Esquire*, son textos que tienen todos en común una reminiscencia de «*The Man Who*

Lived Underground» (El hombre que vivía bajo tierra, de Richard Wright), y también de *El hombre invisible* de Ralph Ellison.

Por supuesto que Patterson no era el primer boxeador que tenía miedo, pero sí que fue el primero en hablar libremente sobre ello, delante de todo el mundo. Así lo formaron en el gimnasio. Cus D'Amato educó a Patterson no sólo en el jab y en la defensa peekaboo, sino también en la introspección. D'Amato era el único psicoanalista moderno con una escupidera en la mano y un bastoncito de algodón en los dientes. Cuando aleccionaba a sus pupilos, D'Amato solía enseñarles que, en relativa igualdad de condiciones, el púgil que comprende sus propios miedos, los manipula y los utiliza a su favor, siempre será quien gane. Chicos jóvenes como el propio Patterson o José Torres —un brillante peso medio puertorriqueño— tenían que meterse en la cabeza el principio de que los combates son como psicodramas, un enfrentamiento de voluntades, más que de músculos.

Patterson se crió en una serie de pisos sin agua caliente de la zona de Bedford-Stuyvesant, en Brooklyn. Su padre trabajaba de estibador, o en la construcción, o en el mercado de pescado de Fulton. Por las noches, llegaba a casa tan cansado, que a menudo se olvidaba de cenar y se quedaba dormido con la ropa de calle puesta. Floyd, con mucho cuidado, le quitaba los zapatos y los limpiaba, y luego le lavaba los hinchados pies. La madre, cuando no trabajaba en casa lo hacía como asistenta a domicilio, o en una planta embotelladora. Eran once hijos a alimentar. Floyd compartía cama con dos de sus hermanos, Frank y Billy. Muy pronto empezó a despreciarse

a sí mismo. Le parecía odioso no poder ayudar más a su padre y a su madre. Se sentía estúpido, incapaz. «*Lo único que quería era ayudar a mis padres*», me dijo, «*y lo único que conseguía era sentirme fracasado y empeorar las cosas*». De pequeño, se señalaba en una foto suya, a los dos años, en brazos de su madre, y decía: «*No me gusta nada ese niño.*» A los nueve años descolgó la foto de la pared y tachó su cara con una serie de cruces. Tenía pesadillas. Los vecinos lo encontraron más de una vez en la calle, en plena noche, sonámbulo. Era uno de esos chicos que siempre se esconden, buscando las zonas oscuras. Floyd merodeaba por los callejones no porque anduviera en busca de líos, sino porque deseaba perderse. Se metía en el cine por la mañana temprano y no salía hasta que terminara el último pase. Se subía en el tren A, en dirección este hasta el Lefferts Boulevard, en las últimas barriadas de Queens, y volvía pasando por Brooklyn, atravesando el East River y subiendo por Manhattan hasta Washington Heights... y vuelta a empezar. A los nueve años adquirió la costumbre de hacer un alto en ese recorrido, bajándose en la estación de High Street, en Brooklyn. Allí había encontrado el escondite perfecto. Se adentraba en el túnel hasta llegar a una caseta de herramientas, casi oculta, que utilizaban los trabajadores del metro. Una vez allí, se metía dentro, cerraba la puerta metálica y se sumía en la oscuridad total. Ese era su escondite del mundo. «*Cubría el suelo con papeles, me echaba a dormir y encontraba la tranquilidad.*»

Durante el día empezó a robar. Cosas pequeñas: un litro de leche, una pieza de fruta, algo que pudiera llevarle a su madre. Por así decirlo, Floyd se pasó los últimos años de la infancia delante del juez: por absentismo

escolar, por robo, por fugarse de casa. Según su propio cálculo, estuvo en los tribunales no menos de treinta o cuarenta veces.

Cuando tenía diez años, un juez se hartó de verlo y lo internó en la Wiltwyck School, un establecimiento para chicos problemáticos localizado en un pueblo de Nueva York llamado Esopus. Fue en septiembre de 1945 cuando Floyd se incorporó a la Wiltwyck. Para él, fue como si lo hubieran metido en la cárcel, y estaba furioso con su madre, que había recibido la medida con alivio. Al final, fue lo mejor que podía haberle pasado. Wiltwyck, que en tiempos había pertenecido a la familia Whitney, era una finca agrícola de unas 142 hectáreas. No había en ella ni rejas ni muros. Había gallinas y vacas, un gimnasio bastante aceptable, un arroyo donde bañarse y un estanque con peces. Tenía su propio cuerpo docente, así como terapeutas y trabajadores sociales especializados en psiquiatría. Nunca se les ponía la mano encima a los niños, ni se les encerraba en las habitaciones. Poquito a poco, Floyd fue aprendiendo a leer, a expresarse con mayor facilidad, a superar su permanente sensación de vergüenza. Cuando alcanzó el título de campeón, Patterson dedicó su autobiografía a la escuela *«que me puso en el buen camino»*. Wiltwyck fue precisamente la salvación que a Sonny Liston nunca llegó a ofrecérsele.

Los dos años de Wiltwyck transformaron por completo a Floyd. Nunca fue buen estudiante, pero, al menos, ahora podía moverse por el mundo. Cuando volvió a Nueva York, entró en la P. S. 614, una de las llamadas escuelas «600» que el ayuntamiento dedicaba a chicos con problemas. Luego asistió durante un año al Instituto Vocacional Alexander

Hamilton. Cuando le llegó el momento de volver a su barrio, dos de sus hermanos trabajaban en el gimnasio Gramercy de la calle Catorce Este. El dueño era Cus D'Amato, que dormía en el cuarto trasero. Un perro era su única compañía. D'Amato era un asceta del boxeo. Se ganaba la vida boxeando, pero despreciaba el dinero, llegaba a regalarlo. El dinero, decía, «*es para irlo tirando desde el último vagón de un tren en marcha*». Cuando Patterson obtuvo el título, D'Amato cogió casi todo lo que le correspondía de la bolsa, más de cuarenta mil dólares, y se lo gastó en regalarle a su pupilo un cinturón de campeón del mundo cuajado de piedras preciosas. «*Cus estaba loco para todas las cosas de la vida, menos el boxeo*», ha dicho de él el púgil José Torres. D'Amato era lo que podríamos llamar un temperamento paranoide bien informado. Se gobernaba por el miedo. Su principal temor era la Mafia, que controlaba el boxeo en aquellos tiempos: dormía con una pistola debajo de la cama. Nunca iba en metro, no fuera a ser que lo empujaran a las vías. Tenía miedo de los posibles francotiradores. Se asustaba ante cualquier cosa de comer o de beber que no le resultara familiar. Solía decir que si no se casaba era para que no lo engañasen los «enemigos».

«*Tengo que mantener a mis enemigos en estado de confusión*», dijo una vez. «*Mientras ellos estén confundidos, yo podré hacer un buen trabajo para mis pupilos.*»

Durante su niñez en el Bronx, D'Amato se dedicaba a ayunar durante días enteros, para así no sufrir tanto cuando alguien le quitara la comida. Era, seguramente, el benjamín de los fatalistas del barrio. Cuando pasaba

un entierro por delante de su casa, decía: «*Cuanto antes se muera uno, mejor.*» D'Amato era un niño callejero, un luchador callejero. Un día, otro chico le pegó con un palo en la cabeza y el golpe le hizo perder la visión del ojo izquierdo. D'Amato, no obstante, creía que el tejido óptico podía regenerarse, y se pasó la vida empeñado en curarse, cerrando el ojo derecho para así forzar el izquierdo y obligarlo a recuperar la vista. Cuando se hizo preparador, D'Amato les decía a sus pupilos que el día en que alcanzasen la seguridad —cualquier clase de seguridad, no sólo la financiera— estarían acabados. La seguridad amodorraba los sentidos, y el placer... más valía ni mencionarlo. «*Cuantos más placeres te dé la vida*», decía D'Amato, «*más miedo le tendrás a la muerte*».

Comparado con casi todos los demás entrenadores y mánagers, que se dedican a reseñar con toda minucia lo que desayunan sus pupilos, cuántos kilómetros corren al día, y otras amenidades por el estilo, D'Amato, con sus reflexiones sensibleras y sus extrañas costumbres, era un chollo para los cronistas deportivos, que se pasaban el día en su gimnasio, en busca de inspiración. D'Amato leía nada menos que historia militar y la obra de Nietzsche, y de ello le resultaba una filosofía del dolor y la resistencia. Norman Mailer empezó a frecuentar el gimnasio poco después de su éxito con *Los desnudos y los muertos*. Había periodistas jóvenes —Gay Talese, Pete Hammill, Jack Newfield— que se presentaban en el gimnasio aunque no anduvieran en busca de algo que escribir. Para ellos, D'Amato era el moralista de Babilonia, el único mánager de boxeador importante que se permitía expresarse contra los gángsteres que llevaban el control de

casi todos los púgiles y de casi todos los locales de boxeo del país. Escribían sobre él, idealizándolo a veces, como ejemplo de autenticidad, de personaje honrado y decente dentro de la película de serie negra en que se había convertido el boxeo de los años cincuenta. Como escribió Mailer una vez, D'Amato «*posee el entusiasmo de un santo de esos que son todo manos a la obra y poca vida contemplativa... Me hacía pensar en un tipo de niño duro, italiano, que abundaba en Brooklyn. Eran niños muy simpáticos, rara vez mal intencionados, pero que, a juzgar, al menos, por su comportamiento, no conocían el miedo. Eran capaces de enfrentarse a cualquiera.*».

Patterson tenía catorce años cuando subió por primera vez los dos pisos de la escalera de madera que llevaba al gimnasio Gramercy. A D'Amato le gustaba ver el modo en que los chicos subían por primera vez aquella escalera. Examinaba su expresión y se quedaba esperando a ver cómo volvían al día siguiente, si es que volvían. Cus no tardaba mucho en empezar a adoctrinarlos con su filosofía. Quería que Floyd y los demás comenzasen a indagar en sus propias mentes tan pronto como diesen los primeros golpes al saco de entrenamiento. Para los demás managers, la duda sobre uno mismo era algo impensable; para D'Amato, un púgil tenía que comprenderse a sí mismo —o perdería—. El boxeador, decía, no es sólo que lo noqueen; es que quiere que lo noqueen, porque le falla la voluntad. «*El miedo es una cosa normal y corriente*», decía. «*El miedo es un amigo. Los ciervos, cuando andan por el bosque, tienen miedo. Es el modo que tiene la naturaleza de mantenerlos en estado de alerta, porque muy bien puede haber un tigre en la espesura. Sin miedo, no lograríamos sobrevivir.*»

Patterson resultó ser un boxeador muy rápido y con un buen gancho de izquierda. Sabía utilizar el jab de su oponente para acortar distancia y ponerlo fuera de combate. Ganó la medalla de oro de los pesos medios en los Juegos Olímpicos de Helsinki, en 1952. Red Smith manifestó su entusiasmo en un artículo para *The New York Herald Tribune*: «*Tiene las manos más rápidas que un carterista del metro, y desde luego bastante más dañinas.*» Patterson se hizo profesional aquel mismo año y se atrajo la atención de todo el mundo, en Nueva York, derrotando sucesivamente a Eddie Godbold, Sammy Walker, Lester Johnson y Lalu Sabatin. A pesar de sus miedos, Patterson había adquirido la suficiente disciplina y el suficiente sentido del cuadrilátero como para vencer a todos los principales púgiles de los clubes de su tiempo, toda una serie de jóvenes nada fáciles que peleaban en la Eastern Parkway de Brooklyn y en la St. Nick's del West Side. El hermano mayor de Floyd, Frank, le dijo en cierta ocasión a Lester Bromberg, cronista de boxeo de *The New York World Telegram & Sun*: «*Me gustaría decir que siempre supe lo que Floyd llevaba dentro, pero tengo que ser sincero. No logro acostumbrarme a que mi hermano pequeño sea un boxeador famoso. Recuerdo que de chico se echaba a llorar cuando le pegaba demasiado fuerte, haciendo guantes en el gimnasio. Era un verdadero pardillo y se venía abajo en cuanto yo lo presionaba un poco.*»

Floyd se preocupaba muchísimo por sus adversarios, algo que no puede considerarse corriente. Cuando se estaba entrenando para una pelea que iban a dar por televisión, en un programa llamado *Wednesday Night Fights*, contra Chester Mieszala, de Chicago, D'Amato sugirió que durante

la semana anterior al combate Patterson se entrenara en el mismo gimnasio de Chicago que su rival. Patterson se negó, diciendo que no quería «*ventajas indebidas*». Durante el combate, Mieszala perdió el protector bucal por un golpe de Patterson, y se puso a buscarlo por el suelo, aturdido. En lugar de abalanzarse contra él y terminar el combate por la vía rápida, Floyd se inclinó y le ayudó a encontrar la pieza perdida. Al final, claro, Patterson volvió a lo suyo y logró que el combate terminara por K.O. técnico en el quinto asalto. Floyd era capaz de mostrarse bondadoso hasta en un combate con el título en juego. Peleando con Tommy «*Hurricane*» Jackson se pasó el rato tratando de convencer al juez árbitro, Ruby Goldstein, de que detuviera el combate y le ahorrara un castigo innecesario al aspirante. Goldstein, conmovido en sus fibras más íntimas, acabó haciéndolo.

En los esquemas emotivos de Patterson no había ni una pizca de falsedad. En la noche más dulce de su carrera, la del Polo Grounds, en marzo de 1961, cuando volvió al ring para vengarse de su humillante derrota, besando la lona en siete ocasiones, ante Johansson, la verdad es que no se le vio disfrutar con el dolor de su contrincante. Al acudir a ese combate fue la primera vez en su vida que sintió rabia. Le habían molestado muchísimo las fanfarronadas en que Johansson incurrió después de la pelea, y quería que le devolviesen lo que le habían quitado. En el quinto asalto, Floyd cazó a Johansson con dos ganchos terroríficos, haciéndole doblar la rodilla por la cuenta de nueve. Cuando Johansson, al fin, se levantó, Patterson estaba ahí esperándolo con uno de sus tremendos

golpes acompañados de salto. El campeón cayó hacia atrás como una tabla y quedó tumbado en la lona, sangrando por la boca y con sacudidas en el pie izquierdo, como si le hubiera dado un ataque de epilepsia. Por un momento, Floyd se quedó mirando al público y se le escapó una sonrisa. Pero en seguida se volvió a mirar a Johansson, que seguía yerto y con el pie temblándole. Floyd se quedó aterrorizado, pensando que podía haber matado a un hombre. Deshaciéndose del abrazo jubiloso de uno de sus segundos, se arrodilló en la lona y le levantó la cabeza a Johansson con el antebrazo. Luego le dio un beso en la mejilla y le prometió que le concedería una nueva oportunidad, un tercer combate.

Más tarde, Patterson reconoció que había acudido al encuentro con su barba y su bigote, por si acaso. «*Le falta instinto asesino*», dijo D'Amato. «*Es demasiado civilizado, demasiado bueno con sus rivales. He estado aplicándole todos mis recursos psicológicos, a ver si lograba calentarle la sangre, pero no hay nada que hacer: le falta el toque de maldad. Tengo mucha tarea por delante.*»

El 4 de diciembre de 1961, el presidente John Kennedy vio una doble retransmisión de boxeo, dos combates que se celebraron en ciudades distintas: el K.O. en el cuarto asalto que le infligió Patterson a Tom McNeely en Toronto y el destrozo que hizo Sonny Liston, en el primer asalto, en Filadelfia, de un púgil a quien él mismo llamaba Albert «*Si me tocan me caigo*» Wesphal. Como cualquier otro aficionado al deporte del país (y no hacía falta ser amante del boxeo para estar al corriente de estos combates), Kennedy llevaba tiempo diciendo que la única pelea verdadera sería la que enfrentase a Patterson con Liston. Tras el segundo combate con

Johansson, Kennedy había llegado a invitar a Patterson a la Casa Blanca, en parte para felicitarlo por haber sido el primer boxeador en la historia que lograba recuperar su título tras haberlo perdido, pero también para darle ánimos. En apariencia, se trataba de una visita rutinaria —hacía decenios que se practicaba la costumbre de que los deportistas visitaran a los presidentes: ambas partes salían ganando en publicidad fácil e inofensiva—, pero esta sesión hizo que Patterson llegara a encontrarse incómodo en algún momento. El presidente le preguntó al campeón que quién iba a ser su próximo rival. Cassius Clay, el brioso y arrogante campeón olímpico, estaba abriéndose paso con fuerza hacia los primeros puestos del escalafón de todos los pesos, pero nadie reclamaba aún ese combate. Clay todavía no había cumplido los veinte. A Patterson no se le escapó lo que el presidente quería decir.

—Liston —contestó—. Voy a pelear con Liston.

En lugar de limitarse a desearle suerte a Patterson, Kennedy le dijo:

—Pues mira: tienes que ganarle a ese hombre.

Liston, por su parte, estaba convencido de que ese encuentro en la Casa Blanca era la verdadera razón de que, por fin, Patterson hubiese aceptado el combate.

«Francamente, no creo que Patterson hubiese peleado conmigo si no se lo hubiera prometido al presidente», declaró. «Estoy convencido de que Floyd se encontró en una posición que le impedía incumplir su palabra. No se le dice al presidente de los Estados Unidos que va uno a hacer algo para luego no hacerlo.»

Floyd reconoció haberse quedado confuso en el Despacho Oval.

—Me sentí solo, completamente aterrorizado —me dijo—. Hay que recordar lo joven que era, los antecedentes que tenía, y ahí estaba, recibiendo consejos en el Despacho Oval. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Decirle que no estaba de acuerdo? Tenía que aceptar el desafío. Siempre me dio miedo defraudar a los demás, y, ahora, a quien podía defraudar era nada menos que al presidente.

Patterson iba a luchar por el Bien, y Sonny, le gustara o no, era el Mal.

Liston entendió muy bien su papel:

«*Un combate de boxeo es una película de vaqueros*», dijo. «*Tiene que haber un bueno y tiene que haber un malo. Para eso paga la gente, para ver cómo le pegan al malo. Así que yo soy el malo. Pero voy a introducir una ligera modificación: no voy a perder.*»

Pero estaba lejos de ser algo automático que a Liston le permitieran alguna vez enfrentarse a Patterson. El *Madison Square Garden*, que entonces aún era el local más prestigioso de Estados Unidos en lo que a boxeo se refiere, estaba totalmente excluido. Las autoridades neoyorquinas estaban convencidas (con razón) de que Liston nunca había roto sus vínculos con la Mafia, y se negaban a otorgarle la licencia profesional. ¿Adónde podían ir? El doctor Charles Larson, presidente de la Asociación Nacional de Boxeo de los Estados Unidos, anunció que haría todo lo posible por evitar ese combate. «*A mi modo de ver, Patterson es un correcto representante de su raza, y considero que el campeón del mundo de los pesos pesados debe ser un hombre a*

quien los niños puedan mirar como siempre han hecho, es decir como a un héroe», declaró. «Si Liston llegara a ser campeón antes de rehabilitarse, podría ser una catástrofe.» La misma fuente afirmó que un triunfo de Liston podría hacer más daño al boxeo que aquella horrible noche de seis meses antes en que Emile Griffith mató a Benny «Kid» Parent entre las ocho cuerdas. Tuvo que ser el mismísimo Sir David Harrington Angus Douglas, duodécimo marqués de Queensberry, descendiente del creador de las reglas del boxeo, quien le quitara el toque de moralismo al combate: «Yo más bien me inclino a pensar que no es tan importante que Liston sea o no sea una buena persona. Si ahora mismo no está en la cárcel, habrá que deducir que está en paz con la Ley. Y, si es un buen boxeador, tiene derecho a pelear con Patterson.»

Patterson podía superar, o ignorar, las cuestiones políticas del boxeo y sus diversas comisiones, pero no las preocupaciones de personas como Ralph Bunche y Martin Luther King. El movimiento pro derechos civiles estaba ganando impulso en el Sur, tras superar un acusado retroceso, especialmente en el Sur Profundo, y los líderes del movimiento veían con muy malos ojos la posibilidad de perder, así, de repente, a Patterson, un campeón dignísimo, un excelente paladín de la causa, y encontrarse con que tenían que cambiarlo por un delincuente convicto como Sonny Liston. Bastantes problemas tenía ya el movimiento pro derechos civiles: el combate se planteaba en pleno intento de James Meredith por integrar la Universidad de Mississippi y en plena batalla entre el Tribunal Supremo y el gobernador Ross Barnett, quien había prometido solemnemente que su estado no bebería *«de la copa del genocidio»*. La rebelión de Martin Luther

King suponía la más grave agitación social desde la guerra civil. Para decenas de millones de norteamericanos, la integración era algo impensable, y cada paso hacia adelante que daba el movimiento pro derechos civiles, cada caso ganado ante los tribunales, cada marcha y cada sentada, les parecían actos contra natura. Con justicia o sin ella, lo último que les hacía falta a los líderes del movimiento era que el hombre de color más notable de los Estados Unidos fuera un licenciado por el sistema penitenciario de Missouri, un joven delincuente agresivo que había cumplido condena por robo a mano armada. Percy Sutton, director del capítulo de Manhattan de la NAACP² declaró: «*Demonios, vamos a dejarnos de zarandajas. Estoy a favor de Patterson porque él nos representa mucho mejor de lo que Liston podría representarnos nunca.*» Veían en Patterson a uno de los suyos, un negro capaz de abrirse camino peleando (en este caso, literalmente), un hombre que, a pesar de pertenecer a otra raza, los blancos podían aceptar, incluso como interlocutor. Cuando una masajista de los alrededores de su casa de Long Island se negó a darle hora a la mujer de Patterson, éste llevó el caso ante los tribunales, acogiéndose a la normativa local contraria a la discriminación. Más tarde, cuando Patterson adquirió una casa en el norte de los Yonkers, cerca de Scardale, sus vecinos blancos le hicieron la vida imposible. El dentista que vivía en la casa de al lado en seguida levantó una valla de dos metros. Cuando Patterson hizo construir su propia valla, el dentista, un tal Morelli, les gritó a los obreros: «*Como se*

² Nota del T. National Association for the Advancement of Colored People, Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color.

les ocurra poner un dedo en mi terreno vais a acabar en los tribunales.» Patterson terminó por renunciar a la lucha y mudarse de casa.

«Formo parte de la historia social de nuestro tiempo y de nuestro país. No puedo quedarme atrás, pero tampoco puedo adelantarme demasiado de prisa», escribió luego en su autobiografía. *«Si te quedas dando vueltas en el mismo sitio, lleno de amargura, tarde o temprano te tocará sufrir de tal modo, que tu única opción será defenderte de la injusticia a fuerza de golpes. No me gustaría llegar a eso nunca. Si hay un sitio en el que no puedo entrar de modo legal, no voy, y ya está. Si no puedo dar réplica jurídica a la situación, tampoco quiero incurrir en comportamientos ilegales. Pero, al mismo tiempo, tampoco se puede cerrar los ojos, haciendo como que no ha pasado nada.»*

La fama no bastaría para protegerlo de la humillación. En la primavera de 1957, un sábado por la tarde, siendo ya Patterson campeón del mundo, él y dos de sus «sparrings» se vieron rechazados en toda una serie de restaurantes, uno detrás de otro, en Kansas City. Compraron queso y una caja de galletas cracker y se volvieron al hotel. Al enterarse de que Jersey Joe Walcott estaba en la ciudad para ocuparse del arbitraje en un combate de lucha profesional, fueron a visitarlo a su hotel. Al llegar, pudieron ver que Walcott también estaba almorcizando en su habitación: lo único que había podido agenciarse era una bolsa de galletas y una botella de leche. Walcott ofreció unas galletas a Patterson y sus acompañantes.

—Acabamos de comer algo —dijo Patterson—, del mismo modo que usted.

—Qué cosa, ¿verdad? —dijo Walcott—. En esta ciudad les da lo mismo el antiguo campeón de los pesos pesados que el actual campeón de los pesos pesados. El joven y el viejo, los dos comiendo en sus habitaciones. Y es una ciudad muy agradable. No demasiado mala, si caminas sin mirar a los lados y sin prestar atención a lo que te van diciendo al pasar. Por eso me quedo en mi habitación. Menos posibilidad de que me interpreten mal.

Liston y Patterson dedicaron varios meses al entrenamiento, Liston en Filadelfia y Patterson en su cuartel general situado en un pueblo de Nueva York. Cuando faltaban pocas semanas para el combate, ambos se instalaron en la zona de Chicago. El modo en que cada uno se instaló habría podido preverse con facilidad. El campamento de Patterson parecía un retiro monacal: una serie de casas rústicas llamadas Marycrest Farm, en la localidad de Elgin. Marycrest era un establecimiento para trabajadores católicos bastante parecido a Wiltwyck. El edificio habilitado como sala de prensa estaba decorado con mosaicos religiosos y crucifijos. Las dos puertas que daban al cuarto de trabajo de los periodistas llevaban sendas inscripciones en latín: *Veritas y Caritas*. En su uso normal, eran establos para vacas. Patterson se entrenaba en una carpa en cuyo exterior había un rótulo con esta leyenda: *Somos muchos, pero uno solo en Cristo*. Las conferencias de prensa se celebraban en un refectorio, bajo un mural de santos. Patterson se sentía en casa. Se había convertido al catolicismo y ahora estaba siendo presentado como el san Francisco del pugilismo.

Los promotores ofrecieron al equipo de Liston unas instalaciones situadas en las cercanías de la cárcel de Joliet. Pensaron que el alambre de

púas y las torres de vigía serían el decorado perfecto para cualquier artículo sobre el pasado de Liston. Pero él no lo vio así. Se instaló en un hipódromo abandonado de East Aurora, con puertas de tela metálica y guardias uniformados delante. El terreno que quedaba dentro de la pista de competición era un solar de hierba seca. Un viento dañino azotaba las viejas gradas, ya a punto de venirse abajo. Liston golpeaba el saco y peleaba con sus sparrings en una especie de gimnasio, montado de mala manera en lo que en tiempos habían sido las cabinas de apuestas. Era como si en un sitio se estuviera entrenando el paladín de los pioneros y en otro el Ángel de la Muerte, comentó un articulista.

La prensa iba del uno al otro, trazando cada vez con mayor claridad el contraste entre el Bien y el Mal, el Negro Bueno y el Negro Amenazador. Estábamos en 1962, y los periodistas todavía eran los reyes, sobre todo los columnistas blancos de Nueva York: Milton Gross del *Post*, Jimmy Cannon, también del *Post* (y luego del *World-Telegram*), Red Smith del *Herald Tribune*, Dick Young del *News*, Arthur Daley del *Herald Tribune*. En ninguno de ellos confiaba Liston. Él no alcanzaba a leer ni una señal de tráfico —no digamos un periódico—, pero su mujer, Geraldine, le leía los artículos, y Liston no tardó mucho en percatarse de que no tenía muchos admiradores entre los periodistas. Tampoco entre los escritores que acudían por cuenta de diversas revistas: Bud Schulberg, por *Playboy*, A. J. Liebling, por *The New Yorker*, Ben Hetch, por una publicación de Nyack (Nueva York), y Norman Mailer, por *Esquire*.

El cartel literario del combate Patterson-Liston de Chicago lo completaba el encuentro entre Norman Mailer y James Baldwin, que venía por encargo de Nugget, una revista para hombres que dejaría de publicarse en 1965. (Parece ser que Liebling no veía con buenos ojos la presencia de novelistas visitantes. «*A veces, las reuniones de prensa anteriores al combate hacían pensar en esos encuentros de alto nivel intelectual que siempre se celebran en alguna isla mediterránea*», escribió. «*Puestos delante de una máquina de escribir, los novelistas acumulados podrían haber producido un número completo de The Paris Review³ en cuarenta y dos minutos.*») Mailer y Baldwin se habían llevado bastante bien durante los años cincuenta, pero en 1961 sus relaciones andaban algo tirantes. Baldwin se consideraba insultado por Mailer, tanto en lo personal como en lo intelectual. Personalmente, porque Mailer, en un ensayo crítico sobre varios personajes contemporáneos, había dicho de él que era «*demasiado encantador para ser alguien*». Intelectualmente, porque pensaba que el ensayo de Mailer sobre el racismo, «*The White Negro*», el negro blanco, era muy peligroso, en cuanto presentaba al negro como un mero conglomerado de impulsos sexuales y violentos sin controlar. En un artículo para *Esquire* de 1961, «*The Black Boy Looks at the White Boy*» (El chico negro mira al chico blanco) Baldwin dijo que Mailer estaba obsesionado por el poder; que, en esencia, era un arrogante y un ingenuo, una especie de beatnik anclado en la adolescencia, y que había cometido la insensatez de promocionar una noción corrompida de la cultura negra, sin más propósito que el de estimular un poco a los progres blancos.

³ Nota del T. Revista literaria neoyorquina fundada por Sadruddin Aga Khan en 1953.

Baldwin llegó a Chicago sin saber muy bien lo que iba a escribir. Él, a diferencia de Mailer —que se consideraba un experto en boxeo y que trataba mucho con preparadores y púgiles—, no tenía ni idea de boxeo. Nunca iba a sentirse tan a sus anchas como Mailer en un gimnasio, ni podría confiar en sus conocimientos adquiridos para apelar a la historia del boxeo o a cualquiera de las metáforas que a mayor gloria del pugilismo se han ido forjando con el tiempo. Sólo podría contar con su mejor captación de Patterson y de Liston, su capacidad para ver en ellos el par de chavales negros, pobres y con ambición, que en tiempos habían sido. «*No tengo ni la más remota idea de la Dulce Ciencia, ni de la Cruel Profesión, ni del Juego de los Chicos Pobres*», escribió. «*Pero sé mucho de orgullo, del orgullo que tienen los muchachos pobres, porque ésa es mi historia y será, probablemente, mi final también.*»

Baldwin, llevando como guía a Gay Talese, del *Times*, visitó ambos campamentos y se quedó atónito ante el espectáculo que allí se ofrecía durante la semana inmediatamente anterior al combate. Los cronistas intercambiando cotilleos durante toda la mañana, para luego enviar sus artículos en el último minuto, las cenas de última hora, contra la cuenta de gastos, el acostumbrado espectáculo de la pelea fingida entre los dos púgiles, las conferencias de prensa, completamente inanes, las fiestas en la *Mansión Playboy*, los ex campeones (Louis, Marciano, Barney Ross, Johansson, Ezzard Charles) mariposeando por ahí, dispersando títulos de probabilidad de victoria para uno y otro, como modo derivado de sostener en alza su propia cotización. Según el sentir general de la sala de prensa,

Patterson era campeón a falta de otro mejor, y, por doloroso que resultara, no se le veían muchas posibilidades contra Liston. Bastaba con recordar su lastimosa derrota frente a un púgil mediocre como Johansson, dejándose tumbar siete veces en un solo asalto, como una especie de yoyó con patas.

Baldwin acudió a Elgin, donde el jefe de prensa de Patterson, Ted Carroll, lo recibió con grandes muestras de deferencia y lo acompañó en su visita del campamento. Carroll parecía hacerse cargo de que Baldwin era un principiante en materia de boxeo.

—Señor Baldwin, esto es un campo de entrenamiento —dijo—. El entorno encaja muy bien con la personalidad del campeón. Aunque su oficio sea la violencia, señor Baldwin, su personalidad es apacible y bucólica. ¿Le parece bien elegida la palabra, señor Baldwin?

Baldwin asintió con la cabeza. Sí, estaba bien elegida.

Carroll tomó las medidas necesarias para que Baldwin diera un largo paseo con el campeón y también para que asistiera a una sesión de entrenamiento. Patterson reconoció no haber leído ningún libro de Baldwin, pero sí que lo había visto una vez en televisión, en un debate sobre el racismo.

—¡Estaba seguro de que te había visto en alguna parte! —dijo Patterson.

Baldwin, sin duda alguna, se inclinaba por Patterson. Llegó incluso a apostar 750 dólares por él. Patterson, para Baldwin, era un guerrero

improbable, un joven complicado, vulnerable, difícil, que parecía ansioso de quedarse a solas incluso cuando estaba a punto de iniciar una nueva entrevista con un nuevo equipo de reporteros. Baldwin estuvo mirando a Patterson mientras éste saltaba la cuerda, *«lo cual hace, al parecer, siguiendo alguna música que hay en su cabeza, bella y destellante, distanciada, como un santo juvenil que baila en el desamparo, frente al ventanal empañado de una iglesia»*. Una imagen que luego Baldwin recuperaría para Elisha, el santo juvenil de su novela *Ve y dilo en la montaña*.

Tras la sesión de entrenamiento –una de las últimas, antes de la pelea –, Baldwin estuvo presente mientras Patterson recibía a unos cuantos periodistas. El campeón, con una sonrisa tímida y tensa en el rostro, se tomaba una taza de chocolate. Le preguntaron, como todos los días, que por qué peleaba con Liston:

—Bueno, fue decisión mía aceptar la pelea —dijo Patterson—. Ustedes, señores, no estaban de acuerdo, pero también han sido ustedes quienes han colocado a Liston en el número uno, de modo que me pareció un acto de justicia. Los antecedentes penales de Liston son eso, antecedentes. Nada que ver con su futuro.

—¿Se siente usted aceptado como campeón?

—No —dijo él—. Bueno, no tienen más remedio que aceptarme como campeón, pero no como uno de los grandes.

—¿Por qué dice usted que nunca se le presentará ocasión de convertirse en uno de los grandes campeones?

—Porque ustedes, señores, nunca permitirán que se me presente. «*Recuerdo, sobre todo, la voz de Patterson, fluyendo alegre y sin pausa*», recordó Baldwin más tarde, en su obra “Nugget”, «*y el modo en que la expresión del rostro le iba cambiando, y su manera de reír. Recuerdo mi percepción de él en ese momento: un hombre más complejo de lo que era en realidad, pero con capacidad para aprender, un héroe para muchos chicos que seguían atrapados donde él había estado atrapado; un hombre que, seguramente, no habría sobrevivido sin el boxeo, pero que, y ahí estaba lo más extraño, no parecía encajar bien en él*».

Antes de marcharse, Baldwin le regaló a Patterson sendos ejemplares de *Otro país* y *Nadie sabe mi nombre*, con la siguiente dedicatoria: «*Para Floyd Patterson... porque ambos sabemos de dónde venimos, y tenemos cierta idea de adónde vamos.*»

Baldwin también visitó el campamento de Liston, y allí descubrió al Liston que casi nadie llegó a ver. Varios reporteros, incluidos Jack McKinney, del Philadelphia Daily News, Jerry Izenberg, del Star-Ledger de Newark, y Bob Teague, del New York Times (uno de los pocos reporteros negros del ámbito deportivo), habían mantenido buenas relaciones con Liston ya en su época de simple púgil. Pero los demás, no. Los reporteros, en sus preguntas, se referían invariablemente a alguno de sus arrestos o de sus problemas, y Sonny les replicaba con un gruñido, con un sí o un no, o mirándolos fijamente, sin más.

Liston podía resultar intimidante incluso cuando lo que pretendía era resultar simpático a un reportero. A. J. Liebling acudió en cierta ocasión a hacerle una visita en el campo de entrenamiento y le dijeron que Liston le

concedería una entrevista en un restaurante local, una vez terminado el trabajo del día. Liston llegó al restaurante y todo su séquito pidió té bien caliente. De pronto, Sonny puso cara de muy pocos amigos y la emprendió a gritos con su segundo, Joe Pollino, diciendo que le debía dos dólares. Cuando llevaban un rato discutiendo, Liston se abalanzó sobre Pollino:

— ¡Eres un marrano y estás mintiendo! — aulló —. ¡Dame ahora mismo mis dos dólares!

Liebling lo recuerda así: «*De pronto se vio un puño enorme desplazarse por el aire y oí un tremendo ruido de impacto, mientras Pollino se derrumbaba, escupiendo toda una lluvia de dientes.*» Inmediatamente, Liston sacó una pistola y la emprendió a tiros con su ayudante. Pollino cayó sobre la mesa. Luego, Liston apuntó con su pistola a Liebling e hizo fuego. «*Yo levanté las manos y, al hacerlo, derramé el té que tenía delante.*» La descripción de Liebling nos lo presenta mucho más tranquilo de lo que en realidad estuvo. Casi se queda en el sitio de un ataque al corazón. Cuando logró recuperarse, ahora con el abrigo todo salpicado de manchas de té, Pollino le explicó que los dientes eran en realidad judías blancas, y Liston que las balas eran de fogueo.

— No dejes de volver a visitarnos, ¿eh? — le dijo Liston a Liebling —. Vuelve cuando quieras.

Liebling, superado el momento, escribió luego un artículo más o menos humorístico sobre semejante estrategia de relaciones públicas, pero la verdad es que no todo el mundo quedaba encantado. Más de un

reportero se acercaba a Liston como quien ha de enfrentarse con un monstruo. Los términos «gorila» y «gato montés» surgían con frecuencia, pero la textura racista se fue haciendo cada vez más elaborada. Peter Wilson, de *The Daily Mirror*, escribió: «*A veces tarda tanto en contestar a una pregunta, y tiene tantas dificultades para encontrar la palabra que desea utilizar, que la comunicación parece una llamada telefónica de larga distancia y en un idioma extranjero. Pero el tipo es fascinante. El rostro, lleno de cicatrices, no se le mueve, y sus ojos, como pintados en el fondo de una sopera, tienen la fija expresión de los pulpos. La verdad es que sus manos llaman la atención. Tiene las palmas blandas y claras, como la parte de dentro de una piel de banana. Sus dedos, en cambio, son como bananas sin pelar.*»

Muchos reporteros subrayaron el empeño de Liston en la estupidez, o en algo peor que la estupidez. Baldwin no incurrió en ello. «*Está lejos de ser un estúpido. De hecho, no tiene nada de estúpido*», escribió. «*Y sí, hay una gran violencia en su interior, qué duda cabe, pero también una ausencia total de crueldad. Al contrario: me hizo pensar en muchos hombres negros, de gran tamaño, que se ganan la reputación de ser muy duros para ocultar el hecho de que no lo son para nada. Cualquiera que ponga el más mínimo empeño puede hacer que se vuelvan todo ternura. La verdad es que me cayó bien, que me gustó mucho. Se sentó a la mesa delante de mí, de medio lado, con la cabeza gacha, esperando el golpe; porque Liston sabe muy bien, como sólo pueden saberlo quienes padecen de dificultades para expresarse, lo malo que es hablando. Y aquí utilizo el verbo “padecer” en todo su alcance, porque tengo la impresión de que Liston ha padecido mucho. Está en su rostro, en el silencio de su rostro, en la luz curiosamente distante de sus ojos – una luz que rara vez emite ninguna señal, porque casi*

nunca ha recibido respuestas –. Y cuando digo que tiene dificultades de expresión no estoy sugiriendo que no sepa hablar. Tiene dificultades de expresión como todos las tenemos cuando nos han ocurrido más cosas de las que sabemos comunicar. Y estas dificultades son, además, típicas de un negro, de una persona que tiene mucho que contar y nadie a quien contárselo.»

Baldwin salió de su encuentro con Liston habiéndole tomado cierto cariño, pero muy invadido por la confusión, también. En el Patterson-Liston, el campeonato de los pesos pesados era, como solía ser, una representación de contenido moral. Lo nuevo, en este caso, estaba en que ambos contendientes eran negros y representaban estilos opuestos de expresión, tanto en lo político como en la acción. Lo que publicó Baldwin en *Nugget* no está entre sus mejores obras, pero le sirvió como ensayo general de algunos de los temas que desarrollaría al año siguiente, en lo que sería su más riguroso tratamiento del racismo, *La próxima vez el fuego*. «*Mis sentimientos eran terriblemente ambivalentes, como les ocurre hoy a muchos negros*», escribió, refiriéndose a Liston. «*Todos nosotros, de uno u otro modo, estamos tratando de decidir qué actitud, en nuestro terrible dilema norteamericano, será más eficaz: la disciplinada suavidad de Floyd o la descarada intransigencia de Liston... Liston es un hombre que, con todo el dolor del mundo, exige respeto y responsabilidad. A veces estamos a la altura de nuestras responsabilidades, pero otras veces, por supuesto, fallamos.*»

El antagonista de Baldwin en la pelea, su ex amigo Mailer, no se planteó su tarea con la misma tristeza, ni con el mismo sentido del deber. Mientras Baldwin veía acercarse la noche del combate con espanto, Mailer

la esperaba con placer: el acontecimiento, a fin de cuentas, le deparaba la ocasión de asistir a algo memorable y de participar en ello con su escritura. A pesar de toda la ambición, la energía y el autobombo publicitario que puso en sus novelas posteriores a *Los desnudos y los muertos* –El parque de los ciervos, *Barbary Shore*, *Un sueño americano*, ¿Por qué fuimos al Vietnam? –, los trabajos periodísticos que hacía para *Esquire*, *Harper's* y *Life* no eran, ni mucho menos, meras piezas escritas para ganar dinero. Sus despachos, muy extensos, y escritos a gran velocidad, sobre grandes combates y convenciones políticas, eran verdaderos estallidos de energía, transgrediendo con mucho las normas de buena educación y cortesía que los años cincuenta tenían establecidas. Y nunca se metió más a fondo en la tarea que cuando estuvo en Chicago para la pelea Patterson-Liston. Patterson, escribió, era el prototipo de liberal para liberales. Lo peor que se podía decir de Patterson era que hablando rumiaba las mismas cosas que las demás vacas liberales. Considérese lo que puede ocurrirle a un hombre con los reflejos de Patterson cuando su cerebro empieza a depender de sonidos como «*introspectivo*», «*obligación*», «*responsabilidad*», «*inspiración*», «*condena*», «*frustrado*», «*apartamiento*»... Podríamos tomar otros muchos, a docenas, de su libro. Son parte de su orgullo. Es un chico del arrabal de Bedford-Stuyvesant, que ha adquirido esas palabras como si fueran acciones y bonos y títulos de propiedad. Y no tiene al lado nadie que le diga que sería mejor para él atenerse a la psicología callejera, en vez de cultivar el contradictorio deseo de ser un gran púgil y, al mismo tiempo, un individuo grande, saludable, maduro, autónomo, con amigos, bien integrado. Qué triste refinamiento ha habido en el empeño de Patterson...

Pero el más profundo motivo que los negros de Chicago tenían para preferir a Patterson era que no querían entrar otra vez en la lógica del mundo de Liston. El negro ha vivido en la violencia, ha crecido en la violencia, y, sin embargo, ha desarrollado una visión de la vida que, por así decirlo, le confiere vida. Pero el coste es excepcional para un hombre corriente. Casi todos ellos tienen que vivir en la vergüenza. La exigencia de coraje puede haber sido exorbitante. Ahora que el negro está empezando a entrar en el mundo del blanco, quiere la lógica de ese mundo: rendimientos financieros, higiene mental, jerga sociológica, soluciones pactadas en comité para las enfermedades de mama. Está harto de la lógica de la puta, de la lógica del chulo, ya no quiere más inteligencia natural, ni listeza, ni estar entre los mejores, ya no quiere seguir combatiendo por el verdadero amor ante los duros ojos, diamantinos, de las prostitutas caras o callejeras. Los negros querían a Patterson porque Floyd era la prueba de que un hombre podía tener éxito sin perder por ello la estabilidad. Si Liston ganaba, el viejo tormento volvía a ganar vigencia. Se podía tener éxito o estabilidad. No ambas cosas a la vez. Si Liston generaba una saga, los negros no querían saber nada de ella.

Si, para Mailer, Patterson era «*el prototipo del segundón, un príncipe empobrecido*», «*Liston era Fausto. Liston era la esperanza de cualquier desesperado, como el pobre que vive de asesorar a los demás en las carreras de caballos, sacando los números ganadores al azar, camino de su lugar de trabajo. Era el héroe de cualquier individuo capaz de guerrear con el destino mientras no se le olvidara el truco ganador; el fumador de cigarrillos, el beodo, el yonqui, el*

consumidor de drogas ligeras, el que echa una mano para resolver problemas por la vía dura, la puta tirada, la maricona, el navajero, el matarife de alquiler, el ejecutivo de gran compañía, cualquiera que tuviese un sitio fijo en el poder. Ello se debía, más que a ninguna otra cosa, al modo de pelear de Liston».

La nota literaria a pie de página de la presencia Baldwin-Mailer en Chicago fue un artículo corto escrito por un joven poeta, LeRoi Jones, que había convivido con Allen Ginsberg y los escritores del movimiento Beat en Greenwich Village y que entonces estaba ganando presencia en el movimiento Black Arts. Al contrario que Baldwin, a quien le encantaba la ternura de Patterson, Jones estaba bastante fastidiado con el campeón, de quien decía que era un «*blanco honorario*» y que se moría de ganas de que lo aceptasen en el mundo burgués. Jones saludaba en Liston la amenaza, «*el negrazo que todos los blancos temen en su portal, el que está esperándolos para ajustarles las cuentas por todos los daños que han infligido al mundo en su arbitraria aplicación del orden*». Era el negrazo, el negro malo, una copia mal encarada de todos los perros apaleados del mundo. «*Él es el subdesarrollado, el desposeído (políticamente ingenuo), el país atrasado, el vasallo, que por fin viene a reclamar su libra de carne.*»⁴ Jones, cuando publicó el artículo en una recopilación titulada *Home*, añadió una nota explicando que ahora su corazón estaba con el joven Cassius Clay, porque sólo él podía representar al nuevo militante, el hombre negro verdaderamente independiente.

Cuarenta años después, ahora que el boxeo se ha convertido en un suceso marginal dentro de la vida norteamericana, todos estos símbolos

⁴ Nota del T. Se refiere al conocido episodio del avaro Shylock y Antonio en *El mercader de Venecia* de Shakespeare.

colgados a la espalda de dos hombres que se dan de puñetazos en un ring pueden parecer vagamente ridículos. Pero el caso es que el boxeo, durante decenios, fue uno de los principales espectáculos norteamericanos; y, por el hecho mismo de su despojamiento, de ser una pelea con los puños, sin raquetas, ni bates, ni pelotas, resultaba fácil aplicarle las metáforas de la lucha, sobre todo de la lucha racial. Los aficionados y, más aún, los promotores de boxeo de raza blanca venían suspirando por su «*esperanza blanca*» desde el día en que Jack Johnson ganó el título de los pesos pesados, en 1908. Johnson eludió a todos los posibles contendientes negros de su época: Sam Langford, Joe Jeanette, Sam McVey. Su pelea fue contra un blanco retirado, el ex campeón Jim Jeffries. Hasta muy avanzada su carrera, los rivales de Joe Louis fueron todos blancos: Schmeling, Billy Conn, Tony Galento. Sugar Ray Robinson luchó con un blanco detrás de otro: Bobo Olson, Paul Pender, Gene Fullmer, Jake LaMotta, Carmen Basilio. Los promotores rara vez se acercaban siquiera a ofrecer el mismo dinero por un combate con algún aspirante negro de parecido nivel. Con el Patterson-Liston algo había cambiado. Ambos eran negros; ambos habían crecido bajo el influjo del mismo héroe (Joe Louis), con privaciones y penalidades muy parecidas. No obstante, las normas narrativas del boxeo exigen una oposición claramente marcada y subrayada entre los combatientes. Una lucha entre dos miembros del mismo grupo étnico siempre ha requerido un nivel de diferenciación. John L. Sullivan, el primer campeón moderno de los pesos pesados, se vio obligado, cuando defendió su título de puños desnudos en 1889, contra Jake Kilrain, a representar el papel de inmigrante irlandés muy malo, porque bebía mucho y se llevaba

un montón de mujeres a la cama, mientras el otro representaba el buen inmigrante, dechado de virtudes obreras. Hasta el Patterson-Liston, la prensa no se había preocupado de marcar las diferencias entre negros.

Ahora, las diferencias simbólicas entre ambos contendientes eran obvias, y de ellas resultaba una presión que a Patterson, más que a Liston, le estaba haciendo la vida imposible. El temor de Patterson fue evidente incluso en la ceremonia de pesaje, un ritual que siempre ha requerido de los luchadores una mirada gélida, o, al menos, un frío equilibrio. Pero mientras Liston miraba a Patterson, éste se miraba los pies. Nunca miraba a los ojos de sus rivales antes de la pelea. No podía permitírselo. A fin de cuentas, explicaba, «*vamos a pelar, lo cual no tiene nada de agradable*». En cierta ocasión, siendo amateur, cometió el error de mirar a los ojos a un rival. Ello le permitió darse cuenta de que tenía un rostro agradable. Los dos púgiles intercambiaron una sonrisa. Desde entonces, Patterson siempre mantuvo los ojos en el suelo. Pero es que ahora tenía buenas razones para estar preocupado. Sonny Liston pretendía pasarle por encima con un camión, y él pensaba que no podía permitírselo, si no quería fallarle a todo el mundo: a su familia, al país, al presidente, a su raza.

«*Seguí pensando en todo ello hasta el momento mismo del combate*», comentó Patterson más tarde. «*Cuando sonó la campana y salí de mi rincón, en vez de ver a Liston, fue como si tuviera una visión de toda esa gente, de las cosas que me decían y de lo que pretendían que hiciese. Lo único que recuerdo es que nunca fui capaz de concentrarme en el combate.*»

II

DOS MINUTOS, SEIS SEGUNDOS

25 de septiembre de 1962

La noche del combate se presentó nublada y desagradable: tiempo de abrigo y bufanda. Fue un septiembre muy frío, incluso para Chicago. *Comiskey Park* tenía un aforo de 50.000 espectadores, pero, a pesar de tratarse, probablemente, del combate más importante de la categoría de los pesos pesados desde que Rocky Marciano terminara con la carrera de Joe Louis, diez años antes, ni siquiera se había alcanzado la media entrada. Apenas había 19.000 espectadores de pago.

El director de ring presentó un desfile de campeones de antaño, que fueron subiendo al ring uno por uno, entre las cuerdas: Louis, Marciano, Jim Braddock, Johansson, Ezzard Charles, Barney Ross, Dick Tiger. Archie Moore, que, cumplidos los cuarenta, seguía peleando para ganarse el pan, se presentó en el cuadrilátero luciendo esmoquin y capa forrada de seda blanca.⁵

El único invitado a quien el público abucheó fue un joven púgil procedente de Louisville y llamado Cassius Clay. Tras haber obtenido la medalla de oro en la categoría de los pesos semipesados en los Juegos

⁵ Nota del T. The Mongoose («la mangosta»; apodo de Archie Moore) llevaba bastón.

Olímpicos de Roma, en 1960, Clay se había dado a conocer muy rápidamente por el tamaño de su boca. En aquel momento ya había obtenido toda una ristra de victorias sobre oponentes situados en la zona media del escalafón de los pesos pesados, y estaba previsto que se enfrentara a Archie Moore unos meses más tarde. Pero se le conocía, sobre todo, como personaje extravagante, dado a recitar machaconamente unos aleluyas donde anunciaría en qué asalto de cada combate iba a imponer su superioridad. Cuando Patterson visitó a los atletas alojados en la villa olímpica de Roma, Clay, en un arranque de histeria feliz, puso en conocimiento del campeón que muy pronto sería él quien llevase la corona. «*Tú persevera*», le contestó Patterson, riéndose. Y eso es lo que hizo Clay, perseverar, poniendo en general conocimiento que él era el más guapo, el más grande, el rey del mundo. Nada de esto les hacía demasiada gracia a los cronistas deportivos, y menos aún a los más veteranos. Detestaban a Clay. Era un payaso que mantenía las manos demasiado bajas y que no pegaba ni como para exprimir de un puñetazo una uva madura. Toda la fuerza se le iba por la boca. ¿A quién le había ganado? Era un insulto. Incluso los periodistas más liberales se habían acostumbrado a esperar la buena educación y la cortesía de Louis y Patterson en sus campeones. La impertinencia de Clay iba más allá de toda medida.

«*Cassius era aún muy joven, todo lo más un buen aspirante, cuando se nos presentó allí dando brincos*», recordaría Patterson, decenios más tarde. «*Parecía buen chico, pero, la verdad, no había modo de tomárselo en serio. Yo me*

quedé mirándolo y le sonreí, pero del modo en que se sonríe a un pequeño que está haciendo todo lo posible por lucirse delante de sus amigos.»

Las primeras filas de ring estaban repletas de escritores. Mailer y Baldwin, separados por una butaca vacía, estuvieron bastante cordiales. Había también las consabidas cuadrillas de actores y cantantes. Y, más abundantes que nadie, estaban los mafiosos, los masticadores de puros habanos, los que andan por ahí depositando mensajes secretos de oído en oído, los hombres de nariz ganchuda y trajes oscuros que por aquel entonces controlaban el boxeo. Y todos ellos —los gerifaltes de los sindicatos y de los negocios de contratación, de las apuestas clandestinas y sus locales, los contratistas de basura y los dueños de pizzerías— estaban a favor de Liston. En parte, era una alianza natural, una reverencia dirigida a la prisión de máxima seguridad de Alcatraz, donde el jefe honorario de todos ellos, Frankie Carbo, «Mr. Gray», empezaba entonces a cumplir una larga condena, primero por gestión ilegal (en mucha parte, por gestión ilegal de Sonny Liston) y luego por extorsión. Carbo, si todo el mundo no se equivocaba al respecto, seguía llevando a Liston. Pero la Mafia no apoyaba a Liston por mera lealtad. Ésta, aunque pertenece a la retórica de la organización y constituye uno de sus santos y seña, rara vez se refleja en la vida real. No: era una cuestión de estética. ¿Cómo podía un campeón del mundo de los pesos pesados andar por ahí haciéndole reverencias al presidente, o, peor aún, como podía aguantar a un auténtico cantamañanas como el meapilas de Cus D'Amato? ¿Y cómo podía un campeón hablar de sus miedos, sus ansiedades, como una auténtica damisela? «A su modo de

ver», escribió Mailer, refiriéndose a los gánsteres de las primeras filas, «Patterson era un bicho raro, un vegetariano, o cosa parecida.»

En su calidad de aspirante al título, Liston fue el primero en subir al ring. Llevaba un batín blanco con capucha terminada en punta, igual que un monje. Sus hombros, que ya eran tamaño armario, ahora parecían gigantescos, porque Liston se había metido toallas a guisa de hombreras, para abultar más. La gente de detrás de las butacas de prensa lo abucheó. Liston empezó el calentamiento, estirando el cuello, tensando y destensando los hombros, amagando lánguidos golpes, como un señorito elegante que estira los brazos para ajustarse los puños de la camisa. Daba saltos sobre la punta de los pies, deslizándose de un lado a otro. Si alguna vez hubo un hombre que diera impresión de potencia y de estar dispuesto a todo, ese era Sonny Liston en aquel momento.

Luego llegaron Patterson y su cohorte. Se les vio aproximarse por el pasillo, como un hervidero de cabezas. D'Amato había sido apartado de su cargo de mánager oficial: Patterson no podía aceptar su falta de confianza, ni había visto con mucho placer las notas de prensa en que se informaba de que D'Amato había jugado con «*Fat Tony*» Salerno para financiar los gastos del primer combate con Johansson —con el consiguiente escándalo en Nueva York—. De todas formas, D'Amato seguía allí, con Patterson, encabezando la comitiva que se dirigía al ring. Con su pelo blanco cortado al cepillo y su mandíbula romana, a D'Amato no le impedían mantener bien el tipo las intimidaciones de sangre que en aquel momento pudiera estar viendo. Patterson, por su parte, no lograba ocultar su pánico. Pasó

entre las cuerdas para entrar en el cuadrilátero, pero lo hizo como a escondidas, nervioso y asustado, lanzando rápidas miradas en torno, como un ladrón que penetra por una ventana el día en que sabe que por fin lo van a arrestar. Se encontraba en una condición terrible. Sus ojos iban de un lado a otro del ring. Rara vez se había visto antes semejante expresión de miedo en el rostro de un púgil. Años más tarde lo veríamos en Ken Norton antes de su combate con George Foreman y en Michael Spinks antes de enfrentarse a Mike Tyson. Ambos combates concluyeron en pocos minutos. Los boxeadores saben.

Mientras tanto, Liston parecía poseído por una calma casi sobrenatural. La mañana anterior, los dos equipos de preparadores, el de Patterson y el de Liston, habían discutido sobre los guantes a utilizar en el combate. Fue una de esas escenas fantásticamente hilarantes que a veces ocurren en los acontecimientos deportivos y que por lo general se interpretan con gran exhibición de expresiones coléricas y tonos amenazadores. Hombres hechos y derechos peleándose por un asunto de equipamiento deportivo. Son peleas que suelen dar algo que decir a los reporteros en sus historias del tipo *«estos dos hombres no se tienen el más mínimo cariño»*, a publicar el día mismo de la pelea. En un momento dado, el hombre de Liston, Jack Nilon, afirmó que los guantes rebasaban ligeramente el peso reglamentario (ocho onzas), y que esa diferencia iría en detrimento de la pegada de Liston, que perdería una fracción de su potencia. Los gritos fueron subiendo de volumen, hasta que en un momento determinado entró Liston en la habitación:

— ¿Qué demonios pasa? — quiso saber.

Le enseñaron los guantes.

— Están bien, están bien — dijo él —. Vamos a utilizarlos. Le voy a pegar con tanta fuerza, que un cuarto de onza más sólo será eso precisamente: un cuarto de onza más que tendrá que recibir.

Mientras el juez daba las instrucciones de rigor, Liston miraba de arriba abajo al campeón. El campeón se miraba las botas. Volvieron a sus respectivos rincones y esperaron. El combate estaba concertado a quince asaltos.

«*No puedes hacerte idea de cómo es un primer asalto*», le dijo Patterson a su confidente, Gay Talese. «*Estás ahí, con toda esa gente alrededor, y las cámaras, y el mundo entero mirándote, y todo el ajetreo, y los nervios, y la bandera norteamericana, y el país entero deseando que ganes, incluido el presidente. Y ¿sabes lo que pasa con todo eso? Que te deja ciego, eso es lo que pasa. Entonces suena la campana y te acercas a Liston, mientras Liston se te acerca a ti, y ni siquiera te das cuenta de que entre las cuerdas hay también un juez árbitro...*

Hay grandes deportistas que viven un asalto entero, un tiempo, un partido entero, a cámara lenta, como si su velocidad superior, su gran capacidad para juzgar y coordinar, les otorgase una percepción del tiempo más utilizable. El deportista que percibe así su participación es invariablemente quien ha ganado: ha superado a su oponente en el modo de analizar una jugada, de adelantarse a una trayectoria, de situarse. Para el deportista sobreexcitado, por el contrario, el tiempo no se hace más lento,

sino que pierde coherencia. En Chicago, Floyd vivió el tiempo como una confusión de presiones y ruidos, como ansiedad, como ahogándose, como cayendo en picado en un aeroplano. Y luego apenas conseguía recordar lo sucedido en el transcurso de dos minutos y seis segundos. El propio dolor tardaría algo en llegar. Le sobrevendría un tremendo dolor de cabeza — porque Liston pegaba más fuerte que ningún otro púgil vivo —, pero sólo una hora más tarde.

Patterson estaba rígido desde el primer momento. Como podría sucederle a un cantante que comenzara a cantar en el tono y la clave equivocados y luego no consiguiera ir introduciendo las sutiles modificaciones necesarias para recuperar la afinación, Floyd actuó en falso desde el propio toque de campana. Todo lo que en el pasado había constituido su eficacia —la rapidez, la pegada, la capacidad para leer al oponente— quedó en el olvido. Patterson colocó los guantes junto a las sienes, la defensa que le valía para asomar de pronto y proyectar la mano, como le había enseñado D'Amato en su adolescencia; pero esta vez lo único que hizo fue esperar a que le pegaran. Su estrategia fue inexplicable. Patterson entró en la corta distancia con un verdadero pegador, con un oponente que le sacaba la increíble ventaja de casi cuarenta centímetros de alcance en el golpe.

Liston empezó aplicando una izquierda de tanteo en el rostro de Patterson. La cabeza de éste rebotó hacia atrás como si la hubieran golpeado con un bate de béisbol. Luego, tras una serie de golpes fallados o sin eficacia, Patterson arriesgó su solitario experimento defensivo, el único

intento que hizo de verificar si tenía alguna posibilidad. Probó con uno de sus ganchos de largo recorrido. Liston dio la impresión de quedarse sorprendidísimo ante la facilidad con que logró esquivarlo. Lo hizo echando un paso atrás, muy equilibrado, como quien saca el pie de una corriente de agua que acaba de percibir. Nada peligroso. A partir de ese momento, Liston hizo exclusivamente lo que quiso. Golpeó. Metió unos cuantos ganchos cortos, con una u otra mano, a las costillas y al hígado de Patterson. Luego empezó a aumentar el tono, con enormes ganchos y uppercuts. En los agarrones, aprovechaba para castigarle los riñones a Patterson. Éste trataba de sujetarle los brazos, de retenerlo, pero sólo conseguía amortiguarle la derecha, mientras Liston lo machacaba con la izquierda.

Sólo había transcurrido un minuto. Fue entonces cuando empezaron a entrar los grandes golpes. Primero un uppercut de derecha que confirió al rostro de Patterson, en un encuadre instantáneo, el aspecto de una tarta arrojada a la acera desde un quinto piso. Nunca llegaría a recuperarse de ese golpe. Aquella derecha no fue el golpe que lo derribó, pero sí el que acabó con toda posibilidad de combate. A partir de ese momento las mariposas empezaron a volar libremente por el cerebro de Patterson. Para aclararse la cabeza, buscando la recuperación, Patterson trató desesperadamente de trabarse. Liston se lo apartó y a continuación lo cazó con dos ganchos de izquierda. Fueron golpes no especialmente rápidos, no tan cortos, ni tan densos, ni tan fulgurantes como los de Joe Louis en sus mejores momentos — Liston era como si dijese «*allá va*» antes de lanzar sus

golpes; no destacaba por su habilidad –, pero a Patterson le dio lo mismo. Aturdido, con los ojos saliéndosele de las órbitas, Patterson buscó refugio en las cuerdas y trató de apoyarse en ellas con la mano izquierda, buscando un poco de equilibrio, un aliado menos agresivo. Fue una muy mala idea. Con aquella mano colgando de la cuerda superior, Patterson estaba invitando a que todo acabase. Quizá fuera que D'Amato tenía razón, que cuando a un púgil lo noquean es porque él quiere que lo noqueen. Liston puso todo su peso en un gancho de izquierda que alcanzó a Patterson en plena mandíbula. De pronto, el cuerpo de Patterson trazó un ángulo recto. Se le quedaron rígidas las piernas y se inclinó por la cintura, pero fue una postura que sólo duró un instante. Inmediatamente después le fallaron las piernas.

«*Por el modo en que cayó supe que ya no volvería a levantarse*», dijo Liston más tarde.

El juez árbitro, Frank Sikora, inició la cuenta. Patterson giró sobre el costado. Al llegar a nueve estaba sobre una rodilla. Logró levantarse, pero sólo cuando Sikora ya había contado hasta diez y le había subido los brazos.

«*Fue visto y no visto*», declaró Sikora. «*Yo estaba en la idea de que los vería a ambos irse calentando, pero de pronto vino un tremendo derechazo a la cabeza, y a los pocos momentos ya tenía yo que levantarle el brazo a un nuevo campeón.*»

Junto al ring, los reporteros de los diarios estaban dictando titulares, como ladridos, a las secretarias, o tecleando como posesos y pasándoles los papeles a los mensajeros de la *Western Union*. Todos ellos se sabían perfectamente el segundo párrafo: es el tercer K.O. más rápido de la historia del campeonato de los pesos pesados. En 1908, en Dublín, Tommy Burns noqueó al aspirante, Jem Roche, en 1 minuto y 28 segundos; en 1938, en el Yankee Stadium, Joe Louis tumbó a Max Schmeling en 2 minutos y 4 segundos.

Gay Talese tenía un plazo de entrega estrechísimo, pero no pudo evitar que la tristeza de su amigo lo dejase abrumado. Sucede con mucha frecuencia que los periodistas jóvenes concentren su atención e incluso su afecto en un solo objeto. En el caso de Talese, este objeto era Floyd Patterson. Pasó una considerable cantidad de horas con el púgil, lo entrevistó en su casa y en el campo de entrenamiento, lo vio echar cabezadas en el vestuario antes de los combates, conocía sus miedos, sus secretos, y ahora había visto cómo destrozaban a su amigo en un recinto deportivo. «*Me di cuenta de que algo en mi interior había quedado destruido*», dijo Talese, muchos años más tarde. «*Los boxeadores están muy solos. No tienen nadie a quien echarle la culpa. La suya es una humillación ante millones de testigos. Liston era el ser humano más amenazador que había en mis tiempos, una persona nacida para destruir a los demás. No pensé que nadie fuera capaz de sobrevivir a un enfrentamiento con él. Me pareció que Floyd tenía un valor enorme, que incluso acogía de buen grado su padecimiento. Se arriesgó a que lo aniquilara en público un hombre de mucho más tamaño que él. Y luego vi que los*

dos se abrazaban. Es un ritual que sólo se da en el boxeo: dos hombres, semidesnudos, exhaustos, con el sabor y el olor del oponente, tras un enfrentamiento tan serio, esa extraña intimidad...»

Mientras Liston y Patterson se alejaban uno de otro, los segundos de Liston, saltando por entre las cuerdas, corrieron a abrazarlo. Su entrenador, Willie Reddish, le puso ambas palmas en las mejillas.

Patterson se encaminó a su rincón y, aturdido, vio que D'Amato se le aproximaba con los brazos abiertos. Las piernas estuvieron a punto de fallarle otra vez, pero no de dolor físico, sino moral. Apoyó la cabeza en el hombro de su maestro.

— ¿Qué ha pasado, Floyd? — le preguntó D'Amato.

Patterson sólo pudo decir que había visto todos los golpes, menos el último. Seguía en estado de confusión. La vergüenza apenas le permitía hablar. Tardó meses en explicarse lo ocurrido:

«*Cuando te noquean no es una mala sensación*», ha dicho. «*Es buena, de hecho. No duele. Sólo un aturdimiento agudo. No ve uno las estrellas ni los ángeles. Estás como en una nube... Pero esa sensación agradable acaba por pasársete. Te das cuenta de dónde te encuentras, de lo que estás haciendo, de lo que acaba de ocurrirte. Y lo que sigue es una herida, una herida confusa, no física; una herida mezclada con la cólera; una herida de las de “qué va a pensar la gente”; una herida de las de avergonzarse de la propia falta de capacidad... Y lo único que quieres en ese momento es que se abra una compuerta en el cuadrilátero, debajo de ti, y caer por ella, y aparecer en el vestuario, en vez de tener que bajarte del ring y*

enfrentarte a toda esa gente. Lo peor de perder es tener que bajarse del ring y enfrentarse a toda esa gente.»

No pasó mucho tiempo antes de que Floyd recordase su plan de huida, su disfraz. No podía evitar a la prensa por completo. Mientras abandonaba el cuadrilátero, recordó que tenía que decir algo bueno de Liston, y pidió a todos que permitieran al nuevo campeón demostrar lo que era, no sólo como boxeador, sino también como hombre. «*Creo que Sonny tiene cualidades interiores que son buenas*», dijo. «*Creo que el público debería darle una oportunidad.*»

Pero hubo más. En el vestuario, un periodista le preguntó qué había ocurrido. ¿Qué pensaba él que había ocurrido?

— Me cazó con un buen golpe — dijo Patterson.

— Un derechazo, ¿no?

— Pues sí, creo que sí.

— ¿Oíste cómo el juez te iba contando?

— No con claridad, al principio. Cuando empecé a oír, creí que había dicho «*ocho*» y salté sobre los pies.

En un momento dado, Patterson dijo que sí, que le gustaría volverse a enfrentar a Liston.

— ¿Volverte a enfrentar? — comentó un periodista — . ¿Y por qué no te enfrentaste hoy?

— ¿Podrías haber continuado, Floyd? — le preguntó otro periodista.

— Claro. Yo pensaba que podía continuar. Pero supongo que eso es lo que todos los boxeadores piensan.

Los periodistas querían saber cómo era Liston en realidad, hasta qué punto sería un buen campeón, hasta dónde llegaba su coraje.

— Todo eso está por ver — dijo Patterson —. Comprobaremos lo valiente que es cuando alguien le gane. A ver cómo se lo toma. En la victoria todo es fácil. Es en la derrota donde un hombre se manifiesta de veras. En la derrota no logro enfrentarme con la gente. No tengo fuerzas para decir que hice lo que pude, que lo siento, etcétera.

Todo el entorno de Sonny Liston afirmaba que lo mejor que éste tenía era su mujer, Geraldine. No era el marido más fiel del mundo, andaba a la caza de mujeres por todas partes, bebía, jugaba. Pero cuando Geraldine estaba con él, Liston se sentía tan a gusto que incluso llegaba a resultar simpático.

Geraldine se negó en redondo a ir al estadio a ver pelear a su marido. Se quedó en la habitación que tenían en el Sheraton Chicago, con rulos en el pelo, crema facial tapándole la cara y en bata, esperando que alguno de los segundos de Sonny la llamara por teléfono.

«Si de mí dependiera», había dicho, *«nunca le permitiría a Sonny que pelease. Prefiero la miseria. Si tenemos hijos, no permitiré que sean boxeadores. Claro está que no tendríamos el dinero que tenemos. Pero tampoco me daría*

cuenta, si no lo tuviéramos. Sé que Charles ha hecho cosas malas. Pero si no estuviéramos en el centro de la atención pública, ya estarían olvidadas. Los periodistas deportivos siempre están sacándolas a colación. Es como si no les gustara la idea de que llegue a ser bueno alguna vez. ¿Cómo va nadie a ser bueno si no se lo permiten? Muchas noches lo hablamos entre nosotros. Sonny se conoce bien, y lo único que quiere, si llega a campeón, es conseguir que todo el mundo se dé cuenta de que ahora es una buena persona».

Ésa era precisamente la intención de Liston. Ahora, en el vestuario, los periodistas lo bombardeaban con sus preguntas.

—Alto ahí —exclamó uno de sus agentes de promoción, haciendo que todo el mundo guardara silencio—. Están ustedes ante el campeón del mundo de los pesos pesados. El señor Liston. Trátenlo como tratarían al presidente de los Estados Unidos.

Pues qué bien. Ahora, una vez corregido el ambiente, para ponerlo en línea con el protocolo de la Casa Blanca, Liston presentó un alegato a su favor, una petición de clemencia. Había cumplido su condena. Trataría de no meterse en líos, de hacer el bien.

—Si el público permite que lo pasado quede en el pasado, seré un campeón digno del título —dijo—. Si me aceptan, lo demostraré.

Añadió que después de la pelea le había dado las gracias a Patterson, por la oportunidad.

—Seré tan bueno contigo como tú lo has sido conmigo. Y tú lo has sido mucho.

Liston llegó incluso a defender a Patterson como púgil. Cuando alguien preguntó si a Patterson le faltaban agallas, Liston replicó:

—Ésta es seguramente la pregunta más estúpida que me han hecho nunca. En el último gancho, noté suficientemente su cuerpo como para saber que un golpe así habría tumbado a cualquiera. Lo miré de cerca mientras caía, y lo volví a mirar cuando tocó la lona. Estaba liquidado. Me sorprendió por un segundo cuando se levantó sobre una rodilla, pero luego me di cuenta de que era como quien busca el despertador en pleno sueño.

Luego le preguntaron si había sufrido algún daño durante la pelea. —Sólo una vez —contestó—. Fue cuando el tipo dijo «*nueve*» y dio la impresión de que Patterson podía levantarse antes de «*diez*».

Cuando todo el mundo se marchó de su vestuario, Patterson se duchó, se vistió y se pegó la barba. Estuvo un rato esperando, hasta que consideró que el estadio tenía ya que haberse vaciado, y fue en busca de su amigo Mickey Alan, el cantante que había interpretado el himno nacional norteamericano aquella noche. Ambos se metieron en un coche que les habían prestado —y que el chófer de Patterson había dejado en un lugar convenido del aparcamiento— y tomaron la autopista en dirección este.

Patterson y Alan avanzaron en silencio. A dos horas de Chicago, se detuvieron en el arcén, para estirar las piernas. En seguida hizo alto junto a ellos un coche de policía, y uno de los agentes le pidió a Patterson el permiso de conducir. Floyd empezó a quitarse la barba.

—¿Es usted actor, o algo así? —preguntó el agente.

Pero en seguida miró el permiso y se dio cuenta de que había abordado a Floyd Patterson. Le deseó buena suerte y lo dejó ir.

Patterson no se dirigió a su casa de los Yonkers, sino al campo de entrenamiento de Highland Mills, más en el interior del estado de Nueva York. El viaje duró unas veintidós horas. Nada más llegar, Patterson le rogó a Alan que se marchara. Estaba sintiendo una pulsación muy fuerte en la cabeza. Liston le había pegado con mucha fuerza, y ahora empezaba a notarlo. Se le ocurrió que lo mejor que podía hacer, quizás, era empezar inmediatamente a prepararse para una nueva pelea con Liston. Fue al gimnasio. Prendió las luces y se dio cuenta de que casi todo el equipo necesario estaba en Chicago.

También seguían en Chicago su familia y sus amigos. No se enteraron de su huida hasta que la noticia no apareció en los periódicos. Cuando los periodistas empezaron a preguntarle a la madre de Patterson que dónde se había metido su hijo, ella contestó que no lo sabía. «*Floyd es un hombre muy orgulloso, y supongo que ahora lo que quiere es que lo dejemos en paz*», declaró. «*Supongo que no quiere ponerse delante de la gente, porque está acostumbrado a no dar más que lo mejor de sí mismo.*» Cus D'Amato daba vueltas y más vueltas por el vestíbulo del hotel, preguntándose dónde podía haber ido a parar su pupilo.

Poco más tarde, Floyd tomó la decisión de irse del todo. Se presentó en el aeropuerto neoyorquino de Idlewild con el pasaporte, una maleta y su disfraz. Antes de llegar al mostrador de facturación se colocó la barba y el bigote. Miró el panel de salidas, comprobó los próximos vuelos y compró

un billete con destino a Madrid. Una vez allí, se metió en un taxi, se fue directamente a un hotel y se registró bajo el nombre de Aaron Watson. Luego se pasó varios días merodeando por los barrios más pobres de la ciudad, fingiéndose cojo. La gente se le quedaba mirando. Patterson tuvo la neta impresión de que lo tomaban por loco. Hizo casi todas las comidas en la habitación del hotel. La única vez que comió en un restaurante pidió sopa, no porque le gustara —la odiaba—, sino porque partió del supuesto de que ese era el alimento que un anciano debía ingerir.

«Te preguntarás qué es lo que puede llevar a un hombre a actuar así», le dijo Patterson a Talese, muchos años más tarde. *«No creas, yo también me lo pregunto. Y la respuesta es... No sé. Pero creo que en mi interior, en el interior de todos los seres humanos, hay una cierta debilidad. Una debilidad que se manifiesta más claramente cuando está uno solo. Y yo he llegado a la conclusión de que, en parte, el motivo de que haga las cosas que hago, de que no logre tomar posesión de mí mismo, es... Es que soy un cobarde.»*

Mientras Patterson iba carretera adelante, Liston seguía en Chicago. En la mañana posterior al combate hubo de asistir a la consabida conferencia de prensa del día siguiente, pensada para que los periodistas tuvieran cosas frescas que añadir a sus crónicas de continuidad y a su perfil de nuevo campeón.

Norman Mailer llegó con la conferencia empezada. Había pasado la noche en pie, tomando copas en la *Mansión Playboy* y poniéndose cada vez más pesado ante todo el mundo con la idea de que había que empezar inmediatamente a preparar la revancha, con una bolsa multimillonaria. Él

mismo se mostraba dispuesto a promocionar la pelea. Afirmaba, incluso, que estaba en condiciones de demostrar que Liston no había ganado en realidad el combate de Chicago, que Patterson se había levantado de la lona y lo había derrotado «existencialmente» en el noveno asalto. Ni que decir tiene que Mailer había bebido muchísimo.

«*Era una teoría revolucionaria, lo reconozco*», me dijo al respecto Jack McKinney, cronista deportivo de *The Philadelphia Daily News* y muy amigo de Liston. «*Nos pasamos prácticamente toda la noche en la Mansión Playboy, y cada vez que Norman me venía con éas yo procuraba alejarme un poco más de él. Supongo que me consideraba un buen camino para llegar al entorno de Liston. No quería ofenderlo, pero, la verdad, tampoco sabía qué decirle.*»

En vez de dormir un poco entre la fiesta y la conferencia de prensa,

Mailer se pasó dos horas charlando con la doncella del hotel y luego bajó a la sala donde se esperaba la presencia de Liston. Ocupó un asiento de las primeras filas. Pero resultó que no estaba suficientemente acreditado, o eso consideraron los responsables del hotel, y le pidieron que se marchase. Mailer adujo, con mucha insistencia, que estaba invitado a hablar en la conferencia de prensa, y se metió en una fuerte discusión.

—Si no se marcha usted tendremos que sacarlo a la fuerza —dijo uno de los agentes de seguridad.

—Pues sáquenme a la fuerza —insistió Mailer.

Antes de que se hiciera así, un reportero de The Times, poniéndole la guinda a lo insólito del momento, pidió a Mailer que hiciera una declaración.

—Sí —dijo Mailer—. Estoy aquí para demostrar que soy la única persona de este país capaz de montar un segundo Patterson-Liston, y no con los doscientos mil dólares que daría en Miami, sino con dos millones de dólares. Quiero ser yo quien se ocupe de las relaciones con la prensa en este segundo combate. Por una diversidad de motivos, todos ellos personales, necesito ganar una gran cantidad de dinero en los dos próximos meses.

Dicho lo cual, un guardia de seguridad le puso la mano en el hombro y le pidió que lo siguiese.

—No.

—Tendremos que sacarlo a la fuerza.

—Sáqueme.

Y así fue como sacaron a Mailer de la sala, con silla y todo. Parecía el emperador hebreo de los helados de cucuricho. Cuando logró que le permitieran volver, Liston ya ocupaba su sitio en la tarima y estaba contestando las típicas preguntas de después de una pelea. ¿Había recibido algún daño? (No.) ¿Pensaba pelear con todos los aspirantes? (Por supuesto. Que vayan pasando.) ¿Algo que declarar sobre el pasado? (¿Qué ocurre con el pasado?) Jack McKinney tuvo la sensación de que ciertos periodistas

pretendían provocar a Liston, tratando de que se pusiera en el papel de jabalí, de delincuente juvenil. «*Esos tipos habían abusado de Sonny tantas veces*», ha dicho McKinney... «*Él había sacado la “inteligencia de su madre”*», como suele decirse de los negros, queriendo significar que es algo natural, no elaborado, adquirido por nacimiento. Si hubiera habido modo de medir el cociente intelectual de Sonny según este criterio, habría entrado en los niveles del club Mensa. Los blancos se habrían quedado con la boca abierta, pero en los billares de Filadelfia no había negro que no lo supiera, por muy estúpido y muy ingenuo que pudiese parecer en algunas ocasiones. Los periodistas disparaban con bala, y Liston cuidaba mucho sus respuestas.»

Entonces pidió la palabra Mailer, puesto en pie. Algunos periodistas conservadores —como Dick Young, del *Daily News* de Nueva York—, poco dispuestos a perder sus prerrogativas como miembros de una cofradía y a quienes ponía muy nerviosos el prestigio de Mailer en el mundo literario, empezaron a murmurar entre ellos. No consideraban a Mailer uno de los suyos. Era un novelista, un intelectual, nada que ver con el boxeo. No faltaban quienes consideraban a Mailer un tipo raro de Greenwich Village, una especie de bobo, capaz de clavarle un cortaplumas a su mujer, como había hecho dos años antes. Pero Mailer no iba a dejarse disuadir, de modo que la emprendió con las fantasías de la noche anterior, su idea de que Patterson había ganado, sus planes para montar la revancha. Los murmullos subieron de tono. El campeón, que no conocía a Mailer, escuchaba con curiosidad, incluso divertido.

—Bueno, yo no soy periodista, pero me gustaría comentar... —estaba diciendo Mailer.

Alguien, a gritos, trató de reducirlo al silencio:

—¡Que se calle el desgraciado ese!

—No, no —intervino Liston—: que hable, que hable el pobre desgraciado.

—Yo predije que Patterson conseguiría el K.O., de un solo golpe, en el sexto asalto —dijo Mailer—. Y sigo pensando que estaba en lo cierto.

—Todavía no se le ha pasado a usted la trompa —dijo Liston, con mucha razón.

Mientras algunos periodistas lo abucheaban, Mailer se acercó al estrado y pasó por detrás, como dispuesto a seguir aquella conversación mano a mano con Liston. Un par de hombres de Liston le cortaron el paso, advirtiéndole que nunca se le ocurriera acercarse al señor Liston por detrás. Mailer esperó a que Liston despachara otras preguntas y luego, tras haber trazado un círculo para situarse delante del campeón, retomó la cuestión donde la había dejado:

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Liston—. ¿En el bar, bebiendo otro poco?

—Liston: sigo diciendo que Floyd Patterson puede ganarte.

—Anda, hombre, ¿por qué no te dejas de rencores y aprendes a perder? —Me has llamado desgraciado —dijo Mailer. Liston se echó a reír.

—Bueno, la verdad, eres un desgraciado —dijo—. Todos somos unos desgraciados. Empezando por mí. Lo que pasa es que yo soy un desgraciado mucho más grande que tú.

Liston se levantó y le tendió la mano derecha a Mailer.

—Chócala, desgraciado —dijo.

Mailer utilizó la mano para tirar de Liston y acercárselo.

—Tengo mis motivos para armar este follón —dijo—. Conozco el modo de conseguir que la pelea de revancha pase de los doscientos mil dólares en Miami a los dos millones de dólares en Nueva York.

—Ya veo que esa última copa te ha pegado fuerte —dijo Liston—. ¿Por qué no vas y me traes una mí, desgraciado?

—No soy tu ayuda de cámara —dijo Mailer.

Mailer pensó que se había ganado el respeto de Liston, y su risa también le sonó muy agradablemente. «Un barrunto de risa afectada, de viejo negro, una risa de campo de algodón, le asomó un momento por la garganta», según dijo en el artículo que más tarde publicaría en *Esquire*.

La verdad es que a Liston no le hizo ninguna gracia aquello. En lo sucesivo siempre se refirió a Mailer como «el borracho ese» o «el hijoputa que quiso cargarse mi conferencia de prensa». Había querido causar buena

impresión a los periodistas, pero ocurrió que la historia más memorable, la que se impuso en los periódicos, fue la de Mailer, no la suya.

Liston se pasó el resto del día descansado, comiendo y viendo la televisión con Geraldine, con su amigo Jack McKinney y con otras personas de su entorno. McKinney, aunque no lo expresara en voz alta, estaba preocupado por la recepción que pudiera esperar a Liston en Filadelfia. El alcalde, James H. J. Tate, le había hecho llegar un telegrama repleto de parabienes, pero también de inconfundibles signos de condescendencia, por no decir de aviso: *«Su hazaña demuestra que el pasado de un hombre no tiene por qué determinar su futuro. Sé que todos los ciudadanos de Filadelfia comparten mi deseo de que tenga usted un reinado lleno de éxitos y de que lleve la corona según la mejor tradición de los campeones nacidos en Filadelfia que le han precedido.»*

Liston no tenía ninguna razón para esperar grandes muestras de cariño por parte de los habitantes de Filadelfia. No mucho antes del combate con Patterson se había visto envuelto en los líos suficientes como para hacer todavía más sólida su imagen de pájaro carcelario. Una noche, ya tarde, Liston iba conduciendo su coche, en compañía de un amigo. Cuando salían de la parte habitada de Fairmount Park, vieron a una mujer que llevaba un Cadillac negro, y el amigo de Liston dio por sentado que se trataba de una prostituta. La mujer, que de hecho era funcionaria de la junta de educación, aparcó el automóvil en el arcén, pensando, a su vez, que Liston era un agente de policía. Justo en ese momento, un coche patrulla dio en presentarse. Liston, presa del pánico, emprendió la huida a

más de cien kilómetros por hora. Una y otra vez, desde su mudanza a Filadelfia, Liston había tenido incidentes de poca importancia con la policía: incluso habían llegado a arrestarlo por detenerse en la esquina de una calle. Todos los policías de la localidad llevaban una foto de Liston en su visera del coche. Luego resultó que la acusación contra Liston por «merodeo» carecía de base —los diversos cargos se retiraron o no fueron aceptados por el juez —, pero la publicidad, especialmente en los periódicos locales, *The Enquirer*, *The Bulletin* y el tabloide *Daily News*, volvió a presentarlo ante los ojos de todo el mundo como un auténtico delincuente irredimible. Así, tras la pelea, cuando Liston llamó por teléfono a su casa, para que le contaran cómo se estaba tratando la noticia, un amigo le leyó el áspero artículo que acababa de publicar Larry Merchant en su columna del *Daily News*: «*Es cierto, pues: si el bien y el mal se enfrentan limpiamente, es el mal quien se alza con la victoria... Ahora toca recibir en triunfo al primer campeón filadelfiano de los pesos pesados. Emily Post⁶ seguramente nos recomendaría que utilizásemos cintas de teletipo en vez de serpentinas. A guisa de confeti podríamos utilizar un buen montón de órdenes de arresto hechas trocitos.*»

Liston tenía previsto salir de Chicago con destino a Filadelfia al día siguiente. Mientras él dormía, McKenney se pasó la noche al teléfono, tratando de conseguir una recepción decente. Pero, tras haber hablado con una serie de personas bien informadas del ayuntamiento, tuvo que rendirse a la evidencia de que el alcalde Tate había decidido desairar a Liston.

⁶ Nota del T. Emily Post es autor de un libro sobre buenas maneras en sociedad, en el trabajo,

Por la tarde, en el avión, Liston le pidió a McKinney que se sentara a su lado. Mientras comían, Liston se puso a explicar el modo en que pensaba conducirse en su calidad de campeón y qué le iba a decir a la prensa y al público en general cuando llegasen a Filadelfia. Contó que de pequeño, cuando seguía por la radio los combates de Joe Louis, sentía una especie de remusguillo interno cuando oía al locutor decir, muy en la línea ditirámica de Jimmy Cannon, que Joe era un motivo de orgullo para su raza, incluso para el género humano. Liston le dijo a McKinney que quería hacer una visita al presidente y ganarse a la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, aunque todos sus miembros se hubieran inclinado previamente por la victoria de Patterson.

—Hay un montón de cosas que quiero hacer —le dijo Liston a McKinney—. Pero una de ellas es la más importante: quiero llegar a mi gente. Quiero llegar a ellos y decirles: «*No se preocupen, que no voy a avergonzarlos. No seré yo quien ponga obstáculos en el camino del progreso.*» *Quiero ir a las iglesias para gente de color, a los barrios donde vive la gente de color. Ya sé que los periódicos lo dijeron muy claro, que los mejores entre las personas de color preferían que yo perdiese, que incluso rezaban para que yo perdiese, porque no sabían cómo me comportaría luego, si ganaba...* Y conste que tampoco quiero decir que vaya a ser campeón sólo para mi propia gente. Mi título es de campeón del mundo, y eso es lo que voy a ser. *Quiero ir a muchísimos sitios. A los orfanatos, a los reformatorios. Podré decirles: «Chicos, ya sé que la vida es muy dura para todos vosotros, y que todavía puede hacerse más dura. Pero no se rindan ante el mundo. Las cosas buenas pueden ocurrir, también, si nos lo proponemos.»*

Delante de cualquier otro periodista Liston no se habría atrevido a expresarse como lo hacía con McKinney. Los demás, pensaba él, siempre le sacaban a relucir el pasado, para echárselo en cara. Pero con McKinney se encontraba a gusto. McKinney era un verdadero personaje en la ciudad, una especie de hombre del renacimiento al modo de Filadelfia, que lo mismo escribía de deportes que de música clásica, que se había enamorado del boxeo y que incluso había llegado a hacer guantes con Liston. Escuchando a Liston, McKinney se dio cuenta de que le estaba hablando con toda franqueza, y se lo llevaban los demonios pensando en los desprecios que aquel hombre estaba a punto de sufrir. Cuando el avión emprendió las maniobras de aterrizaje, McKinney se hallaba al borde de las lágrimas, lleno de rabia y frustración.

El avión tomó tierra. Abrieron la puerta. Liston salió el primero y miró hacia abajo, hacia la pista. McKinney vio que a Liston se le movía la nuez en la garganta y que le temblaban los hombros. No había ninguna multitud a la espera, sólo el personal de pista, atento a sus tareas. Liston se ajustó la corbata y se puso el sombrero de fieltro con una pequeña pluma roja en la banda. *«Era como verlo desinflarse, literalmente, igual que un globo. Le costó sus buenos cuarenta y cinco segundos, quizá un minuto entero, hacerse cargo de la situación, convencerse de que allí no había nada ni nadie; pero luego, cuando menos me lo esperaba, recuperó la compostura y se cuadró de hombros, como diciéndose: "Bueno, pues esto es lo que hay..."* Fue sorprendente. Del ayuntamiento no había nadie, ni siquiera un chupatintas de tercera

categoría y para qué hablar del alcalde con la llave de Filadelfia en la mano.»

Liston se reunió durante un momento con unos pocos periodistas, ya en la terminal, y emprendió el camino hacia su casa del oeste de Filadelfia. En el coche, se volvió hacia McKinney y le dijo:

—Me parece que mañana voy a seguir haciendo todo lo que siempre he hecho. Salir a la calle y comprar los periódicos, pararme en la farmacia, charlar con los vecinos. Así sabré lo que piensa la gente de carne y hueso. Así, a lo mejor empiezo a sentirme campeón de una vez por todas. En realidad, si lo miras bien, es igual que unas elecciones, sólo que al contrario. Yo empiezo teniendo ya el cargo, pero ahora me toca hacer campaña para ganarme a los electores.

Pasadas unas semanas, a Liston le quedó muy claro que no recibiría el respaldo de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color. No habría desfile. No habría invitación a la Casa Blanca. Sus ilusiones se trocaron en amargura: «*No esperaba que el presidente me invitase a la Casa Blanca, que me sentara al lado de Jackie y que me permitiera jugar con esos niños Kennedy tan guapos*», le dijo a uno de sus sparrings, Ray Schoeninger, «*pero tampoco esperaba que me tratasen como a una rata de alcantarilla*».

III

MR. FURY Y MR. GRAY

Años más tarde, mientras desperdiciaba el tiempo con matachines y con borrachos de casino, en Las Vegas, Liston comprendió que su vida fluía hacia el olvido. La historia de los púgiles es una historia de hombres rotos: el gran Sam Langford, a principios de siglo, frenado en sus aspiraciones al título por la «*barrera de color*», muriendo ciego y arruinado; Joe Louis, enchufado a la coca y huyendo del Fisco; Beau Jack, limpiando zapatos en el Hotel Fontainebleau; Ike Williams, acorralado por la Mafia y en deuda con el gobierno; «*Two Ton*» Tony Galento, luchando con un pulpo y boxeando con un canguro para ganarse la vida. A Liston le constaba que no debía esperar nada mejor. «*Alguna vez*», dejó dicho, «*alguien escribirá el blues de los boxeadores. Será para guitarra lenta, trompeta suave y una campana*». De principio a fin, a Liston le tocó vivir una vida mezquina, sin nadie que se preocupara por él. Un blues muy triste, sin más instrumentos que los elegidos por él, era sin duda lo que mejor cuadraba.

Lo sucedido en el aeropuerto de Filadelfia no fue en modo alguno un falso anticipo de lo que sería su reinado como campeón. Liston podía olvidarse de que lo adoraran, de ser reconocido por nadie más que por unos cuantos aficionados al boxeo, convencidos ahora de su carácter indomable. Muhammad Ali se elevaría por encima de su deporte tras haberlo dominado, pero Liston era puro boxeo y, a ojos del público,

solamente boxeo. También era motivo de escarnio, fácil presa de los tabloides de su tiempo. Hubo muchos que se consideraron autorizados a utilizar toda la artillería del racismo para hacer chistes a su costa. Liston era el tonto del pueblo, el mono, la bestia, el monstruo de las pesadillas; una criatura de las que uno paga para que las metan en una buena jaula. Jim Murray, columnista de *The Los Angeles Times*, escribió que encontrarse con que Liston era campeón del mundo venía a ser «*como descubrir un murciélagos vivo, colgando de una cuerda, en el árbol de navidad*». Arthur Daley, columnista de *The New York Times* y ganador del Pulitzer por sus crónicas, quería hacer saber a sus lectores que Liston era aún más espantoso de lo que imaginaban. «*El público detesta a Liston de un modo instintivo, y es muy injusto*», escribió. «*El aficionado medio no conoce a ese hombre. Hay que conocerlo bien para detestarlo con la debida intensidad. Es arrogante, prepotente, malo, grosero y, en resumidas cuentas, un horror. Es la última persona con quien a uno le gustaría encontrarse en un callejón oscuro.*» *Esquire* jugó con la idea de que Liston era el Anticristo, cuando George Lois, director gráfico, lo presentó vestido de Santa Claus y amenazando al mundo entero con el puño, en la portada más famosa de la revista en toda su historia.

Por mucho miedo que se le tuviera en ese momento a Liston en el ring (¡dos minutos y seis segundos!), lo cierto era que todo el mundo podía burlarse de él sin temor a las represalias. Y nadie se sentía más libre de hacerlo que la tribu a quien pertenecía. Liston, estando una vez en un hotel de Los Ángeles, se tropezó con un conocido, Moe Dalitz, una de las figuras más poderosas de la Mafia de Las Vegas, así como, últimamente, del

contrabando. Por broma, Liston hizo amago de golpear con el puño a Dalitz. Es una broma bastante común en los boxeadores, pero Dalitz se quedó mirándolo y le dijo:

—Si me tocas, negrazo, más vale que termines conmigo, porque si no lo haces, agarro el teléfono y en veinticuatro horas eres hombre muerto.

Liston no replicó. Dalitz era un dios de la Mafia en Las Vegas, enlace con los Teamsters, el sindicato de transportes⁷. En semejante situación, Liston sabía muy bien el lugar que le correspondía.

Uno de los pocos periodistas que intentó ver en el ascenso de Liston al trono de los pesos pesados algo más que una ofensa a la sociedad norteamericana y a la tierna sensibilidad de sus ciudadanos fue Murray Kempton, de New York Post. Kempton era una verdadero mandarín entre los periodistas de opinión, con preparación sobre temas tan variados como los mosaicos etruscos y la gobernación interna de las Cinco Familias de Nueva York⁸. Kempton visitaba el ámbito de los deportes como un duque baja a visitar las cocheras: lo hacía rara vez, pero con mucho estilo y con un gran sentido de la historia. En Liston vio a un hombre «cuya experiencia de la sociedad norteamericana se ha visto reducida al Sindicato de Transporte, a la cárcel y al deporte del boxeo». Kempton utilizó su prosa decimonónica para hacer burla de quienes juzgaban a los campeones y a su combates por el título dándose aires de moralistas. «Los pesos pesados negros siempre han tendido, como suele ocurrir entre los de su raza, a dar la impresión de

⁷ Nota del T. Célebre entonces por su alto grado de corrupción.

⁸ Luciano, Gambino, Bonanno, Colombo, Luchese

que están por encima de sus límites», escribió. «Escuchando a Floyd Patterson creíamos hallarnos ante un Caballero de la Libertad. Liston es nuestro retorno a la realidad... Por fin tenemos como campeón de los pesos pesados a un hombre que está en el mismo nivel moral que sus dueños: es el perfecto símbolo del boxeo; nos comunica su verdad. El campeonato del mundo de los pesos pesados es, a fin de cuentas, un título bastante degradado...» Kempton en modo alguno se hacía ilusiones, ni pensaba que Liston fuera una especie de monaguillo echado a perder. Así y todo, logró descubrir ciertas posibilidades reformistas en el hecho de que el campeón fuera tan molesto y desagradable. En esta línea, escribió *«[Liston] ya nos ha ayudado a madurar como país, porque, que yo sepa, es el primer negro moralmente inferior a quien se le concede la igualdad de oportunidades. Más nos hará madurar si llega a destruir la ilusión de que un hombre cuyo oficio consiste en pegar a otro hombre hasta dejarlo sin sentido, por dinero, representa una imagen que a toda costa debe conservarse pura ante los ojos de la juventud norteamericana»*.

A diferencia de otros nuevos campeones, Liston no accedió al cargo siendo un extraño total para el público. Se le había visto bastantes veces en televisión, derrotando a gente como Eddie Machen, Cleveland Williams y Roy Harris, pero la impronta más neta era la que había dejado en los espectadores cuando en 1960 compareció como testigo ante el subcomité del Senado contra la asociación ilícita y el monopolio, presidido por Estes Kefauver, demócrata por Tennessee. La carrera política de Kefauver había dado un enorme paso adelante en 1951, cuando presidió una serie de investigaciones senatoriales sobre la delincuencia organizada. Como

resultado de la clamorosa publicidad que le reportaron estas sesiones, en 1952 Kefauver llegó a presentarse como candidato a las elecciones previas del Partido Demócrata, siendo derrotado por Adlai Stevenson. Luego, en 1956, Kefauver se presentó con Stevenson a las elecciones presidenciales, que la candidatura demócrata perdió ante Eisenhower.

El boxeo era, sin duda, un objetivo de mucho menor alcance que la delincuencia organizada, pero tenía la ventaja de ser bastante obvio y aparatoso, muy difícil de marrar. La perversión que reinaba en el sector era bien conocida. Durante los años cincuenta, leer a Don Parker en el *Daily Mirror* de Nueva York o a Jimmy Cannon en el *Post* era como estudiarse un pliego de cargos contra ese deporte sucio, gestionado enteramente por el hampa —en especial por el hampa italiana y judía—. Después de la guerra no había habido un solo campeón que de algún modo no estuviera tocado por la Mafia, si no le pertenecía por completo. Kefauver (con la muy importante ayuda de su asesor legal, John Gurnee Bonomi) pretendía aportar las pruebas necesarias para que se procediera a la reforma del boxeo.

La comparecencia de Liston ante el comité tuvo mucha significación, aunque no por los detalles que facilitó sobre sus circunstancias particulares —en casi todas las ocasiones fingió ignorancia, o la demostró—. Lo más sorprendente fue el hecho de que Liston se presentara como un hombre con muchas limitaciones, que había partido de la nada para llegar a una situación muy valorada por el público, pero en la que no disfrutaba de mayor independencia que sus antepasados en la esclavitud. Como

espectador de aquella comparecencia, no hacía falta sentir la más mínima simpatía por Liston para comprender que la única opción que a éste se le ofrecía, al salir de la cárcel, era la de poner sus guantes al servicio de la Mafia, si no quería enfrentarse a lo que el mercado laboral ofrecía a un negro analfabeto en 1956. «*Tenía que comer*», decía él, y el hampa estaba ahí, con un tazón de caldo en la mano.

Durante el transcurso de su testimonio, Liston fue interrogado sobre una carta escrita o dictada por él y dirigida al púgil Ike Williams. Liston aseguró que no recordaba tal carta, y en ese momento el senador Everett Dirksen, un carcamal republicano de Illinois, empezó a presionarlo, utilizando todos sus conocidos recursos de viejo orador. El abogado de Liston recordó al comité que Liston no sabía leer.

—Pero sí que entiende los números, ¿verdad? —le preguntó Dirksen a Liston—. ¿Entiende los números? Si ve usted un signo de dólar y un cien, ¿comprende que eso significa cien dólares?

Liston reconoció que sí.

—¿Y mil dólares? —continuó Dirksen—. O sea que sí, que puede usted leer los números. Me pareció entender que esta firma es suya. ¿Sabe usted firmar?

—Sí, señor.

—¿Con la dirección? ¿Sabe usted añadir la dirección?

—No, señor —contestó Liston.

— ¿El número de su calle?

— Bueno, sí, puedo escribir 5785.

— ¿Sabe usted escribir números?

— Exacto.

— Por ejemplo: aquí hay una anotación que dice «Charles Liston», Chestnut, 39. ¿Sabe usted escribir Chestnut?

— No, señor.

— No sabe. Pero sí su propio nombre.

— Sí, señor.

— Y el número. Supongamos que usted hubiera pactado una bolsa de 25.000 dólares por un combate, y que le pagan con un talón. ¿Puede usted estar seguro de que el talón que le entregan es de 25.000 dólares?

— Pues... No — dijo Liston.

Era tal el grado de condescendencia del comité (y en este sentido merece especial mención la actitud negativa de Dirksen), que Liston se vio tratado como una especie de fenómeno de circo: Sonny el Fortachón. ¡Observen la pegada que tiene! ¡Observen cómo habla! Para los senadores, parecía ser objeto de diversión el hecho de que Liston — un negro educado en el sur rural, durante la Depresión — no fuera un sabio.

— ¿Qué grado de enseñanza alcanzó usted? — le preguntó Kefauver.

—Ninguno —contestó Liston.

—¿No fue para nada a la escuela?

—No, señor.

—Supongo que no se le presentaron muchas oportunidades.

—Éramos demasiados niños en la casa.

—¿Cuántos hermanos eran ustedes?

—Éramos veinticinco.

—¿Veinticinco hermanos?

—En total, sí.

—Veinticinco hermanos en total —dijo Kefauver—. Parece que el senador Dirksen tiene algo que añadir.

Desde luego que el senador Dirksen tenía algo que añadir:

—Iba a decir que su padre es un auténtico campeón en lo suyo.

Los miembros del comité y los asistentes a aquella sesión se rieron con mucho gusto ante la ocurrencia del senador.

Charles Liston partió de menos que nada. Quizá mintiera al comité en lo tocante a sus relaciones con los bajos fondos, pero sí que dijo la verdad sobre sus orígenes, al menos en los detalles que él conocía. Hasta el final de sus días, Liston nunca conoció ni el lugar ni la fecha exacta de su nacimiento. Él solía situarlo entre 1932 y 1933, y se le decía nacido en

diversas localidades algodoneras de Arkansas, tanto al oeste de Memphis como al este de Little Rock: Forrest City o, quizá, Sand Slough, parte de la Morledge Plantation, donde trabajaba su padre, Tobe Liston. Cuando Charles se hizo profesional y tuvo que presentar los documentos necesarios para la obtención de la licencia, sus managers se sacaron de la manga una cédula de nacimiento fechada el 8 de mayo de 1932. No obstante, las fichas policiales de sus primeros arrestos, más fiables, sitúan la fecha en 1927 o 1928.

Cuando Liston siguió adelante con su carrera de boxeador, la gente solía ponerse muy pesada preguntándole la fecha de nacimiento, aunque sólo fuera por la sencilla razón de que parecía bastante mayor de lo que declaraba. Él, por lo general, salía del paso apelando a la intimidación. Acusaba al periodista de estar llamando mentirosa a su madre, lo cual era motivo suficiente para dar por concluida la conversación. Cuando se hallaba con alguien de su confianza, lo cual no ocurría con frecuencia, Liston contaba que el día en que él nació alguien de su familia conmemoró el acontecimiento grabando fechas y nombres en un árbol.

«*Lo malo*», añadía, «*es que talaron el árbol*».

La familia Liston era enorme. Helen Baskin tuvo once hijos de Tobe Liston antes de dar a luz a Charles. Tobe Liston tuvo una docena de hijos con otra mujer antes de conocer a Helen. Los Liston eran una familia de pequeños aparceros y se habían trasladado de Arkansas a Mississippi en 1916, teniendo él cincuenta años y ella dieciséis. Le arrendaron un terreno a Pat Heron, propietario agrícola, y se dedicaron sobre todo al cultivo del

algodón, pero también de cacahuete, maíz, sorgo y boniatos. «El jefe», decía Helen Liston, *«se quedaba con las tres cuartas partes de lo que cosechábamos»*. La casa era un chamizo de paredes frágiles y con una cantidad imposible de gente dentro. En invierno pasaban frío y en verano se asaban de calor.

En vez de mandarlo a la escuela, Tobe Liston puso a su hijo Sonny a trabajar en el campo cuando cumplió los ocho años. Su norma general era: si ya tienes edad de sentarte a la mesa y comer, también tienes edad de coger la azada. Toby era muy brutal con sus todos sus hijos, y también con Sonny. Le pegaba con tanta frecuencia, que cuando se saltaba un día el chaval le preguntaba: *«¿Y cómo es que no me has zurrado hoy?»* A Liston, ya de adulto, se le veían con toda claridad en la espalda las cicatrices de la niñez.

«No me extraña que haya salido con tantos defectos», dijo Sonny, años más tarde. *«De pequeño, lo único que tenía era un montón de hermanos y de hermanas, una madre desamparada y un padre a quien ninguno de nosotros le importaba un pimiento. Nos criamos como salvajes. Casi nunca teníamos comida suficiente para no morirnos de hambre, ni zapatos, sólo un poco de ropa, y nadie que nos ayudara a escapar de la horrible vida que vivíamos.»*

Durante un periodo que duró toda la guerra y varios años inmediatamente posteriores, las cosechas fueron malas en los campos de cultivo del este de Arkansas. Helen Liston encontró trabajo en una fábrica de zapatos de Saint Louis y se llevó consigo a varios de los niños, pero dejándose atrás a su hijo más joven. Al cumplir los trece años, Liston llegó

a la conclusión de que no soportaba más recolecciones de algodón ni más palizas, y decidió seguir a su madre.

«*Una mañana me levanté temprano, dejé sin una nuez la pacana de mi hermano y me fui al pueblo a vender mi cosecha*», le contó al periodista A. S. «Doc» Young. «*Así saqué dinero para el billete hasta Saint Louis. Iba con la idea de que la ciudad sería como el campo, que llegaría allí y todo lo que tendría que hacer sería preguntar al primero que pasara, a ver dónde vivía mi madre, y que me diría “pues ahí, a la vuelta”*. Pero cuando llegué a la ciudad me encontré con una tremenda cantidad de gente, y todo se me volvió dar tumbos por ahí, perdido.» Liston terminó durmiendo unas cuantas noches en una comisaría, donde le daban bocadillos de mortadela y, en general, lo atendieron bien. «*Una mañana le cuento mi historia a un borracho y me dice que pruebe con la señora que vive al final de la calle. El hombre me llevó a la casa que decía, yo llamé a la puerta, y fue mi hermano Curtice quien abrió. A partir de ese momento viví con mi madre*.»

Al principio, Sonny trabajó por un salario honrado, aunque bastante patético. «*Vendía carbón, hielo, madera. Me sacaba quince dólares a la semana en un mercado de pollos, limpiando pollos... Si las cosas iban bien, ese día comía. Si iban mal, le decía a mi estómago que se olvidase. Pero es que no falla, donde hay un lío, allí estoy yo. Un chico de color, para salir adelante, lo primero que tiene que aprender es que como no se ocupe él mismo, nadie va a ocuparse de él. Y yo lo aprendí muy bien*.» Liston fue al colegio una temporada, pero sufriendo mucho por su analfabetismo y por su tamaño. Sus padres eran de baja estatura —Tobe media un metro sesenta y ocho y Helen un metro

cincuenta y cinco –, pero él no. A los trece o catorce años ya parecía una persona mayor, y no sólo por la estatura, sino por sus enormes manos y por la robusta constitución que le habían procurado sus años de trabajo en el campo. «*Había muchachos que me veían salir de aquella clase para niños pequeños y empezaban a tomarme el pelo y a reírse de mí. Y yo les pegaba*», ha explicado Liston. «*Luego me dio por hacer pellas, y de las pellas fui pasando a otras cosas, de modo que acabé en la peor escuela. Acabé en el correccional.*»

A los dieciséis años, Liston medía más de un metro ochenta y pesaba por encima de los noventa kilos. Andaba siempre con los peores chicos de su barrio, robando tiendas y restaurantes. «*Cuando era un pequeño, lo único que tenía eran mis puños y mi fuerza*», ha dicho. «*No tenía nada que llevarme a la boca. Un día sacaba algo de un sitio, otro día de otro, pero es muy difícil quitarse la costumbre de comer. Total, que se presentan unos chicos y tienen la brillante idea de hacer saltar el cierre de una tienda. Yo lo único que veía en todo aquello era un plato grande, lleno de comida. Y, bueno, si hacía falta llevar pistola, pues también.*» Sonny era un delincuente de medio pelo. Como casi siempre llevaba una camisa a cuadros negros y amarillos, la policía lo llamaba el Bandido de la Camisa Amarilla.

La primera vez que lo fichó la policía de Saint Louis fue inmediatamente después de las navidades de 1949. Liston y dos de sus amiguetes atracaron a un empleado en las proximidades de la zona portuaria del Mississippi. En la lista de buscados, Liston era conocido por «*negro número 1*». En su ficha hay un asalto a mano armada por seis dólares. Su banda apaleó a un pobre hombre en un callejón por un botín de

nueve dólares. Hubo hurtos en gasolineras y cafeterías con restaurante. Uno de los grandes éxitos delictivos de Liston le produjo cinco centavos limpios de polvo y paja. Al final fue detenido el 14 de enero de 1950, tras un robo con fractura en un sitio de Market Street llamado Unique Cafe. Habían conseguido treinta y siete dólares.

Veinticinco minutos después del robo, un policía joven llamado David Herleth detuvo a Liston cuando salía corriendo de un asador, camino de su casa, a la una de la madrugada. La única arma que llevaba encima era un atado de monedas. Lucía, por supuesto, su camisa amarilla.

Liston resultó condenado por dos delitos de robo y dos hurtos. La condena fue de cinco años en la penitenciaría del estado de Missouri, un gigantesco edificio de ladrillo visto que hay a orillas del río, en Jefferson City. Empezó a cumplir sentencia en junio de 1950. Según el cómputo del propio Liston, tenía en aquel momento veinte años. El St. Louis GlobeDemocrat dijo que tenía veintidós.

Ni siquiera en sus momentos de mayor dramatismo sobre su propia vida llegó Liston a quejarse de la cárcel. Siempre dijo que la comida de la trena era la mejor que había comido en su vida –afirmación que adquiere toda su relevancia si tenemos en cuenta que los presos de la prisión estatal de Missouri se amotinaron, en 1954, por culpa de la mala calidad de la comida–. Liston no había tenido muchas oportunidades de cultivarse ni de adquirir experiencia en el campo gastronómico. Cuando, al fin, le dieron la condicional, un amigo, por agasajarlo un poco, lo invitó a cenar pollo.

Liston se quedó mirando al plato como si dentro hubiera uno de los misterios más insondables del universo.

—¿Por qué no comes? —le preguntó su amigo.

—No sé cómo —contestó él.

Quitando unas cuantas peleas en el patio, el comportamiento de Liston en prisión fue bastante bueno. Trabajó en la lavandería y en el servicio de mensajeros internos. Su golpe de suerte más importante consistió en atraerse la atención de los capellanes de la cárcel, primero el reverendo Edward Schlattmann y luego el padre Alois Stevens. En la penitenciaría estatal de Missouri el cargo de capellán traía consigo el de director de deportes. Schlattmann llevó a Liston al gimnasio y guió sus primeros pasos en el boxeo; luego, cuando a él lo trasladaron, la tarea pasó al padre Stevens, quien de inmediato quedó impresionado por la potencia de Liston —dejaba fuera de combate a algunos de sus oponentes sin utilizar más que la mano izquierda—, pero no vio clara la posibilidad de conseguirle pronto la libertad condicional. Liston apenas alcanzaba a expresarse, si no era mediante una mirada asesina. Firmaba con una equis. «Sonny no era más que un muchacho muy grande, muy ignorante y bastante majo», ha dicho Stevens. «*Traté de enseñarle las primeras letras, pero era muy difícil meterle en la cabeza que aquello pudiera servirle para algo. "Te gustará leer los periódicos, cuando hablen de ti", le decía yo; pero no se lo llegaba a creer. Era muy penoso hablando.*»

Liston pronto fue campeón de la penitenciaría, en la división de los pesos pesados. Su entrenador era Sam Eveland, ladrón de automóviles y Guante de Oro por Saint Louis. «*El suyo era un talento natural*», me ha dicho Eveland. «*Le enseñabas un golpe o una técnica y al acabar ese mismo día ya se la había aprendido. Pero ¡pobre Sonny! Lo único que sabía era pelear. Eso era todo. Tenía la mentalidad de un niño de once años, muy crecidito para su edad. Podía ser la persona más agradable del mundo, y luego, de pronto, le daba la vena y se disparaba. Ahora, eso sí: pegaba como una mula, nadie puede negarlo. Al cabo de muy poco tiempo, dentro de la cárcel no había nadie que se quisiera encerrar en el ring con él.*»

El padre Stevens se dio cuenta de que Liston tenía posibilidades, al menos en lo deportivo, de modo que se puso en contacto con el jefe de la sección de deportes del St. Louis Globe-Democrat, Bob Burnes, para que le indicara cuál sería el mejor método de preparación para Liston. El padre Stevens estaba tan poco impuesto en las cosas del boxeo profesional, que incluso le preguntó a Burnes si no sería posible organizar, ya, un combate con el número uno de los pesos pesados, Rocky Marciano. Burnes, tras haberse reído un rato, le indicó a Stevens que fuera a ver a dos amigos suyos: Monroe Harrison, antiguo sparring de Joe Louis, que entonces trabajaba de bedel en un colegio, y Frank Mitchell, editor del semanario Argus de Saint Louis, orientado principalmente a los negros. Harrison y Mitchell se interesaron lo suficiente como para organizar una sesión de sparring dentro de la cárcel: contrataron a un peso pesado local de cierto prestigio, Thurman Wilson, y pusieron proa a la penitenciaría.

Dentro del coche, Wilson le preguntó a Mitchell:

— ¿Cuántos asaltos?

— Los que a ti te parezcan — contestó Mitchell —. Pero no vamos a no dejar al chico en evidencia.

En aquel momento Liston no era, ni con mucho, el púgil que llegaría a ser. No era más que mano izquierda. Como dicen los boxeadores, la derecha sólo le servía para limpiarse el culo. Pero ante Thurman Wilson le bastó y le sobró con aquella izquierda: el directo era un golpe de martillo pilón, y el gancho era mortal de necesidad. Liston había dejado una marca del tamaño de un balón en el saco de entrenamiento del gimnasio de la penitenciaría. En el ring, la marca se la dejó a Wilson, alcanzándolo una y otra vez tanto con el jab como con el gancho. Tras cuatro asaltos de golpes intensivos, Wilson llegó tambaleándose pesadamente a su rincón y le dijo a Mitchell:

— Más vale que me saques de aquí, porque este tío me mata.

Harrison fue al despacho de Burnes a darle las gracias.

— Por fin me has encontrado uno de verdad — le dijo.

Quedaba por resolver el fastidioso problema del encarcelamiento de Liston. Tras todo un año trabajándose a la junta que concede la libertad condicional, en octubre de 1952 el padre Stevens consiguió que Liston saliera de la cárcel, habiéndose comprometido a que él mismo se ocuparía del púgil, con la colaboración de Frank Mitchell y Monroe Harrison. El

arreglo, a la larga, no resultaría tan beneficioso. Mitchell —en Saint Louis no había nadie que no lo supiera— estaba en excelentes términos con el mayor mafioso de la ciudad, John Vitale. Y lo que ocurrió fue que Liston, según se iba haciendo cada vez más conocido, también fue ganando en interés para el hampa.

Al principio, la más estrecha relación de trabajo de Liston fue con Harrison, que era un hombre honrado y muy trabajador, y que estaba deseando ver a Sonny en el buen camino. Lo instaló en un cuarto de la YMCA⁹ de Pine Street y le encontró trabajo en una acerería local. Durante cierto tiempo, este arreglo aportó cierta estabilidad a la vida de Liston. A última hora del día, terminada su jornada de trabajo, entrenaba en el templo masónico local o en el gimnasio Ringside de Olive Street. Fue entonces cuando empezó a entrenarse al son de «*Night Train*», una sinuosa composición que les encantaba a las estriptiseras y que era obra del saxofonista de Saint Louis Jimmy Forrest, también su principal intérprete. (Más adelante, Liston se pasaría al «*Night Train*» de James Brown, una versión más fuerte y más sonora de la misma canción.) Con Harrison en el rincón, Liston empezó a ganar peleas: primero en los campeonatos de los Guantes de Oro, por todo el país, y luego, a partir de septiembre de 1953, ya contra pesos pesados profesionales. Al final, los periódicos empezaron a acercársele. Liston era una posibilidad.

«*Liston es el tipo de persona que necesita comprensión*», confió Harrison a un redactor que fue a verlos a la oficina, situada en un sótano de la escuela

⁹ Nota del T. Young Men's Christian Association, asociación cristiana de jóvenes.

Carr Lane Branch, en Saint Louis. «*Está enviciado en todos los sentidos. ¡Juventud, todo juventud! Necesita a alguien que lo ayude a controlar sus emociones. Hay que mantenerlo ocupado hasta que se le pase tanta juventud y tanta fuerza, como se nos pasa a todos. Ahora, en este momento, es como un leopardo, el animal ese que vive en la selva...*

Necesita entrenamiento. Necesita que lo quieran. Tiene que haber personas, personas adecuadas, que se interesen por este chico y que lo traten como a un miembro más de la familia. Al hablar con él, hay que indicarle de qué hablar. Si no, no tiene conversación alguna.»

Harrison trató de mantener a Liston ocupado y de que no se echara a la calle fuera de las horas de trabajo o de entrenamiento. Oían la radio, jugaban a las damas. Y de vez en cuando Harrison llevaba a Liston al Globe-Democrat, para verse con Burnes.

—Dile al señor Bob que has sido un buen chico —le apuntaba Harrison.

—¿Has sido buen chico? —le preguntaba Burnes.

—Sí, señor Bob —contestaba Liston.

Monroe Harrison intervino en la gestión de Liston a lo largo de diez combates. Hasta que Sonny tuvo que vérselas con un boxeador bastante listo, muy duro y con mucho oficio, llamado Marty Marshall, que le partió la mandíbula y que le ganó por decisión arbitral muy ajustada en un combate a ocho asaltos. Liston solía disculparse diciendo que Marshall lo había pillado con la boca abierta: «*¡Me estaba riendo!*» Pero, al menos por el

momento, el caso fue que sus perspectivas se ensombrecieron. Harrison, por su parte, tuvo que afrontar la decisión de dejarlo. Tenía a su mujer muy gravemente enferma. Estaba en bancarrota. Liston había dejado, con mucho, de ser una apuesta segura. Harrison, en realidad, no tenía más opción que venderle a alguien sus acciones sobre el futuro de Sonny Liston. Se las compró Frank Mitchell por seiscientos dólares.

Unos años más tarde, Mitchell también comparecería ante el comité presidido por Kefauver, pero no hablaría sobre su propio pasado con tanta franqueza como Liston. Tenía sus buenas razones. En su ficha había anotadas veintiséis detenciones. Tenía fama de jugador de ventaja y, lo que es peor, de actuar como tapadera de Vitale. Éste, por su parte, había sido detenido en cincuenta y ocho ocasiones, tres de ellas con condena subsiguiente. Cuando Mitchell fue interrogado acerca de su relación con Vitale, dijo que era una cuestión de amabilidad en el campo de golf, un encuentro fortuito en un recorrido público, combinado con su ferviente deseo de ser cortés.

—Era por parejas, comprenden. Primero empezó la pareja de Vitale, y luego me metieron a mí. No voy a ser yo quien se permita el lujo de discriminar a nadie.

Desde luego que no.

Los dos principales centros de operación del hampa de Saint Louis estaban dirigidos uno por los Sicilianos y otro por los Sirios. El centro siciliano era donde se movía John Vitale. El control del hampa del Medio

Oeste correspondía a Chicago —reino de Bernard Glickman y de su jefe superior, Sam Giancana—. Y Vitale, en cuanto capo de Saint Louis, nunca dejó de rendir su tributo a Chicago. Para el público, Vitale era presidente de la compañía Anthony Novelty, que se dedicaba a la gestión de máquinas tipo «jukebox» y «pinball». Esta operación quedaba en manos de subalternos, porque Vitale se dedicaba preferentemente a la construcción y al mundo del trabajo organizado.

Por mediación de Frank Mitchell, Vitale no tardó en conocer a Liston, a quien consiguió trabajo en una planta de la Union Electric de South County, para descargar ladrillos refractarios. Pero la verdad es que no lo llamaban mucho para ese menester. Su verdadero empleo era otro. Trabajando en colaboración con un malhechor de ciento cuarenta kilos, llamado Barney Baker, Liston recibió el encargo de mantener a raya a los obreros negros. Baker era de Nueva York, pero se movía en torno a diversas organizaciones sindicales y mafiosas, incluida la de Mayer y Jake Lansky en Washington capital.

«En cuanto surgía el más mínimo problema enviaban a Sonny. A veces le bastaba con mirar al tipo de arriba abajo, pero también podía resultar necesario romperle una pierna a alguien», ha dicho Sam Eveland, amigo de Liston en la cárcel. *«En aquellos tiempos, esas cosas no se mantenían muy en secreto.»* Liston se había convertido en un «rompecocos», como se decía entonces en la jerga del sindicato de transportes. Más tarde, Liston reconoció que o muchos de sus nuevos amigos habían estado en la cárcel, o iban derechos hacia ella. *«Nunca supe que hubiera otra clase de personas»*, dijo. *«Me hablaban de médicos,*

y abogados, y grandes hombres de negocio negros, claro, pero ¿cómo iba yo a entrar en contacto con ellos? Eran gente fina y con educación. Yo no tenía educación y sabía muy bien que tampoco era un tipo refinado.»

Los agentes del departamento de policía de Saint Louis que testificaron ante el comité Kefauver pusieron más interés en el asalto que en la sociología de la situación. «*Les zurró la badana a unos cuantos, sí, allá en casa*», declaró el sargento Joseph Moose. «*Pero tampoco fueron tantos. La mayor parte de las veces le bastaba con mirarlos fijamente.*»

Liston también hacía trabajos sueltos para un socio de Vitale, Raymond Sarkis. «*Lo que más hacía era conducir su coche, un Cadillac blanco*», dejó dicho Liston. «*Sé que estaban celosos y que tenían que vengarse metiéndome en la trena.*»

El capitán John Doherty era un policía duro y estaba a cargo de lo que en la ciudad se conocía por el nombre de «*escuadrón para jóvenes delincuentes*». Y no tardó mucho en tener localizado a Liston en calidad precisamente de eso, de joven delincuente. Con el propósito de suprimir la relación entre Liston y los hombres de Vitale, dio instrucciones a sus agentes en el sentido de que aplicaron una tenaz estrategia de acoso. «*Cada vez que le echábamos el ojo encima a Liston y podíamos pescarlo, lo hacíamos*», ha dicho. «*No íbamos a tolerar que anduviera por ahí pegándole a la gente, o robando, y todo el mundo sabía que era a eso a lo que se dedicaba. Habré hablando con Liston unas veinte veces. “¿De dónde vienes?” “No sé.” “¿Adónde vas?” “No sé.” Tratamos de portarnos bien con él. Le dije que tenía grandes posibilidades, pero si vas a asociarte con Vitale y con toda esa pandilla de facinerosos, le dije, nunca te*

ganarás la vida con honradez. No me hizo caso. Es un tipo muy corto. Tiene un temperamento muy maligno.»

Liston declaró que no era solamente que lo arrestaran con frecuencia, haciéndole pasar la noche en comisaría, a veces, sino que también lo amenazaron de muerte. Según él, el capitán Doherty acabó por ordenarle que abandonara Saint Louis, porque, si no «*te van a encontrar en un callejón*». La policía dio mentís a esta afirmación concreta, en su detalle, pero no al asunto en general. James Chapman, segundo de abordo, declaró: «*Doherty se comió el marrón, pero la verdad es que fui yo quien le dije eso a Liston.*»

A la vez que desempeñaba sus cometidos sindicales, Liston también descalabró a unos cuantos hombres en el cuadrilátero. Estaba ansioso de vengar aquella derrota ante Marty Marshall, por reírse. De hecho, se vengó dos veces, con sendos fúreos de combate verdaderamente sañudos. Años más tarde, Marshall ha dicho: «*No hay derecho a pegar a nadie así. Todavía me duele ahora, nada más pensarla... Hay dos partes de mi cuerpo que recuerdan a Sonny Liston: el oído y el estómago. Me llegó con una izquierda al estómago, en el sexto asalto. No fue un verdadero fuera de combate. No, porque me quedé paralizado. No me podía mover. Ni siquiera para caerme.*»

A pesar de todos sus éxitos, Liston seguía sacando de quicio a la policía de la ciudad con su trabajo diurno. Bastaba con ir siguiendo la prensa local para comprender que toda esa serie de enfrentamientos menores entre Liston y la ley tenía que ir en aumento, y la policía no se privaba de expresarlo así en público. El sargento James Reddick, antiguo campeón de los Guantes de Oro, dijo lo siguiente de Liston: «*Anda por ahí*

con una jauría de perros, y quiero que sepa lo mal que le puede salir todo. Como lo agarre un día, lo voy a curar a leches.»

Una de las pocas cosas buenas que le sucedieron a Liston en la vida ocurrió durante una tormenta, en 1956. Geraldine, joven trabajadora de una fábrica de munición, esperaba el autobús bajo la lluvia, calándose hasta los huesos. Liston pasó en su coche y la vio. Lo que ocurrió a continuación debería inscribirse en el libro de Liston como un auténtico hecho de caballería andante: paró, echó marcha atrás, se bajó del automóvil y llevó en brazos a Geraldine hasta colocarla en el asiento delantero. Luego le dijo:

—Eres una señorita muy atractiva. No tienes por qué estar ahí mojándote.

Se casaron aquel mismo año.

Pero 1956 fue también un año de desastres. El 5 de mayo los Liston asistieron a una fiesta. La noche terminaría con Liston pegándole una paliza a un agente de policía, acción que le costó casi un año de estancia en la cárcel.

Liston y su rival, el patrullero Thomas Mellow, coincidieron en sus declaraciones: la pelea había empezado en un callejón y el motivo había sido un taxi. Mellow dijo que cuando vio el taxi aquel, aparcado, le dijo al taxista, un negro llamado Patterson, que circulara, si no quería que lo denunciase. Entonces llegó Liston y le dijo a Mellow:

—Tú qué vas a ponerle una multa.

Según Mellow, lo siguiente que hizo Liston fue abrazarlo como un oso y levantarla del suelo.

—No me doy cuenta de lo que ocurre hasta que no me agarra. Me agarra por sorpresa. Luego me llevan a la parte oscura del callejón y oigo que Patterson dice: «*Quítale la pistola.*» En el forcejeo, los tres caemos al suelo. Liston me saca la pistola de la funda. Patterson le dice: «*Pégale un tiro al hijo de puta del blanco ese.*» Liston me suelta y me apunta a la cabeza con la pistola. Yo trato de apartar el cañón con las dos manos, para no ver el orificio de salida. Dan vueltas a mi alrededor. Yo les grito: «*No dispare.*» Entonces Liston, de pronto, me pega en el ojo izquierdo, no sé si con la pistola o con el puño. Me tuvieron que dar siete puntos.

Mellow salió con un brazo y una rodilla rotos, «por la caída, o porque se liaron a patadas conmigo».

Liston, en su versión, afirma que lo que hizo fue protestar ante el trato que se le estaba dando al taxista, y que a continuación Mellow se volvió hacia él y le dijo: «*Eres muy listo, tú, para ser negro.*» «*Y cuando yo le digo "De listo nada", él echa mano a la pistola y trata de sacarla de la funda, pero yo se la quito,*» declaró Liston. «*Luego dijo que yo estaba borracho, pero ¿cómo va a ser posible que un borracho le impida sacar la pistola a un policía sobrio y bien entrenado?*»

A principios de 1958 Liston había cumplido su sentencia y estaba otra vez peleando. El ritmo de sus victorias era suficiente como para atraerle la atención de hampones más importantes que Vitale e incluso que Bernie

Glickman. Liston accedió a un nuevo «*arreglo de propiedad*», organizado por mafiosos con base en Nueva York (tampoco es que pudiera elegir), y se mudó a Filadelfia para estar más cerca del centro neurálgico del boxeo, que en los cincuenta era tanto como decir Nueva York y su entorno.

El nuevo contrato daba el 52% a Frankie Carbo, la más poderosa figura del boxeo; el 12% a Vitale y al testaferro de Carbo, un tal Frank «Blinky» Palermo; y el 24% restante a Joseph «Pep» Barone, otro «socio» de Carbo, que, a ojos del público, desempeñaría el papel de mánager de Liston. Según un investigador del FBI, William Roemer, al hampa del Medio Oeste le irritó muchísimo haber perdido un púgil de tan enorme potencial.

Un par de años después de la transmisión, según la revista *Vanity Fair*, Sam Giancana voló de Chicago a Atlantic City para asistir a una asamblea de la Comisión, la entidad que regía la delincuencia organizada. Giancana apeló, entre otros, a Thomas «Three Fingers Brown» Lucchese y Carlo Gambino, de Nueva York, pero no le hicieron caso. El propio Carbo era miembro de la familia mafiosa de los Lucchese. Un campeón del mundo en potencia era un valor demasiado grande como para permitir que lo gestionaran en Saint Louis.

Dicho en pocas palabras, Liston fue el último de una larga lista, el último gran campeón que cayó en manos del hampa. Tendría que ser Cassius Clay —que, por aquel entonces, andaba escalando peldaños hacia la condición de aspirante al título— quien rompería las ataduras del boxeo

con la delincuencia organizada. Para él, la sensación de sentirse protegido provendría de la Nación del Islam.

Mucho antes de la ascensión de Frankie Carbo, hubo toda una generación de gángsteres de tiempos de la prohibición que «*llevaron*» boxeadores, promovieron combates, amañándolos en muchos casos, y gestionaron el negocio de las apuestas; gente como Owney Madden, Frenchy DeMange, Bill Duffy, Frankie Yale, Al Capone, Lucky Luciano, Boo Boo Hoff, Kid Dropper, Frankie Marlow, Legs Diamond y Dutch Schultz. Al hampa le gusta el boxeo, porque también éste tiene mucho de actividad marginal. Un dicho del boxeo afirma que hay que ser idiota o estar desesperado para ganarse la vida recibiendo golpes en la cara. Y los boxeadores —porque llegan a este deporte desde los márgenes— resultan fácilmente abordables por quienes se mueven en los márgenes de lo mercantil. Tampoco es muy probable que se quejen demasiado, porque lo cierto es que la vida les ofrece muy pocas opciones. No hay becas para boxeadores; no hay asociaciones de antiguos alumnos esperándolos a la puerta, con la mano extendida.

Paul John Carbo nació en el Lower East Side de Nueva York, en 1904 y se crió, más que en ningún otro sitio, en el Bronx. Hay que decir que la mayor parte de su periodo de formación se la pasó cometiendo delitos menores. A los dieciocho lo detuvieron por asalto y robo. A los veinte fue juzgado por haber dado muerte con arma de fuego, en un billar del 160 de East Street, a un carnicero llamado Albert Weber. Carbo y su víctima se habían enzarzado en una discusión sobre la tenencia de un taxi robado. En

aquella época, a Carbo se le conocía en las calles por todo un surtido de nombres: Frankie Carbo, Frank Fortunato, Frank Martin, Jimmie el Macarroni y Dago Frank. (Su abanico de alias iría creciendo con su poderío. En los cincuenta, según el cartel de búsqueda de la policía, también se llamaba Mr. Fury y Mr. Gray.)

Carbo se trasladó a Filadelfia para evitar que lo detuvieran por aquella acusación de homicidio, pero allí no tardaron en arrestarlo por asalto a mano armada y devolverlo a Nueva York, donde le esperaba el juicio por la muerte de Weber. Lo condenaron por asesinato y lo enviaron a Sing Sing. No parece que hubiera rehabilitación. Cuando salió en libertad condicional, en 1930, se dedicó en cuerpo y alma al oficio de pistolero a sueldo durante las guerras de la Prohibición, trabajando, muy especialmente, al servicio de la división de Brooklyn de Muerte Sociedad Anónima.

En la facilidad con que evitó los juzgados se aprecia el extraordinario talento de Carbo. El 12 de abril de 1933, Max Hassel y Max Greenberg, dos secuaces del barón de la cerveza conocido por Waxie Gordon, fueron hallados muertos por arma de fuego en el Hotel Carteret de Elizabeth, New Jersey. Varios testigos identificaron a Carbo. La policía, tras interrogarlo, lo llevó ante el juez. Pero salió en libertad tras pagar una fianza de 10.000 dólares, y no se volvió a saber del asunto.

Entre los supuestos homicidios de Carbo, el más tristemente célebre (y el que más cerca estuvo de costarle muy caro) se produjo durante la víspera de Acción de Gracias de 1939, en Los Ángeles. La víctima fue Harry

«Big Greenie» Greenberg, miembro, él también, de Muerte Sociedad Anónima y de la banda que Louis «Lepke» Buchalter tenía en Brooklyn. Big Greenie, con cinco tiros en el cuerpo, apareció al volante de su automóvil en una tranquila calle residencial. Ante el gran jurado se presentaron cargos contra Carbo –en calidad de autor de los disparos–, contra Bugsy Siegel –en calidad de conductor del coche que esperaba mientras se cometía el delito– y contra Emanuel «Mendy» Weiss y Louis Lepke, que en ese momento cumplía condena por hechos relacionados con el tráfico de narcóticos –en calidad de cómplices–. El legajo parecía bastante bien instruido, sobre todo en cuanto a la imputabilidad de Carbo. Albert «Tick Tock» Tannenbaum, secuaz de Lepke, declaró bajo juramento que había visto a Carbo disparar contra Big Greenie. Otro malhechor, Abe «Kid Twist» Reles, declaró haber visto a Carbo dirigirse hacia el lugar del crimen y luego salir corriendo. El primer problema de la fiscalía se produjo, no obstante, cuando Kid Twist, hallándose bajo protección policial en el Hotel Half Moon de Coney Island, describió una trayectoria de cinco pisos, desde la ventana de su habitación, para acudir a una cita con la muerte. Aún hoy, la defenestración de Kid Twist sigue siendo un misterio sin resolver, al menos para el departamento de policía de la ciudad de Nueva York. No sería Carbo, en todo caso, quien se atribuyera el mérito. El asunto llegó ante los tribunales en 1942 (con Carbo como único inculpado), y los miembros del jurado llegaron a la conclusión de que no podían dar crédito a Tick Tock Tannenbaum como principal testigo de cargo, por mucho que desconfiaran, también, de las gemebundas pretensiones de inocencia

presentadas por Carbo. Tras cincuenta y tres horas de deliberación, Carbo fue puesto en libertad sin cargos.

Finalmente —según un famoso chivato de la Mafia, Jimmy Frattiano—, en 1947 Carbo recibió instrucciones de matar a Bugsy Siegel, que no había hecho frente a sus obligaciones crediticias con la Mafia italiana. «*Bugsy había levantado el Hotel Flamingo de Las Vegas*», me ha contado Jack Bonomi, «*pero cometió el error de no pagar a sus acreedores. No es muy recomendable hacer semejante cosa. De modo que contrataron con Meyer Lansky la gestión de cobro o, en opción, la muerte de Bugsy. El encargo recayó en Frank Carbo*».

En el tiempo libre que le dejaban las comparecencias ante los tribunales, Carbo había llegado a apoderarse del mundo del boxeo. Tras la caída de la Prohibición, el boxeo era carne fresca, una gran oportunidad. En las ciudades más importantes, como Nueva York, Chicago, Boston y Los Ángeles, había veladas de boxeo prácticamente todos los días de la semana, y, tras la llegada de la televisión, un patrocinador como *Gillette*, con su venta de cuchillas de afeitar, estaba tan ansioso de garantizar noches de boxeo como más adelante, una generación después, lo estaría de sostener el fútbol americano profesional. El mafioso Gabe Genovese le había dado a Carbo su auténtica primera oportunidad, aceptándolo como socio en la gestión de Babe Risko, campeón del peso medio en 1936. Carbo no inventó el método mafioso para la gestión de boxeadores, pero sí que lo pulió en sus detalles, llegando a imponerse de tal modo en su terreno, que en los

años posteriores a la segunda guerra mundial, hasta su detención en 1959, todo el mundo lo llamaba «*delegado del hampa*».

La relación comercial más importante de Carbo era con James Norris, presidente de la International Boxing Commision¹⁰, que en principio se creó para gestionar los contratos de los pesos pesados con aspiraciones al título, tras la retirada de Joe Louis en 1949. Con el tiempo, la IBC acabó haciendo con el control de todos los púgiles, fuera cual fuera su categoría, así como de la Madison Square Garden Corporation. Al menos sobre el papel, Norris y su socio, Truman Gibson, eran los grandes señores del boxeo. Para Norris —que había heredado de su padre una enorme fortuna, cientos de millones de dólares en campos de cereal y en terrenos urbanizables— llevar la IBC venía a ser una especie de hobby. Lo cierto es que casi nunca concertaba un combate sin contar con la aprobación de Carbo, cuya ayuda solicitaba cada vez que algún mánager le ponía pegas en el control del pugilismo.

«*Entre otras cosas*», me dice Truman Gibson, «*Jim Norris se dedicaba a los caballos. Tenía una cuadra llamada Spring Hill Farms y andaba por todos los hipódromos de Nueva York, en contacto con los apostadores italianos. Era un jugador impenitente. En el mundo de los caballos fue donde conoció a Frank Carbo. Poco a poco, se fueron haciendo amigos. El gran misterio, lo que no podrá averiguarse nunca, es cómo llegaron a hacerse tan amigos*».

«*La verdad es que no hay misterio alguno, diga lo que diga Truman Gibson*», me dice Jack Bonomi, asesor del Congreso. «*Norris y Carbo se*

¹⁰ Nota del T. Comisión Internacional de Boxeo (IBC).

hicieron amigos íntimos porque Norris tenía el Madison Square Garden y el Chicago Stadium, además de un montón de dinero, y Carbo tenía en el bolsillo a los púgiles, con sus mánagers respectivos. Se necesitaban mutuamente, y entre los dos tenían completamente dominado el mundo del boxeo.»

Mediante la violencia, aplicada o en grado de amenaza, Carbo se impuso a cientos de boxeadores. Situaba un mánager oculto (individuos como Herman «Hymie the Mink» Wallman, Willie «the Undertaker» Ketchum, Al «the Vest» Weill, Joseph «Pep» Barone) y a continuación se ocupaba él mismo de lo que le interesaba. Si un púgil se negaba a colaborar, difícilmente volvía a encontrar un combate —no digamos un combate con el título en juego—. El castigo por incumplimiento era brutal e inevitable. Ray Arcel, un conocido promotor de combates que ya andaba por los ochenta años, se negó a tratar exclusivamente con Carbo, y, como recompensa, lo golpearon con un trozo de cañería de plomo hasta dejarlo casi muerto. Carbo no toleraba que nada quedase al azar. Él mismo se brindó a meterle los pulgares por los ojos a un promotor de la Costa Oeste que le presentó resistencia. Si había un combate en el que no controlaba a ambos púgiles, hacía que un esbirro suyo comprara a un juez y luego apostaba en consecuencia. Carbo, sin necesidad de hacer grandes esfuerzos, controló los títulos de los pesos ligeros, los welter y los pesos medios durante veinte años, y tuvo agarrados a campeones de la talla de Joe Brown, Jimmy Carter, Virgil Atkins, Johnny Saxton, Kid Gavilán y Carmen Basilio. También ejerció diversos grados de control sobre otros muchos púgiles: sus tentáculos llegaron, con beneficio, nada menos que

hasta Sugar Ray Robinson, Jake LaMotta y Rocky Marciano. Acabaríamos antes enumerando a los boxeadores que no estuvieron bajo su control.

«*Carbo tenía casa en Miami, pero la mayor parte del tiempo vivía con lo puesto*», me dice Bonomi. «*Estaba constantemente en movimiento, yendo de una ciudad a otra, de un hotel a otro. Llegaba a una ciudad, se reunía con sus amigos y socios, veía a diez o quince personas, y luego se refugiaba en algún club nocturno que le gustase.*» Carbo siempre vestía de traje oscuro, camisa blanca de cuello blanco, zapatos con alza y, de vez en cuando, corbatas alusivas al hampa: una de sus preferidas lucía un par de dados y cinco ases de baraja. Medía uno setenta y tres y era todo músculo. Le encantaba enseñar gruesos rollos de billetes de cien y amenazar a sus compañeros de mesa, durante la cena, con el asesinato. «*¿Qué quieres? ¿Un buen golpe en la cabeza?*»

Carbo explotaba a los púgiles tan a fondo como le era posible, y luego, una vez bien exprimidos, los abandonaba. El 5 de marzo de 1959, Johnny Saxton, antiguo campeón del peso welter y una de los primeros grandes nombres que Carbo tuvo en cartera, compareció ante un juez de Nueva York por un robo con fractura que le había reportado exactamente cinco dólares con veinte centavos. Saxton, que en sus tiempos de boxeador había llegado a ganar más de un cuarto de millón de dólares en bolsas, estaba en la bancarrota y le debía 16.000 dólares al Fisco.

— ¿Dónde ha ido a parar todo el dinero que tenías, Johnny? — le preguntó el juez.

— Nunca tuve mucho — contestó Saxton.

— ¿Por qué dejaste el boxeo?

— Porque ya no les hacía falta.

Más adelante, Saxton intentó suicidarse y lo internaron en el Hospital Ancora del estado de Nueva York. Había perdido la razón.

«Se suponía que iba a ganar una pasta con las peleas por televisión, pero nunca la vi», le dijo a un periodista que lo fue a ver a Ancora. *«Nadie me dio nunca más de doscientos dólares a la vez. Y aquí estoy ahora, en un hospital. Eso es lo que me ha dado el boxeo.»*

Para cuando los mánagers ocultos de Carbo se hicieron con el control de Sonny Liston, a finales de los cincuenta, Carbo estaba ya en la fase rutinaria que caracterizó su última época. Había ejercido el poder durante tanto tiempo, que de él ya sólo cabía esperar la decadencia. *«A veces, lo que cuenta no es que sigas o no sigas llevando la batuta»*, diría más tarde Kefauver, refiriéndose a Carbo. *«Lo que cuenta es que el otro piense que la llevas.»*

Carbo montaba su corte itinerante, con todos sus mánagers y secuaces diversos, en sitios como *Goldie Ahearn's*, un restaurante de Washington capital en el que se había infiltrado a fondo una buena cantidad de detectives enviados por Frank Hogan, fiscal neoyorquino en guerra abierta con el delito organizado. Durante una de esas cenas en el *Goldie Ahearn's*, en 1957, Carbo presidía una verdadera asamblea de mánagers: Tony Ferrante, mánager del campeón de los pesos medios Joey Giardinello; Benny Magliano (alias Benny Trotter), promotor de Baltimore; Sam Margolis, que tenía a medias con Blinky Palermo un restaurante de

Filadelfia; y un joven mánager llamado Angelo Dundee. Éste era hermano de Chris Dundee, que se había alzado con el liderazgo entre los promotores de la zona de Miami. Unos años más tarde, Angelo se haría con el púgil más importante de su vida —de la vida en general—, es decir Cassius Clay.

Según iban los agentes infiltrados acumulando pruebas contra el IBC, contra Norris y, sobre todo, contra Carbo, la organización empezaba a presentar claros signos de deterioro, aunque muy ligeros. La negativa de Cus D'Amato a tratar con Carbo, basándose en sus principios, quizá estuviera teñida de hipocresía —D'Amato mantenía una relación de amistad con un apostador llamado Charley Black, que tenía antecedentes penales—, pero sirvió para poner de manifiesto que Carbo no era del todo invulnerable. En una de las cenas de la junta de mánagers de Carbo, Blinky Palermo, muy desesperado, comunicó: «*Lo malo del boxeo, hoy en día, es que hay demasiados comerciantes honrados entrometiéndose en el negocio.*»

En julio de 1958 la oficina de Hogan presentó cargos contra Carbo, acusándolo de gestión «*oculta*» de boxeadores y de arreglo ilícito de combates. Teniendo en cuenta la biografía de Carbo, esta acusación, centrada en las maquinaciones ilícitas relativas a un combate del mes de marzo anterior, en el *Madison Square Garden*, entre Virgil Atkins e Isaac Logart, podía antojarse insignificante. Pero, según Alfred J. Scotti, el desarrollo de este combate «*demostraba de modo inequívoco que Carbo era la figura más poderosa del boxeo. No sólo controlaba a ambos contendientes, sino que también había decidido dónde y en qué condiciones tenía que celebrarse el combate.*».

Es probable que Carbo se percatara de la gravedad de la situación, porque desapareció de la circulación inmediatamente. La policía anduvo dando palos de ciego hasta que por fin pudo seguirle la pista hasta la localidad de Haddon, New Jersey, cerca de Trenton, en mayo de 1959. Allí lo localizaron, en una casa propiedad de la Mafia. Cuando llegaron los policías de paisano, Carbo, pensando que sus compañeros del hampa habían decidido deshacerse de él, trató de escapar por una ventana trasera. Lo capturaron y lo llevaron con las esposas puestas al cuartelillo de la policía local. Los agentes llamaron entonces a Jack Bonomi, de la oficina de Hogan.

—No diré una sola palabra sobre boxeo —le dijo Carbo a Bonomi nada más llegar éste.

—Ya me figuro que no —contestó Bonomi.

Y estuvieron hablando de béisbol.

«*Los policías estaban espantados con Carbo*», recuerda Bonomi. «*Me pidieron permiso para llevarlo a desayunar. Estaban enloquecidos con un tío tan famoso en las manos. Tuve que notificarles que Carbo no sólo no disfrutaría de servicio de restaurante, sino que permanecería esposado y bajo vigilancia armada. Llevaba un año fugado. No se me quitaba de la cabeza aquella fotografía de John Dillinger, justo antes de fugarse, donde aparece junto al fiscal que lo había capturado, y el fiscal está sonriendo de oreja a oreja. No me hacía ninguna ilusión semejante publicidad.*»

A pesar de los muchos años que llevaba escabulléndose de los jueces, Carbo comprendió que esta vez no tenía escapatoria. Se declaró culpable de tres cargos de «*gestión oculta de boxeadores y de arreglo ilícito de combates*» y la sentencia fue de dos años de cárcel. Sus verdaderos problemas con la Justicia no hacían más que empezar. En noviembre de 1959 los federales le pusieron las esposas y se lo llevaron en avión a Los Ángeles, para hacer frente a una serie de acusaciones de extorsión por haber intentado arrebatar por la fuerza a Don Jordan, campeón de los pesos welter, una parte de sus ganancias pugilísticas. Corbo, junto con dos de sus socios, Joe Sica y Louis Tom Dragna, destacados miembros del hampa de Los Ángeles, habían amenazado al mánager de Jordan, Donald Nesseth, así como a otros promotores de la Costa Oeste.

«*Era como un esclavo para ellos*», declaró años más tarde Jordan, refiriéndose a la Mafia. «*Cuando me descartaron, les dije: "No son amigos, son unos perros; ahora son mis enemigos."* Ellos me contestaron: «*Di una sola palabra y eres hombre muerto.*»»

Carbo fue condenado a veinticinco años de cárcel. Cumpliría parte de la condena en Alcatraz y también en la penitenciaría de McNeil Island, junto a la costa de Seattle. Blinky Palermo también fue enviado a presidio, en aquella ronda de condenas. Parece que fue feliz en la cárcel de Leavenworth, llevando el equipo de béisbol.

Con Frank Carbo en la cárcel, Jack Bonomi acabó aceptando la propuesta de Estes Kefauver en tal sentido y se hizo cargo de la investigación federal sobre el boxeo. Así, se puso a la tarea de reunir

pruebas contra los sospechosos habituales, en especial los que aún no estaban en la cárcel. Pronto descubrió que uno de los rincones más contaminados del mundo del boxeo era la prensa especializada.

A lo largo de los años treinta, cuarenta y cincuenta, muchos cronistas deportivos hacían cola en el *Madison Square Garden*, los sábados por la mañana, para recibir el sobre semanal: no era una fortuna, en ningún caso, pero sí el dinero que los promotores consideraban suficiente para que los periodistas hablasen de sus veladas y les dieran una cobertura satisfactoria —evitando, al mismo tiempo, que preguntaran lo que no había que preguntar—. Ciertas noches de pelea, los mismos cronistas deportivos bien podían encontrar otro sobrecito en los asientos que tenían asignados en primera fila de ring. La práctica del soborno organizado no se limitaba al boxeo, ni tampoco puede decirse que se mirara con muy malos ojos. Era parte del negocio. Los equipos de béisbol pagaban periodistas que los acompañaban en los desplazamientos. Los propietarios de hipódromos y locales deportivos repartían regalos de navidad: televisores, lavadoras, juegos de té. En los grandes acontecimientos, como, por ejemplo, las peleas con el título en juego, los jefes de publicidad y los promotores llegaban hasta a ofrecer unas cuantas prostitutas selectas, gratis para los cronistas, con un buen descuento para los simples redactores. Bonomi también oyó decir que algunos de los grandes nombres de la prensa, sobre todo los cronistas, solían aceptar copas y cenas gratis en locales nocturnos como el 21, el *Toots Shor's* y el *Stork Club*.

«Tenía muchísima información», dice Bonomi, «pero tomé la decisión de no forzar que se hiciera pública. Era la mejor opción que podía elegir, en mi calidad de fiscal. Era consciente de que si quería que mis investigaciones llegaran a alguna parte tenía que contar con la prensa, y la prensa tiene muy buena memoria. Lo que estaban ganándose los periodistas era una fruslería, comparado con lo que sacaban los grandes. Concentrarse en la prensa habría equivalido a una verdadera maniobra de dispersión, y habría resultado contraproducente».

Como cabía esperar, no todas las voces que se alzaron desde las páginas de los periódicos coincidieron en la necesidad de aquella investigación. «Además de todo lo que normalmente implica la buena gerencia del país», escribía Red Smith en diciembre de 1956, «el Senado de los Estados Unidos tiene que ocuparse de la carrera espacial, la guerra atómica, el alza incontrolada del coste de la vida, el progreso del comunismo en el mundo, Fidel Castro, las opiniones del obispo Pike sobre el control de natalidad, la deuda nacional, la inquietud reinante en el sector del acero y las elecciones de 1960. Dadas tales circunstancias, es perfectamente comprensible que el senador Estes Kefauver, espíritu inquieto donde los haya, considere necesario combatir el aburrimiento poniendo en marcha una investigación sobre el boxeo».

El propio Carbo trató de entorpecer el proyecto manifestando la misma condescendencia con respecto a Kefauver. Ante el comité, se pasó cerca de dos horas esquivando las preguntas de Kefauver, por el simple procedimiento de recitar una y otra vez la cantinela que su abogado, Abraham Bordsky, le había puesto por escrito:

— ¿Cuál es su profesión? —empezó Kefauver.

—Con la venia, me niego a contestar esta pregunta, no estando obligado a presentar testimonio contra mí mismo —recitó Carbo.

—A pesar de su respuesta, el presidente le insta a usted a que conteste la pregunta.

—Con la venia, me niego a contestar esta pregunta, no estando obligado a presentar testimonio contra mí mismo.

Tras un rato de lo mismo, Kefauver miró a su testigo y le dijo:

—Parece usted una persona inteligente. ¿Comprende bien las preguntas que le estoy haciendo?

—Con la venia, me niego a contestar esta pregunta, no estando obligado a presentar testimonio contra mí mismo —dijo Carbo.

Precisamente un momento antes de que le dieran permiso para retirarse,

Carbo se apartó del guión:

—Hay una sola cosa que me gustaría decir, señor senador —comunicó. —¿Sí?

—Le felicito por su reelección al cargo.

—Es usted muy amable —dijo Kefauver—. Créame que se lo agradezco.

A continuación, el abogado de Carbo pidió que por favor le sirvieran un zumo de naranja a su cliente, que era diabético.

—¿Zumo de naranja? —le preguntó Kefauver.

—Es que no he desayunado —explicó Carbo.

—Ya veo. Pero estamos a punto de terminar, señor Carbo.

—Bueno, es que estoy intentando aguantar todo lo posible —dijo Carbo. —Muy bien —dijo el presidente—. Parece usted una persona muy agradable, señor Carbo.

—Gracias —dijo Carbo.

Kefauver no esperaba grandes revelaciones de Frank Carbo, pero es que tampoco le hacían falta. Puso en marcha las sesiones del comité con admisión, por parte de Jack LaMotta, de haberse dejado ganar en un combate contra Billy Fox, en 1947. LaMotta declaró que había rechazado un pago de cien mil dólares: si regaló el combate, dijo, fue porque, según las normas que para el boxeo prescribía la Mafia, ése era el único modo de acceder a una pelea por el campeonato del mundo. Y era verdad. En cuanto cumplió con su parte del acuerdo, LaMotta pudo enfrentarse a Marcel Cerdan —y derrotarlo— en el Briggs Stadium de Detroit.

Ni que decir tiene que LaMotta llevaba largo tiempo retirado del boxeo cuando presentó este testimonio ante la mesa del comité Kefauver. Sonny Liston, a quien aún quedaba trecho por recorrer antes de llegar a lo

alto, y que seguía siendo propiedad de los pocos subalternos de Carbo que no estaban en la cárcel o pendientes de juicio, no estuvo tan comunicativo.

En última instancia, la verdad es que el gobierno federal no pensaba sacarle demasiado partido a los descubrimientos del comité. Entre 1958 y 1961, la oficina de Frank Hogan —fiscal federal de Los Ángeles— y la comisión Kefauver consiguieron llevar al conocimiento del público la situación en que se encontraba el boxeo, implicando además en el escándalo a todos los principales protagonistas, con excepción de James Norris y su IBC. Para dejar el boxeo completamente limpio, se justificó Kefauver, el departamento de Justicia habría tenido que implantar un control federal respaldado por el FBI. Robert Kennedy, secretario de Justicia en aquella época, se reunió repetidamente con Kefauver y Bonomi, pero acabó dejándoles muy claro que ni él ni su hermano, el presidente, pensaban involucrarse en el asunto. El boxeo estaba demasiado corrompido: hacerse con su control equivalía a provocar un escándalo inevitable.

De modo que el único modo en que Kefauver podía plantearse un caso como el de Sonny Liston era apelando a sus dotes de persuasión moral. Cuando Liston concluyó su testimonio ante el propio Kefauver, Dirksen y el resto del comité, Kefauver tomó la palabra para darle una conferencia paternal, aleccionando al boxeador para que volviera a ponerse en contacto con su antiguo mentor de la cárcel, el padre Stevens, «o cualquier otro buen sacerdote... Dígale usted que necesita un mánager completamente limpio, sin antecedentes, con la licencia en orden; alguien

en quien pueda usted confiar sin reservas y que lo aconseje como es debido».

—Va usted a tener que quitarse de encima a personas como los Palermo y los Vitale, como todos los que se le ha echado a usted encima y le están chupando la sangre —prosiguió Kefauver—. Están abusando de usted, y tiene usted que poner término a esta situación, si quiere llegar a alguna parte.

Más tarde, Liston estuvo haciendo chistes a costa de la sesión del comité, diciendo cosas como: «Voy a tener que buscarme un mánager algo menos potente. Alguien como Estes Kefauver.» Jamás lo hizo, claro. Tras una u otra apariencia de mánager oficial, lo cierto es que Liston nunca se apartó de la sombra de Frank Carbo. Lo paradójico del asunto, como Geraldine Liston solía decir, era que *«si Sonny estaba enganchado con la Mafia, lo cierto es que nosotros no salíamos de pobres»*.

IV

EL DESPOJO

22 de julio de 1963

Liston se retiró al desierto para preparar el segundo combate con Patterson. En principio, se había previsto que la velada se celebrara en Florida, pero luego la trasladaron a Las Vegas, cuando a Liston le hizo falta un periodo de recuperación tras haberse lesionado una rodilla jugando al golf. Las Vegas, en aquellos tiempos, seguía siendo una ciudad de «*autoservicio*»: no existía Spago, ni las pirámides ni las esfinges, ni Statue of Liberty, ni Brooklyn Bridge. No había «servicios culinarios» ni «paseaniños». Los hoteles eran el *Dunes*, el *Tropicana*, el *Hilton*, el *Desert Inn*, el *Stardust*, el *Thunderbird*. Quitadas las camareras de los bares y los lavaplatos, los chicos de la Mafia y las iguanas, ¿podía decirse que allí viviera alguien? Los promotores vieron una buena ocasión en Las Vegas precisamente por lo vacía que estaba. La televisión estaba matando todos los locales pequeños: los *Lauren Gardens* y el *Meadowbrook Bowl* de Newark, el *St. Nick's*, el *Eastern Parkway*, los *Sunny Gardens* de Nueva York. Pero estaba regulado por ley que la retransmisión de los combates no podía cubrir la ciudad donde se celebraban, a no ser que los promotores hubiesen vendido antes todo el aforo. Las televisiones no se avenían fácilmente a oscurecer mercados como Nueva York o Chicago, pero ¿a quién se

eliminaba no dando el combate para Las Vegas? ¿A unos cuantos armadillos? Los casinos, a cambio de publicidad gratuita, con mucho gusto facilitaban alojamiento a precio reducido, instalaciones de entrenamiento, incluso un pabellón provisional, en alguna zona de aparcamiento calcinada por el sol. Las Vegas iba a ser buen negocio.

El último mánager de Liston, Jack Nilton (que antes trabajaba para un concesionario alimenticio de Filadelfia), quería que su pupilo trabajase en condiciones de aislamiento, quizá en alguna instalación del desierto, lejos de la ciudad. Liston no quiso ni oír hablar del asunto. Puede que alguna vez hubiera albergado la ilusión de convertirse en un campeón modélico, de finas maneras y perfectamente entrenado, como Joe Louis o Floyd Patterson, pero ya lo había superado. En Las Vegas, Liston conoció por casualidad a un jugador profesional llamado Irving «Ash» Resnik, «director deportivo» del hotel Thunderbird. Resnik se había criado en Brooklyn y en tiempos había sido una figura del baloncesto. Pero era uno de esos jugadores de baloncesto que se entrenaban para fallar lanzamientos directos, no fuera a ser que alguna vez resultara necesario rebajar un puntito. Según uno de sus mejores amigos, Resnik se fue a Las Vegas, más que por ninguna otra razón, porque le debía por encima de los setenta mil dólares a Albert Anastasia, y no se estaba dando mucha prisa en pagarlos. La deuda era ya tan antigua, que Anastasia le había puesto un contrato. Si logró salvar el pellejo, fue porque un amigo del sector cárnico, Milton Berke, compró al sicario, y porque otro amigo, Charlie «the Blade» White, propietario, con otros socios, del Capri de La Habana, le ayudó a encontrar

trabajo en Las Vegas: primero en El Rancho, luego en el Thunderbird. Casi todos los casinos, en aquella época, estaban en manos del hampa.

Resnik era un tipo de gran tamaño y no le faltaba mucho para los 120 kilos de peso: cuando perdía en el juego, su reacción era agarrar la mesa y volcarla. «*Sí, Ash era un gran chico, pero tenía demasiado temperamento*», me dice Lem Bunker, amigo de Resnik y muy conocido «handicapper» (pronosticador deportivo) de Las Vegas. Por razones publicitarias, y para mejor alimento de su ego, Resnik quería que Liston entrenara en el propio Thunderbird, y se puso inmediatamente a la tarea de convencerlo. En una de sus primeras reuniones con Liston, Resnik hizo que uno de sus secuaces se acercara a ellos, interrumpiera la conversación y le dijera que el sastre lo estaba esperando en su suite.

—Se me había olvidado por completo —le dijo Resnik a Liston—. ¿Te importaría subir conmigo, Sonny? Me tienen que probar unos trajes, pero podemos charlar mientras.

Una vez en la habitación, Resnik hizo que Liston viera el muestrario, que palpara los cachemiras y las sedas, que escogiese.

—Venga, hombre, hazte unos cuantos trajes. Corre de mi cuenta.

En aquella época Liston estaba tan disgustado con el trato de que le habían hecho objeto la ciudad de Filadelfia y la prensa en general, que aceptó la oferta, considerando que era una especie de tributo debido a su categoría de campeón del mundo.

Cuando Resnik y Liston acabaron con el sastre, bajaron a la planta de juego del casino y se encontraron allí con Geraldine, que estaba dando saltos de alegría y chillando de gozo.

— ¡Charles! ¡Charles! ¡No te lo vas a creer! ¡Me he llevado el premio principal! ¡Dos veces!

Junto a ella podía verse a uno de los secuaces de Resnik, con una sonrisa de complicidad en los labios.

Liston se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, pero ¿acaso tenía alguna otra oferta? Cuando Nilon volvió a la carga con su propuesta de ir a entrenar al desierto, como un anacoreta, Liston lo cortó en seco:

— Vete a tomar por culo. Nos quedamos aquí.

De modo que así fue cómo Sonny Liston aceptó la hospitalidad que le brindaba Ash Resnik. Habiendo despachado a Patterson la última vez en dos minutos y seis segundos, no le parecía indispensable gastar mucha energía en la preparación para la revancha. Cumplió con sus habituales ritos en el gimnasio —saltar a la comba a los compases de «*Night Train*», aporrear sacos y punching balls—, pero no hizo trabajar demasiado a los sparrings. Cuando un boxeador tiene que entrenarse a tope para cada combate, es que no va a durar mucho. Y Liston estaba dispuesto a deleitarse en su título de campeón, aunque todavía estuviese por la primera vez que lo ponía en juego. Por lo general, cenaba todas las noches lo mismo: cóctel de gambas, un buen filete (por lo menos), una patata asada y tarta de queso. Le encantaba la tarta de queso.

No iba a ser muy fácil que la gente se interesara en la revancha. Jerry Izenberg, un columnista del *Star-Ledger* de Newark bastante dado a pensarse las cosas, estableció una insólita relación de confianza con Liston y se atrevió a hacerle la pregunta que estaba en la mente de todos los entrevistadores:

—Ese hombre no llegó a tocarte en la primera pelea —dijo—. ¿Va a ser mejor ésta?

Liston hizo una larga pausa —un recurso al que apelaba con frecuencia en su conversación con los demás — y luego dijo, con toda claridad:

—Quien pague por ver este combate será un idiota. Este combate va ser todavía peor que el primero.

Cuanto más andaba con Resnik, menos inclinado parecía Liston a cumplir con las resoluciones que se había hecho en el avión, entre Chicago y Filadelfia, y que luego había comunicado a la prensa. Lo cierto es que empezó a tratar a los periodistas de un modo más despectivo aún que antes, y era muy cruel con sus cuidadores. Robert H. Boyle, enviado especial del *Sports Illustrated* para cubrir el combate, escribió: «*Liston lleva casi un año en posesión del título, y ese tiempo le ha bastado para hacerse inaguantable. Está devolviendo, uno por uno, todos los malos tratos que a lo largo de su vida ha recibido. Los buenos modales le parecen una señal de debilidad, cuando no de cobardía, y recibe los regalos y los favores con el buen humor característico de un sultán exigiendo tributos. Todo su discurso consiste en unos*

cuantos gruñidos despectivos de vez en cuando. Así se comporta con todo el mundo. En lo que a los periodistas se refiere, siempre puede alegar lo mal que lo han tratado ellos a él, por culpa de sus antecedentes. Pero eso no justifica el modo en que trata a los limpiabotas, a los porteros, a las doncellas de hotel, a las camareras. Él, que ha sido un don nadie, debería saber cómo se siente uno cuando lo humillan de esa manera. Pero lo que ha hecho es trasladar a la vida cotidiana la amenaza permanente y la prepotencia que utiliza en el ring para amedrentar a sus adversarios.» El periodista cita a continuación lo que según él le dijo un botones del hotel *Thunderbird*: «*Sonny Liston es un miserable, y no deberían permitirle que alternase con gente decente. Habría que mandarlo de vuelta a África. Bueno, no: pongamos a Mississippi.*»

Liston ni siquiera acató las más antiguas costumbres del pugilismo. Una noche, en Nueva York, estaba comiéndose un filetón en *Toots Shor's* cuando el propio Shor se acercó a su mesa, escoltado por el relaciones públicas del local, Harold Conrad. Shor llevaba decenios acogiendo en su restaurante a lo más granado del periodismo pugilístico y del deporte en general: Jimmy Cannon y Joe DiMaggio, Earl Wilson y Joe Louis eran amigos íntimos suyos. Lo que es más: antes de abrir su propio negocio, Shor regentó un «*speakeasy*»¹¹ llamado *Five O'Clock Club* y propiedad de los mafiosos Owney Madden y George «Big Frenchy» LaMange. Podía afirmarse, por consiguiente, que Liston y él tenían unos cuantos intereses en común. Y, sin embargo, Liston no consideró pertinente levantar los ojos del plato.

¹¹ Nota del T. Local clandestino donde se consumía alcohol, mientras estuvo prohibido por la ley.

—No estrecho manos mientras como —dijo.

Shor se marchó indignado: el mismísimo dueño de La Meca, rechazado por un peregrino. Se volvió a Harold Conrad y le dijo:

—No me vuelvas a traer aquí a este pobre desgraciado.

Unos días antes de la pelea, Cassius Clay voló a Las Vegas en compañía de entrenador, Angelo Dundee. Los antiguos campeones y aspirantes suelen acudir a los combates en que está en juego el título. Clay, sin embargo, no estaba allí por cumplir con ninguna tradición, sino por el mismo motivo que hizo a Jack Johnson perseguir a Tommy Burns hasta Australia. Johnson pretendía poner en apuros al reacio campeón, obligarlo a combatir con él, por pura vergüenza. Clay quería mofarse de Liston y venderse como aspirante número uno, aunque, en su mayor parte, los periodistas siguieran viendo en él poco más que un gran bocazas con muy poquita pegada.

Una tarde, Jack McKinney, amigo de Liston, estaba en el ring con uno de los sparrings del campeón, un tal Leotis Martin. Liston se hallaba cerca del cuadrilátero, mirando lo que hacía McKinney, cuando entró Cassius Clay y le gritó desde el otro lado:

—Hola, Sonny. Ni a McKinney eres tú capaz de ganarle.

«*Aquello fue un dardo envenenado en el corazón de Liston*», recuerda ahora McKinney. «*Todo el mundo se partía el culo de risa, y a Sonny no le gustó absolutamente nada. No vio ningún motivo para reírse, como hacían los demás.*»

Dos o tres noches más tarde, Liston estaba jugando al «crabs»¹² en uno de los casinos. Cassius lo vio, desde la otra punta del salón, y no tardó ni un segundo en echar a andar hacia él. Liston perdía cuatrocientos dólares. Clay se regocijó con la mala suerte del campeón.

—Hay que ver: un oso tan feo y tan grandón como éste, y ni siquiera sabe tirar los dados —dijo, para todos y para nadie en particular.

Liston lo miró. Volvió a lanzar los dados. Otra vez perdió.

—¡No se pierdan al oso grandón! No da una a derechas.

Liston dejó caer los dados y se acercó a Clay.

—Mira, maricona negra —le dijo—: si no quieres que te arranque la lenguaza esa que tienes y te la meta por el culo, más vale que te largues de aquí en los diez próximos segundos.

Algo más tarde, Liston vio a Clay en la sala de juegos del casino.

—No te pierdas esto —le dijo a su amigo McKinney.

El campeón se acercó a Clay y le dio una tremenda bofetada en la cara: un golpe con menos intención de hacer daño que de dejar anonadado al otro.

Clay abrió mucho los ojos.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó a Liston. Para Clay, todo hasta ahora había sido una especie de juego publicitario, un número

¹² Nota del T. Juego que se practica con dos dados en una mesa larga.

orientado a incrementar la venta de localidades para el futuro combate. Liston no lo veía así.

— ¿Que por qué lo he hecho? Porque te pasas de jeta —y, mientras se alejaba, comentó en voz alta:

— Le he llegado al corazón, al gamberro este.

Y era cierto. Clay lo reconoció ante Dundee, ante sus amigos: se había asustado.

Fue un momento como ocurrido en la cárcel, o así tenía que antojársele a un antiguo presidiario: uno de esos momentos en que no te echas para atrás, y el otro sí, y le has ganado, y lo tienes en tus manos, es tu esclavo, te le has comido el hígado, lo has dejado en pelota, no volverá a rechistarte. O eso pensaba Liston.

Aquel suceso del casino le supuso mayor esfuerzo a Liston que la segunda pelea con Floyd Patterson. Los primeros treinta segundos en el ring se los pasó esperando, a ver si Patterson tenía algo nuevo que ofrecer. Luego, teniendo en cuenta que su entrenamiento, sus largas vacaciones al sol, no le aconsejaban prolongar el asunto, y convencido de que el aspirante seguía desprovisto de toda inspiración, tiró al suelo a Patterson con un terrorífico gancho a la mandíbula, seguido de un jab de derecha.

En momentos de mayor tranquilidad, Liston tendía a explayarse sobre la potencia de su pegada y el daño que podía infligir. Tenía una concepción «*blanda*» de la fisonomía humana, de su equilibrio y del modo

en que éste podía verse alterado por el poder de los puños: «Las diferentes partes del cerebro están colocadas como en pequeños cubos. Cuando te pegan un golpe tremendo, flop, el cerebro se sale de sus cubitos, y te quedas K.O. Luego, el cerebro vuelve a meterse en sus cubitos, y te recuperas. Pero si esto pasa demasiadas veces, o una sola, siendo el golpe muy fuerte, entonces empiezas a necesitar ayuda para ir de un sitio a otro.»

Bastaba con verlo allí, con los ojos en blanco, para darse cuenta de que a Patterson se le había salido el cerebro de los cubitos, para no regresar hasta la cuenta de nueve. Entonces logró ponerse en pie, evitando por los pelos que aquel fuese el combate más corto de la historia del campeonato de los pesos pesados.

Apenas había transcurrido otro minuto cuando Liston lanzó una andanada que dejó a Patterson amontonado sobre la lona. Liston había acertado en sus cálculos: maldita la falta que le había hecho entrenarse. La pelea duró cuatro segundos más que la primera vez, aunque, para ser justos, hay que decir que en esta ocasión hubo dos caídas con cuenta hasta ocho. Esta vez, Patterson había subido al ring convencido de que tenía que escuchar a sus preparadores, mantener la distancia, irse calentando, poner a prueba la resistencia de Liston; y volvió a olvidársele todo.

«Fue igual que la última vez», declaró Cus D'Amato. «Le habríamos podido indicar algo que lo ayudara, en el rincón, entre asalto y asalto, pero el tío ese lo noqueó antes de que pudiéramos intervenir.»

«Me sentí estupendamente hasta el momento en que me cazó», dijo Patterson. Pero aquel golpe, el último, le hizo perder temporalmente la capacidad de distinguir entre fantasía y realidad. De algún modo, la sensación de estar K.O., conmocionado, le hizo creer que todos los presentes se encontraban en el ring con él, rodeándolo, como una familia.

«Es como si le tuvieras cariño a todo el mundo», le dijo a Talese, «y te apetece besarlos a todos, hombres y mujeres».

Cuando recuperó el sentido y pudo volver al vestuario, Patterson declaró que amaba el boxeo y que sólo tenía veintiocho años, de modo que estaba dispuesto a empezar otra vez desde el principio, desde abajo del todo. No tenía sentido volver a desafiar a Sonny Liston, o por lo menos no a corto plazo. ¿Quién iba a dar dinero por asistir a otro combate entre Liston y Patterson?

Patterson cumplió con el ritual de la derrota: el consuelo de los familiares y amigos, la conferencia de prensa. Pero no tenía intención de demorarse mucho. Después de su primera derrota ante Liston se había aficionado a volar y se había comprado un pequeño Cessna. De modo que se metió en el coche y emprendió el camino hacia el aeropuerto, con la esperanza de hallarse pronto en casa. Pero cuando Patterson y su copiloto, un fumigador profesional llamado Ted Hanson, se elevaban sobre el desierto de Nevada, los controles empezaron a indicar exceso de temperatura, debido a que llevaban demasiado peso en el compartimento de equipajes. Regresaron al aeropuerto de Las Vegas y, mientras Hanson andaba por ahí buscando un avión de alquiler, Patterson se mantuvo

oculto de los aficionados al boxeo que esperaban los aviones de regreso a sus casas. No tenía la barba falsa a mano, porque la había metido en una maleta, de modo que se acogió a la oscuridad, como hacía cuando era pequeño, en los callejones de Bed-Stuy, en la caseta de la estación del metro de High Street.

Durante el largo viaje de regreso a Nueva York, con paradas en Nuevo México y Ohio, Patterson trató de concentrarse en las operaciones de vuelo, en los instrumentos que tenía delante, pero Hanson tenía que irlo sacando de sus ensoñaciones, una y otra vez. Patterson iba pensando: «*¿Cómo ha podido ocurrir dos veces la misma cosa? ¿Cómo es posible? ¿He estado engañando a todo el mundo, durante todos estos años? ¿He sido campeón alguna vez?*» Y recordó que después del combate se había encerrado en el cuarto de baño durante unos minutos, con los periodistas dando golpes en la puerta, con sus preparadores dando golpes en la puerta, gritando: «*¡Venga, Floyd, sal de una vez!*» Y él lo único que alcanzaba a pensar era: «*¿Qué ha pasado?*» Tantos meses de preparación, de vivir apartado de la familia, de pelas en el gimnasio, de angustia, de dolor... para que todo terminara en un fogonazo.

«*¿Qué ha pasado?*»

La actuación más memorable de aquella noche se produjo justo antes y justo después del combate. A fin de cuentas, Patterson se había derrumbado, y la actuación de Liston había sido como la de un hombre hecho y derecho dándole una paliza a un perro: convincente, pero muy poco satisfactoria.

Antes de la campana inicial, cuando varios púgiles del pasado y del presente iban pasando por el ring, para saludar al público —una antigua ceremonia—, Clay saltó al ring luciendo una llamativa chaqueta a cuadros. Le estrechó la mano a Patterson con alguna reverencia, pero luego, cuando se situó en las cercanías de Liston, levantó los brazos en un teatral ademán de pánico. Si de veras había tenido miedo durante el incidente del casino, en aquel momento saltaba a la vista que ya se la había pasado por completo. Con esos ojos como platos, era evidente que estaba fingiendo. Liston se le quedó mirando. Patterson se rió como si acabara de ver a Charlie Chaplin pisando una piel de plátano y dándose un tremendo batacazo.

Apenas se había levantado Patterson de la lona cuando ya estaba otra vez Clay en el cuadrilátero, brincando de un lado para otro. Se lanzó hacia los micrófonos de la televisión, hacia el micrófono de radio que tenía en la mano Howard Cosell.

—¡Esta pelea ha sido una vergüenza! —se puso a gritar—. ¡Liston es un fraude! ¡Yo soy el campeón! ¡Que me pongan delante al oso feo!

Cuando iba a aproximarse al rincón de Liston, tres policías lo detuvieron.

—¡Lo voy a tumbar en el octavo! —siguió Clay con sus gritos, levantando ocho dedos en el aire—. ¡Que no me hagan esperar! ¡En el octavo!

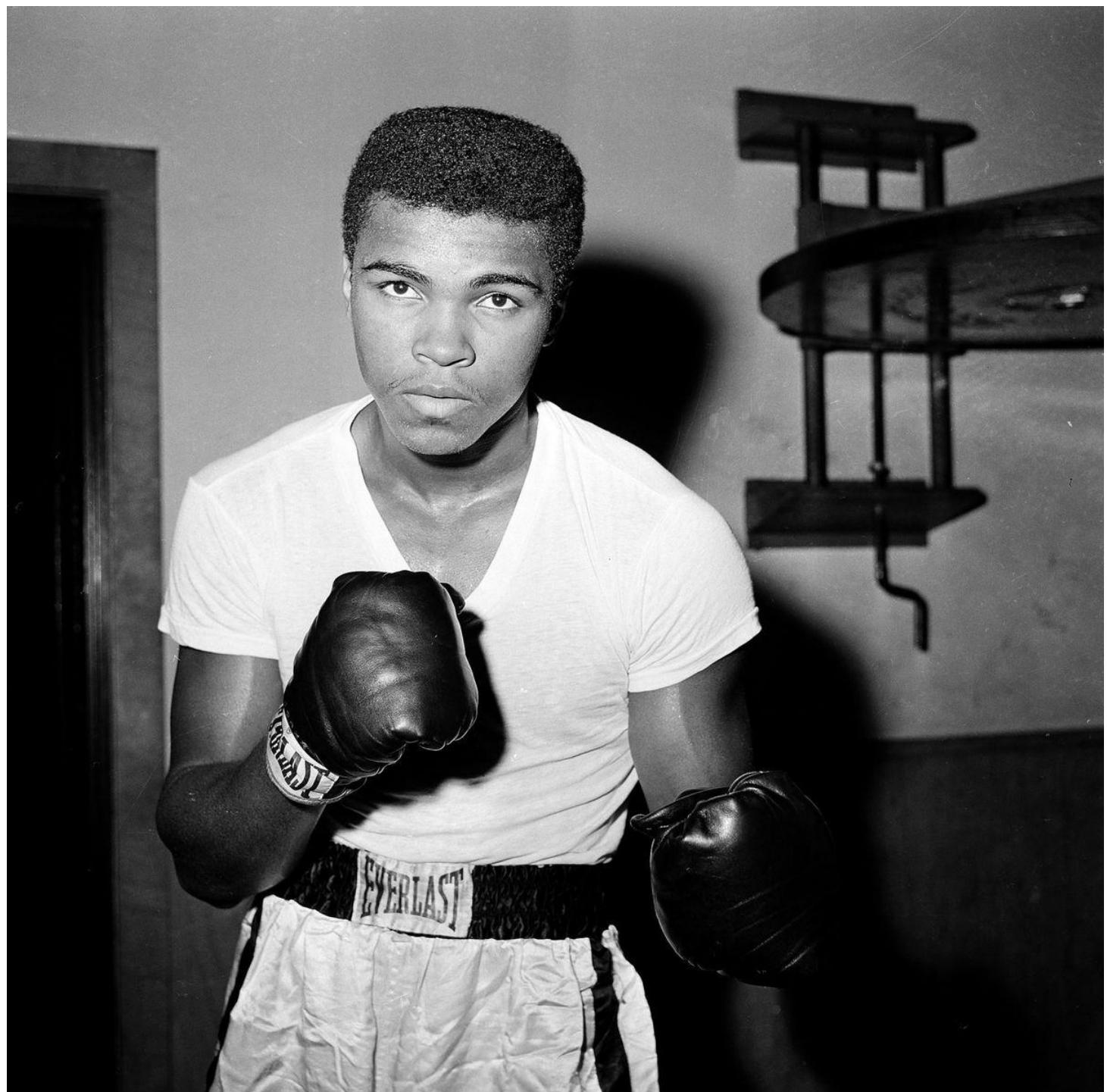
Clay se había traído sus apoyos visuales. Sacó un periódico falso y lo desplegó para que se viera el titular a toda plana: «*Clay tiene una boca muy grande y Sonny se la va a cerrar.*» Sonny Liston lo miraba desde el otro extremo del ring, amusgando los ojos. Hizo un gesto para llamar la atención de su entrenador hacia Cassius Clay, y le dijo:

—Este tipo es increíble. Y va a ser el próximo.

Luego, cuando un periodista le preguntó que cuánto tardaría en derrotar a Clay, su respuesta fue:

—Dos asaltos. Uno y medio para conseguir pillarlo, medio para tirarlo al suelo de un sopapo.

SEGUNDA PARTE



V

EL LADRÓN DE BICICLETAS

Como púgil, como actor, como hombre independiente y como personaje norteamericano original, Cassius Clay iba a rebasar ampliamente el alcance sociológico de Sonny Liston y Floyd Patterson. Ya en principio partió con una ventaja —de índole económica— sobre ellos. El boxeo nunca ha sido un deporte de clase media: es un juego para pobres, para jugadores de máquinas tragaperras, para unos chicos que se lo juegan todo a cara a cruz, que ponen en peligro su salud a cambio de una probabilidad infinitesimal de riqueza y de gloria. Todos los principales adversarios de Cassius Clay —Liston, Patterson, Joe Frazier, George Foreman— nacieron pobres, casi todos ellos en el seno de familias muy numerosas, con el padre en paro, cuando no lisa y llanamente desaparecido. De muchachos, todos pertenecieron a lo que vulgarmente se denomina «*clase baja*». Uno de los componentes menos agradables del «*número*» de Ali fue el modo en que intentó descalificar de su propia raza a un hombre como Frazier, llamándolo «*Tío Tom*» y «*blanco honorario*», cuando Frazier se había criado en la más profunda miseria, en Carolina del Sur. Puede que fuera una broma de Ali, pero a Frazier nunca le pareció especialmente divertida.

Cassius Clay nació el 17 de enero de 1942 y —si atendemos a las circunstancias de tiempo y de lugar vigentes en la Louisville de los años cincuenta, poco después de la segunda guerra mundial— vino al mundo en

una familia de clase media negra. «*Pero clase media negra, clase media negra y del Sur, lo cual en absoluto quiere decir clase media blanca*», nos explica la escritora negra Toni Morrison, ganadora del premio Nobel de literatura en 1993, a quien de joven se le encargó que colaborara en la autobiografía de Clay. Muy cierto, desde luego, pero no menos cierto que Clay nació en mejores circunstancias que quienes habían de ser sus rivales. Cassius Clay padre era rotulista profesional, con incursiones esporádicas en el campo artístico, donde practicaba los murales de tipo religioso y el paisajismo. Nunca le faltó trabajo, por cuenta propia o ajena. La madre de Clay, Odessa, a veces limpiaba casas y hacía de cocinera para los blancos de clase alta, en Louisville («*¡Estábamos encantadísimos con Odessa! ¡Era un miembro más de la familia!*»). Pero su principal tarea consistía en cuidar de su propia casa y de sus críos. Los Clay tuvieron dos hijos: Cassius Marcellus y Rudolph, este último nacido en 1944. Compraron su casa de Grand Avenue, en el West End, cuando aún no habían cumplido los treinta años, por 4.500 dólares. Era una especie de cajonera con un pequeño patio exterior, en un barrio habitado exclusivamente por negros; pero también estaba muy lejos de *Smoketown*, el barrio negro verdaderamente pobre, el situado al suroeste de la ciudad. (La élite blanca de Louisville vivía en el *East End*, en la zona de *River Road*, en *Indiana Hills*, o en *Mockingbird Valley*. La reducidísima élite negra de clérigos, comerciantes y dueños de funerarias vivía en el lado este.) En aquella época, en el West End había calles mal pavimentadas y muchas de sus viviendas eran puras y simples chozas; pero los Clay, aunque jamás llegaron a conocer ni el más mínimo atisbo de lujo hasta que su hijo conquistó el campeonato del mundo, nunca

tuvieron que echar de menos lo más esencial. Los dos chicos iban bien vestidos y estaban bien alimentados. De vez en cuando, Cassius y Rudolph le echaban una mano a su padre, pintando rótulos durante los fines de semana o al salir del colegio, y también hacían algún que otro trabajillo para sacarse un poco de dinero (Cassius barría el suelo para las monjitas, en la biblioteca del Nazareth College). Pero, a diferencia de Sonny Liston y de Floyd Patterson, nunca hubieron de pasar por la terrible angustia de ver hundirse a sus padres.

«No era un chico de esos que andan por ahí lampando por algo de comer», nos dice Lamont Johnson, compañero de colegio de Clay. «En aquellos días, sin duda alguna, su situación era exactamente ésa, clase media negra.»

Cuando se convirtió al islamismo, Ali solía decir que Clay era su nombre de esclavo; lo cual, por descontado, era cierto. Pero también era cierto que la familia lo llevaba con cierto orgullo. Cassius Clay se llamaba así por un abolicionista del siglo XIX, un agricultor de Kentucky que heredó cuarenta esclavos y una plantación llamada *White Hall*, en Foxtown, ciudad de Madison County, Kentucky. Clay era un individuo de dos metros de altura y había tenido mando en tropa durante la guerra con México. Fue al regresar de ésta cuando abrazó el abolicionismo y empezó a editar en Lexington un periódico antiesclavista llamado *The True American*. En su propio estado, fue uno de los primeros en conceder la libertad a los esclavos de su plantación. Clay, haciendo caso omiso de las amenazas de muerte que recibía, se dedicó también a denunciar la esclavitud en una serie de conferencias que pronunció en el propio Kentucky. «Para quienes

respetan las leyes de Dios, tengo este argumento», solía decir, mostrando al público, con gesto teatral, una biblia encuadrernada en cuero. «*Para quienes creen en las leyes humanas, tengo este argumento»,* añadía, poniendo ante los ojos de sus oyentes un ejemplar de la constitución de Kentucky. «*Y para quienes no respetan la ley de Dios ni creen en las leyes humanas, aún me quedan estos otros argumentos.»* Y sacaba a relucir dos pistolas y un cuchillo Bowie¹³. Luego, durante un debate con un candidato proesclavista, Clay recibió una puñalada en el pecho: afortunadamente, llevaba consigo su Bowie, de modo que pudo devolverle la puñalada a su oponente. Lincoln lo envió a Rusia con un cargo oficial, pero al cabo de un año abandonó San Petersburgo y se volvió a casa, a seguir combatiendo por la abolición de la esclavitud. Mantuvo su valor físico hasta el final. A los ochenta y cuatro años se casó con una chica de quince.

Cassius Clay –el chico, el boxeador– creció oyendo contar historias relativas a su tatarabuelo, que se había criado en la finca de Clay, el abolicionista. «Mi abuelo estuvo con el tipo aquel, sí, pero no como esclavo», le dijo en cierta ocasión Cassius Clay, el padre del púgil, a Jack Olsen, que les hizo a él y a su mujer una larga entrevista. (Los padres de Clay murieron ambos en los años noventa.)

La rama materna de la familia era de sangre mezclada, hecho que causaría a Ali no pocos momentos de incomodidad tras su conversión a la Nación del Islam. Ali solía afirmar que la sangre blanca que había en su

¹³ Nota del traductor: Tipo de cuchillo cuya invención se atribuye a James Bowie, un aventurero de Kentucky que murió defendiendo El Álamo.

familia tenía origen en «la violación y el abuso». Pero la realidad era más complicada. Uno de los abuelos de Odessa Lee Grady Clay fue Tom Moorehead, hijo de un hombre blanco y de una esclava negra llamada Dinah. Su otro abuelo era blanco: un tal Abe Grady, inmigrante irlandés del County Clare, que se casó con una negra. Cosa que también hizo su hijo, quien tuvo varias hijas, una de las cuales era Odessa.

Odessa Clay era una mujer de rostro redondeado y de piel más bien clara, muy agradable. Todos los domingos llevaba a sus hijos a la iglesia, y todos los días los adoctrinaba en el principio de que debían cuidar su higiene personal, trabajar mucho y respetar a sus mayores. Clay llamaba Bird (pájaro) a su madre, y ella lo llamaba a él Gee Gee, porque esas fueron las primeras «palabras» que pronunció. (Más tarde, su padre llegaría a la conclusión de que aquel apodo había sido profético, porque anunciaba el triunfo de su hijo en el campeonato de los Guantes de Oro.)¹⁴

La familia Clay estaba muy extendida: cuando se reunían todos, Cassius era el niño bonito, dicharachero, chistoso, el que siempre trataba de atraerse la atención de todo el mundo y nunca dejaba de conseguirlo.

«Siempre fue muy hablador», ha dicho. «Ya desde pequeño lo intentaba con todas sus fuerzas, antes de aprender a decir nada. La gente se reía al oírlo y él ponía caras raras, pero seguía con sus balbuceos, a toda prisa. No comprendo cómo se puede hablar tan de prisa, como un verdadero rayo. Y nunca se quedaba quieto. Se metía en la cama conmigo, a los nueve meses, y un día, al estirarse, como se estiran

¹⁴ Nota del T. Guantes de Oro es «Golden Gloves», en inglés; Gee Gee podría tomarse por una doble enunciación de la letra ge.

los niños pequeños, sólo que él ya tenía sus músculos, me pegó en la boca y me dejó un diente flojo y otro muy dañado, hasta el punto de que me los tuvieron que quitar los dos. Por eso digo siempre que su primer golpe de K.O. me lo dio a mí en plena boca.»

«Le encantaba hablar», explicaba el padre de Cassius Clay. «Volvía a casa y me lo encontraba en el porche, con otros cincuenta chicos. Eso era cuando tenía ocho años. Y era él quien llevaba la voz cantante, quien les hablaba a todos los demás. Yo le decía: ¿por qué no entras en casa y te metes en la cama? Todo un vecindario de chicos y era él quien lo decía todo. Siempre encontraba algo de que hablar.»

Cassius Clay padre era un auténtico gallito, fanfarrón, encantador, artista, siempre lleno de cuentos y de chorradas a prueba de bomba. A todo el que quisiera escucharle (incluidos los periodistas que más adelante acudirían a Louisville en auténticas manadas) le contaba que había sido jeque en Arabia o noble en la India. Clay practicaba sistemáticamente el cuento de la lechera, inventado modos o maquinando artilugios geniales que los sacarían, a él y a su familia, de la mediocridad de Louisville, para dejarlos instalados en un nirvana de barrio residencial. Pero su punto flaco era la botella, y solía ponerse violento cuando bebía. En los archivos policiales de Louisville puede comprobarse que sufrió cuatro arrestos por conducción temeraria, dos por conducta escandalosa y dos por agresión. Odessa llamó tres veces a la policía, diciendo que su marido le estaba pegando en ese momento. «Me gusta empinar el codo de vez en cuando», solía decir el padre de Cassius Clay. No era raro que se pasase la noche de bar

en bar, ligándose alguna chica cuando podía. (Muchos años más tarde, Odessa, harta ya de las inclinaciones mujeriegas de su marido, llegó a pedir con insistencia un periodo de separación conyugal.) John «*Junior Pal*» Powell, dueño de una tienda de productos alcohólicos del West End, le contó a un periodista lo sucedido una noche, cuando el padre de Cassius se presentó en su piso con paso vacilante y la camisa toda manchada de sangre. Una mujer le había clavado un cuchillo en el pecho. Cuando Powell se ofreció a llevarlo al hospital, el padre de Clay se negó a ello con estas palabras: «*Mira, Junior Pal, lo mejor que puedes hacer por mí es lo que hacen los vaqueros en las películas: dame un trago, échame un chorreón en el pecho, y todo irá bien.*» Parece ser que ya desde muy pequeño el joven Clay aprendió a cerrar su mente a este tipo de acaecimientos. Más tarde, cuando ya era, probablemente, la figura más visible y más amistosa con los periodistas que había en el planeta Tierra, seguía eludiendo todas las preguntas excesivamente inquisitivas sobre su padre. A veces llegaba a bromear sobre su tendencia a poner el ojo en mujeres que no eran la suya («*Mi padre es un playboy. Siempre anda con zapatos blancos y pantalones rosa y camisas azules, diciendo que nunca se hará viejo*»), pero sin permitir que los comentarios fuesen más allá. «*Siempre he pensado que Ali sufrió una tremenda herida psicológica cuando era pequeño, por culpa de su padre, y que a consecuencia de ella se cerró mucho*», me dice uno de los más íntimos amigos de Clay. «*Desde muchos puntos de vista, con todo lo brillante y todo lo encantador que es, Muhammad se ha quedado en la adolescencia. Hay mucho dolor en ello. Y aunque siempre haya intentado dejarlo atrás, alejarlo de su mente, lo cierto es que mucho*

de este dolor procede de su padre, del alcohol, de la violencia ocasional, de las broncas.»

El padre de Cassius tuvo que trabajar muy duramente para sacar adelante a su familia, y hubo una época en que sus rótulos se veían por todas partes, en Louisville:

- BARBERÍA JOYCE
- KING CARL: TRES CUARTOS AMUEBLADOS
- B. HARRIS, DOCTOR EN MEDICINA:
- PARTOS Y DOLENCIAS DE LA MUJER

Pero Cassius Clay padre era un artesano lleno de resentimiento. Su mayor frustración era la de no poder ganarse la vida pintando murales y cuadros. No poseía un talento excepcional –pintaba unos paisajes más bien chillones, y sus cuadros religiosos se quedaban a un dedo de lo kitsch –, pero también es cierto que no había recibido la adecuada preparación. Clay padre dejó el colegio en noveno grado, hecho que atribuía, no sin razón, a la escasez de oportunidades de que disfrutaban los negros. A sus hijos solía decírles que el hombre blanco no le había permitido subir, que le había impedido ser un verdadero artista y expresarse plenamente. Nunca se anduvo por las ramas a la hora de verbalizar su desconfianza ante los blancos. Más adelante, es cierto, acusaría a la Nación del Islam de haberles lavado el cerebro y de haber esquilmado a sus hijos, pero en la mesa, cenando, o en los bares, solía explayarse a gusto sobre la necesidad de que los negros dispusieran de su propio destino. Era un profundo admirador

de Marcus Garvey, el principal nacionalista negro de después de la primera guerra mundial, uno de los predecesores ideológicos de Elijah Muhammad. Nunca llegó a alistarse en la organización de Garvey, pero, como muchos hombres de color de los años veinte, admiraba su apelación al orgullo y a la autosuficiencia de los negros, en la que a veces iba implícita la idea del retorno a África.

Como todos los chicos de su generación, Cassius Clay no tardó en aprender que en cuanto se apartara del barrio —para aventurarse, por ejemplo, en el barrio blanco de Portland— tendría que oír cómo lo llamaban «negrazo» o le decían «*vete a tu casa, negrazo*». No le fueron indispensables los discursos de su padre en el comedor para hacerse consciente de la diferencia racial desde muy temprana edad. Kentucky era, y sigue siéndolo, un estado fronterizo entre el Norte y el Sur, bastante complicado. No se incorporó a la Secesión durante la guerra civil, pero estaban claras las simpatías de sus ciudadanos por la Confederación. Kentucky vivía bajo la legislación llamada «*Jim Crow*», aunque quizá no tanto como Mississippi o Alabama¹⁵. En la ciudad, los negros tenían que limitarse a las tiendas de Walnut Street, entre las calles Quinta y Décima. Los hoteles estaban segregados. Las escuelas estaban segregadas de hecho, aunque ya había señales de mezcla, incluso antes del caso *Brown v. Board of Education*¹⁶. Había «*tiendas blancas*» y «*tiendas negras*», «*parques blancos*» y

¹⁵ Nota del T. «*Jim Crow*»: Sistema de leyes y costumbres que imponía la segregación racial y la discriminación en el conjunto de los Estados Unidos, pero con mayor fuerza en el Sur, desde finales del siglo XIX hasta bien avanzados los años sesenta del siglo XX.

¹⁶ Caso de 1954 que dio lugar a una sentencia del Tribunal Supremo norteamericano por la que se declaraba obligatoria la integración escolar en todo el territorio de los Estados Unidos.

«parques negros». En casi todos los grandes cines de la ciudad, como el *Savoy*, los blancos ocupaban las butacas y los negros el gallinero. Los demás cines —*Loew's*, el *Mary Anderson*, el *Brown*, el *Strand*, el *Kentucky*— eran sólo para blancos, y el *Lyric*, para negros. En los transportes públicos, los blancos se sentaban delante y los negros detrás. El parque *Chickasaw* era negro, el parque *Shawnee* era mixto, todos los demás eran blancos. «Así es como vivíamos», cuenta Beverly Edwards, compañera de clase de Cassius. «Dicen que Kentucky es la puerta del Sur, pero la verdad es que no nos diferenciábamos muchos del Sur Profundo, en lo que a cuestiones raciales se refiere.»

Blyden Jackson, escritor negro de Louisville, tenía cuarenta y tantos años cuando Clay era niño. En uno de sus textos nos cuenta que, bajo la legislación Jim Crow, sólo «*a través de una especie de velo llegaba yo a percibir la ciudad prohibida, la Louisville donde vivían los blancos. Era la Louisville de los hoteles céntricos, el patio de butacas de los grandes cines, los institutos cuyo nombre aparecía en los periódicos, los recintos inaccesibles junto a los cuales pasaba a veces —los restaurantes para blancos y los clubes de campo—, la parte de dentro de los bancos y, claro, el santuario interior de las oficinas, a las que no tenía acceso más que como humilde cliente o guardia servil. A este lado del velo, donde yo estaba, todo era negro: las casas, la gente, las iglesias, las escuelas, el parque negro con policía negra...* Me constaba que había dos Louisville y también dos Estados Unidos de Norteamérica. Y sabía perfectamente cuál de los dos países era el mío. Sabía qué cosas no debía hacer, a qué honores no debía aspirar, a qué personas no debía dirigirles la palabra, incluso qué pensamientos no debía jamás albergar en mi mente. Yo era un negro»... De modo que sí, que Cassius Clay

gozó de algunos privilegios que no estaban al alcance de otros chiquillos negros de su tiempo; pero que tales privilegios no eran nada, comparados con las libertades que se le negaban.

Tenía Cassius cuatro años cuando le preguntó a su madre:

— Mamá, cuando subes al autobús, ¿qué ve la gente: una señora blanca o una señora de color?

Con cinco años le preguntó a su padre:

— Papá, voy a la tienda y el dueño es blanco. Luego voy a la farmacia y el farmacéutico es blanco. El conductor del autobús es blanco. ¿Qué es lo que hacen los negros?

Cassius salió muy herido ante las mil adversidades del apartheid norteamericano de mediados del siglo XX. Haber visto cómo le negaban un vaso de agua a su madre en un restaurante del centro, o en el modo en que los blancos se situaban delante de los negros, como por derecho divino, en las colas de la Feria Estatal de Kentucky. La vergüenza de que su madre tuviera que ir a la otra punta de la ciudad, a limpiarles los suelos y los váteres a las familias blancas. El hecho de que los Clay pertenecieran a la clase media negra no los preservaba de tanta indignidad. Clay solía decir que ya a los diez años se pasaba las noches en vela, llorando, preguntándose por qué su raza tenía que sufrir de ese modo.

El incidente racial que más profundamente marcaría a Cassius fue, en el verano de 1955, la muerte de un chico de catorce años llamado Emmet

Till, un hecho de considerable importancia en la crónica del movimiento pro derechos civiles. Emmet Till vivía en Chicago, pero pasaba muchos veranos con unos familiares que tenía en la pequeña localidad de Money, Mississippi. Este estado era, en 1954, un núcleo de reacción contra la sentencia del caso *Brown v. Board of Education* y contra la integración en general. Los dos senadores de Mississippi, James O. Eastland y John Stennis, contaban entre los más virulentos racistas que había en Washington, y el gobernador, J. P. Coleman, acababa de declarar que los negros no reunían condiciones para votar. Más de quinientos negros habían sido linchados en Mississippi desde que se empezó a llevar la cuenta, en 1882. Los veraneos de Emmett eran una grave fuente de inquietud para su madre, que siempre lo aleccionaba sobre la «etiqueta» racial del Sur y la absoluta necesidad de no contestar nunca más que «*sí, señor*» o «*no, señor*», con acento negro, además. Por puro miedo, trató de enseñarle a su hijo todo el protocolo de reverencias y de sobrevivir por los pelos que ya estaba desapareciendo entre las nuevas generaciones crecidas en las ciudades del Norte, como era el caso de Chicago.

Fue a finales de agosto cuando Emmett Till llegó a Money. Un día, en la acera, delante de una tienda de ultramarinos, estando con un grupo de amigos, empezó a contar cosas de su escuela integrada, y sacó de la cartera la foto de una amiga blanca. Uno de los chavales lugareños tuvo la ocurrencia de decir que la cajera de la tienda era blanca, y que a ver si Emmett se atrevía a entrar en el local y dirigirle la palabra. Emmett no sólo aceptó el desafío, sino que luego, al salir de la tienda, se despidió con un

«Adiós, nena». Unos días más adelante, el marido de la cajera, Roy Bryant, acompañado de su hermanastro, J. W. Milam, entró por la fuerza en casa del tío abuelo de Till, Mose Wright, sacó al muchacho de la cama y se lo llevó a rastras a la oscuridad de la calle. Allí le pegaron una paliza terrible, dándole de culatazos, y le exigieron que reconociese lo que había hecho y que pidiera perdón. Ante la negativa de Till, le pegaron un tiro en la cabeza. Con alambre de púas, le ataron al cuello un pesado ventilador de los de aventar el algodón y lo tiraron al río Tallahatchie. La prensa negra, incluidos el *Jet* y el *Chicago Defender*, publicó fotografías del rostro mutilado de Till, y la prensa blanca también incluyó el juicio en sus páginas. Pero la presencia de la prensa en nada contribuyó a que se hiciera justicia. Un jurado compuesto exclusivamente por personas de raza blanca declaró inocente a Bryant y Milam tras sesenta y siete minutos escasos de deliberación. «*Y habríamos tardado menos, pero es que hicimos un descanso para tomar un refresco*», declaró luego uno de los miembros del jurado.

Como tantos otros, Clay padre ardió en indignación ante lo sucedido. También se lo contó a sus hijos, haciendo que vieran las fotografías. Cassius se tomó el crimen como un asunto personal: Till sólo le llevaba un año. Este homicidio contribuyó a reforzar en su interior la noción de que todo muchacho negro de Louisville, en cuanto intentara asomarse al mundo, se vería negado, rechazado, incluso sería objeto de odio. Varias veces, sobre todo en los inicios de su carrera, cuando los periodistas le preguntaban por qué se había hecho boxeador, Cassius contestaba sin vacilación: «*Me metí en el boxeo porque me pareció el modo más rápido en que un*

negro podía abrirse camino, en este país. La escuela no se me daba especialmente bien, tampoco podía jugar al baloncesto o al béisbol, porque para eso hay que ir a la universidad y aprobar exámenes y sacarse un montón de títulos. Un boxeador todo lo que tiene que hacer es ir al gimnasio, dar unos cuantos saltos, hacerse profesional, ganar un título y antes de darse cuenta ya está colocado. Si es lo bastante bueno, sacará más dinero que cualquier jugador de baloncesto o béisbol en toda su vida...» A otro redactor le dijo: «*Me di cuenta de que no había futuro yendo al instituto, ni siquiera a la universidad. No había futuro porque conocía a demasiados que lo habían intentado y ahí estaban, tirados por los rincones. Un boxeador tiene algo que hacer todos los días. Ir al gimnasio, ponerse los guantes, boxear... En las calles, en cambio, no había nada que hacer. Los chicos se tiraban piedras y se pasaban la noche entera a la luz de las farolas, entrando y saliendo de bares de mala muerte, fumando y quitándose las botellas unos a otros. Nada que hacer. Lo intenté un poco, en algún momento, pero lo único que de veras podía hacer era boxear.»*

A principios de los setenta, los lugartenientes de Elijah Muhammad acordaron la publicación de un libro. Habían decidido que ya era el momento de sacar a la luz una autobiografía de Muhammad Ali. De modo que, con el hijo de Elijah Muhammad y el mánager de Ali —Herbert Muhammad— a la cabeza, los Musulmanes¹⁷ le vendieron el libro a la editorial *Random House* por un cuarto de millón de dólares, y tomaron la decisión de que lo escribiera Richard Durham, redactor jefe del periódico de la Nación del Islam, *Muhammad Speaks*. Durham no era musulmán,

¹⁷ Nota del T. Dada las peculiares características de los Musulmanes Negros y el desconocimiento de ellas que cabe suponerle al lector español, en esta traducción escribimos siempre Musulmanes con mayúscula inicial, para establecer una diferencia con los musulmanes tradicionales.

sino que, en todo caso, sus inclinaciones políticas eran más bien marxistas. Y no es que le faltara talento como escritor, pero el hecho es que se vio obligado a hacer por Ali lo mismo que Parson Weems tuvo que hacer por George Washington, en su momento. Parson Weems presentó a los norteamericanos un George Washington mítico, cortando cerezos con su pequeña hacha y arrojando monedas al río Potomac, para resaltar así su pureza moral y sus cualidades físicas. Durham se inventó un Ali cuyo único impulso para ganar el campeonato del mundo era una mezcla de cólera y de reacción ante la injusticia social. Los primeros patrocinadores de Ali, los titulares del Grupo Patrocinador de Louisville, aparecen en el libro como una pandilla de mercaderes blancos sedientos de sangre, que apenas si percibían en el boxeador algo más que una propiedad a la que sacar partido, un purasangre con un buen par de piernas y una estupenda dentadura. Lo que mejor se recuerda de este libro, titulado *The Greatest* (el más grande), es la escena en que Ali, recién regresado de Roma, arroja su medalla de oro al río Ohio, totalmente descompuesto porque le habían negado la entrada en un restaurante y por el acoso de una banda de motoristas blancos.

Ni que decir tiene que el libro contenía muchas verdades. El incidente con los motoristas blancos, sin embargo, nunca existió, y Cassius Clay, en efecto, había extraviado su medalla, pero no tirándola a ningún río. Tampoco puede decirse que hubiera en él mucha tendencia al activismo político, en los primeros años. En una manifestación pro derechos civiles a que asistió en Louisville a finales de los cincuenta, una mujer blanca arrojó

un cubo de agua sobre la gente, empapando por completo a Clay. «*Es la última vez que vengo a una cosa de éstas*», fue lo que dijo el futuro campeón, y el hecho es que a tal promesa se atuvo durante bastante tiempo. Al igual que ocurría en las autobiografías de Joe Louis y Jack Johnson, en *The Greatest* hay una mezcla de verdad y de puro folclore puesto, en este caso, al servicio de Elijah Muhammad y de sus objetivos.

Durham no gozó de mucha libertad en su aportación a la biografía y al mito de Ali. Su texto era un documento de vital importancia para la Nación del Islam. En los primeros tiempos de la Nación, Elijah Muhammad declaró que el boxeo era una actividad especialmente indigna, un feo espectáculo de hombres blancos viendo cómo unos hombres negros se machacaban a golpes; pero con Ali le llegó algo así como un príncipe dentro de una armadura resplandeciente, un grandioso símbolo de la virilidad musulmana, un cartel de leva hecho carne. Toni Morrison, que entonces era editora de Random House —antes de dejar la casa para dedicarse plenamente a sus novelas—, se quedó atónita ante las constantes modificaciones del manuscrito que Elijah Muhammad exigía — modificaciones que en su mayor parte tendían a demostrar que la figura determinante en la carrera de Ali era, invariablemente, Herbert Muhammad—. Ali nunca fue especialmente dado a soltar tacos, pero Herbert Muhammad era más radical al respecto y los tenía totalmente prohibidos. Hubo que eliminar del libro todos los toques de lenguaje normales entre compañeros de gimnasio y vestuario. En un determinado pasaje del primer borrador, la primera mujer de Ali, Sonji, le dice que tiene

que ser más firme con los Musulmanes, empleando esta frase: «*¡El campeón eres tú, estúpido!*» Ni que decir tiene que en la versión final no quedó ni huella del párrafo.

«*Lo que más quebraderos de cabeza me procuró en el proyecto Ali fue la actitud de Herbert, que siempre daba la impresión de estar a punto de hacer algo espantoso*», ha contado Morrison. «*Al final, el libro salió más verdadero que falso. Pero se ganó cierto descrédito, porque Ali dejó de publicitarlo casi en seguida. Quería hacer presentaciones en locales urbanos, pero los gerentes se horrorizaban ante la idea de que una horda de bárbaros negros arrasase sus tiendas. Querían que Ali fuese a los barrios residenciales, y eso a él no le apetecía.*»

«*En cuanto a la historia de la medalla de oro, el hecho es que Ali la declaró falsa nada más salir el libro. Creo que fue en una conferencia de prensa. Le preguntaron algo al respecto, y él replicó: "No tengo ni idea de dónde puede haber ido a parar la medalla."* También dijo que no había leído el libro. De modo que, hasta cierto fue, fue él quien restó credibilidad a la obra, y lo hizo de un modo que no estaba a la altura de las cosas que él mismo le había contado a Richard, o que éste se había inventado para poner en claro algún aspecto importante.»

«*Lo de la medalla olímpica no era verdad, pero tuvimos que aceptarlo como cuestión de fe*», ha explicado James Silberman, que entonces era editor principal de Random House. «*Transcurrido algún tiempo, como suele suceder en estos casos, Ali terminó por creérselo. De joven siempre se tomaba las cosas, incluso los hechos de su propia vida, con una especie de guiño cómplice.*»

The Greatest rebasaba los límites de la credulidad en su intento de aplicar a la Nación del Islam una especie de relato mitológico a lo Paul Bunyan;¹⁸ pero lo cierto es que sí que hay un mito de creación en la carrera pugilística de Cassius Clay. Un mito que, por añadidura, tiene la virtud de ser auténtico. Es la historia de la bicicleta robada.

En una tarde de octubre de 1954, Cassius Clay, que entonces tenía doce años, acudió en bicicleta, con un amigo, al *Columbia Auditorium*, donde se celebraba en aquel momento la convención anual del *Louisville Service Club*, una venta benéfica organizada por comerciantes negros. Los pequeños iban a pasar el rato y, más que ninguna otra cosa, por las palomitas de maíz y los helados gratis que allí se repartían. Cassius, además, estaba deseando que todo el mundo viese su bicicleta nueva, una *Schwinn* de color rojo y negro que había costado sesenta dólares. Los dos chicos estuvieron unas horas recorriendo las casetas y, cuando se consideraron suficientemente aprovisionados, decidieron regresar a casa. Se estaba haciendo tarde. Pero cuando volvieron al sitio donde habían dejado las bicicletas, la *Schwinn* había desaparecido.

Cassius se echó a llorar. Alguien le dijo que en el sótano del edificio, donde el gimnasio —el *Columbia*—, había un policía. Cassius bajó furioso, exigiendo que se organizara inmediatamente una búsqueda de su bicicleta por todo el estado, y advirtiendo a todos que en cuanto le echara la vista encima iba a brear a golpes al chico que le había robado la bici.

¹⁸ Nota del T. Figura folclórica norteamericana: un leñador gigantesco que realiza actos sobrehumanos.

El agente, un hombre de pelo cano llamado Joe Martin, no tuvo más remedio que sonreír ante las amenazas de Cassius. Lo dejó desahogarse. No tenía mucha prisa. Sus amigos lo llamaban «*sargento*», pero de broma, porque la verdad era que en todos sus largos años de servicio nunca había encontrado el momento oportuno para presentarse a los exámenes de ascenso. Vivía bien, con su Cadillac y sus vacaciones en Florida, todos los años. En sus rondas policiales se dedicaba a vaciar de monedas los parquímetros. Luego, en su tiempo libre llevaba el gimnasio y era productor de *Tomorrow's Champions* (los campeones del mañana), un programa local de boxeo aficionado que se emitía los sábados a primera hora de la tarde por la cadena filial de la NBC en Louisville, la WAVE-TV.

Tras haber escuchado durante buen rato las imprecaciones de Cassius y sus proyectos de venganza, Martin le preguntó al chico:

—Todo eso está muy bien, pero ¿sabes pelear?

—No —contestó Cassius—, pero pelearía.

Martin le dijo que lo mejor que podía hacer, quizá, era darse una vuelta por el gimnasio.

—¿Por qué no aprendes un poco a pelear, antes de ir por ahí desafiando a la gente?

Poco después, Cassius empezó a frecuentar el gimnasio de Martin en la calle Cuarta Sur. Y al cabo de seis semanas, tras haber aprendido los rudimentos del boxeo, tuvo su primer combate. Su adversario era otro

alevín, llamado Ronnie O'Keefe. Ambos chicos dieron 40,400 kilos en la báscula. El combate fue a tres asaltos de un minuto. Los chicos llevaban grandes guantes de 14 libras y se estuvieron dando de mamporros hasta que les entró dolor de cabeza. Cassius colocó algunos golpes más y recibió como recompensa un combate nulo. Acogió la decisión gritándoles a todos que pronto sería «*el mejor de todos los tiempos*».

Al principio, Cassius era «*incapaz de distinguir entre un gancho de izquierda y una patada en el culo*», diría Martin más adelante, pero cuando ganó tamaño y fuerza, y cierto sentido del cuadrilátero, empezó a desarrollar ese estilo suyo que sacaría de quicio a los puristas. Muy a la manera de Sugar Ray Robinson, Clay dejaba las manos colgando, imprimía una trayectoria sinuosa a los golpes de izquierda y daba vueltas por el ring andando de puntillas. Su mejor defensa era su rapidez, su insólita capacidad para calibrar el golpe del adversario y apartarse lo justo para que no le acertara, y devolverlo de inmediato. Clay tenía unos ojos excepcionales. Daban la impresión de no cerrarse nunca, de no pestañear, de no dar nunca una pista al adversario. Eran unos ojos que no perdían detalle. Y en el momento en que sus ojos percibían una apertura, una oportunidad de acción, sus manos reaccionaba en consecuencia. Todo esto lo tuvo desde el principio. Martin también vio que Clay no sólo era rápido, sino también valiente y muy capaz de mantenerse frío en las situaciones de crisis. Ocurre incluso entre los púgiles profesionales: el miedo suele dejarlos reducidos a sus instintos más burdos. El miedo hizo que Floyd Patterson se lanzara de cabeza contra los izquierdazos de Sonny Liston. El

miedo explica que George Foreman intentara defenderse de Muhammad Ali con una lluvia de golpes descontrolados, hasta quedarse sin fuerza en los brazos. El verdadero boxeador ha de mantener la cabeza en las crisis, y también esta virtud se manifestó muy pronto en la carrera de Clay.

«*Cassius sabía muy bien cómo pelear cuando estaba en apuros*», le dijo Martin a Jack Olsen, autor de *Black is Best* (lo negro es lo mejor). «*Nunca se dejaba llevar por el pánico, nunca olvidaba mis enseñanzas. Cuando le metían una buena mano, nunca se dejaba llevar por la furia, para lanzarse a una réplica descontrolada, como les pasa a muchos chicos. Recibía el golpe y seguía boxeando, hasta superarlo, como yo le había enseñado.*»

Incurriríamos en exageración si dijéramos que Cassius ya dio muestras de un talento inusual en su combate con Ronnie O'Keefe. Pero un par de años más tarde ya eran evidentes no sólo sus extraordinarias dotes —la rapidez de sus pies y de sus manos, los reflejos sobrenaturales que dejaron impresionados incluso a sus primeros contrincantes y jueces, en el campo amateur—, sino su capacidad de trabajo, muy por encima de lo que hasta entonces se había visto en Louisville entre los deportistas. Desde el momento en que ganó el primer combate, Cassius empezó a contarles a sus padres, al llegar a casa, por las noches, que iba a ganar el campeonato del mundo y que les compraría coches nuevos, y también un sitio nuevo en que vivir; y lo decía no en ese tono de fatalismo lírico tan habitual en las biografías de deportistas («*Y esta carrera va por ti, mamá*»), sino con mucha gracia, como quien no quiere la cosa. Pero no se limitaba a hablar. Cassius, prácticamente, vivía en el gimnasio. No fumaba, no bebía. Hubo un par de

veces, con amigos, en que esnifó las emanaciones de un tanque de gasolina, y ésa fue su única experiencia con los alucinógenos. Era un fanático de la nutrición. Siempre llevaba consigo una botella de agua y ajo, mezcla que, según él, servía para mantenerle la tensión baja y la salud perfecta. A la hora del desayuno optaba por su propia combinación nutritiva: un litro de leche con dos huevos crudos. Y puso en general conocimiento que los refrescos con gas eran tan letales como los cigarrillos.

El hecho de que Clay fuera tan disciplinado, ya a los doce años, convenció a Martin de que el chico tenía futuro como boxeador. Cassius se levantaba a las cuatro o las cinco de la madrugada, corría varios kilómetros y luego, por la tarde, entrenaba en el gimnasio, quedándose mucho más allá de la hora en que sus compañeros se iban a casa a cenar.

«*Lo único que le interesaba era correr, entrenar y hacer guantes*», nos dice Jimmy Ellis, compañero suyo del gimnasio Columbia a quien se le adjudicaría el título de los pesos pesados de la World Boxing Association cuando, a raíz de su negativa a ir a Vietnam, en 1967, desposeyeron a Ali. «*Le daba igual quién fuera, él lo que quería siempre era poder hacer guantes con alguien.*»

«*Decía que su cuerpo era puro, que era un templo, ya de niño*», nos dice una compañera suya de clase, Beverly Edwards. «*Luego, en la cafetería, a la hora de comer, tenía que utilizar dos bandejas, porque cogía seis botellas pequeñas de leche, montones de sándwiches, platos calientes...*

¡Qué barbaridad, lo que podía comer! Pero siempre cosas sanas. Combustible para su boxeo.»

Había algo verdaderamente tierno e ingenuo en Cassius. A pesar de su fuerza y de su creciente fama local —cada vez aparecía con más frecuencias en *Tomorrow's Champions*—, nunca se metía con nadie. No era, ni mucho menos, de los que arman bronca en la calle. El entrenador de fútbol americano estaba interesado en él, pero a él no le interesaba el fútbol. «*¡Se puede uno lesionar, jugando al fútbol!*», decía. «*Y sería malo para mi boxeo.*» Luego, con todo lo guapo que era, tampoco puede decirse que estuviese muy adelantado en lo que a chicas se refiere. Le gustaba juguetear, de vez en cuando le regalaba a alguna chica su alfiler de los Guantes de Oro, y hablaba con ella de casarse y tener hijos, pero estaba perdido en cuanto llegaban momentos más elementales. En su primer curso de instituto salió con una chica llamada Areatha Swint, que era muy guapa y muy lista y que llevaba el pelo como Dorothy Dandridge en *Carmen Jones*.

«Cassius usaba mucho una cazadora azul y gris con una inscripción de los Guantes de Oro», escribió Areatha, años más tarde, en un artículo para el *Courier-Journal* de Louisville. «*Nunca me dijo si le gustaba mi pelo. En aquel momento preciso, estaba más interesado en Floyd Patterson. Tenía sus arranques, sin embargo, como cuando me decía que era la chica más guapa que había visto nunca. Pero, claro, tampoco es que hubiera visto muchas...»*

Cuando llevaban tres semanas saliendo le pidió un beso. «*Era la primera chica a quien besaba en su vida, y la verdad es que no sabía besar. Tuve que enseñarle. Cuando lo hice, se me desmayó. De veras, se me desmayó. Como*

siempre estaba de broma, pensé queería cuento, pero no: se pegó un buen golpe contra el suelo. Tuve que ir al piso de arriba a buscar un trapo frío.»

Cassius, al volver en sí, le dijo: «*Estoy bien, pero esto no va a creérselo nadie, nunca.*»

Muchas de las más duras pruebas a que Cassius se vio sometido ocurrieron en el instituto. En 1957 ingresó en el más importante instituto para negros, el Instituto Central de la calle West Chestnut, en décimo grado, pero sus notas fueron tan mediocres que al año siguiente tuvo que retirarse y luego volver. A pesar de su expediente académico, consiguió imponerse a Atwood Wilson, el fino y distinguido director del instituto. Clay no era precisamente, a ojos de Wilson, el estudiante modelo. Se pasaba el día correteando por los pasillos, haciendo sombra, fanfarroneando, declarándose el mejor de todos los tiempos, encerrándose en el cuarto de baño a boxear delante del espejo. En clase se le iba el santo al cielo y se dedicaba a hacer dibujitos en lugar de tomar apuntes. Pero lo que impresionó a Wilson fue el precoz sentido de la disciplina que poseía Clay, que se levantara antes del alba para atravesar corriendo el parque Chickasaw, con sus zapatos deportivos de puntera metálica y su sudadera, siempre alardeando, pero siempre, también, haciendo buenos sus alardes. Anunció a sus amigos que iba a salir en *Tomorrow's Champions* y que le iba a zurrar la badana a Charley Baker, el chico más duro del West End; y lo hizo, a pesar de que Charley le sacaba unos diez kilos de peso. Clay era un chico muy considerado, que jamás utilizaba sus músculos fuera del cuadrilátero. Wilson tomó la decisión de animarlo. En las reuniones del

instituto, le ponía el brazo en el hombro, delante de todo el mundo, y decía: «*¡Y ahora, señoras y señores, Cassius Clay! ¡El próximo campeón del mundo de los pesos pesados!*» Si alguien se portaba mal en clase,

Wilson conectaba la megafonía y anunciaba en un burlón tono de amenaza: «*Como sigas así te mando a Cassius Clay!*»

Ante la proximidad de la graduación, varios profesores consideraban que Cassius no debía obtener el título, que permitirle terminar sería un mal precedente para los entrenadores, que reclamarían el mismo trato privilegiado para aquellos jugadores suyos que no lograban salir adelante en los estudios. Al final, Wilson tomó la palabra en una reunión del claustro de profesores que se celebraba en el aula de música del instituto, y dijo:

—Llegará el día en que sólo seremos famosos por haber tenido aquí a Cassius Clay y haberle enseñado algo... ¿Se figuran ustedes que voy a aceptar el papel de director del instituto donde Cassius Clay no pudo terminar sus estudios? Él va a ganar en una noche más dinero del que ganamos todos, el director y ustedes, en un año. Por mucho que lo suspendamos aquí, no conseguiremos que fracase en lo suyo. Y desde luego en mi instituto no va a fracasar. Quiero poder decir: «*Yo fui profesor suyo!*»

Cuando Wilson terminó lo que más adelante pasaría a la leyenda del instituto como su discurso de «*salto a la fama*», los profesores, no sin reluctancia, dieron su brazo a torcer. Clay salió del Instituto Central en

1960, haciendo el número 376 de 391, y le concedieron el mínimo rito de paso: un «*certificado de asistencia*». La graduación de Clay fue un acto de generosidad, la deuda de gratitud que los institutos pagan tradicionalmente a su mejor deportista. Atwood Wilson no se hacía muchas ilusiones con Clay. Decenios más adelante, ya en la madurez, Clay seguiría teniendo dificultades para leer. Es el deportista de quien más se ha escrito en este siglo, y, sin embargo, no tenía más remedio que pedirles a sus amigos y a sus preparadores que le leyieran lo que la prensa decía de él. «*Pero, la verdad sea dicha*», declaró Wilson al respecto, «*lo único que Clay va a tener que leer es el impreso de su declaración de hacienda, y eso es algo en que estoy deseando ayudarle*».

A decir verdad, Clay estaba ya entrenándose como un profesional cuando andaba en plena adolescencia. A los dieciocho ya tenía un historial sorprendente para un amateur: cien victorias y solamente ocho derrotas, dos campeonatos nacionales de los Guantes de Oro y dos títulos nacionales de la *Amateur Athletic Union*.

Christine Martin, la mujer de Joe Martin, era quien llevaba a Cassius y algunos otros chicos del gimnasio a los torneos de Chicago, Indianápolis y Toledo, en su Ford ranchera. «*En aquellos tiempos*», le contó un día Christine a un periodista de Louisville, «*los chicos negros no podían entrar en los restaurantes, de modo que era yo quien entraba, pedía las hamburguesas necesarias, por cabeza, y volvía con ellas al coche. Cassius era un muchacho muy fácil de llevar. Muy educado. Le pedía uno algo y lo hacía inmediatamente. Gracias a su madre, claro. Era una mujer maravillosa. En los viajes, casi todos los chicos se*

iban por ahí, a ver qué pescaban, a silbarles a las chicas. Cassius no era partidario. Iba con la Biblia a todas partes, y mientras los demás chicos daban vueltas, él se sentaba a leer».

Martin fue de mucha ayuda (como también otro entrenador local, Fred Stoner), pero, fuera quien fuese quien estuviera en su rincón, Clay era siempre él mismo, su propio estratega, ya en la adolescencia. Mucho antes de que le tomara el pelo a la prensa nacional con sus poemas y sus asaltos psicológicos contra toda la sucesión de sus adversarios, Clay empezó a inventarse. Sus actuaciones estaban al servicio de un doble objetivo: acongojar a su rival y despertar interés en las actividades de Cassius Clay. Metía la cabeza en el vestuario de su contrincante y le anunciaba a voces que más le valía prepararse para una buena somanta. A los doce años, en un torneo ciudadano, se puso a soltarle chorraditas a un boxeador llamado George King, lanzando golpes al aire y preguntándole, una y otra vez: «*¿Crees tú que podrías parar a éste?*» King tenía veintiún años, estaba casado y era padre de un hijo. ¿Quién era ese mocoso de doce años? Cuando se ponía a fanfarronear de sus combates en la televisión local, el público de Louisville se amotinaba contra él, gritando: «*¡Que le cierren la boca! ¡Que le machaquen la nariz!*»

«Me daba igual lo que dijeran, con tal que no dejases de venir a verme pelear», ha dicho Ali. «Era su dinero, y tenían derecho a un poco de espectáculo. Cualquiera me habría tomado por un auténtico boxeador profesional, conocidísimo, diez años más viejo de lo que era.»

Por aquel entonces Ali ya había empezado a declamar los sonsonetes que al cabo del tiempo se convertirían en su auténtica marca de fábrica.

A este tío hay que pararlo.

Yo lo paro en asalto.

Así decía un poema que interpretó para un periodista de *The Courier-Journal*.

El mundo entero se quedaría atónito ante el número de payaso que montó el día de la ceremonia de pesaje, cuando su primer enfrentamiento con Sonny Liston; pero el caso es que él ya llevaba cierto tiempo ensayando el espectáculo, antes incluso de hacerse profesional. En un torneo que se celebró en Chicago en marzo de 1960, Clay acudió al pesaje al mismo tiempo que su adversario, Jimmy Jones, que era quien poseía el título de los pesos pesados de aquella competición.

— Mister Martin, ¿cómo va a andar usted de tiempo esta noche? — le preguntó Clay a su entrenador, para que lo oyera Jimmy Jones.

— Bien, bien. ¿Por qué lo preguntas? — contestó Martin.

— Porque del tipo ese me puedo deshacer en un asalto, si tiene usted prisa — dijo Clay, señalando a Jones —. Si no, puedo hacer que me dure tres, y así boxeo un poco más.

— No tengo ninguna prisa — dijo Martin.

Y, consecuentemente, Clay se tomó su tiempo, aquella noche, antes de ganar en el tercer asalto.

A la edad de quince años, en 1957, Clay ya tenía una clara noción de su destino personal. Aquel año estuvo en Louisville, procedente de Miami, un boxeador llamado Willie Pastrano, peso semipesado de cierto prestigio. Venía con su entrenador, Angelo Dundee, para una pelea con John Holman. Una noche, estaba Dundee en su habitación del hotel, con Pastrano, cuando Clay lo llamó por teléfono desde recepción.

«*Yo siempre compartía habitación con Willie, para marcarlo de cerca, no fuera a escapárseme por ahí*», recuerda Dundee. «*No quería perderlo de vista. Cassius dijo, palabra por palabra: "Soy Cassius Marcellus Clay y tengo el campeonato de los Guantes de Oro. He ganado tal y tal cosa."* Luego me comunicó que iba a ganar en la Olimpiada. Yo cubrí el teléfono con la mano y le pregunté a Pastrano si le apetecía recibir al chico.

»—*Por qué no* —dijo él—. *No hay nada en la tele.*»

Cassius y su hermano Rudy subieron, en efecto, a la habitación y se quedaron durante horas y horas, charlando con Dundee y Pastrano. Cassius no hacía más que preguntar cosas sobre los entrenamientos, sobre otros púgiles, sobre cuestiones técnicas. A Dundee el chico le hizo gracia, pero también lo dejó impresionado. «*Tenía tanta fuerza, y tanto interés.*» Dos años más tarde, Dundee y Pastrano regresaron a la ciudad, esta vez para un combate con Alonzo Johnson. Clay tenía entonces diecisiete años y seguía siendo amateur, pero ya no era charlar lo que quería. Ahora quería

hacer guantes con Pastrano. Dundee tenía confianza plena en su púgil, pero no le apetecía nada meterse en líos.

«*No quise que le hiciera de sparring a Willie*», explica Dundee, «*pero Clay se presentaba en el gimnasio y allí se quedaba, esperando, dándome el latazo todo el día, diciéndome: “¿Por qué no me dejas trabajar con tu pupilo?”* No me gusta nada que los amateurs trabajen con los profesionales, y estábamos ya en la semana del combate. Pero el chico tenía tanto entusiasmo, que acabé por dar mi brazo a torcer, un poco, y le di permiso para un par de asaltos. ¿Qué podía pasar, a fin de cuentas? Pasó que Willie no logró encontrarlo. Muhammad, entonces Clay, era de una rapidez increíble. Qué manera de brincar. Te crees que es rápido, cuando lo ves ahora, en sus últimos combates, pero eso no es nada comparado con cómo era de joven. Bang, bang, y fuera. ¿Tenía pegada? Todo el mundo tiene pegada. Quiero decir: cualquiera que pese más de 86,183 kilos¹⁹ tiene pegada. La clave está en acertarle al otro tío cuando menos se lo espera. Cuando Willie se bajó del ring, le dije: *“Estás hecho polvo, Willie. Se acabó el entrenamiento.”* Y él me contestó: *“Mierda, qué somanta me ha dado el chico este.”*»

¹⁹ Nota del T. Límite inferior de la categoría de los pesos pesados.

VI

LA EXUBERANCIA DEL SIGLO XX

En el verano de 1960, un poco antes de los Juegos Olímpicos de Roma, un joven periodista llamado Dick Schaap salió de su despacho de Madison Avenue, en Manhattan, para encontrarse en un hotel céntrico con dos de las más sólidas esperanzas del equipo norteamericano de boxeo, Cassius Clay y un púgil de Toledo llamado Willie «Skeeter» McLure. Schaap era jefe de la sección de deportes del *Newsweek* y no iba a trasladarse a Roma con todos los demás periodistas, pero sí que quería conocer antes a algunos de los integrantes más prometedores del equipo norteamericano, para hacerse una idea más cabal del modo en que la revista debía cubrir los Juegos.

Schaap conocía a todo el mundo; los deportistas lo adoraban. Les propuso a Clay y McLure pasarse por Harlem y hacerle una visita a Ray Sugar Robinson, que era muy amigo suyo. Era una propuesta especialmente atractiva para Cassius, que había elaborado su estilo pugilístico a partir del principio de que un hombre de gran tamaño podía utilizar las mismas estrategias que un hombre de menor tamaño, como Robinson. Pero no sólo era eso: también sus sueños de lujo estaban basados en Ray Sugar Robinson y sus legendarios Cadillacs, un año de color rosa,

otro de color lavanda. Clay tenía a Robinson por un verdadero ídolo, pero no dio, durante el trayecto hacia Harlem, ninguna muestra de que la perspectiva de encontrarse con él le produjera inquietud. Segundo pasaban las manzanas de edificios, él iba detallando cómo pensaba destruir uno por uno a todos los integrantes de la división de los semipesados, para desembocar en la ejecución sumaria de Floyd Patterson. Y anunció que conquistaría el campeonato del mundo de los pesos pesados antes de haber alcanzado la mayoría de edad.

—Voy a ser el más grande de todos los tiempos —anunció.

—No se lo tome usted a mal —le dijo McLure a Schaap mientras el taxi subía por la Séptima Avenida—. Él es así.

Schaap no se lo estaba tomando a mal, ni mucho menos.

«No tenía más que dieciocho años, pero ya era la persona más llena de fuerza y más viva con quien me había tropezado nunca», nos cuenta. «Era como estar con un gran actor, o con uno de esos políticos que lo dejan a uno electrizado. Una persona con aura, dotada de una especie de energía interior. Y se daba uno cuenta perfectamente de que todos íbamos a oír hablar muchísimo de él en los años venideros.»

Clay, McLure y Schaap se bajaron del taxi frente al bar de Sugar Ray, en la Quinta Avenida con la calle 124. Pero Robinson aún no había llegado. Decidieron matar el tiempo cenando algo y dándose una vuelta por Harlem. No habían caminado mucho cuando vieron a un hombre joven, muy correctamente vestido, predicando, desde lo alto de un cajón, una

doctrina de «comprar negro» y de autoayuda negra, un tema que Clay conocía por su padre (vía Marcus Garvey) y cuyos ecos también se percibían en los discursos de Elijah Muhammad y de Malcolm X. No había nada especialmente radical en lo que aquel joven estaba diciendo —no apelaba al separatismo ni llamaba «demonios de ojos azules» a los hombres blancos—, pero, así y todo, Clay se quedó atónito al ver que alguien se atrevía a expresarse así en plena calle, sin miedo a la policía ni a los racistas blancos.

—¿No va a acabar metiéndose en líos? —preguntó.

Schaap le contestó que no, que aquel hombre no se iba a meter en ningún lío, que en Harlem llevaban muchos años proliferando los conferenciantes como él. Clay se quedó escuchando con gran atención, asintiendo con la cabeza.

A final llegó Robinson, conduciendo el modelo de aquella temporada, un Cadillac color púrpura. Schaap se preguntó cómo se comportaría Clay, si trataría de subírsele a las barbas a Robinson, montándole el numerito de las fanfarrias. Pero Clay estuvo bastante discreto, por no decir vacilante. Robinson no les dedicó más que un momento. Les dijo hola y pasó junto a ellos con gesto de fastidio, muy altanero, para meterse en su bar. Clay puso unos ojos como platos: «*Qué tío, Ray Sugar*», dijo. «*Yo pienso tener dos Cadillacs. Y también un Ford, para diario.*»

Fue más tarde, al recordar el encuentro, cuando Clay se dio cuenta de que Robinson lo había ignorado.

«*Me hizo tanto daño*», declaró, años después. «*Si Sugar Ray hubiese sabido en cuánto aprecio lo tenía yo y el tiempo que llevaba siguiéndolo, a lo mejor no habría hecho lo que hizo...* En aquel momento me dije: «*Si alguna vez soy grande y famoso, y la gente se pasa un día entero esperando para conseguir mi autógrafo, haré todo lo posible por no tratar a nadie así.*»»

La única dificultad que hubo de superar Clay en su participación olímpica fue su miedo a volar. Había logrado ascender en el escalafón amateur a base de viajes en tren y en la ranchera de Martin. ¿Por qué tenía que ser diferente su ascensión al título mundial de los pesos pesados? Martin tuvo que pasarse cuatro horas hablando con él, en Central Park, hasta que logró meterle en la cabeza que no era posible ir a Roma en tren. Podía agarrarse a los brazos de su asiento, podía tomar pastillas, podía gritar y patalear todo lo que le viniera en gana, pero no le quedaba más remedio que ir en avión. «*Al final aceptó volar*», declaró Joe Martin hijo al *Courier-Journal* de Louisville. «*Pero antes se metió en una tienda de excedentes del ejército y se compró un paracaídas. De hecho, lo llevó puesto durante el trayecto en avión. Fue un vuelo bastante agitado, y ahí estaba él, en el pasillo, rezando, con el paracaídas puesto.*»

En Roma se dedicó a pasarlo bien, tanto fuera como dentro del ring. Como de costumbre, se sacó de la manga un sonsonete que recitar, esta vez a costa de la victoria de Floyd Patterson sobre Ingemar Johansson:

Dicen que Suecia

Dicen que Roma

pero al Centro de Rockville

Patterson asoma.

Mucha gente auguraba

que Floyd no podía.

Pero había que verlo

peleando aquel día.

Clay merodeaba por la Villa Olímpica entrando en contacto con gente de todas partes y dejando a todo el mundo encantado con las predicciones sobre su brillante futuro. Daba tal impresión de encontrarse a sus anchas, que al cabo de unos días empezaron a llamarlo, de broma, el alcalde de la Villa Olímpica. «*Sus colegas lo adoraban*», cuenta Wilma Rudolph, que ganó tres medallas de oro para Estados Unidos en las pruebas de velocidad. «*Todo el mundo quería verlo. Todo el mundo quería hablar con él. Y él, hablando sin parar. Yo siempre me quedaba detrás, a ver qué decía.*» Clay se enamoró perdidamente de Rudolph, pero ella estaba comprometida con un velocista. No pasaba nada. Clay vio que McClure le estaba escribiendo una carta de amor, a una novia que tenía en casa, y le pidió que le dejara

dictarle otra parecida para una amiga suya de Louisville. Por entretenerte un rato.

En el ring también lo pasó maravillosamente. Resolvió con toda facilidad sus tres primeros combates. Luego, en la final con un polaco macizo, que regentaba una cafetería y que se llamaba Zbigniew Pietrzykowsky, logró recuperarse de un primer asalto más bien torpe, para ganar por unanimidad la medalla de oro. Al final del combate, el polaco había llenado de sangre los calzones de satín blanco que llevaba Clay.

Clay había cumplido con su misión en Roma, pero lo había hecho con un estilo que había ofendido la sensibilidad de algunos periodistas de más edad. Los hombres como Dios manda tenían que pelear a la manera de Joe Louis y de Rocky Marciano: lanzarse contra el adversario y machacarlo. La memoria boxística de A. J. Liebling abarcaba desde Boxiana, un manual dieciochesco de Pierce Egan, hasta el cronista tunecino del siglo XIV Ibn Khaldun²⁰. A sus ojos, Cassius Clay no carecía de interés, pero dejaba mucho que desear en el sentido histórico. Liebling escribió en el New York Times que Cassius era entretenido de ver, pero que no poseía el factor de amenaza que distingue a los verdaderamente grandes. A Liebling no le molestaban los escarceos poéticos de Clay. Al contrario: no tardó nada en recordar a sus lectores la figura de Bob Gregson, el gigante del Lancashire, que de vez en cuando escribía pareados tan exquisitos como: «*al inglesito que aquí ves / más vale que no lo encontrés*». Era el modo de boxear de Clay lo que mayores dudas sembraban en el ánimo de Liebling. «*Vi lo que hizo Clay*

²⁰ Nota del T. Nacido en Túnez, en efecto, de familia sevillana.

en Roma, y me pareció atractivo, pero sin llegar a demostrar nada», escribió. «Clay tiene un estilo a saltos, como una piedra que rebota en la superficie del agua. Resulta agradable de ver, pero da la impresión de que sólo establece contacto visual. Cierto es que el polaco, al final de los tres asaltos, estaba ya indefenso, incapaz de sostenerse de pie, pero creo que fue porque se quedó sin aliento persiguiendo a Clay por el cuadrilátero, y entonces fue cuando éste lo destrozó... Cualquier púgil que utilice sus piernas tanto como las ha utilizado Clay en Roma corre el peligro de quedarse sin aceleración en combates más largos.»

A pesar de todas las reservas de Liebling, Clay conquistó su medalla de oro, con la palabra PUGILATO escrita en relieve. «Aún lo veo con su medalla, correteando por la Villa Olímpica», nos cuenta Wilma Rudolph. «Dormía con ella. Iba a la cafetería con ella puesta. Nunca se la quitaba. Nadie ha recibido una medalla con tanto placer como él.» La llevaba puesta durante semanas y, en efecto, no se la quitaba ni para dormir. «Era la primera vez en mi vida que dormía boca arriba», contó Clay. «No quedaba más remedio, para no hacerme daño con la medalla.»

Tras la ceremonia de entrega, un periodista de la Unión Soviética le preguntó a Clay, en pocas palabras, cómo se sentía conquistando galardones para un país que no le otorgaba el derecho a comer en el Woolworth's de Louisville.

—Dígales a sus lectores que tenemos gente muy cualificada trabajando en ese problema, y que no dudo de su solución —contestó Clay—. Para mí, los Estados Unidos son el mejor país del mundo, incluido el suyo en la cuenta. A veces puede resultar difícil encontrar algo de comer,

pero por lo menos no estoy combatiendo con aligátores ni viviendo en una húmeda choza de adobe.

Estas palabras fueron reproducidas en decenas de periódicos norteamericanos, como prueba de lo buen ciudadano que era Clay. Más de una década después, el autor de *The Greatest* no descuida la necesidad de explicarle al lector que aquello fue un malentendido. Pero el caso es que Clay lo dijo. Sus palabras no fueron resultado de ningún malentendido, sino muestra de su extrema juventud, del mucho camino que le quedaba por recorrer en los años venideros.

A la mañana siguiente, iba Clay paseando por la Villa Olímpica cuando se dio cuenta de que la gente se apartaba de él para concentrarse en torno a un hombre de más edad.

—¿Quién es ese? —le preguntó Clay a un amigo.

—Floyd Patterson —fue la respuesta—. El campeón del mundo.

—Pues voy a saludarlo.

Clay se acercó a Patterson y procedió a presentarse.

CASSIUS FIRMA

Luego, Clay dijo que se había sentido menospreciado.

—Floyd me dio la enhorabuena con la mano floja, sin apretar —dijo—. Me sentó muy mal. El tipo me insultó, y algún día tendrá que pagar por ello.

Clay voló de regreso a Nueva York, en cuya localidad de Idlewild lo estaba esperando Dick Schaap. Éste se había emocionado viendo a Clay por televisión y estaba más seguro que nunca de que si el boxeo tenía un futuro, ese futuro pasaba por Cassius Clay. Schaap y Clay invirtieron toda la noche, hasta las primeras horas de la mañana siguiente, en una especie de hégira manhattanita, empezando por una galería comercial de Times Square donde encargaron un periódico falso con este titular:

EL COMBATE CON PATTERSON.

—En casa se creerán que es de verdad —dijo Clay—. No notarán la diferencia.

Cenaron en el restaurante de Jack Dempsey, donde Clay se comió un sándwich de roast-beef y un trozo de tarta de queso, para luego manifestar su extraordinario asombro ante lo «elevado» de la cuenta: dos dólares y medio. A continuación cruzaron la calle para tomarse una copa en Birdland: el primer alcohol que Clay tomaba en su vida, una Coca-cola con una gota —literalmente una gota— de whisky. Clay se quedaba encantado cada vez que alguien lo reconocía y lo felicitaba, en el restaurante o andando por la calle. («*¡Me conocen, me conocen!*») Él no dejaba de poner bastante de su parte para que así fuese, porque iba con la chaqueta oficial de los Juegos Olímpicos y la medalla colgando del cuello. Tras un paseo por Harlem, la noche terminó en la habitación que Clay tenía en el *Waldorf-Astoria*, una suite que le pagaba un tal William («pero llámame *Billy*») Reynolds, magnate del aluminio de Louisville. Reynolds estaba totalmente dispuesto a invertir en la carrera profesional de Clay, dejando que Joe

Martin fuera su entrenador y ocupándose él de los aspectos financieros y de gestión. Hacia el final de la estancia de Clay en el instituto, Reynolds le había proporcionado un trabajo de verano sin ninguna complicación, en su finca de las afueras de Louisville. Ahora, en Nueva York, le pagaba el hotel y le ponía un buen fajo de billetes en la mano, para que se lo gastase en Tiffany's – donde Clay, muy contento, compró relojes para su madre, para su padre y para su hermano.

«*No he visto nunca a nadie a quien se le notara tanto que estaba en el séptimo cielo*», ha dicho Schaap, «*como a Clay cuando volvió a casa con su medalla. Estaba tan excitado, que podría perfectamente haberse pasado una semana sin dormir*».

A eso de las dos de la madrugada, cuando ya Schaap lo único que le apetecía era irse a su casa a dormir, Clay se empeñó en que volviesen al Waldorf.

—Venga, anda —dijo—. Vamos a mi habitación y te enseño mi álbum de recortes.

Eso hicieron.

Clay regresó por fin a Louisville, en avión, y en el aeropuerto de Standiford Field lo recibieron como a un auténtico héroe. Aquello era el mayor acontecimiento pugilístico que se había producido en Louisville desde 1906, cuando un chico de la tierra, Marvin Hart, le ganó a Jack Root el título de los pesos pesados. El alcalde, Bruce Hoblitzell, seis animadoras

y trescientos fans recibieron a Clay en la propia pista. Y la ciudad organizó un desfile con veinticinco motocicletas. Clay puso la poesía:

En mi deseo de contribuir a la grandeza de mi país, al ruso le zurre y al polaco también.

Luego por Norteamérica conquisté la medalla y en Italia con Casio me comparaban.

Espantoso, pero a nadie parecía molestarle. Un cordón de coches policiales dio escolta a la caravana, hasta su desembocadura en el Instituto Central. Allí se encargó de recibir al héroe una banda de animadoras, con una enorme pancarta en que podía leerse: «*¡Bienvenido a casa, campeón!*» Atwood Wilson, el director que tantas veces había librado a Cassius de la vergüenza y el fracaso, se plantó ante el micrófono y dijo:

—Habida cuenta del empeño que tantos ponen en minar el prestigio de Norteamérica, hemos de estar muy agradecidos por el hecho de haber podido enviar a Italia un embajador tan excelente.

No manifestó menor entusiasmo el alcalde Hoblitzell:

—Eres la honra de Louisville y de tu profesión —dijo, y una multitud de más de mil estudiantes, profesores y ciudadanos gritó alborozada—. Eres un modelo para los jóvenes de esta ciudad.

Ya en la casa de Grand Avenue, Clay padre cantó el *God bless America*, enseñándole a todo el mundo la nueva decoración de su escalinata: había pintado los peldaños de rojo, blanco y azul. Odessa Clay proclamó que

había llegado de antemano el día de Acción de Gracias y que esa noche cenaban pavo asado.

Durante un tiempo, la vida fue un desfile conmemorativo para Cassius. Transcurridas unas semanas de su regreso a casa, se impuso la tarea de recorrer de nuevo las calles de la ciudad. Lo hizo saludando desde un

Cadillac rosa y declarando a diestra y siniestra:

— ¡Soy Cassius Clay! ¡Soy el más grande!

En un momento dado se volvió en dirección a Wilma Rudolph, que había venido de visita desde Tennessee, y gritó:

— ¡Y la que está a mi lado es Wilma Rudolph! ¡La más grande! — Siéntate — le pidió Rudolph, encogiéndose en su asiento. — Levántate, Wilma, ponte en pie! — No, imposible, no puedo.

Cuando Clay ya la había proclamado como el «más grande» un buen montón de veces, Wilma se levantó de mala gana, agitó la mano y se volvió a sentar. Ni que decir tiene, sin embargo, que fue Cassius Clay quien atrajo toda la atención.

La celebración contribuyó a que no se percibiese el hecho de que Clay despertaba sentimientos ambivalentes en Louisville, algo que se iría agudizando con el tiempo. La Cámara de Comercio de Louisville le dedicó una citación, pero no se avino a patrocinar una cena con él. «*El único motivo es que no tenemos tiempo en este momento*», explicó el secretario ejecutivo, K.

P. Vinsel. Más tarde, muchos residentes en Louisville – especialmente los blancos – se mofarían de la decisión del púgil de convertirse al Islam y cambiarse el nombre, negándose además a incorporarse al ejército y metiéndose, con tan tanta frecuencia como acritud, en temas políticos. En 1978, cuando estaba en el cenit de su fama, el ayuntamiento de la ciudad aprobó la propuesta de cambiar el nombre de la calle Walnut a Boulevard de Muhammad Ali, pero sólo por el estrecho margen de 6 votos contra cinco.

A pesar de que en Roma había reaccionado defendiendo a los Estados Unidos, en la cuestión del racismo, ante la pregunta del periodista soviético, Clay ya era plenamente consciente de que su medalla de oro iba a contribuir muy poco a cambiar las cosas en Louisville. Seguían prevaleciendo las actitudes representadas en la legislación Jim Crow. Poco después de su regreso a casa entró en una cafetería-restaurante y pidió un zumo.

—No puedo atenderle —contestó el dueño.

—¡Pero si es el campeón olímpico! —le dijo uno de los camareros.

—Me importa un bledo quién sea o deje de ser —insistió el dueño—.

¡Sacalo de acá!

Era inevitable que Clay se declarara dispuesto a pasarse al profesionalismo. Necesitaba un mánager y necesitaba respaldo financiero, pero ahora que había ganado el título olímpico, con la correspondiente publicidad a escala nacional, se había convertido en una buena

inversión comercial. Unos años antes, Clay habría ido a parar, con toda probabilidad, a las blandas manos de la Mafia: no le habrían dado tiempo ni a salir de Roma antes de que se lo hubiera llevado a cenar algún lugarteniente de Frankie Carbo, para presentarle una espléndida oferta. Pero ocurrió que los sospechosos habituales del hampa estaban en aquel momento en serios apuros, y quizá por primera vez desde principios de siglos un púgil tan prometedor como Cassius Clay se encontraba en situación de poder elegir mánager y respaldo financiero. Su condición de reo convicto había colocado a Liston directamente en manos de la Cosa Nostra. Clay, en cambio, gozó de mejores recursos, interiores y exteriores, desde el principio.

La familia Clay contrató a una abogada del West End llamada Alberta Jones y, en principio, intentó llegar a un acuerdo con el abogado de William Reynolds, Gordon Davidson. «*Billy Reynolds tenía ya todo el dinero del mundo, y su verdadera motivación no era el beneficio, sino divertirse un poco*», ha dicho Davidson. «*Hicimos un borrador de contrato en que se preveía un salario para Cassius, algo inaudito en aquellos días, y también una reserva de fondos. Por fin alcanzamos un acuerdo. Pero entonces me llamó Alberta para decirme que todo quedaba en el aire. Me quedé absolutamente atónito. No logré comprender por qué.*»

El principal obstáculo era el padre de Cassius, que se negaba a aceptar la inclusión de Joe Martin como jefe de rincón en el acuerdo. De cara a la galería, su oposición a Martin provenía del hecho de que éste nunca hubiera entrenado a un púgil profesional; pero había otro factor más

determinante: Clay padre veía en Martin la encarnación de la policía, de la policía blanca de Louisville que más de una vez lo había arrestado. Todo el acuerdo se disolvió rápidamente en mala fe. Martin, por su parte, pensó que el padre de Clay quería atribuirse el mérito de lo que hacía su hijo, cuando en realidad no había desempeñado papel alguno en el asunto.

—De pronto —dijo Martin, con mucha amargura—, era como si el viejo lo hubiera hecho todo. Y el tipo nunca había dedicado el más mínimo interés a lo que hacía el hijo, hasta que se puso en marcha la publicidad. Es un impresentable. Tiene una gotita de cerebro, como un mosquito.

Al poco tiempo, todo el mundo sabía en Louisville que Martin había quedado eliminado del acuerdo. Sólo unos días después, su vacío lo llenó William Faversham Jr., ex asesor de inversiones, ex actor e hijo de un ídolo de matinées nacido en Inglaterra. (Reynolds, por su parte, fue fiel a Martin y no hizo el más mínimo intento por convencer a Clay si Martin no era parte del acuerdo.) Faversham era vicepresidente de uno de los negocios más importantes de la zona, la destilería Brown-Forman (elaboradores del Old Forester y del Early Times). Él y unos cuantos amigos suyos de Louisville propusieron una reunión a Clay. Faversham le ofreció su apoyo mediante la creación de un grupo en que estarían once de las personas más ricas del estado. El acuerdo era copia casi exacta del redactado originalmente por William Reynolds.

Los miembros de aquel grupo eran, de hecho, los oligarcas de la ciudad: Patrick Calhoun Jr., criador de caballos y presidente retirado de la

American Commercial Barge Line, quien reconoció: «*Lo que yo sé de boxeo, que me lo claven en la nuca.*»

William Sol Cutchins, nieto de un combatiente de la Confederación y presidente de la tabaquera Brown & Williamson.

Vertner DeGarmo Smith, antiguo director de ventas de BrownForman y vendedor de todo lo que se le pusiera por delante, desde bonos a pins de fraternidad, pasando por whisky y sal de mesa.

William Lee Lyons Brown, presidente del consejo de administración de Brown-Forman y casi una caricatura del típico caballero del Sur («*Me pregunto si es usted consciente de que la tía de Cassius Clay trabaja de cocinera para una prima hermana mía?*»).

Elbert Gary Suttcliffe, agricultor retirado, con enormes intereses en la US Steel.

George Washington «Possum» Norton IV, tesorero de la WAVETV, asociada local de la NBC, que emitía *Tomorrow's Champions*.

Robert Worth Bingham, heredero de Bingham, un imperio en el campo de la edición y la radiodifusión al que entonces pertenecía la asociada local de la CBS, el periódico The Courier-Journal y el Louisville Times.

J. D. Stetson Coleman, presidente de una compañía de autobuses de Florida, una firma farmacéutica de Georgia, una fábrica de golosinas de Illinois y una petrolera de Oklahoma.

James Ross Todd, el más joven, a sus veintiséis años, descendiente de una antigua familia de Kentucky que hizo su fortuna —como él decía sin ningún disimulo— «por procedimientos no del todo claros».

Y Archibald McGhee Foster, primer vicepresidente de una agencia de publicidad con base en Nueva York, Ted Bates, que llevaba la cuenta de Brown & Williamson.

Faversham también contrató a Gordon Davidson para «adecentar» el contrato original preparado por Reynolds y utilizarlo en el nuevo acuerdo.

Todos los integrantes del Grupo Patrocinador de Louisville eran blancos, claro está, y actuaban en representación de un cúmulo de antiguas familias entre las que regía la costumbre de enviar a sus vástagos a pulirse en internados y universidades de la Ivy League²¹, antes de volver a casa a recoger lo que hubiese dejado papá. En conjunto, los miembros del grupo representaban las ramas más importantes de la economía ciudadana: el tabaco, el whisky, el transporte, la banca. Casi todos ellos pertenecían al club de tenis Pendennis, de Walnut Street, exclusivo para blancos, y jugaban al golf en clubes de campo también exclusivos para blancos. (Cuando Bill Cutchins llevó a Clay al club Pendennis, recibió una carta oficial de reprimenda.) Eran hombres que vivían en casas estupendas, en Louisville, y que veraneaban en Florida y en Nassau. Personas que hablaban de negocios y de caballos y que rara vez coincidían en ninguna parte con los ciudadanos del West End, salvo que los tuvieran empleados

²¹ Nota del T. Grupo de varias instituciones docentes del este de Estados Unidos, quizás las más prestigiosas del país.

como cocineros o sirvientes. En su mayoría, el Grupo de Louisville se oponía al movimiento pro derechos civiles. Los Bingham, sin embargo, venían a ser la cabeza visible de los liberales blancos de Louisville. Sus editoriales integracionistas les costaban piquetes racistas a la puerta y pedradas a las ventanas. Los deportes preferidos entre los miembros del grupo eran el golf y la caza. En términos generales, bien podía decirse que el boxeo no era precisamente su especialidad. Faversham tenía una levísima relación con el boxeo: en sus tiempos de Broadway, se mantenía en forma acudiendo al gimnasio de Philadelphia Jack O'Brien, donde hacía guantes con otro actor, Spencer Tracy. William Lee Lyons, por su parte, llegó a pelear en Annapolis en la categoría de los pesos pesados, dentro del equipo juvenil. Pero los demás sabían muy poco, por no decir nada en absoluto, del mundo del cuadrilátero. Su principal ventaja era que tenían acceso a los más importantes medios publicitarios de Louisville, gracias, sobre todo, a Possum Norton y Robert Bingham.

Para aquellos hombres, Cassius Clay era un entretenimiento, un signo de integración social, una pequeña inversión, una aventura. Cada uno de los socios aportó 2.800 dólares deducibles de impuestos. En total, habían calculado que el lanzamiento del púgil vendría a costar entre 25.000 y 30.000 dólares. La verdad era que no tenían nada que perder. Uno de los miembros menos idealistas del Grupo Louisville, chorreando franqueza, le contó a un periodista del Sports Illustrated que la motivación colectiva para hacerse cargo de Clay era, en el mejor de los supuestos, un poco cívica y otro poco mercenaria. *«Permítame comunicarle la actitud oficial: damos respaldo*

a Cassius Clay con el fin de contribuir a la mejora del boxeo, para ayudar a un chico de Louisville que se ha portado bien y que se lo merece; y, finalmente, para salvarlo de los gorilas», dijo. «Creo que es verdad en un cincuenta por ciento, pero el otro cincuenta por ciento es un truco para llamar la atención. Lo que yo pretendo es lo mismo que pretenden otros: ganar un montón de dinero. ¿Sabe usted que una pelea entre Clay y Liston podría llevar aparejada una bolsa de tres millones de dólares? Si lo partimos por la mitad, queda un millón y medio para Clay y otro millón y medio para el grupo. Y, lo que es mucho mejor, ciento cincuenta mil para mí.»

Y, sin embargo, por muy cínico que resultase aquello, no era nada comparado con el cinismo habitual entre las gentes del boxeo. Al lado de los mánagers mafiosos de Sonny Liston y de cientos de boxeadores antes que él, el Grupo Patrocinador de Louisville era un coro de ángeles celestiales, una aventura perfectamente enmarcable en el paternalismo a lo Jim Crow. Nada más aceptar el acuerdo, Cassius Clay recibió una prima de inscripción de 10.000 dólares (más que suficiente para comprarles un Cadillac a sus padres), una garantía de 4.800 dólares anuales para los dos primeros años de vigencia del contrato, y un adelanto de 6.000 dólares contra futuros beneficios durante cuatro años, hasta la expiración del contrato en 1966. El acuerdo preveía que los beneficios brutos se repartirían al cincuenta por ciento entre Clay y el grupo, corriendo los gastos de entrenamiento y de viaje a cargo del segundo. El quince por ciento de las ganancias de Clay iría a un fondo de pensiones, que no podría tocar hasta los treinta y cinco años. Esta última disposición, incluida para evitar que

Clay se convirtiera en otro púgil más sin nada en las manos y con la cabeza en las nubes, a veces irritaba a su beneficiario:

«*No quiero ningún dinero en el banco*», llegó a decir más adelante. «*Lo quiero en tierras que pueda señalar con el dedo, una parcela con una casa encima y decir "Mira, eso es mío". Quiero verlo. El banco lo mismo se lo lleva por delante un incendio, o algo así. No quiero meterme en líos de acciones, ni de inversiones, y tener que pasarme el tiempo controlándolo todo.*»

Pero, teniendo en cuenta el modo en que se gastó el dinero, su generosidad con la familia, los amigos y los moscones, a lo largo de los años, el plan de pensiones fue probablemente lo más sensato del acuerdo.

Durante los dos primeros años de vigencia del contrato, las pérdidas fueron muy por delante de los beneficios, y, por prometedor que Clay diera la impresión de ser, algunas noches, lo cierto era que los miembros del Grupo Louisville nunca vieron en su púgil un campeón en potencia, y mucho menos llegaron a adivinar que sería el hombre más famoso de su tiempo. En 1963, aún decía Hutchinson: «*Si alguien me hubiera dicho, hace un año, que Cassius iba a convertirse en una figura internacional, le habría contestado que dejase de fumar marihuana, que le sentaba mal a la cabeza.*» Gordon Davidson, por su parte, dijo: «*Se mire como se mire, aquello, desde el punto de vista financiero, no fue nada del otro jueves. Estamos hablando de un grupo de millonarios que al cabo de los seis años habían invertido más de 10.000 dólares por cabeza – gran parte de ellos deducibles de impuestos –, y que acabó sacando unos 25.000 dólares, en pequeñas porciones.*»

De modo que así, con el respaldo financiero bien organizado, fue como Clay empezó su carrera profesional. El 29 de octubre de 1960, en el *Freedom Hall de Louisville*, venció a Tunney Hunsaker, jefe de policía de Fayetteville, Virginia Occidental, en un combate a seis asaltos. En la preparación de su debú Clay tuvo por sparring principal a su hermano Rudy. Su entrenador para esta pelea fue Fred Stoner, de Louisville, un especialista en boxeo con bastante experiencia. Clay optó por Stoner, en lugar de Martin, más que nada porque era negro. Y, sin embargo, para un campeón olímpico con grandes ambiciones, nada de aquello bastaba, a largo plazo: ni el propio Clay, ni el Grupo Louisville, ni Stoner. Clay tendría que haber sido capaz de noquear a Hunsaker. No iba a ir muy lejos ganando a los puntos contra miembros del cuerpo general de policía de Virginia Occidental.

Uno de los primeros telegramas que Clay recibió tras su victoria en Roma fue el de Archie Moore, que seguía en posesión del título de los semipesados y tenía un campo de entrenamiento en los montes de alrededor de San Diego. Moore atraía a Clay como boxeador, pero también como personaje. Y también le gustaba al Grupo Patrocinador de Louisville, porque una vez que Clay estableciera su residencia en California, el contrato se haría firme. A diferencia de otros estados, en California regía una disposición legal por la que los menores empadronados en el estado podían contraer obligaciones contractuales y, además, conseguir que un tribunal controlara sus ingresos hasta la mayoría de edad. (Esta ley se estableció primordialmente para la protección de los actores infantiles.) En

otros sitios, los menores podían ignorar sus contratos a capricho; y, al mismo tiempo, sus ganancias no estaban protegidas contra los familiares avariciosos, o cualquier otra persona con autoridad legal. La variante californiana era del gusto de ambas partes.

Moore siempre había sido un púgil inteligente, pero, a fuerza de años y habiendo perdido parte de su vigor, en aquel momento era ya un Euclides del cuadrilátero, un sabio de los ángulos, un experto en eludir la agresividad de los más jóvenes e impacientes, para acabar derribándolos de un solo golpe certero. También le encantaba charlar. La verborrea de Clay estaba tomada de su padre, y la tendencia a hacer el payaso le venía del patio de recreos —fue el primer rapero, precursor de Tupac Shakur y de Puff Daddy—. Moore, en cambio, adoptaba la entonación afectada de un inglés de vodevil, manchando con la sangre del boxeo el refinado encaje de su sintaxis. (Había poco misterio en el hecho de que Moore fuese el favorito de A. J. Liebling. La manera de hablar de Moore se parecía a la prosa de Liebling, y no podía uno dejar de preguntarse si, consciente o inconscientemente, no habían creado una especie de simbiosis literaria entre ellos.)

Clay, en principio, pretendió que fuese Robinson quien lo entrenara, pero éste, como figura más remota que era, no le dio importancia. De modo que unos días después de haber despachado al policía Hunsaker, Clay salió con rumbo a Ramona, California, donde estaba el campo de entrenamiento que Moore llamaba Salt Mine, la mina de sal. A Clay le encantó el paraje. El gimnasio, llamado Bucket of Blood, el cubo de sangre, era un establo de

buenas dimensiones, con una calavera pintada en la puerta. En los alrededores había una considerable cantidad de rocas, convertidas en monumentos a grandes púgiles del pasado, porque alguien se había dedicado a pintar en ellas los nombres de boxeadores como Jack Johnson, Ray Robinson y Joe Louis. Años más tarde, cuando Ali tuvo su propio campamento, en Deer Lake, Pensilvania, copió la idea de las rocas homenaje.

Moore en seguida quedó impresionado por la seriedad de Cassius Clay. Lo asombraba verlo correr monte arriba y monte abajo, sin parar más que cuando Moore se lo indicaba. Siendo él también un innovador, Archie Moore no veía nada malo en la heterodoxia de Clay, sus correteos por el ring con los brazos colgando. Vio en Clay un potencial ilimitado y decidió quedarse con él como pupilo. «*Me encantó la rapidez de su estilo, aunque entonces no era, ni mucho menos, tan rápido como llegaría a ser al cabo de uno o dos años*», ha dicho Moore. «*Para mis adentros, me dije "por fin uno que podía haber noqueado a Joe Louis, porque desde luego yo no habría podido".*» Pero a Moore le faltaba la flexibilidad psicológica que Clay necesitaba en un entrenador. Moore todavía tenía la vanidad de un púgil en activo, y la vanidad de Clay ofendía la suya. Cuando Moore le sugería procedimientos para conseguir un K.O. rápido («*Desliza el golpe, métete por debajo, sácatelo de encima. ¡Y apártate!*»), Clay se rebelaba, aunque en principio sólo fuera verbalmente, diciéndole que no quería ser el nuevo Archie Moore, sino el Sugar Ray de los pesos pesados.

El *Mina de Sal* era un campamento espartano, sin personal de ayuda. Se suponía que los jóvenes púgiles tenían que arrimar el hombro, ayudar en las tareas de limpieza y lavado, cortar leña para la estufa, etc. Pero Clay, niño mimado de su madre, en casa, no estaba por la labor. Sólo quería entrenar y hacer guantes.

—Mira, Archie, no estoy aquí para fregar platos —decía—. Eso es cosa de mujeres.

Acabó cumpliendo con sus obligaciones, pero dejó perfectamente claro que no le gustaba hacerlo. Dicho en pocas palabras: aquello estaba condenado de antemano. Moore quería conservar a Clay dentro de su entorno no sólo por el dinero que recibía del Grupo de Louisville, sino porque el chico le gustaba: un boxeador que necesitaba orientación, pero que podía acabar ganando el campeonato del mundo. Pasadas unas semanas, no obstante, Moore llamó a Faversham, que estaba en Louisville:

—Me parece que voy a tener que pedirle que se lleve al chico —dijo—. Mi mujer está encantada con él, mis chicos están encantados con él, yo estoy encantado con él, pero el caso es que no hace lo que le digo. Creo que intento cambiarle el estilo, cuando lo único que pretendo es añadir a su estilo.

Faversham, portavoz y director de los padres de Louisville, comentó que a lo mejor lo que necesitaba Clay era un buen par de cachetadas.

—Le vendrían muy bien —contestó Moore—. Pero no veo por ahí a nadie capaz de dárselas, incluido yo.

En público, los componentes del Grupo de Louisville hacían ver que no les importaba el mal comportamiento de su pupilo. «*Cassius es un chico muy aplicado*», dijo Faversham. «*A veces se pasa de charlatán, pero nosotros procuramos no desanimarlo. Ha decidido crearse una imagen y está trabajándose la*».

Tras haber echado un vistazo en torno, a ver qué entrenadores había disponibles, Faversham logró convencer a Angelo Dundee de que tomara a su cargo a Cassius Clay. Dundee se acordaba bien de Clay, de cuando vino a la ciudad con Pastrano y otros púgiles como Ralph Dupas, Luis Rodríguez y Joey Maxim.

«*Me pasé dos meses tratando de rechazar a Clay, pero ¿lo han visto ustedes alguna vez aceptar un no por respuesta?*», ha dicho Dundee. Angelo Dundee era el quinto de los siete hijos de unos inmigrantes calabreses analfabetos. El apellido originario de la familia era Mirena, pero cuando uno de los hermanos de Angelo empezó a pelear con el nombre de Joe Dundee (the Fighting Ashman), en homenaje a un italiano que fue campeón de los pluma en los años veinte, Angelo y otro de sus hermanos, Chris, también tomaron el apellido Dundee. Durante la guerra, Angelo trabajó como inspector de aeronaves, para luego pasar a la Marina. En 1948 se trasladó a Nueva York para reunirse allí con Chris, que se abría camino entonces como manager. Chris Dundee estaba bien relacionado dentro del oscuro mundo del boxeo de aquella época, y lo tenía todo dispuesto para seguir adelante e instalarse en Miami como promotor. «*Estoy seguro de que los Dundee, sobre todo Chris, tenían unas cuantas amistades equívocas en aquellos*

tiempos», ha dicho Gordon Davidson. «*Pero en cuanto a empezamos a buscar entrenador nos dimos cuenta de que no había ninguno que fuese una blanca paloma. Así era el boxeo, en aquellos días. Comparado con cualquier otro, Angelo Dundee era de lo mejor que había.*» La televisión estaba acabando con los pequeños clubes del noroeste, y las grandes autoridades del boxeo llegaron a la conclusión de que Miami Beach, donde corría a raudales el dinero del turismo, podía convertirse en un buen centro pugilístico. Chris Dundee empezó a organizar veladas de boxeo y lucha libre en el Convention Hall y en otros locales de la zona, y Angelo se puso a trabajar con él a principios de los cincuenta. Gracias a sus años de experiencia en Nueva York, y contando con la ayuda de su hermano, que ya era alguien en el boxeo local, pronto logró reunir un buen grupo de púgiles, sobre todo refugiados de Cuba y de otros países latinoamericanos.

La base de operaciones de los Dundee en Miami Beach era un local sin ascensor situado en la esquina de Washington Avenue y la calle Quinta, infestado de ratas y devorado por las termitas. Se llamaba Gimnasio de la Calle Quinta. El acceso era por una puerta contigua a una farmacia, subiendo hasta el segundo piso por una escalera desvencijada. Una vez arriba, los recién llegados eran recibidos, casi siempre por Emmet «*the Great*» Sullivan, un anciano encorvado, con un traje deformado por el uso y un puro colgándole de las fauces desdentadas. La entrada valía 50 centavos, y quien se atreviera a intentar colarse recibía el correspondiente insulto de Sullivan («*¡eres un tortugo loco!*») y perdía para siempre el derecho a ver su valiosísima sonrisa. Dentro había dos ventanales

asquerosamente sucios, con un rótulo pintado en que se leía «*Gimnasio de la Calle Quinta*» y se veían dos guantes de boxeo entrecruzados. Miles de zapatillas de entrenamiento habían desgastado el suelo de madera, puliéndolo. Había un ring, un punching ball, un saco, mesas de masaje, un par de bombillas mondadas, unos cuantos carteles de veladas pugilísticas y el despacho de Chris Dundee, en un rincón. En aquella época, frecuentaban el gimnasio boxeadores como Sugar Ramos, Mantequilla Nápoles y Luis Rodríguez, todos ellos campeones, pero también pretendientes como Florentino Fernández, Baby Luis y Robinson García. A primera hora de la tarde, los habituales (a quienes se conocía por el nombre de Colegio Pugilístico de Cardenales) se congregaban en torno al cuadrilátero a valorar las posibilidades de algún aspirante. En general, eran unos tipos viejos y gordos, fumadores de habanos de baja calidad, tipos con nombres como *Sellout* (liquidación) o *Chicky* o *Evil Eye* (mal de ojo). «*Los tipos esos decían de Muhammad las mismas cosas que luego diría la prensa: lleva la guardia demasiado baja, no tiene pegada, es de los que sólo apunta a la cabeza, como si el adversario no tuviera cuerpo. Lo de siempre*», ha dicho Dundee.

Dundee instaló a Clay en un hotel del gueto negro, el Mary Elizabeth, centro de operaciones de chulos, prostitutas de burdel y de calle, borrachos. Cassius, que era un chico muy bien educado, nunca sucumbió a las tentaciones del Mary Elizabeth. De hecho, las putas locales, cuando descubrieron que era boxeador, se quedaron encantadas con él. Solían llevarlo al club nocturno más grande de la zona, el Sir John, donde se oía la mejor música de la ciudad. Mientras ellas se iban colocando, Clay bebía

zumo de naranja. Siempre volvía temprano al hotel. Su jornada se iniciaba a eso de las cinco de la mañana, corriendo por el Biscayne Boulevard, cerca de Bay Point, para a continuación dirigirse, siempre al trote, desde el gueto a la Calle Quinta, a entrenar en el gimnasio.

«Téngase en cuenta que estábamos en el Miami de antes de los derechos civiles y todo eso, el Sur Profundo. Muhammad atravesaba corriendo por el paso elevado de MacArthur, y a mí me llamaban de la policía preguntándome si sabía algo de un negro alto y flaco que había sido visto correteando por ahí», ha contado Dundee. «Yo contestaba que sí, que el muchacho era nuestro, Cassius Clay. Era el tipo más fácil de llevar del mundo. Comía en el Famous Chef y firmaba la cuenta. Nunca se quejaba de nada. No quería más que entrenar y pelear, pelear y entrenar.»

Como todo mánager sensato, Dundee quería llevar a Clay despacito, con criterio, exponiéndolo en cada combate a un nuevo desafío, un nuevo conjunto de problemas, físicos y mentales. Clay aceptó desde el principio, con tranquila confianza, todo lo que se le iba poniendo por delante. Lo cual, para el *Colegio Pugilístico de Cardenales*, venía a constituir una verdadera ofensa. Antes de enfrentarse a un tal Herb Siler, en su segundo combate, Clay se puso a gritarle al público: «*¡Voy a ganarle a Floyd Patterson! ¡Voy a ser campeón!*» Leídas ahora, tantos años después de su ascenso y de su eclipse, estas palabras no dejan de tener cierta lógica, la ternura de las cosas conocidas, como una vieja canción que de pronto volvemos a oír por la radio del coche. Pero entonces, en 1960, Clay era un chico de dieciocho años, un prometedor púgil de segunda. Era como si un futbolista del tercer

equipo llamara por teléfono al entrenador para decirle que iba a quitarle el puesto a la gran estrella del club.

Una de las cosas de Dundee que le gustaban a Clay era que nunca intentó ahormarlo, nunca intentó rebajarle los impulsos ni cambiarle el estilo. Al contrario: Dundee estimuló la tendencia de Clay al espectáculo, pensando que, en el peor de los casos, tampoco iba a resultarle perjudicial, y que seguramente redundaría en su beneficio, tanto en lo psicológico como en lo comercial. Aquel año Clay hizo cuatro peleas en Miami Beach –contra Siler, Toni Esperti, Jim Robinson y Donnee Fleeman–, atrayendo cada vez más público. La gente acudía a ver al chico de las manos rápidas, la medalla y de oro y la lengua de plata.

«Una de aquellas peleas, la de Fleeman, fue en primavera, coincidiendo con el principio de la temporada de entrenamiento, y por ahí andaban, con bastante tiempo libre, varios de los pesos pesados de la literatura pugilística: Shirley Povich, Doc Greene, Al Buck, Dick Young, Jimmy Cannon», ha contado Dundee. «Eran amigos míos, y yo quería enseñarles a mi boxeador, de modo que conseguí que asistieran al combate. Bueno, pues Muhammad salió de la ducha. Había ganado. Pero los periodistas no estaban demasiado convencidos de que fuera un buen púgil: daba demasiados saltos por el ring y lo hacía todo al revés. Mucha boca y ningún talento. Todavía estábamos en la época en que los púgiles creían necesitar gente que hablara por ellos. Joe Louis decía: “Es mi mánager quien habla por mí. Yo hablo en el cuadrilátero.” Marciano también era un poco así. Pero Muhammad había salido distinto, y a mí me encantaba que así fuera. En esta ocasión, esperó a que sacaran los cuadernos de nota y le dijo: “¿No me vas a hablar a mí? ¿No

me vais a hablar a mí?" Así les ganó por la mano. Empezaron a escuchar lo que decía.»

Un habitual del gimnasio era Ferdie Pacheco, médico que llevaba sendas consultas en el gueto hispano y en el gueto negro. Por puro gusto, para aliviar la presión que le suponía la práctica de la medicina, Pacheco colaboraba con Dundee atendiendo en el rincón a diversos boxeadores. Antes de incorporarse al entorno de Clay, Pacheco estuvo cierto tiempo observando el modo en que Dundee le daba rienda suelta a su púgil, cómo se situaba en segundo plano, utilizando recursos psicológicos para extraer lo mejor de Clay.

«Angelo tenía una reputación, y eso era algo que Cassius respetaba», ha contado. «Ejercía la autoridad cuando hacía falta, pero sabía relajarse cuando no era necesaria la fuerza. Angelo poseía un instinto de supervivencia que le venía del trato con su hermano Chris, que era uno de esos tipos duros que abundan en el boxeo. Para trabajar con Chris había que aprender a agachar la cabeza y a pelear. Cuando hizo su aparición Ali – Clay, entonces –, Angelo tuvo que controlarse una barbaridad. Siempre, siempre, siempre se sometía al boxeador. Nunca incurría en el egocentrismo, como les pasa a tantos managers, que te sueltan "Voy a pelear con fulano o mengano" o "Voy a dejarlo K.O." Una actitud que en aquellos días era más frecuente que ahora. Angelo comprendió que no era a él a quien correspondía llevar la voz cantante en aquel espectáculo. El verdadero espectáculo es el boxeador, aunque el boxeador sea un idiota. A Ali le pareció muy bien todo eso. No es que fuera un ególatra, pero tampoco aceptaba imposiciones.»

«A mí Angelo Dundee me gusta porque es medio de color», dijo Ali una vez, de broma. «Tiene dentro un montón de sangre negra. Es italiano y se hace pasar por blanco, pero en su interior hay mucho de negro. Me llevo bien con él. Nunca me mangonea, nunca me dice cuando tengo que correr ni cuánto tengo que boxear. Hago lo que quiero. Soy libre. Voy adonde quiero ir. Y un chico muy majo. Le cae bien a todo el mundo. Tiene buena mano, y es muy sano, y me protege de los malos, y lo quiero como a un hermano.»

Ni siquiera en aquellos primeros combates llegó nunca Dundee a ver en Clay un proyecto que apropiarse, su Frankenstein personal. La clave estaba en refinarse lo que había, en hacerlo más listo y que se anduviera con mucho ojo. Pero había que enseñarle por procedimientos indirectos, por deducción. «Todo boxeador tiene cosas en las que hay que trabajar», ha dicho Dundee. «Al principio intenté controlarle un poco la tendencia a dar saltitos. Pero no había modo de hacerlo directamente, porque no se daba por aludido. Había que irlo llevando. Los órdenes directas le molestaban. El innovador era él, y quería que se notase todo el tiempo. De modo que le fomenté esa tendencia. Es algo que aprendí de uno de los grandes maestros, Charlie Goldman, que siempre decía: "Si el tipo es bajito, que gane en bajura. Si es alto, que gane en altura."»

Como buen portador de los valores pugilísticos tradicionales, a Dundee le habría gustado que Clay castigara el cuerpo del rival, en lugar de apuntarle todo el tiempo a la cabeza. «Trabajar el cuerpo siempre es rentable», se dice en el mundo del boxeo. Pero Clay no quería ni oír hablar del asunto. «Tú pégale muchas veces en la cabeza a un tío y verás cómo se le confunden las ideas», decía.

Dundee comprendió que no iba a llegar a ninguna parte tratando de retocarle las herramientas a su pupilo, de modo que optó por sacarle el mejor partido posible. «*Lo que intenté fue que Clay se sintiera innovador en todo*», ha dicho. «*Por ejemplo: estaba ahí, entrenando con un sparring, y al acabar yo le decía: "Oye, qué bien te está saliendo el jab. Lo estás empujando con la rodilla, y la verdad es que los deja en el sitio."* A lo mejor no estaba empujando los jabs con la rodilla, para nada, pero a la sesión siguiente sí que se concentraba en ello. Eso sí: *la mayor parte de las cosas eran suyas propias. Su rapidez, la capacidad para entrar y salir, eran increíbles ya desde el principio. Era un gran defensor del trabajo constante. Luis Sarria, director de ejercicios y masajista de Muhammad, lo instruyó en la calistenia, algo muy importante en el boxeo. Ese fue el motivo de que pasara tan rápidamente de tener un cuerpo de chavalito pequeño a tener un cuerpo impresionante. Cuando llegó aquí andaba por los ochenta y cinco kilos, pero cuando quisimos darnos cuenta ya se había plantado en los noventa. Todo músculo. Daba miedo semejante cambio, pero era completamente natural. Sin pesas. Punching ball y correr, unos cinco kilómetros diarios, o más. Corría como un antílope.*»

La rapidez de Clay hacía que su peso y su potencia resultaran menos evidentes, por comparación. Tal es el motivo de que muchos expertos en boxeo se empeñaran durante mucho tiempo en considerarlo un púgil de segunda fila. Pero Pacheco, que fue médico de Clay desde el momento mismo de su llegada a Miami, ha dicho: «*En 1961, 1962 y 1963 era el espécimen físico más perfecto que ha visto en mi vida, tanto en lo estético como en lo anatómico, por no hablar de la salud. No había en él nada que mejorar. Si hubiera llegado alguien de otro planeta pidiéndome que le enseñara nuestro mejor*

espécimen, le habría presentado a Ali. Perfectamente proporcionado, guapo, con unos reflejos relampagueantes y con una cabeza perfecta para el deporte del boxeo. Se agarraba un resfriado y al día siguiente se le había curado solo.»

Pero los aficionados al boxeo de Miami no cayeron rendidos de admiración ante Clay. No, al menos, hasta que Ingemar Johansson acudió a la ciudad para el combate de revancha con Floyd Patterson. El jefe de publicidad del combate era Harold Conrad, un tipo muy listo y muy garboso, dueño de un untuoso encanto que hacía de él un habitual del circuito *21-Stork Club-Toots Shor's*. Conrad era un enlace con los días de Damon Runyon y Walter Winchell, el público de toda la vida de los salones de Broadway, aunque a él siempre le apeteciera más un canuto que un martini. Fue una de las grandes estrellas del fumeque antes de que se inventara el rock and roll. También poseía un fantástico instinto promocional. Conrad había oído hablar de Clay —especialmente de lo bocazas que era—, y pensó que podría vender unas cuantas localidades más para el combate de Patterson si conseguía que Clay le hiciera de sparring, en público, a Johansson. Éste, que no andaba muy sobrado de sparrings, aceptó en seguida. Y ni que decir tiene que allí estaba Clay, tratando de llamar la atención por todos los medios. Su inmediata respuesta no fue un simple «sí», sino «Me marcaré un baile con Johansson».

Johansson, que había destrozado a Patterson en el primer combate, se encontró de pronto con un chico de diecinueve años, cuyo currículo apenas cubría unas cuantas peleas profesionales, a quien no conseguía ni rozar. El sueco nunca fue un boxeador especialmente elegante, pero ahora se

convertía en una marioneta con un hilo cortado. Iba de aquí para allá, dando tropezones, persiguiendo a Clay, mientras éste le colocaba un golpe tras otro, en la cara, canturreando: «*¡Soy yo quien debería enfrentarse a Patterson, no tú! Dale, pedazo de tonto, ¿qué te pasa? ¿No eres capaz de agarrarme?*» Cuantos más golpes y más pullas le aplicaba Clay, más furioso se ponía Johansson, hasta que su entrenador, el legendario Whitney Bimstein, tuvo que poner fin al asunto, tras dos agotadores asaltos.

«*Algo había oído de Clay, pero allí, asistiendo a aquella exhibición tan extraordinaria, pensé "Joder, ¿qué es esto?"*», ha dicho Gil Rogin, que en aquellos tiempos escribía para el *Sports Illustrated*. «*Éramos aún una revista bastante joven –habíamos empezado en 1954–, y lo que estaba viendo era la historia más importante que podíamos plantearnos. Hasta cierto punto, fue sobre esa historia sobre la que acabamos de levantar la revista.*»

Para su regreso a casa en calidad de profesional Clay eligió a Lamar Clark, un peso pesado durísimo, con cuarenta y cinco victorias consecutivas por fuera de combate. Por primera vez como profesional, Clay expresó su pronóstico: Clark caería en el segundo asalto. Y así fue. Durante el segundo asalto del combate, Clay le rompió la nariz a Clark y le hizo medir la lona en dos ocasiones. En ese punto, el árbitro detuvo el combate. «*Cuanto mayor era su confianza en sí mismo, más se ponía de manifiesto su exuberancia*», ha dicho Pacheco. «*Todo era divertidísimo. No lo habría sido tanto, seguramente, si alguien lo hubiera tumbado un día de un sopapo, pero nadie lo hizo. Nadie logró cazarlo. De manera que él siguió con sus predicciones y sus*

victorias. Era como Candide: Clay no pensaba que nada malo pudiera ocurrirle, en el mejor de los mundos.»

La pelea siguiente de Clay fue en Las Vegas, contra un gigantesco hawaiano llamado Duke Sabedong. Fue su primera prueba verdadera.

Sabedong nunca tuvo la más remota posibilidad de ganarle a Clay — la diferencia de calidad se hizo evidente desde el primer minuto del combate —, pero empezó a lanzarle golpes bajos, esperando conseguir algo por ese procedimiento. Clay ganó a los puntos, en diez asaltos, habiendo hecho así su pelea más larga hasta el momento. Lo que había aprendido de antemano fue, sin embargo, mucho más instructivo.

Una de las obligaciones de Clay, antes de la pelea, fue aparecer en una emisora local de radio con Gorgeous George, que entonces era el más celebre luchador profesional de lucha libre. Gorgeous George (conocido en su casa por el nombre de George Raymond Wagner) fue el primer luchador de la era televisiva que explotó las posibilidades del narcisismo teatral y de la identidad sexual flexible. Era un Liberace en calzón corto. Llevaba una larga cabellera rubia y subía al cuadrilátero con los rulos puestos. Una vez en su rincón, se los quitaba para permitir que uno de sus adláteres le cepillara el dorado pelo sobre los hombros. Usaba un batín de lamé plateado y lucía una uñas muy cuidadas y pulidas. Un lacayo rociaba la lona con insecticida, otro lacayo rociaba a Gorgeous George con agua de colonia.

No puede decirse que Clay mantuviera la boca cerrada durante la entrevista radiofónica. La prensa ya le había endosado varios apodos (*Gaseoso Cassius*, el *Bocazas de Louisville*, el *Chulo de la Pasta*, *Bocafuerte*, *Paparruchas Clay*, y otros). Él en seguida predijo su fácil victoria sobre Duke Sabedong. Pero, comparado con Gorgeous George, Clay resultaba más bien modosito.

— ¡Lo mataré! — vociferaba Gorgeous —. ¡Le arrancaré el brazo! Si pierdo con ese tipo, me arrastraré por el ring y haré que me corten el pelo. Pero no va a pasar, porque soy el mejor luchador del mundo.

Gorgeous George ya tenía cuarenta y seis años y llevaba muchísimo tiempo poniendo en práctica ese numerito, pero Clay se quedó muy impresionado, y más aun cuando lo vio actuar en el ring. No había un asiento libre, ni un aficionado que no pidiera a gritos las doradas gudejas de George. Pero el hecho es que el local estaba de bote en bote. «*Siempre habrá un montón de gente dispuesta a pagar por ver cómo te tapan la boca de una vez*», le dijo Gorgeous George a Clay más tarde, en el vestuario. «*Sigue fanfarroneando, sigue largando por esa boca, y nunca dejes de insultar.*»

Clay tomó buena nota: «*Lo vi con mis propios ojos: había quince mil personas en ese local, todas ellas esperando que le pegaran a Gorgeous*», explicó. «*Y el tipo lo había conseguido nada más que hablando. Una idea maravillosa, sin duda alguna.*»

Cuando la prensa empezó a prestar más atención a Clay, primero en Louisville y Miami, luego en publicaciones de alcance nacional, como el

Sports Illustrated, la gente dio en preguntarse cómo era posible que un chico de veinte años hubiera montado semejante número, tan extraña combinación de atletismo a pierna suelta y sentido del espectáculo, puro y duro. Proliferó toda clase de teorías, algunas de las cuales se mantuvieron vivas durante muchos años: el estilo en el combate procedía directamente de Ray Robinson, por vía de Billy Conn; la bocaza le venía de Cassius Clay padre; la extravagancia estaba tomada de Jack Johnson, de Archie Moore, de Gorgeous George. Clay, de hecho, era el último showman de la gran tradición norteamericana de la autopromoción narcisista, uno más en la muchedumbre de descendientes de Davy Crockett y de Buffalo Bill. Clay nunca negaba sus antecedentes, cuando los identificaba, pero también puso mucho empeño en proclamar su originalidad, y no sin razón.

«*Hay unos tipos en Louisville que de vez en cuando me llevaban en coche al gimnasio, cuando se me estropeaba el escúter*», ha contado Clay, «*y ahora pretenden convencerme de que son ellos quienes me han hecho, que a ver si no los olvido cuando sea rico. Y mi padre, pinchándome: "Ni caso, hijo, a ti no te ha hecho nadie más que yo."* Dice que me ha hecho porque me dio mi puré de verduras y mi carne cuando era un niño, yendo él sin zapatos, para poder alimentarnos, y peleándose con mi madre, que me consideraba demasiado pequeño para comer esas cosas. Mi padre siempre dice que él me hizo porque me salvó de tener que trabajar, para que pudiera dedicarme al boxeo... La verdad es que no he trabajado un solo día en mi vida. Mi padre me hizo de un modo, mi padre me hizo de otro modo... Pero, miren todos, si quieren hablar con la persona que me hizo, hablen conmigo. He sido yo quien me ha hecho».

A lo largo de 1961 y 1962 Clay fue acelerando su carrera, tanto en el campo pugilístico como en el teatral. Le ganó a una serie de pesos pesados conocidos —Alonzo Johnson, Alex Miteff, Willie Besmanoff, Sonny Banks, Don Warner, George Logan, Billy Daniels, Alejandro Lavorante—. En el momento más peligroso, cuando se descuidó demasiado en el primer asalto, por exceso de confianza, y Banks lo derribó, dio muestras de una insospechada capacidad de encajador y, habiéndose recuperado fácilmente, ganó en el cuarto asalto. Más tarde, Harry Wiley, que estuvo en el rincón de Banks y era una institución legendaria en el boxeo neoyorquino, describió en los siguientes términos el fenomenal modo de combatir de Clay: «*Las cosas de pronto empiezan a ponerse feas. Te toca, te amaga, te amaga, te toca, hasta que ya no sabes ni dónde estás.*»

Estábamos, por una vez, ante un joven movido por sus propias fantasías de poder y encanto e inteligencia, pero que tenía todo lo necesario para poner en práctica esas fantasías. Era, para empezar, un gran púgil.

«*Cuando lo vi levantarse de la lona, contra Sonny Banks, aguantar lo que quedaba del asalto y luego recuperarse y ganar... Entonces fue cuando el chico ese me dejó enamorado*», ha dicho Dundee. Clay aprovechaba las pausas entre los sucesivos exámenes del cuadrilátero para divertirse. Cobró quinientos dólares por hacer un papelito en *Réquiem por un peso pesado*, historia de un púgil roto, interpretado por Anthony Quinn, que se ve obligado por Jackie Gleason a aceptar nuevos combates. Clay, por supuesto, hizo el papel de un aspirante fresco y lozano.

En noviembre de 1962, Clay firmó contrato para un episodio sacado directamente de Réquiem: se programó su enfrentamiento con Archie Moore, que entonces tenía (más o menos) cuarenta y siete años y más de doscientos combates a sus espaldas. «*No fui tan idiota. Era consciente de mi edad y conocía a Clay, porque había sido entrenador suyo durante una temporada*», me ha dicho Moore, decenios más tarde; «*pero la verdad es que me sentía bastante seguro ante él, pensando que si lograba alargar el combate acabaría ganándole. Tenía que boxear mejor que él y esperarlo. Era muy joven, y nunca se sabe lo que alguien tan joven puede dar de sí en un combate.*»

La verdad era que Archie necesitaba la bolsa de mala manera. Su única opción estribaba en que la falta de experiencia de Clay le diera una salida, una oportunidad de meter la mano derecha y noquearlo. Era muy poco probable, según todos los pronósticos. Clay era favorito por treinta y tres a uno, y su propio vaticinio anticipaba una breve velada: «*Cuando estén ustedes asistiendo al combate, no se les ocurra bloquear las salidas, no se les ocurra bloquear las puertas. Volverán a casa después del cuarto asalto.*»

Clay y Moore pusieron el cartel de «*no hay billetes*» en el local de Los Ángeles, y en ello no desempeñó escaso papel el hecho de que ambos aprovecharan todas las ocasiones posibles para enfrentarse verbalmente, sobre todo en televisión. Ambos púgiles llegaron incluso a protagonizar durante media hora un simulacro de debate.

—La única posibilidad de que caiga en el cuarto asalto, Cassius, es que tropiece en tu cuerpo tendido —decía Moore.

—Si pierdo —decía Clay, emulando a Gorgeous George—, me arrastraré por el ring y te besaré los pies. Luego huiré del país.

—No te humilles —replicaba el veterano—. Nuestro país depende de los jóvenes como tú. La verdad es que no sé cómo puedes soportarte a ti mismo. Yo soy una persona que sabe hablar, no un agitador. Yo soy un conversador, y tú eres un charlatán.

Moore hizo el papel de anciano protector, enfrentado a un zafio advenedizo. Después del debate, habló del joven con cierto distanciamiento profesoral: «*No sé qué pensar de este chico*», dijo. «*A veces da muestras de cierto sentido del humor, pero otras veces uno tiene la impresión de estar oyendo un poema de Ezra Pound. Es como alguien que escribiera maravillosamente pero que no supiese poner los puntos y las comas. Tiene esa exuberancia tan característica del siglo XX, pero dentro de él, en alguna parte, hay cierta amargura...* Llega, sin duda, en un momento en que el boxeo, el mundo de los puñetazos, necesita una cara nueva. Pero Clay, en su ansia por ser él esa cara nueva, quizá se esté pasando, por su desprecio de los demás... Me da igual lo que diga. No logrará que me enfade. Lo único que me interesa es dejarlo fuera de combate.»

Una vez ambos púgiles en el cuadrilátero, despojados de los batines y de todas las actitudes promocionales, resultaba imposible ignorar la diferencia física. Clay resplandecía como una nutria, era hermoso, ni siquiera había alcanzado aún el máximo de su fuerza. Moore estaba ya en la madurez. Tenía canas. Se le veían colgajos en los brazos. Llevaba los calzones a dos dedos de las tetillas.

Clay dedicó el primer asalto a la investigación. Moore era famoso por su velocidad (ya perdida) y por ser el maestro del golpe inesperado, que el contrincante no veía venir. Clay, mientras iba aplicando manos a la cara de Moore, parecía estarse convenciendo de que no iba a haber reacción. Cada golpe en el cráneo de Moore afirmaba a Clay en la crueldad del tiempo: una confirmación muy agradable para él, aunque no así no para Moore.

En el segundo, Moore llegó de hecho a colocarle una derecha a Clay. Salió de pronto, con ambos púgiles trabados, y Clay acusó el golpe. Pero la cosa no fue muy allá. En el tercer asalto, Moore estaba ya tan totalmente agotado por el esfuerzo de sostener el combate, que los brazos empezaron a hundirsele. Su inclinación a repercutir los daños en Clay se había quedado en nada. Moore se iba agachando, cada vez más, como en un intento de confundirse con la lona, pero Clay tenía una gran alcance y también él se inclinaba para ir aplicando un izquierdazo tras otro en la calva de Moore. Años más tarde, Moore contaría que aquellos golpes, por acumulación, lo dejaron atontado: «*Me sacudieron la sesera.*»

Clay estaba haciendo lo que le venía en gana. Todos sus golpes —directos, ganchos, rápidos laterales de derecha— hacían impacto, y Moore apenas si lograba tenerse en pie, cada vez más en cuclillas. A mediados del tercer asalto, Clay alcanzó de lleno la mandíbula de Moore. Éste se tambaleó. Luego se deslizó unos pasos hacia atrás, buscando las cuerdas, y se colgó de ellas en cuanto las encontró. Clay se negó a seguirle, más por motivos estéticos —habríase dicho— que por falta de ganas. Había

vaticinado el final del combate en el cuarto asalto, y no quería echar a perder su pura visión del combate.

Clay no despegó los pies del suelo en el cuarto asalto, para así equilibrar mejor sus golpes. Tras unos cuantos jabs preliminares, para calentarse el hombro, se puso a buscar el K.O. Moore volvió a doblarse por la cintura, como rezando, pero no se pudo agachar lo suficiente. Lanzó unos cuantos golpes descontrolados, más bien para preservar su nombre que para ninguna otra cosa, y Clay se los fue devolviendo, muy molesto por el retraso. Clay iba trazando círculos, hasta que de pronto entró con un uppercut que puso derecho a Moore, quitándole la joroba, luego unos cuantos golpes más, todos limpios y directos, como de un martillo en un clavo. Y Moore cayó. Clay permaneció junto al cuerpo derribado, se inclinó para mirarlo, restregó los pies contra la lona, de pronto, y luego se retiró, sin ninguna gana, al rincón neutral. No le gustaba nada esa retirada obligatoria, porque lo obligaba a abandonar el centro del escenario.

Mientras, Moore despegaba la espalda del suelo y se situaba sobre el costado izquierdo, como un anciano tratando de despertarse, tras un sueño inquieto. Luego, por puro orgullo, recuperó la posición vertical, cuando el árbitro estaba a punto de contarle «diez». Con cara de fastidio (había creído terminado el combate), Clay volvió al centro del ring, junto a Moore, y empezó a darle de golpes. Moore lanzó otro swing descontrolado, como para librarse de cualquier eventual acusación de abandono, y empezó a caer, como derritiéndose, mientras Clay le aplicaba un golpe en lo alto de la

cabeza. Aquello había terminado, y Moore lo sabía. Se quedó tumbado de espaldas.

Concluido el combate, Clay abrazó con ternura a Moore, como se abraza a un abuelo.

Más tarde, Moore respondió con una especie de nota de apoyo: «*No hay duda alguna: ya puede enfrentarse a Liston*», comunicó a los periodistas que lo rodeaban. «*Sonny le resultará difícil, y no me atrevería yo a afirmar que pueda batir al campeón, pero lo que sí garantizo es que le haría pasar una velada extraordinariamente interesante.*»

VII

SECRETOS

En 1962, Clay era el principal aspirante al título de los pesos pesados, pero, en aquel momento, su reputación se sustentaba más en su personalidad que en sus talentos pugilísticos. «*Había empezado a correrse la voz de que yo era lo nunca visto*», ha dicho el propio Clay, decenios más adelante. A pesar del modo en que se le iba el santo al cielo en el instituto, a pesar de sus dificultades para leer un libro o interpretar un balance, Clay bien puede haber sido uno de los chicos de veintiún años más conscientes de sí mismos que en aquel momento había en todo su país. Igual que el más inteligente de los comediantes, de los políticos o de los actores, siempre era él mismo quien controlaba sus actuaciones, incluso las más extravagantes. «*¿Dónde creen ustedes que estaría yo la semana que viene si no supiera cómo gritar y chillar y conseguir que el público me preste atención?*», dijo. «*Sería pobre y no habría salido de mi pueblo, limpiando ventanas o trabajando de ascensorista, diciendo "sí, señor" y "no, señor", y sin sacar nunca los pies del plato.*»

En aquellos días, las referencias de Clay a la escisión racial norteamericana eran muy frecuentes, pero las hacía con reservas. La verdad es que Clay se estaba guardando un secreto. Ya antes de que viajara a Roma en busca de su medalla de oro en los Juegos Olímpicos, se había

quedado fascinado con una secta llamada la Nación del Islam, pero más conocida por el nombre de los Musulmanes Negros. La primera vez que Clay oyó hablar de este grupo fue en 1959, cuando se desplazó a Chicago para un torneo de los *Guantes de Oro*. En Chicago estaba la base de los Nación y allí vivía su líder, Elijah Muhammad, y Clay se encontró con los Musulmanes en el East Side. Su tía recuerda muy bien que de aquel viaje regresó a Louisville con un álbum de los sermones de Muhammad. Luego, en primavera, antes de partir hacia los Juegos Olímpicos, Clay leyó el periódico oficial de la Nación, *Muhammad Speaks*²². El discurso de orgullo y separatismo que predicaban los Musulmanes Negros tuvo un clarísimo impacto en Clay. «*Los Musulmanes Negros eran prácticamente desconocidos en Louisville en aquella época*», nos dice un compañero de clase de Cassius Clay, Lamont Johnson. «*Tenían un pequeño local, un templo, llevado por un chico negro con manchas blancas en la piel, pero nadie les prestaba la más mínima atención. Nadie había oído hablar de sus pasteles de alubias, del modo en que vivían, de lo que pensaban. En 1959 aún no era un fenómeno lo suficientemente importante como para asustar a nadie.*»

Clay dejó boquiabierto a su profesora de inglés del Instituto Central cuando le dijo que elegía los Musulmanes Negros como tema de un trabajo trimestral. La profesora no aprobó su propuesta. Clay nunca dio a entender que su interés por el grupo fuera más allá de una mera curiosidad estudiantil. Pero algo había resonado en su cerebro, algo sobre la disciplina y la resistencia de los Musulmanes Negros, su sentido de la jerarquía, de la

²² Nota del traductor. Habla Mahoma.

condición humana y del respeto de uno mismo, el hecho de que se negaran a beber, fumar o meterse en juerga, su orgullo de raza.

A su regreso de Roma Clay asistió en diversas ciudades a reuniones de la *Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color*, del CORE²³ y de la Nación del Islam. Otros deportistas profesionales, como Curt Flood y Bill White, de los Saint Louis Cardinals, también se habían detenido a escuchar a los predicadores Musulmanes, mientras hablaban de los «*diablos de ojos azules*», pero se habían marchado a los cinco minutos. Pero el caso es que los Musulmanes Negros impresionaron a Clay mucho más que ningún otro grupo o Iglesia. «*Lo más concreto que encontré en las iglesias fue la segregación*», dijo años más tarde. «*Ahora, en cambio, había aprendido a aceptarme a mí mismo, a ser yo. Ahora sé que somos el hombre original, que somos el pueblo más grande del planeta Tierra y que nuestras mujeres son sus reinas.*»

En marzo de 1961, cuando se instaló en Miami, Cassius conoció en la calle a un hombre que se hacía llamar Capitán Sam: Sam Saxon, un chico de los billares, un chapero de esquina, que a los cincuenta y tantos años había experimentado una profunda transformación, luego de haber escuchado la palabra de Elijah Muhammad y haberse unido a la Nación del Islam. Tras una temporada en Chicago, el Capitán Sam se trasladó a Miami para difundir la palabra. El principal sacerdote musulmán de la ciudad era entonces Ishmael Sabakhan, y Saxon le dijo que era voluntad del «*Mensajero*», Elijah Muhammad, que él fuese el capitán de Sabakhan. En el

²³ Grupo activista neoyorquino, concentrado en tareas educativas y laborales, así como en acciones a favor de los derechos civiles, como Las Marchas Libres del Sur.

tiempo libre que le dejaba la recluta de nuevos Musulmanes o la venta callejera de Muhammad Speaks, Saxon trabajaba en los hipódromos de Miami: Hialeah, Gulfstream, Tropical Park. Se ganaba unas monedas en los lavabos, pasándoles las toallas a los blancos, limpiándoles los zapatos o vendiéndoles Bromo-Seltzer.

El Capitán Sam y Clay emprendieron conversación sobre el tema de Elijah Muhammad. A Saxon le sorprendió que aquel joven hubiera oído hablar del grupo, que supiera algo de él.

—Oye, tú estás iniciado en la enseñanza —le dijo a Clay.

—Bueno, no he estado en el templo, pero sé de qué se trata —contestó Clay. Luego procedió a presentarse, anunciándole a Saxon (como le anunciaba a todo el mundo) que estaba ante el próximo campeón del mundo de los pesos pesados. En seguida le sugirió que podían ver sus recortes de prensa, en su casa. Saxon lo acompañó, y cuanto más tiempo pasaba con Clay más le llamaba la atención el modo en que hablaba de los Musulmanes Negros. No obstante su evidente falta de información, estaba claro era que sentía un enorme interés. Fue lógico, por tanto, que Saxon lo invitara a una reunión en la mezquita local.

El predicador, cuyo nombre era Hermano John, desgranó un sermón sobre la identidad negra cuyo contenido quedó incorporado, casi al pie de la letra, al repertorio de Muhammad Ali:

—¿Por qué nos llaman negros? —predicaba el Hermano John—. Es el modo que tienen los blancos de suprimirnos la identidad. Cuando vemos a

un chino, sabemos que es de China. Cuando vemos a un cubano, sabemos que es de Cuba. Cuando vemos a un canadiense, sabemos que es de Canadá. Pero ¿hay algún país llamado Negro?

A renglón seguido, el Hermano John pasaba a explicar que los negros norteamericanos llevaban nombres de esclavo, nombres que no daban indicación alguna sobre sus antepasados, nombres que prácticamente borraban el linaje de los hombres negros.

«*Fue algo que comprendí perfectamente*», dijo Ali al escritor Thomas Hauser, muchos años más tarde, cuando colaboraban en una biografía. «*Podía tocar con las manos lo que el Hermano Juan estaba diciendo. No se parecía en nada a lo que enseñan en las iglesias, donde te hace falta la fe para creer que es cierto lo que te cuenta el predicador.* Y me dije: “*Cassius Marcellus Clay se llamaba un hombre blanco que era dueño de mi bisabuelo, y a mi bisabuelo le pusieron así por él, y luego a mi abuelo, y luego a mi padre, y luego a mí.*”»

A partir de ese momento, Clay fue profundizando cada vez más en la Nación del Islam, leyendo *Muhammad Speaks*, escuchando el álbum titulado *A White Man's Heaven is a Black Man's Hell* (el cielo del blanco es el infierno del negro) y, sobre todo, frecuentando a los Musulmanes, que veían en él una incorporación muy apreciable. Jeremiah Shabbaz, ministro regional de la Nación, con base en Atlanta, se desplazó a Miami para conocer a Clay. Le explicó que el Buda chino tiene aspecto de chino y que los europeos y los norteamericanos adoran a un Cristo blanco. ¿Qué motivo había para que los negros norteamericanos no adorasen a un dios negro? ¿Qué razón había para que un hombre negro como Cassius Clay padre se pasara el

tiempo pintando murales de un Jesús blanco? De hecho, Shabbaz le explicó a Clay que Dios era negro, según la Nación del Islam. Clay recibió de él un cursillo oral sobre la historia de la esclavitud, y así aprendió que el peor no era el demonio de debajo de la tierra, sino el que había encima, el que oprimía a los negros, encadenándolos, obligándolos a levantar Norteamérica con su trabajo de esclavos, esclavizando a sus hijos. Shabbaz explicó a Clay que la Iglesia en que se había educado era también una forma de esclavitud, una refinada forma de apaciguamiento, un modo de mantener a los negros en sus cánticos y sus lamentaciones de los domingos, evitando así que se echaran a la calle y se liberasen. También le explicó al joven Clay que el movimiento pro derechos civiles era una estupidez, una verdadera estupidez que llevaba a los negros a dejarse gasear o pegar en las calles, a dejarse morder por los perros, o abatir por el chorro de las mangueras, todo para impresionar a los blancos: era completamente estúpido mendigar las libertades, cuando éstas les correspondían por derecho natural. Los sacerdotes de la Nación predicaban el enfrentamiento sin concesiones, apelando a todos los medios que fuesen necesarios. «Sentarse está al alcance de todo el mundo», dijo en cierta ocasión Malcom X, discípulo de Elijah, criticando a los Freedom Riders de Martin Luther King y su modo de protestar mediante sentadas. «*Una anciana puede sentarse. Un cobarde puede sentarse... Para mantenerse en pie hay que ser un hombre.*» La Nación del Islam, decía Malcom, se niega a sentarse y que le den de palos. De ahí su advertencia a los blancos: «*A lo mejor ves a uno de esos negros que creen en la no violencia, y nos tomás por uno de ellos, y nos ponés*

la mano encima, pensando que le vamos a ofrecer la otra mejilla... Pues no: nosotros lo mataremos allí mismo.»

Estos crudos mensajes de fuerza hallaban resonancia en Cassius Clay, que se había criado en una ciudad segregada, Louisville, y que ahora vivía en otra ciudad segregada, Miami, donde ni siquiera a Joe Louis le permitían hospedarse en el hotel Fontainebleau. Clay era también un hombre que iba en busca de algo y que poseía un sentido dramático de la existencia, y el autodrama de los Musulmanes Negros le llegaba con mucha facilidad: la noción de que el negro era el hombre original, de que había creado una gran civilización cuando los blancos aún estaban viviendo en cuevas. Cassius y su hermano Rudy asistían a la mezquita, o a la barbería de Red en Overtown, para asistir a lecturas del Corán o del mito de la creación según los Musulmanes Negros.

Poco a poco, Clay fue aprendiendo cosas sobre los Musulmanes Negros y el extraño y complicado hombre que se proclamaba su Mensajero. Elijah Muhammad nació en 1897 en la Georgia rural. Entonces se llamaba Elijah Poole, y era nieto de esclavos. La Louisville de Cassius Clay era un sitio encantador, comparada con la Georgia de cuando Poole era joven. No había esperanza en la pobreza y el linchamiento de jóvenes negros resultaba tan frecuente que la noticia, a veces, ni siquiera aparecía en los periódicos locales. En 1923, Pool se incorporó a la corriente migratoria que iba en dirección norte, para establecerse en uno de los sectores más pobres del casco urbano de Detroit. Allí, la pobreza era un muchos sentidos peor aún que la de Georgia (los puestos de trabajo en la industria

automovilística lo mismo se creaban que desaparecían), y Poole pronto se encontró en las colas de la beneficencia pública, matándose a beber.

Poole era un hombre de inquietudes religiosas y, como otros muchos negros pobres de Detroit, empezó a escuchar las prédicas de un tal W. D. Fard, un vendedor a domicilio que había creado una teología, una historia y una visión del mundo para el hombre de raza negra. Fard era un hombre de piel clara que decía haber nacido en las proximidades de La Meca. La verdad era que nunca había estado en La Meca y que había llegado a Detroit en 1930, vía California y Chicago. Fard fundó su secta, la Nación del Islam, con su propia persona como centro y luminaria, en cuanto encarnación de Alá. Predicaba la recuperación del antiguo legado islámico y de la superioridad cultural de la raza negra. Propugnaba una ética de autoestima y autoayuda, de limpieza y trabajo. Fard no era original. Sus ideas procedían de varias fuentes norteamericanas y de la rica historia del nacionalismo negro. El tema de la autoayuda y del comportamiento moralmente correcto estaba tomado de Booker T. Washington y de innumerables sermones de los que se daban en las iglesias negras. Su versión del Islam tenía raíces en el Templo Americano de la Ciencia Mora, de Noble Drew Ali, secta que alcanzó bastante popularidad entre los negros durante el segundo y el tercer decenio del siglo XX y que prohibía estrictamente los juegos de azar, los deportes, la bebida y todo tipo de libertinaje. Su insistencia en el orgullo negro tenía origen en el evangelio del regreso a África predicado por Marcos Garvey, que creó una Asociación Universal para la Mejora del Negro en 1914 y que llegó a los

Estados Unidos, procedente de Jamaica, dos años más tarde. Allí emprendió una espectacular carrera como director del semanario Negro World y como propagador de sus ideas nacionalistas. Garvey, en su espíritu, descendía de los nacionalistas del siglo XIX, de hombres como Edward Wilmont Blyden, el obispo Henry McNeal Turner (para quien Dios era negro), Martin R. Delany (que investigó la posibilidad de una repatriación multitudinaria de los negros norteamericanos al este de África o incluso su traslado a América del Sur), y los utopistas Isaiah Montgomery y Edward P. McCabe. Pero fue Garvey, hijo de un albañil jamaicano, quien verdaderamente popularizó las cuestiones esenciales que despertarían la conciencia de Cassius Clay.

«*¿Dónde está el gobierno del hombre negro? ¿Dónde están su rey y su reino? ¿Dónde está su presidente, su país, su embajador, su ejército, su marina, sus hombres de grandes negocios?*»

Como Blyden antes que él, y como los Musulmanes que luego vinieron, Garvey trataba de inculcar orgullo en su pueblo mediante el argumento de que mientras los hombres blancos aún no habían salido de las cuevas «*nuestra raza creó una maravillosa civilización en las márgenes del Nilo*». (El escritor de raza negra Ralph Ellison caricaturiza a Garvey en el personaje de Ras el Exhortador, de su libro *El hombre invisible*.) Cuando Garvey se hizo enormemente popular, una vez establecida su base en Nueva York, allá por los años veinte (llegó a celebrar un mitin en el Carnegie Hall), el FBI empezó a perseguirlo implacablemente, hasta conseguir una condena por fraude en el correo. Garvey pasó dos años en

prisión y fue deportado a Jamaica en 1927 —para no regresar nunca a los Estados Unidos, salvo si consideramos regreso su persistente influencia en determinados grupos, entre los cuales, sin duda alguna, se cuenta la Nación del Islam.

Elijah Poole era uno de los ocho mil seguidores, aproximadamente, que tenía Fard en los años veinte y treinta. (Antes había pertenecido a la organización de Garvey en Chicago.) La devoción de Poole por la secta era tan intensa, tan disciplinada, que Fard le dio un puesto entre sus principales ayudantes. Cuando ya hacía unos años que se conocían, Poole quiso saber quién era Fard en realidad, planteándole la pregunta con mucha insistencia. Fard le contestó: «Yo soy aquel a quien el mundo lleva dos mil años esperando. He venido a guiarte por el buen camino.» Fard se calificaba a sí mismo de musulmán, con el Corán por libro sagrado; pero el hecho es que había desarrollado una cosmología muy diferente de la practicada por el Islam en cualquier parte que no fuera Detroit. Su universo religioso estaba hecho con pedacitos de Islam, de cristianismo, del libro de los mormones, de necesidad política y de otros muchos elementos. Para muchos negros miserables de Detroit, nietos y nietas de esclavos, ahora libres, pero en circunstancias degradantes, las palabras de Fard llevaban dentro un mensaje de esperanza, de orgullo y de significado histórico.

Según Fard y según conferencias y libros publicados por Elijah Muhammad en los años venideros, hace 76 billones de años, cuando no había vida en el universo, antes de la noción de tiempo, un átomo empezó a girar sobre sí mismo, hasta que de este átomo salió la Tierra, y luego el

hombre, un hombre negro, el «hombre original» a quien ahora conocemos por el nombre de Alá. Éste, a su vez, creó primero el universo tal como lo conocemos y luego la raza negra. El hombre negro, por tanto, ocupó un lugar primordial en el universo y era divino. La vida, para él, era un paraíso de abundancia y bondad.

Fard enseñaba que hace 6.600 años nació un niño negro llamado Mr. Yacub: un chico con un cráneo de tamaño insólito, al que llamaban «científico cabezón». Mr. Yacub era un prodigo, un genio diabólico, que terminó sus estudios universitarios a los dieciocho años, pero que ya entonces había empezado a predicar en materias peligrosas, lo que hizo que él y 59.999 de sus seguidores fueran deportados a la isla egea de Patmos. Una vez allí, Mr. Yacub dio en matar a sus camaradas negros y crear una «raza diabólica» nacida de las mentiras, del engaño y del homicidio. Mr. Yacub sabía que los negros tienen un «germen» o gen negro dominante y también un gen más débil, de color marrón, de modo que consiguió crear una raza más clara arrojando a los negros a las fieras (o clavándoles agujas en los sesos) y haciendo que procrearan los hombres y las mujeres de color más claro. Transcurridos doscientos años, muerto ya Mr. Yacub, en Patmos no quedaba un solo negro. Unos seiscientos años más tarde, los hombres de Patmos habían pasado primero del negro al marrón, luego al amarillo y luego al blanco: eran blancos con el pelo pálido y los ojos azules. Fard los llamaba «demonios blancos», gentes perversas, con la sangre aguada y los huesos blandos, proclives a la enfermedad e incapacitados para la bondad, aunque sólo fuera por el tamaño

insólitamente reducido de su cerebro, que no llegaba, ni con mucho, a los doscientos gramos. El Fruto del Islam no permitió que estos blancos volviesen a oriente, desde su exilio, y los envió a Europa. Durante largo tiempo, los blancos fueron degenerando hasta convertirse en primitivos, viviendo como animales, practicando incluso el acto sexual con animales, hasta que Moisés recibió el encargo de civilizarlos. Al final, los blancos acabaron imponiéndose, primero en Europa, luego en el Nuevo Mundo, al que importaron esclavos de África, tratándolos brutalmente, obligándolos a comer cerdo e imponiéndoles el cristianismo. Todo ello hizo que los esclavos perdieran contacto con la radiante civilización de sus antepasados, los Hombres Originales.

Ésta era la Historia, según la Nación del Islam. Su mito redentor nos habla de una aeronave en forma de rueda y con un diámetro de ochocientos metros, llamada Aeronave Madre. Al mando de esta aeronave van los mejores hombres de raza negra, que lo pilotan mediante sus poderes psíquicos. Entre ocho y diez jornadas antes del día de la retribución de Alá, la Aeronave Madre llenará el planeta de octavillas en árabe y en inglés donde se indicará a las personas justas y temerosas de Dios el modo de preservarse ante el inminente ataque de los cielos. Este ataque será brutal y completo: de la Aeronave Madre despegarán mil quinientos aviones e irán soltando una bomba detrás de otra, como en el relato de Noé y el arca, hasta que sólo los justos queden con vida. Abundando en los métodos expresivos del Libro de la Revelación, el relato nos dice a continuación que Norteamérica arderá en un lago de fuego

durante 390 años, para luego pasar por un periodo de enfriamiento de 610 años. Al final, el hombre negro, el hombre justo, levantará una nueva civilización sobre las cenizas de la vieja.

Clay se bebió estos cuentos Musulmanes con fascinación, pero con un notable desinterés por los detalles. No era de extrañar que a los no iniciados les parecieran un tanto raros los principios de Fard, cuando Clay se los describía. Una noche, iba Ferdie Pacheco por Miami, al volante de su flamante Cadillac descapotable, con Clay y dos chicas en el asiento trasero. Clay se inclinó hacia adelante y le dio un golpecito en el hombro a Pacheco.

— ¿Ves eso? —le dijo, señalando al cielo —. Es la nave espacial.

— ¿De qué nave espacial hablas? —quiso saber una de las chicas.

Clay la miró estupefacto.

— Un día, hará cosa de siete mil años, un científico loco y malvado, que se llamaba Dr. Yacub, creó la raza blanca a partir de la negra... El sabio loco hizo superiores a los blancos y sometió a los negros a la esclavitud. Este periodo está acabando ahora.

— ¿Qué tiene que ver eso con la nave espacial?

— Pues que una nave espacial despegó con veintiséis familias amarillas dentro y ha estado dando vueltas al globo. Le pusieron la Nave Madre. Las razas no blancas son oprimidas por la blanca, pero pronto volverán para barrer a los blancos.

A una de las chicas se le escapó una sonrisa. —¿Y qué los ha hecho esperar tanto, chico?

—Una vez al año —prosiguió Clay— aterrizan en el polo Norte, sacan una especie de manguera de plástico y con ella recogen el oxígeno y el hielo necesarios para aguantar otro año.

Al principio, Clay no hizo grandes distinciones entre lo que le era útil y lo que no le era útil en la ideología de los Musulmanes Negros, pero al cabo del tiempo dejó de mencionar estas historias. Lo que verdaderamente le tenía sorbido el seso era el modo en que se comportaban los Musulmanes Negros en este mundo, su sentido de la identidad, su honrado talante militar, su orgullo. En Elijah Muhammad encontró Clay un sustituto del padre, una fuente de sabiduría gnómica y mágica que tomaba asiento en divanes con cobertura de plástico y que explicaba al mundo la bondad de los negros y la maldad de los blancos. Elijah Muhammad, por su parte, mantuvo al principio una profunda ambivalencia frente a Clay: para la Nación del Islam, boxear no era mucho mejor que emborracharse, una concesión carente de cualquier valor, hecha por los negros para el disfrute de los blancos. Cuando Clay lo conoció, a principios de los sesenta, Elijah Muhammad era ya un líder establecido, aunque su nombre aún no sonara mucho en los ambientes blancos. Cuando Fard desapareció, en 1934, Poole, ahora conocido por el nombre de Elijah Muhammad, se hizo cargo de los Musulmanes Negros en calidad de Mensajero del fundador. Tras haber sido arrestado en Detroit por contribuir a la delincuencia de menores no enviando a sus hijos a colegios reconocidos, se mudó con su familia —y con

la secta – a Chicago. Uno de los gestos que más contribuyó a su leyenda fue que se negara a cumplir el servicio militar y que fuera por ello a la cárcel.

«Para Ali, había algo reconfortante en la noción de la superioridad negra y la nave espacial, era algo que le valía la pena creer», ha dicho Robert Lipsyte, el periodista del New York Times que mejor lo conoció a principios de los sesenta. «Al fin y al cabo, su padre ya andaba por ahí desparramando las cosas de Marcus Garvey. Ali se apartó de su padre, pero estaba muy influido por él en lo del carácter opresivo de la raza blanca. Por otra parte, ¿qué habría sido de Ali sin la Nación? Ella le dio un sentido de la identidad, lo puso en contacto con algo más grande que él mismo, y más importante, al menos en aquel momento. Era la época de la cólera blanca ante la integración, y la Nación del Islam, ante ese hecho, aportaba su relato de autosuficiencia.»

«Ali era un chico que les daba vueltas a las cosas, muy joven, lleno de dolor y curiosidad, siempre en busca de respuestas concretas», ha dicho Ferdie Pacheco. «Necesitaba un maestro que le indicara qué hacer, y a ese respecto la respuesta de los Musulmanes Negros era clara y terminante: no te fíes de nadie que sea blanco. Lo negro es lo mejor, lo negro es bello, los blancos no nos hacen ninguna falta. Apenas tenía importancia que a su alrededor estuviéramos el Grupo de Louisville y yo, y Angelo, y un montón de gente blanca. No era una persona con inclinación a odiar. Pero siempre marchó al ritmo de su propio tambor. Ve las cosas como quiere. Lo que mejor le cuadra, la ideología que más le convenga, el programa que mejor cuadre con su noción de su propia vida. Desde que estuvo en Detroit, en 1962, tiene una verdadera fijación con Elijah Muhammad, a quien conoció en aquel

momento. Elijah le cautivó la mente. Era la única persona a quien Clay se consideraba obligado a escuchar.»

«Ali también entendía el lenguaje de la fuerza. Así como Sonny Liston comprendía a la Mafia, Ali comprendía que con los Musulmanes Negros no se jugaba. Le gustaba su fortaleza. Así, no quiso darse por enterado del hecho de que la Nación, sobre todo al principio, estuviera llena de ex presidiarios, tipos violentos, capaces de ir por cualquiera que se les cruzara en el camino.»

Hacia 1962, Clay ya tenía al Capitán Sam y a otros Musulmanes Negros en el gimnasio —el Fifth Street Gym, el Gimnasio de la Calle Quinta—, con diversos cometidos, pero sobre todo con la función de proporcionarle apoyo moral. Clay había aceptado las restricciones del Islam Negro en materia dietética, de modo que la organización le suministraba cocineros. En el gimnasio había quien estaba al corriente —como Pacheco— de las andanzas de Cassius y su hermano Rudy con los miembros de la Nación, pero Cassius no tenía el más mínimo interés en hacer públicos sus nuevos compromisos. Era plenamente consciente de que los pocos blancos que conocían la Nación del Islam veían en ella una secta muy temible: musulmanes radicales, de fines separatistas, muchos de ellos con antecedentes penales. «Me daba miedo que llegara a saberse, por si no me permitían pelear por el título», ha dicho Clay, muchos años más tarde.

Cuando Clay asistió a un mitin musulmán en el South Side de Chicago, hubo algún periodista que le preguntó directamente si era miembro de la organización. Clay, que normalmente acogía a los periodistas con los brazos abiertos, ahora consideró una grosería que

insistieran tanto, y se puso a la defensiva. Los Musulmanes Negros, dijo, son gente limpia y trabajadora, que no engañan a sus mujeres, ni beben, ni toman drogas. Y le volvieron a preguntar si era miembro de la organización.

—No —contestó—. No ahora. Pero si siguen ustedes insistiendo así, acabaré apuntándome. No hay gente más limpia de corazón que ellos, después del propio Dios.

Cassius Clay repartía hábilmente sus lealtades. Cuanto más se concentraba en la Nación del Islam, más atención ponía también en el boxeo. El 24 de enero de 1964 tuvo que ir a Pittsburgh a enfrentarse con Charlie Powell, un tipo de muy malas pulgas, antiguo jugador de fútbol norteamericano. Powell atosigó a Clay en el acto de pesaje, y, por primera vez, dio la impresión de que iba a pelear en estado de cólera. Esta vez pasó de su habitual actitud de «más vale maña que fuerza» y, por fortuna para él, Powell quedó liquidado en el tercer asalto. Se pasó la hora siguiente vomitando sangre en el vestuario.

A partir de ese momento, Clay pensó que ya se había desembarazado de suficiente número de adversarios —algunos de ellos también aspirantes al título— como para llamar la atención de Sonny Liston. Pero la verdad era que por el momento no le había ganado a nadie. Archie Moore, el más conocido de sus rivales, había subido al ring con todo el aspecto de una sirena varada. Sonny Banks había derribado a Clay. El truco consistía en no pararse y seguir aprendiendo. A fin de cuentas, el tiempo obraba a favor de Clay: Liston había aniquilado a Patterson por dos veces, pero su máximo

como boxeador lo había alcanzado, probablemente, dos o tres años antes. Y tampoco podía decirse que el título hubiera contribuido en mucho a mejorar las costumbres del campeón. Liston sólo se entrenaba de vez en cuando; y, aunque por lo general no se metía en grandes apuros, el caso era que seguía bebiendo y trasnochando. Hacía mucho tiempo que había abandonado toda esperanza de convertirse en el parangón de su acreditado oficio.

Clay se comprometió a pelear en el *Madison Square Garden*, en marzo de 1963, con un boxeador muy inteligente llamado Doug Jones. El acontecimiento pasaría a la crónica más por los éxitos de Clay en el campo de las relaciones públicas que por lo ocurrido en el ring. En fechas inmediatamente anteriores a la pelea, todos los periódicos importantes se mantuvieron en huelga durante 113 días. Clay, Jones y el Garden se quedaron sin más medio de promocionar el combate que la televisión, o cualquier otro «medio alternativo» que fueran capaces de inventar.

«*Esto no es justo para los muchísimos aficionados al boxeo que hay en Nueva York*», se lamentaba Clay. «*Ahora no podrán leer nada sobre el gran Cassius Clay.*»

Clay no dejó de acudir a ningún programa de televisión que lo invitara, pero su golpe más brillante fue cuando se presentó en el Bitter End, un reducto del Greenwich Village para cantantes folk, humoristas y otros personajes del mundillo intelectual. Ocurrió durante una velada poética. Clay apareció en el escenario con otras siete personas, seis mujeres y un hombre, aunque evidentemente era él el principal motivo del

acontecimiento. Entre los participantes no se veía al poeta Robert Lowell, ni mucho menos a Allen Ginsberg. Había tongo. El primer vate en actuar fue Howard Ante, un caballero muy barbado que recitó su inmortal «*Sam el Apostador habla a un caballo perdedor*». Para que todavía resultara más obvia la consagración de la velada al boxeo, una poetisa llamada Doe Lindell recitó un «*Poema a Cassius Clay*» de su propia cosecha. Finalmente, el mismísimo Clay agarró el micrófono y recitó la siguiente oda a sí mismo:

Cartago fue arrasada por Marcelo,
Casio tumbó a Julio César
y Clay va a aplastar a Doug Jones
de un solo golpe musculoso.

Cuando suene la campana
y el árbitro cante el ganador
ninguno romano habrá más noble
que Cassius Marcellus Clay.

Afortunadamente para la poesía y para el arte de la autopromoción, el espectáculo del Bitter End no fue televisado. Nueva York estaba con hambre de grandes combates, ahora que las peleas por el título estaban

empezando a emigrar a Las Vegas y el *Garden* (el viejo *Garden*, el de la calle Cuarenta y Cinco) había colgado el cartel de no hay billetes. Cuando llegó la noche del combate, Clay había hecho un esfuerzo extraordinario por compensar la falta de periódicos debida a la huelga. Invitó a un espléndido redactor deportivo, Bob Waters, del *Newsday*, a su habitación del Hotel Americana, y le dijo:

—Lo que me puede es la cantidad de vueltas que hay que dar. La semana pasada era «*Cassius, ¿quieres hacer el favor de venir a mi programa de televisión? ¿Quieres grabar una cinta? ¿Nos dejas que te hagamos unas fotos?*». Estoy cansado, tío. Y tengo que estar hablando todo el tiempo, claro, ya sabes. Es lo que la gente espera. Los periodistas dicen: «*No vamos a hacerte ninguna pregunta, tío. Tú larga lo que quieras.*» Tengo la boca cansada.

Lo único que daba fuerzas a Clay antes de la pelea era la circunstancia de haber hecho un nuevo amigo, un tal Drew Brown, personaje místico con una larga cicatriz en la mejilla. Brown, que también respondía a los mote de Bundini y Fastblack, se había pasado siete años en el entorno de Ray Robinson, haciendo de animador profesional y de bufón de la corte. (En el pináculo de la carrera de Robinson, su entorno llegó a incluir profesores de voz, instructores de puesta en escena, peluqueros, golfistas profesionales, masajistas, secretarias, mascotas enanas.) Bundini era judío converso y estaba casado con una señora llamada Rhonda Palestine. Cuando hablaba de Dios lo llamaba Shorty (bajito), y tenía una idea muy elevada de la majestad de Shorty. Un día, Brown se presentó en

la habitación de Clay y, para sorpresa de éste, inmediatamente se puso a afearle el hecho de que predijera el resultado de sus combates.

—Tiene que ser tongo, porque a ver cómo diablos vas a decirle tú a Archie Moore cuándo debe caerse. No hay la más mínima duda, eres un farsante —dijo—. O eres un farsante, o tienes a Shorty en el rincón. Yo he estado con Sugar Ray. Yo he estado con Johnny Bratton. Y nunca he oído a nadie predecir con tantas semanas de antelación el asalto en que iba a terminar la pelea. ¡Dime la verdad!

—¿Sabes cuál es la verdad? —le dijo Clay, como cierre de una larga conversación—. La verdad es que cada vez que subo al ring voy muerto de miedo.

Bundini, que era de lágrima fácil, lloró para llenar varios cubos. —Sabía que Shorty está contigo —dijo—. Tenía que estar a tu lado. ¿De veras tienes tantísimo miedo? ¿Por qué?

—Tengo miedo porque después de tanta chulería y tanta predicción, lo que la gente quiere es que me zurren la badana, y ése es mi problema. Si pierdo, lo menos que van a pedir es que me expulsen del país. No me queda más opción que ganar. Pero esto es algo que sólo tú y yo sabemos.

—Tú, yo y Shorty —dijo Bundini.

A partir de ese momento, Clay supo que le era indispensable tener a Bundini cerca, para que le hiciera de bufón motivador. Bundini era negro, pero de los integracionistas, de los del movimiento pro derechos civiles.

Ello no fue impedimento para Clay. Le caía bien Bundini, le gustaba su capacidad para los juegos verbales, para levantarle el ánimo. Le gustaba hablar con Bundini de hombres del espacio y de películas de horror, le gustaba jugar con él a las docenas²⁴, le gustaba el hecho de que Bundini hubiera estado en tantos sitios y tuviera tanta experiencia del mundo.

Drew Brown nació en 1929 y se crió en la Florida más pobre y más rural. Según cuenta, ya a los diez años tenía que pagarse él mismo el alquiler, y a los trece años entró de ordenanza en la marina. «*Me hice la campaña del Pacífico y la del Atlántico, y conozco los misterios de la vida*», dijo en cierta ocasión, con su característica grandilocuencia. «*Sé de los hombres, sé de las mujeres, sé del amor y de la muerte, sé del poder y de la gloria.*» Tuvo que abandonar la marina tras haber amenazado a un oficial con un cuchillo de carnicero. Luego anduvo de empleo en empleo, trabajando para diversos púgiles. Bundini terminaría perdiendo, al cabo de los años, el favor de Clay —a lo cual no contribuyó en poco el hecho de que le vendiera por quinientos dólares el cinturón de campeón a un barbero de Harlem—, pero el caso es que al principio ambos hombres comunicaron de un modo mágico y afectivo que no se parecía en nada al modo en que Dundee conectaba con el boxeador. Bundini lloraba cuando Clay recibía un golpe y derramaba lágrimas de alegría en las victorias. Años más adelante, cuando ya llevaba muchísimos combates trabajando en el rincón de Clay, llegó a decir: «*Me pongo enfermo antes de los combates. Me pasa como a las embarazadas. Le traspaso al campeón toda mi fuerza. Cuando él lanza un golpe, yo lanzo un*

²⁴ Nota del T. Juego muy característico de chicos norteamericanos «de la calle»; consiste, sobre todo, en un intercambio de floreados insultos a las respectivas madres.

golpe. Si le pegan, me hace daño a mí. No puedo explicarlo, pero hay veces en que sé lo que va a hacer antes de lo que él mismo lo sepa.»

Clay iba a necesitar toda la comprensión y toda la simpatía de Bundini en la pelea contra Doug Jones. A la hora del combate, las apuestas estaban dos a uno a favor de Clay, pero no sólo no pudo cumplir con su vaticinio de que la pelea terminaría por K.O. en el sexto asalto, sino que ni siquiera llegó a hacerle verdadero daño a Jones. Al final, lo único que podía obrar a su favor era la preferencia estética de los jueces y los buenos deseos que éstos experimentaran por su futuro, porque resultó que Jones, que sólo pesaba 85 kilos, casi seis y medio menos que Clay, era un púgil escurridizo, esquinado, lleno de recursos. Clay se pasó la noche peleando con algo que se parecía mucho a un cangrejo.

Clay tendría que haber dominado la pelea, o al menos ésa fue la impresión del público. Pero, asalto tras asalto, Jones conseguía agazaparse a una distancia demasiado corta para Clay. La única ventaja de Jones era la experiencia, y la utilizó para mantener a raya a Clay con sus contras. Al cabo del rato, la gente empezó a darse cuenta de que Clay no iba a poder cumplir dentro del plazo que él mismo se había impuesto; de hecho, la impresión era de que iba a necesitar mucha suerte incluso para ganar, a secas. La excitación del público, el ruido incesante, se debían menos a la calidad del boxeo que a la expectativa de un fracaso. «*Estaba viendo aquel combate, tan mediocre que apenas valía la pena verlo*», comentó Liebling, «*y no paraba de pensar que mis diecinueve mil compañeros de graderío, a juzgar por el*

ruido que hacían, estaban asistiendo a un grandioso enfrentamiento alegórico entre Modesto Segundón y Maese Poeta el Bocazas Listillo.»

Al final, dos jueces —Frank Forbes y Artie Artello— dieron ganador a Clay por cinco a cuatro (con un asalto igualado), mientras que el juez árbitro, inexplicablemente, daba ganador a Clay por ocho a uno (con un empate). El público, que se había hecho antipoeta a mediados de la pelea, rompió en abucheos nada más anunciarlse el resultado. Los más vehementes llenaron el aire de latas de cerveza aplastadas, restos de cigarros puros y aviones de papel. Clay se quitó los guantes para recoger unos cuantos de los cacahuetes que le habían arrojado. Luego, en un gesto teatral, se los comió. Levantó los brazos para celebrar la victoria, con algún desafío, pero, teniendo en cuenta sus habituales niveles de exuberancia, aquel ademán no pasó de meramente ceremonial. Era consciente de su fracaso. Más tarde tuvo que asistir a una fiesta de celebración en el *Small's Paradise* de Harlem, pero estaba tan agotado que casi se desmaya encima del pastel conmemorativo. Necesitó ayuda de unos cuantos gorrones habituales que por allí había para volver al hotel y echarse a dormir durante largas horas.

«*No soy Superman*», dijo, apartándose enormemente de su línea habitual. «*Si los aficionados piensan que no hay nada que yo no pueda hacer, es que están aun más locos que yo.*»

Cuando los periódicos recuperaron la normalidad laboral, hubo decenas de columnistas ansiosos de recoger en sus escritos la actuación del joven púgil. Pete Hamill, del *New York Post*, un redactor más joven y más

tolerante que otros compañeros suyos de la época, más conocidos que él, dejó constancia de su impaciencia y de su actitud negativa ante la joven sensación: «*Cassius Clay es un chico con mucho encanto, pero corre el peligro de convertirse en un aburrimiento espantoso.*»

Clay no quedó mucho mejor tres meses más tarde, en la pelea siguiente, que fue en junio y contra Henry Cooper, en el estadio de Wembley de Londres. Volvió a verse favorecido por los árbitros y volvió a fallarle la concentración. De nuevo, su promoción pre combate fue mucho más allá de lo que cualquier promotor habría podido esperar. Se paseó por Londres con bombín y bastón, para declarar que Buckingham Palace era «un pisito la mar de apañado». Pero en el cuadrilátero llevó demasiado lejos su sentido del juego, poniendo en peligro sus posibilidades de aspirar al título.

Cooper tenía reputación de ser un púgil de un solo golpe, poseedor de lo que sus compatriotas llamaban «*el martillo de Henry*». Pero Clay no dio la más mínima muestra de preocupación al respecto. Cooper abrió la pelea haciendo que Clay volviera a apoyar los talones en el suelo. Clay era más rápido y sus golpes iban impactando, uno tras otro, en la frente de Cooper. Pero éste, que actuaba ante 55.000 ingleses, estaba en vena y resultó bastante menos lento que aquella antigua llamada Archie Moore. En el transcurso del cuarto asalto, Cooper tenía a Clay contra las cuerdas y arremetió con un golpe terrorífico, que derribó a Clay de costado. Los labios de Clay trazaron una pequeña «O» de dolor y sorpresa. Pero Clay se irguió en seguida y el asalto concluyó.

En el rincón, Angelo Dundee observó un ligero desgarrón en la costura de uno de los guantes de su pupilo. Si Clay hubiera ido claramente por delante, si no hubiera necesitado un poco de tiempo extra, Dundee podría haber ignorado el fallo, pero lo que hizo fue sacarle provecho, metiendo el dedo en el agujero y desgarrando aún más la costura. Luego llamó al árbitro, para que viera lo que ocurría. Dundee aprovechó el consiguiente tiempo muerto para aplicar toallitas húmedas a Clay y darle a oler sales. Cuando, por fin, sonó la campana de inicio del quinto asalto, las nieblas de su cabeza se habían disipado y estaba otra vez en buenas condiciones para pelear. Como había vaticinado su victoria en el quinto asalto, se lo tomó como una especie de misión a cumplir, castigando a Cooper con una sucesión de directos y ganchos que muy pronto le convirtieron la cara en el delta de un río, de tan copiosas como eran las corrientes de sangre que le recorrían las cejas y las mejillas.

Finalmente, el juez árbitro, Tommy Little, se volvió hacia Cooper y lo hizo detenerse.

—La pelea ha terminado, amigo —dijo.

—No lo hemos hecho tan mal para ser un desgraciado y un paralítico, ¿verdad? —dijo Cooper, al apartarse.

Clay afirmó que Cooper le había podido aplicar el tremendo golpe del cuarto asalto porque él se descuidó admirando a Elizabeth Taylor, que ocupaba un asiento de primera fila. Entre los periodistas que asistieron al combate, los más escépticos manifestaron su incredulidad. El chico,

escribieron, era divertido a ratos, y tenía posibilidades, pero no estaba preparado aún. Incluso el senador Kennedy, que ahora ya se consideraba una especie de profesor en el juego del boxeo, declaró solemnemente a la prensa que habían de pasar «muchos años» antes de que Cassius Clay estuviera lo suficientemente maduro como para alcanzar el campeonato.

Pero el caso es que el propio campeón pensaba de otro modo. No le apetecía esperar demasiado. Liston había enviado a Londres a su mánager, Jack Nilon, en calidad de emisario. Concluida la pelea, Nilon fue al vestuario de Clay para darle la noticia:

—He volado cinco mil kilómetros para comunicártelo: estamos dispuestos.

Ni que decir tiene que Nilon se consideraba, sin asomo de duda, algo así como el embajador del león, anunciándole a la oveja que estaba dispuesto a casarse con ella. Tras la pelea con Jones y, ahora, el desigual rendimiento ante Henry Cooper, el equipo de Liston no veía en Cassius Clay más que una estupenda perspectiva de dinero fácil. Liston no había aceptado ningún combate tras la segunda derrota infligida a Patterson. Su imagen de destructor había quedado hecha en los dos minutos que le costó ganar el título, más los otros dos que le costó defenderlo. Y ahora esperaba a Clay. A pesar del insatisfactorio rendimiento del joven púgil contra Jones en Nueva York y contra Cooper en Londres, no había por ahí ningún otro aspirante que pudiera atraer a tantos espectadores (ni, a ojos de Liston, ningún otro a quien pudiera derrotar con tanta facilidad).

Clay era consciente de que Liston estaba en el convencimiento de habersele impuesto para siempre en aquella mesa de juego de Las Vegas. Ahora tenía que modificar el equilibrio psicológico de poderes. De modo que, ya antes de sentarse a negociar, Clay decidió sacar al oso de su descanso invernal y que dejara de darse lametones de satisfacción.

«Llevaba mucho tiempo estudiando a Liston, muy atentamente, desde que empezaba a ascender en el escalafón de los aspirantes, con Patterson haciendo como que no lo veía», le dijo Clay a Alex Haley en su entrevista para *Playboy*. *«Su modo de pelear, su potencia. Su pegada. Todo eso. Pero también otras muchas cosas. Todos los boxeadores se dedican a estudiar a sus futuros adversarios. Pero para mí lo importante era observar el comportamiento de Liston fuera del ring. Leía todas las entrevistas que le hacían. Hablaba con la gente que había hablado con él, o que había estado cerca de él. Tumbado en mi cama, pasaba revista a todos los detalles que iba reuniendo, tratando de hacerme una idea de cómo le funcionaba la cabeza. Y así fue como se me ocurrió por primera vez que todo me iría estupendamente si podía utilizar la psicología contra él. Quiero decir: fastidiarlo al máximo, trabajarle malamente los nervios, para tenerlo derrotado antes de que subiera conmigo al ring. Y eso fue lo que hice...»*

Conseguí que pensara exactamente lo que quería: que yo no era más que un payaso y que nunca tendría ningún problema conmigo en el ring. La prensa, todo el mundo... No quería que nadie pensara ninguna otra cosa de mí, sino que era una especie de chiste malo.»

Como tratando de escapar hacia el Oeste, huyendo de su ficha policial de Filadelfia, Liston acababa de mudarse por aquel entonces a

Denver, no sin antes haber declarado: «*Prefiero hacer de farola en una calle de Denver que de alcalde en Filadelfia.*» Clay tomó la resolución de hacerle una visita. Hacía poco que se había comprado un autobús Flexible modelo 1953, de treinta plazas, pintado de los mismos colores que su Schwinn de la adolescencia: rojo y blanco. Luego, igual que Toro Molino en Másdura será la caída, hizo del autobús un campamento sobre ruedas, además de vehículo publicitario. Pidió que le pintaran en la costana el rótulo siguiente: «*El púgil más vistoso del mundo: Liston tiene que caer en ocho asaltos.*» Con un musulmán negro amigo suyo, Archie Robinson, y con el fotógrafo Howard Bingham, que pronto se convertiría en el mejor y más leal de sus amigos, Clay partió hacia Denver para jugar con la mente de Liston.

Cuando llegaron al término municipal de Denver, a eso de las dos de la madrugada, Clay llamó por teléfono a todos los periódicos y todas las agencias de noticias, pidiéndoles que acudieran a las cercanías de la casa de Liston, porque se les iba a brindar un magnífico espectáculo. El autobús aparcó junto a la casa a eso de las tres, y allí estaba la prensa. Howard Bingham, siguiendo instrucciones de Clay, llamó a la puerta.

Salió a abrir Liston, en batín de seda y pijama de pantalones cortos. —¿Qué quieres, jodido negro? —dijo el campeón, a guisa de saludo. En la acera, Clay y sus compañeros gritaban:

—¡Sal de ahí! ¡Te voy a machacar! ¡Ahora mismo! ¡Sal a defender tu casa! ¡Si no sales, echaré la puerta abajo!

Liston se resistía a hacer ningún movimiento. Era plenamente consciente de que, con sus antecedentes policiales, una pelea en plena calle terminaría en un nuevo arresto y una muy mala publicidad para los periódicos.

«Al principio no conseguí sacarlo de quicio, porque tenía esa idea fija en la cabeza», recuerda Clay. «Pero seguí trabajándomelo. Un tipo con la mentalidad de Liston es una cosa muy rara. La verdad es que no le pasa lo que a mí, que tengo una mente rápida. Lo que él tiene es una mentalidad de bulldog.»

Antes de que pudiese ocurrir nada, sin embargo, los vecinos llamaron a la policía, y ésta obligó a Clay y su alegre comitiva a seguir su camino. Liston se metió en su casa y cerró la puerta. Según su sparring, Foneda Cox, estaba irritadísimo y muy confuso. Perfecto. Clay volvió a casa feliz, con la satisfacción de haber conseguido algo de lo que pretendía.

«Mientras yo peleaba con Jones y con Cooper», ha dicho, «Liston estaba metido hasta las cejas en el ritual de los campeones, que es una pesadez y un engorro. Yo es que estaba a punto de aplaudir cada vez que me enteraba por la prensa o por la radio que había asistido a algún acto o a alguna ceremonia importante. Levantado hasta las tantas, bebiendo, etcétera. Tampoco perdía de vista los años que tenía... Lo que me puso las cosas mejor todavía fue cuando Liston sólo se entrenó a medias para la revancha, y, a pesar de ello, Patterson estuvo mucho peor que él. Cuando firmó la pelea conmigo, Liston me calificaba incluso por debajo de Patterson. El hombre pensaba que iba a entrar en funcionamiento una especie de Club del Perdedor del Mes, como el que tenía Joe Louis. En mí, lo único que veía era la boca».

La verdad era que casi nadie veía ninguna otra cosa en él. El equipo de Liston estaba totalmente convencido del K.O., pero también lo estaba el Grupo Patrocinador de Louisville. «*Tengo que ser franco: yo, hasta el último minuto, estuve convencido de que Cassius no podía ganar a Sonny Liston. Cuando llegó el momento de firmar el contrato, mi idea era que aquella iba a ser su última pelea*», ha dicho el abogado del grupo, Gordon Davidson. «*Sólo le pedía al cielo que Cassius no saliera demasiado dañado del combate.*»

El 5 de noviembre de 1963, en Denver, los representantes de Liston firmaron los contratos para la defensa del título contra Cassius Clay. El combate quedó previsto para el 25 de febrero de 1964, en Miami, y se retransmitiría en directo a un circuito de salas cinematográficas de todo el país.

VIII

LA GRAN PROMOCIÓN

El promotor de la pelea Liston-Clay era William B. MacDonald, antiguo conductor de autobuses que había hecho tal fortuna, que ahora andaba por ahí con dos Rolls Royces y un yate de quince metros llamado Snoozie. MacDonald, natural de Butte y nacido en el año 1908, descendía, según él, de toda una estirpe de ladrones de borregos. Dada la escasez de borregos que robar en Butte, se trasladó a Miami e hizo su dinero en negocios de aparcamiento, luego de limpieza y tintorería, luego de hostelería, transporte por camión, casas móviles y una compañía de préstamos hipotecarios con sede en San Juan. Se casó con una polaca llamada Victoria y, para no aburrirse, se compró una granja de sementales en Delray Beach y un equipo de béisbol de clase D, los Tampa Tarpons. MacDonald regalaba gemelos de oro como pastillas de chicle. Vivía en una casa de un cuarto de millón de dólares, en Bal Harbour, y mantenía a un ayudante llamado Sugar Vallone, antiguo empleado de bar. Su generosidad como padre no tenía parangón. La casa en la copa de un árbol que hizo construir para su hija tenía cortinas y alfombras a juego con las del edificio principal, y también una jukebox auténtica que le regaló a la niña por su octavo cumpleaños. Bill MacDonald se lo pasaba estupendamente. Fumaba puros habanos y comía sus buenos filetes.

Jugaba al golf y decoraba las paredes de su casa con los muchos peces espada que había extraído del Atlántico. Cuando jugaba al golf, llevaba el cochecito con una cocacola en la mano derecha y una *root beer*²⁵ en la izquierda, moviendo el volante con los antebrazos y la barriga. Estaba gordísimo.

MacDonald, hasta ahora, había disfrutado mucho con sus andanzas en el mundo del boxeo. Había hecho algo de dinero, quizás no mucho, como promotor del tercer Patterson-Johansson. Cuando tuvo la primera conversación con John Dundee sobre un posible Liston-Clay con el título en juego, le pareció una de esos proyectos que en modo alguno pueden salir mal. Había mucho dinero que ganar, teniendo en cuenta la cantidad de turistas ricos que visitan Miami, en auténticas manadas, durante el mes de febrero. ¿Cómo podía fallar una cosa así? Liston era ya la presencia más temible que el boxeo había dado desde los tiempos de Joe Louis y de Rocky Marciano, y Clay, dándole a la lengua sin pausa ni descanso, haría que se vendiese el aforo completo del local, sin más límites que los establecidos por las leyes de seguridad en materia de incendio. Imposible que saliera mal. De modo que MacDonald, habiendo invertido 800.000 dólares en la pelea, no vaciló en poner la entrada más cara a un precio sin precedentes: 250 dólares.

MacDonald veía venir una velada magnífica, con el ring enteramente rodeado de estrellas de cine y de los hampones de costumbre, los que van por ahí con un fajo de billetes enorme. No quería dejar de ver ninguna cara

²⁵ Nota del T. Refresco hecho con varias raíces.

importante. «*Por ejemplo, me llama un tío con la pretensión de comprar una entrada de 100 dólares para Andy Williams*», le contó a un periodista del *Sports Illustrated*. «*Y yo le digo: "Andy Williams tiene que estar con los peces gordos. No me lo figuro sentado ahí detrás, con los pequeños. Tiene que estar con las ruedas, no con los tapacubos."*»

No es que MacDonald fuera exactamente un gran experto en pugilismo, pero sí tuvo el suficiente caletre como para decirles a los periodistas que él tenía muy en cuenta la posibilidad de que saltase la gran sorpresa en aquella pelea. «*Imagino a Clay ganador*», dijo. «*Se llevará el título si mantiene la distancia, si pega y corre. Pero el muy payaso de él es tan ególatra –está poniéndose histérico perdido– que no hay quien le quite de la cabeza que le puede arrear en la nariz a Liston entrándole de lado. Hay grandes posibilidades de que la pelea resulte desagradable, pero si Clay logra llegar al séptimo u octavo asalto muy bien se puede llevar el título.*»

Resulta fácil captar la intención de MacDonald, no precisamente sutil: no se venden entradas para un combate diciendo por ahí que David no tiene ninguna opción ante Goliat.

MacDonald no esperaba que Liston entrara en ninguna clase de guerra verbal con Clay antes de la pelea. Liston se había acostumbrado de tal modo a que todo el mundo hablase de él en términos de «indomable campeón» —con las apuestas siete a uno a su favor, como mínimo—, que llevaba adelante sus entrenamientos del Auditorio Cívico Surfside, en la zona norte de Miami Beach, con mucha petulancia y muy pocas ganas. En fuerte contraste con las instalaciones de Cassius Clay en el Gimnasio de la

Calle Quinta, gloriosamente desastradas, Liston y sus sparrings trabajaban con aire acondicionado. De pronto, un pregonero anunciaba la siguiente estación de la cruz —«*El campeón haciendo ejercicios con el saco*»—, y Liston se pasaba unos minutos dando golpes al saco. Luego, sus segundos, liderados por Willie Reddish, acudían corriendo a cubrirlo con una toalla, como a la mismísima Cleopatra. Reddish le pasaba a Liston una pelota de ejercicios por la tripa, como una docena de veces, y luego el campeón saltaba un rato la cuerda al ritmo de «*Night Train*», igual que había hecho en el show de Ed Sullivan.

—Observen ustedes que los talones del campeón nunca tocan el suelo —anunciaba el maestro de ceremonias—. Todo lo hace sobre la punta de los pies.

Liston, entrenándose, era como Liberace tocando el piano: una caricaturesca representación de cómo trabaja un boxeador. Resultaba muy difícil creer que Liston se estuviera tomando verdaderamente en serio a Clay. No se molestaba ni en fingir que lo aborrecía. «*No odio a Cassius Clay*», afirmaba. «*Lo amo tanto que le voy a dar el veintidós y medio por ciento de la recaudación. Clay significa mucho para mí. Es mi chico, mi chico del millón de dólares. Espero que no le pase nada y que no deje de presentarse al combate.*» La única preocupación de Liston, en cuanto a su físico se refería, era lo que pudiera ocurrir con su preciadísimo puño izquierdo. «*Se lo voy a meter tan profundamente en el gaznate, que lo mismo no logro recuperarlo luego*», dijo.

Puede que a los periodistas no les cayese muy bien Liston, pero lo respetaban como boxeador. También lo veían fácil vencedor de Clay. Lester

Bromberg, del *New York World-Telegram*, predijo que el combate «seguiría las pautas» de los dos enfrentamientos Liston-Patterson, con la única diferencia de que éste sería más largo. «Va a durar el primer asalto casi completo.» Casi todos los periodistas que se ocupaban del tema eran hombres de mediana edad –educados en Joe Louis–, y Clay tenía a gustarles menos aún que Liston. Jim Murray, del *Los Angeles Times*, escribió que el enfrentamiento entre Liston y Clay sería «la pelea más popular desde Hitler y Stalin: 180 millones de norteamericanos deseando un K.O. doble. El único terreno en que Clay puede ganarle a Liston es en la lectura del diccionario... Sus manifestaciones públicas tienen toda la modestia de un ultimato alemán a Polonia, pero sus actuaciones públicas se parecen más a la escuadra de Mussolini».

Ni que decir tiene que Clay, en su Gimnasio de la Calle Quinta, seguía invirtiendo una considerable cantidad de energía en sus conferencias de prensa de después de los entrenamientos. Día tras día, iba contando con todo detalle el modo en que pensaba dedicar los cinco primeros asaltos a dar vueltas alrededor del «oso grande y feo», cansándolo para luego machacarlo a base de ganchos y uppercuts, hasta que Liston cayera sobre sus cuatro extremidades, totalmente sometido. «Voy a tumbar a ese oso tan grande y tan feo y después del combate me voy a construir una casa muy bonita y una de mis alfombras va a ser su pellejo. Liston incluso huele a oso. Lo voy a regalar al zoo, cuando termine con él. La gente se cree que estoy de broma. No estoy de broma. Va en serio. Ésta va a ser la pelea más fácil de mi vida.» Luego anunció a los periodistas allí presentes que aquella era su oportunidad de «subirse al tren en marcha». Y les advirtió que estaba

apuntando los nombres, para que no se le olvidaran los que iban por ahí diciendo que no, porque cuando ganara «*voy a celebrar una pequeña ceremonia consistente en comerse algo... En comerse cada uno sus propias palabras*». Por otra parte, no había día en que Clay no rindiera su particular homenaje a Gorgeous George, cada vez que describía su eventual reacción en caso de que Liston le ganara: «*Dígale usted esto a su cámara, a su periódico, a su director de noticiario, en la tele o en la radio, dígaselo al mundo: si Sonny Liston me zurra, le besaré los pies en el ring, me arrastraré de hinojos por todo el cuadrilátero, le diré que es el más grande, y me subiré al primer avión que me saque del país.*» Pero lo más espectacular fue el poema que compuso — seguramente el mejor de los suyos— para la magna ocasión. A lo largo de los años, Clay tomó la costumbre de repartir más el trabajo de redacción de sus poemas. «*Todos metíamos algo, un verso por aquí, un verso por allí*», ha dicho Dundee. Pero éste pertenece a Clay en su totalidad. A primera vista, era una visión profética del octavo asalto; y no hay poema, anterior o posterior, que supere su potencia narrativa, su precisión rítmica y su ingenio. Hablamos de su «Canto a mí mismo»:

*Miren al joven Cassius Clay,
peleando contra el Oso.*
*Liston recula y recula
y va a acabar en el foso,
porque en el ring ya no hay sitio
— y eso que es muy espacioso — — .*

Clay le pega con un puño,

luego le da con el otro.

El único que pelea

es Cassius Clay el Hermoso.

Liston recula y recula

y recula, receloso:

ya sólo es cuestión de tiempo

para el K.O. por destrozo.

¡Mirad qué derecha espléndida,

mirad qué swing tan glorioso,

mirad el gancho tremendo

que pone en el aire al Oso!

Liston vuela, va volando,

con impulso poderoso,

ya está tan lejos del ring

que no se le ven los ojos.

El árbitro espera impaciente

que ese pesado despojo

aterrice, y empezar

la cuenta hasta diez fatal.

Pero Liston sigue el vuelo,

lo localiza el radar:

está encima del Atlántico,

quién se lo iba a contar.

*El público está asombradísimo
pues vino sin preparar
a ver un título en juego
no un satélite lanzar.*

*Nadie al comprarse la entrada
pudo un segundo pensar
que era un eclipse de Sonny²⁶
lo que iba a contemplar.*

¡Soy el más grande!

Casi todos los especialistas veían en el autobombo de Clay –en prosa o en verso– los desvaríos de un demente. Pero el caso era que Clay sabía cómo llenar los cuadernos de notas de los periodistas, llenando de paso los locales donde se celebraban los combates. Y no era eso sólo: también poseía un sentido de su propia personalidad. La verdad (una verdad que no compartía con casi nadie) era que, a pesar de todo su talento, de su velocidad y de su astucia, Cassius Clay era consciente de que nunca antes se había enfrentado a un púgil como Sonny Liston. En este caso, se enfrentaba a un hombre que no sólo derrotaba a sus oponentes, sino que les hacía daño, los lisiaba, humillándolos además con sus K.O. fulminantes. Liston era capaz de dejar fuera de combate un hombre con su directo. No era muy aficionado al baile, desde luego, pero en eso se parecía a Joe Louis. Liston era el prototipo de lo que debía ser un campeón del mundo: un

²⁶ Nota del T. Quizá convenga aclarar que en el «eclipse de Sonny» está el juego más ingenioso del poema: hay un parecido fonético entre sun (sol), sunny (soleado) y el nombre Sonny

bombardero que iba lanzando bombas, sin piedad. Cuando entraba en contacto con el plexo solar de un oponente, su puño enfundado parecía hundirse hasta la muñeca. Era demasiado fuerte como para que nadie se fajase con él. Nada le hacía daño. Clay era demasiado listo y había visto demasiadas filmaciones como para no saber todo eso. «*De ahí que yo supiera, sin duda, que toda aquellas fanfarronadas de Clay no eran más que un medio para convencerse a sí mismo de que podía hacer lo que decía que iba a hacer*», me dijo Floyd Patterson, muchos años después. «*Nunca me gustó su fanfarronería. Me llevó mucho tiempo comprender a quién le hablaba Cassius Clay. Era al propio Cassius Clay.*»

Pocas personas llegarían a saber hasta qué punto esto era cierto, ni cuánto miedo le tenía Cassius Clay a Sonny Liston. Un día, a última hora de la tarde, poco antes de firmar el contrato de la pelea, Clay visitó las oficinas del *Sports Illustrated*, situadas en el vigésimo piso del edificio *Time-Life*, en el centro de Manhattan. Eran las siete y media. Clay permaneció largo rato contemplando por la ventana un panorama de luces destellantes, no sólo de la Sexta Avenida, sino aun más allá.

Finalmente, el periodista Mort Sharnik le preguntó:

—Cassius: todas esas cosas que dices de Sonny Liston, ¿te las crees de verdad? ¿En serio piensas que le vas a ganar a ese hombre?

—Yo soy Cristóbal Colón —dijo Clay, muy despacio—. Estoy convencido de que voy a ganar. Nunca he estado en el mismo sitio que él, pero yo estoy convencido de que la Tierra es redonda, aunque todos los

demás piensen que es plana. Puede que me despeñe al llegar al horizonte, pero estoy convencido de que la Tierra es redonda.

Clay tenía sus dudas, pero las utilizaba como un cinturón negro de yudo utiliza el peso de su contrincante. Unas semanas antes de la pelea, se acercó al mánager de Liston, Jack Nilon, y le dijo:

—Como sabes, he estado yéndome de la lengua para garantizar el éxito de la pelea. Ya falta poco para el día del juicio. Si ocurre lo peor, quiero salir rápidamente de allí. Me gustaría aprovisionar mi autobús y salir a toda prisa.

A renglón seguido le pidió diez mil dólares de Jack Nilon, para el aprovisionamiento.

—No había forma de interpretar a ese chico —ha dicho Sharnik—. No se sabía si era el chaval más loco de la historia, o el más inteligente.

Bill MacDonald nunca soñó con convencer al público de que Clay era un tipo modesto, en la línea de Joe Louis, pero esperaba, al menos, que los periodistas lo considerasen capaz de dar una buena pelea. Pero no. Según una encuesta, el 93% de los periodistas acreditados para cubrir el combate se inclinaba en sus predicciones por una victoria de Liston. Y la encuesta no reflejaba la firmeza de las convicciones. Arthur Daley, articulista del *New York Times*, daba incluso la impresión de tener algo que objetar al combate desde el punto de vista moral, como si aquello fuera a resultar un terrible crimen contra la infancia y los juguetes: «*El bocazas de Louisville es muy*

possible que tenga que tragarse muchas de sus baladronadas. Se las va a meter por la garganta abajo un puño propiedad de Sonny Liston...»

En posteriores estadios de su carrera, Muhammad Ali ocuparía su lugar en el firmamento televisivo, y su más asiduo y devoto admirador, su cronista panegírico, sería Howard Cossell. Pero, en aquellos días previos a su pelea con Sonny Liston en Miami, Cassius Clay todavía no era Muhammad Ali y Howard Cossell era un tipo calvo, de voz gangosa, que fastidiaba a sus colegas con su portentosa forma de hacer preguntas por la radio y por sus enormes magnetófonos, que siempre estaba metiéndole a alguien por las narices. Los periódicos aún eran la fuerza dominante en el ámbito deportivo. Los columnistas —blancos— llevaban la voz cantante. Y Jimmy Cannon, antes del *New York Post*, y ahora, desde 1959, del *New York Journal-American*, era el rey de los columnistas. Cannon fue el primer hombre de mil dólares a la semana, el preferido de Hemingway, el amigo de Joe DiMaggio, el hagiógrafo de Joe Louis. Red Smith, que escribía para el *Herald Tribune*, empleaba en su prosa un elegante distanciamiento que lo convertía en el preferido de los lectores más selectos, pero Cannon era el favorito popular: una voz ciudadana, como harta del mundo. Cannon era el rey, y a Cannon no le caía nada simpático Cassius Clay. Ni siquiera pensaba que supiese boxear.

Una tarde, poco antes de la pelea, Cannon estaba con George Plimpton en el Gimnasio de la Calle Quinta, mirando hacer guantes con un sparring a Cassius Clay. Éste se deslizaba por el cuadrilátero, como una pluma al viento, y de vez en cuando colocaba algún golpe en el rostro de su

sparring. Plimpton estaba totalmente entusiasmado por el modo de moverse de Clay, por su facilidad, pero Cannon no aguantaba el espectáculo.

— ¡Mira eso! — exclamó en un momento dado —. Es espantoso. No puede salir adelante con cosas así. Imposible.

Era impensable que Clay pudiera ganarle a Liston a base de correr, con las manos en la cintura y defendiéndose por el mero procedimiento de inclinar el tronco hacia atrás.

— Puede que lo compense a base de velocidad — aventuró Plimpton.

— Pero si es el quinto Beatle — dijo Cannon —. Aunque no, pensándolo bien: los Beatles no se andan con tantísimo cuento.

— Es un buen nombre — dijo Plimpton —. El quinto Beatle.

— Muy poco acertado — dijo Cannon —. A éste se le va toda la fuerza por la boca. Pura fanfarria. Francamente, no es buen nombre...

Clay representaba una ofensa contra el sentido que Cannon tenía de lo que estaba bien y lo que estaba mal, lo mismo que las máquinas voladoras habían ofendido el de la generación de su padre. Era algo que le descomponía el universo.

«*En cierto modo, Clay es una aberración*», escribió antes del combate. «*Es un peso gallo con más de noventa kilos.*»

Las objeciones de Cannon iban más allá del cuadrilátero. Joe Louis era su héroe, y por él había escrito un párrafo inmortal: «*es un honor para su*

raza, es decir para la raza humana». Admiraba la «*bárbara majestad*» de Joe Louis, su modo de sufrir en silencio, su callada satisfacción en la victoria. Y cuando Louis se excedió en la duración y, muy pasado su apogeo, se enfrentó con Rocky Marciano, Cannon supo correr un tupido velo sobre aquel púgil roto, igual que un poeta metafísico inglés habría disimulado el asesinato de una amante: «*El corazón, latiéndole dentro como un pájaro altanero, enjaulado y ciego, parecía incapaz de mover la sangre fría por las arterias de su cuerpo rebelde. Sus treinta y siete años eran una enfermedad que dejaba paralizado a Joe Louis.*»

Cannon nació en 1910, en lo que él llamaba «*la parte normal de Greenwich Village*». Su padre era un servidor menor, aunque muy atento, de Tammany Hall²⁷. La familia vivía en uno de los pisos sin agua caliente que quedaban en el Village, y Cannon llegó a conocer muy bien tanto a sus vecinos como a quienes más frecuentemente los atendían, los repartidores de hielo y de carbón. Cannon dejó la escuela al terminar el noveno grado y se metió de meritorio en el *Daily News*: no volvería a salir del mundo del periodismo. En sus tiempos de joven reportero, sus despachos sobre el juicio por el rapto del hijo de Lindbergh, para el International News Service, llamaron la atención de Damon Runyon.

«*La mejor forma de ser un desgraciado y, sin embargo, ganarse la vida, es escribir de deportes*», le dijo Runyon a Cannon. Luego lo ayudó a encontrar trabajo en un periódico de Hearst, *The New York American*. Al igual que sus muy admirados Runyon y Mark Hellinger, columnista de Broadway,

²⁷ Nota del T. Sistema para otorgar la nacionalidad norteamericana a los inmigrantes, ganando así sus votos.

Cannon se orientó hacia el mundo de los «escogidos» — gestores de apuestas y revendedores, expertos en caballos y agentes — que merodeaban por *Toots Shor's* y *Lindy's*, el *Stork Club* y *El Morocco*. Cuando lo enviaron a Europa a escribir despachos para el *The Stars and Stripes*, fue cuando Cannon desarrolló lo que había de constituir su sello estilístico: una prosa floreada y sentimental, cimentada en una sabiduría de perro viejo; un estilo urbano que aprendió en las tiendas de golosinas y en los clubes nocturnos, así como de Runyon, Ben Hetch y Westbrook Pegler²⁸.[28] Tras una temporada como agregado al Tercer Ejército de George Patton, Cannon regresó a casa para incorporarse al Post. Su columna de deportes, que sería la más famosa de la ciudad durante un cuarto de siglo, arrancó en 1946. Se titulaba «Jimmy Cannon dice».

Cannon era un obseso del trabajo, un antiguo bebedor que ahora tomaba más café que el mismísimo Balzac. Vivía solo, al principio en el Edison Hotel, luego en Central Park West, finalmente en la calle Cincuenta y Cinco. Era un hombre tremadamente pagado de sí mismo, y el ego no hizo más que crecerle con la edad. Trabajaba a fondo cada columna. Cuando no estaba asistiendo a algún acontecimiento deportivo, ni en su mesa, trabajando, se pasaba las noches en la calle, de club en club, siempre con la oreja puesta, a la caza de pistas o de locuciones que incorporar a su columna. «Su columna es su vida», ha dicho uno de sus compañeros de

²⁸ Nota del T. Durante los cincuenta y sesenta, las tiendas de golosinas, «candy stores», del Village —como también las de otros sitios como Berkeley, San Francisco, la calle Rush de Chicago, la calle Bourbon de Nueva Orleans— eran locales donde se jugaba a un pinball mafioso, se podían comprar revistas porno y se conseguía, siendo conocido del dueño, un lid — cinco dólares de hierba— o alguna que otra pastilla. Naturalmente, también se vendían refrescos. «Candy», por otra parte, puede entenderse por «heroína» o «cocaína», en la jerga especializada.

trabajo, W. C. Heinz, del New York Sun. «*No tiene familia, no conoce ningún juego, no hace ninguna otra cosa. Cuando escribe, en ello se concentra su ser entero. Es como una especie de rodillo emocional. No tengo ni idea, no sé qué sería de Jimmy si no tuviera su columna. Estaría muy solo.*»

Para su época, puede decirse que Cannon era bastante abierto en materia racial. Lo cual viene a significar que no hacía lo mismo que otros columnistas, que no se burlaba de los deportistas de raza negra cuando escribía sobre ellos, que no los hacía hablar como esclavos de película. Los trataba con dignidad. Sentía adoración por DiMaggio, pero no le cautivaba menos el sensiblero corazón un púgil como Archie Moore:

«*Alguien debería escribir una canción sobre el Archie Moore que en los Polo Grounds noqueó a Bobo Olson en tres asaltos. No hablo de grandes compositores como Harold Arlen o Duke Ellington. Debería ser una canción que brotase del fondo de algún garito barriobajero, en alguna ciudad de mala nota, de madrugadas inquietantes y turbias. Quien la escriba ha de ser un pianista que no pierda la compostura ni la dignidad recogiendo del suelo cubierto de aserrín la moneda que acaban de arrojarle. Casi todos están muertos, estos pianistas, con la boca llena de polvo, en lugar de canciones. Pero apostaría algo a que Archie sería capaz de hacer salir a alguno de su sepultura, si coincidieran en la misma ciudad.*»

Cannon era también un verdadero maestro de los chistes de barra. Con mucha frecuencia titulaba su columna «*Nadie me ha preguntado, pero...*», para a continuación colocar una serie de reflexiones selectas, una detrás de otra:

«Creo más en los médicos bruscos que en los untuosos.»

«Sabes que has alcanzado la edad madura cuando te acuerdas de Larry Semon, el cómico.»²⁹

«El Morocco sigue siendo el club nocturno más interesante del país.» «¿A que no hay modo de distinguir entre Marty Glickman, el presentador deportivo, y un subastador callejero de Atlantic City?»

«Todo el que utilice como cenicero el plato de otro debería tener prohibido el acceso a los lugares públicos.»

También, a veces, empezaba las columnas haciendo que el lector se metiese en la mente y el uniforme de algún jugador («Es usted Eddie Stanky. No consigue correr tan de prisa como el otro...»). Pero tampoco se privaba, apelando a su voz de tres de la madrugada en *El Morocco*, de impartir al lector su sabiduría en lo tocante al tema que peor dominaba en el mundo: las mujeres. «Se meterá en serias dificultades todo hombre que se enamore de una mujer a quien no pueda noquear de un solo golpe.» O «Siempre se sabe de antemano cuando una chica empezará a manipular a un púgil. ¿Cuál es la razón de que una idiota, de pronto, se vuelva lista? Ni siquiera admiten chicas en sitios como Yale. Pero a todas se les aguza el ingenio en cuanto un boxeador empieza a ingresar buenos dineros.»

No hay muchos escritores, en general, que no se queden anticuados en seguida; pero es que los cronistas deportivos, con raras excepciones, se

²⁹ Nota del T. Larry Semon (1889-1928). Actor cómico del cine mudo, célebre por su cara pintada de blanco y su sonrisa apayasada. Fue muy famoso y alcanzó una alta cotización, pero los problemas personales acabaron con él. Murió en la ruina, a los 39 años.

quedan anticuados con más rapidez que el papel de periódico donde aparecen sus escritos. Hasta en el propio Mencken encontramos cosas que se han quedado viejas, y, desde luego, Cannon no era ningún Mencken³⁰. Sus ocurrencias sabias y su actitud de estar más allá de todo correspondían a un tiempo y a un lugar, y Cannon, según envejecía, se fue haciendo cada vez más impenetrable a las nuevas tendencias en el modo de escribir sobre el deporte y en el comportamiento de los deportistas. En al ámbito de la prensa, se encontró con toda una nueva generación de escritores y columnistas, como Murray Allen y Leonard Schecter, en el Post. No le gustó nada lo que hacían. Para referirse a los más jóvenes, Cannon solía llamarlos «las ardillitas», porque siempre se les veía muy afanados en las salas de prensa, hablando sin decir nada inteligible. Odiaba su descaro, su irreverencia, su empeño en salir del deporte en sentido estricto para meterse en las cabezas de los deportistas. Cannon siempre había proclamado que su intención, como cronista deportivo, estribaba en llevar a «todo el mundo a los graderíos», pero no se daba cuenta de que eso era, también, lo que pretendían las nuevas generaciones. No soportaba la falta de respeto hacia los viejos valores. «*Se plantan ahí y desafían a los muchachos con preguntas groseras*», dijo en cierta ocasión Cannon, refiriéndose a los ardillitas. «*Se creen algo, sólo porque se acercan a un deportista y lo insultan con una pregunta. Debe de parecerles una hazaña, o algo así.*»

³⁰ Harry Louis Mencken (1880-1956). Periodista, crítico literario y comentarista político, uno de los más brillantes y famosos de su tiempo en los Estados Unidos. Fue célebre su credo libertario, que no lo salvó, llegados tiempos más modernos, de determinadas acusaciones de antisemitismo. El gran escritor Gore Vidal salió en su defensa, ridiculizando a sus críticos.

En parte, la ansiedad de Cannon procedía de su talante competitivo. En aquellos tiempos había siete diarios en Nueva York y era terrible la competencia para mantenerse arriba, ser original, conseguir un adelanto en exclusiva o averiguar algún detalle más que los otros periodistas. Pero los ardillitas sabían muy bien que la competencia, ahora, ya no se producía tanto entre unos y otros periodistas, sino más bien entre todos los periodistas y la televisión, con su creciente poderío. A diferencia de Cannon, que era casi completamente autodidacta, aquellos jóvenes (todos ellos varones) habían ido a la universidad en la era de Freud y estaban interesados en la psicología del deportista. («*Los temores ocultos de Kenny Sears*» se titulaba unos de los artículos más largos que escribió Milton Gross.) Con el tiempo, también esa actitud perdería gran parte de su vigencia —cualquier cantamañanas con un micrófono en la mano se creía capacitado para espetarle al jugador: «*¿Qué te pasó por la cabeza cuando fallaste ese balón?*»—, pero, por el momento, los ardillitas eran quienes llevaban la voz cantante, y las encendidas frases de Cannon, antaño tan agradables, estaban empezando a sonar menos vibrantes, a quedarse un poco anticuadas.

Parte de la ansiedad generacional de Cannon procedía de su manera de escribir sobre los jugadores en tono elegíaco. Sentía un gran desprecio por los rufianes del deporte —Jim Norris, Frankie Carbo, Fat Tony Salerno—, pero de él no podía esperarse que contara, por ejemplo, que Joe DiMaggio era seguramente la persona más autoritaria del mundo del deporte, o que Joe Louis, ya retirado, estaba poco a poco perdiendo la

razón, por culpa de las drogas, hasta el punto de que, para protegerse del imaginario acoso del Fisco y de la CIA, taponaba con algodón los conductos del acondicionador de aire y embadurnaba las ventanas con vaselina.

Los de la nueva generación —gente como Pete Hammill y Jack Newfield, como Jerry Izenberg y Gay Talese— admiraban, todos ellos, el carácter de Cannon, pero éste les echaba en cara y, al mismo tiempo, les envidiaba su nueva forma de ver las cosas, su educación, su juventud. A finales de los cincuenta, Talese escribió muchísimos artículos para el *Times*, todos ellos de gran elegancia; y luego, ya en los sesenta, toda una serie para *Esquire*, aun más impresionante, con perfiles de Patterson, Louis, DiMaggio, Frank Sinatra y el director teatral Joshua Logan. Ninguno de estos artículos podía adscribirse al género «basura»: estaban llenos de afecto por la persona y de admiración por su tarea, pero también entraban en los miedos de Patterson, en la terrible decadencia de Louis, en la soledad de DiMaggio, en el lado desagradable de Sinatra, en las crisis mentales de Logan. Talese ponía en combinación las técnicas periodísticas con las narrativas: sus trabajos iban repletos de datos, declaraciones literales y observaciones, pero se ajustaban a la estructura de un relato corto.

Cuando Talese aún seguía en el *Times*, escribiendo sobre sus temas favoritos —Patterson y Cus D'Amato—, la gente lo consideraba un excéntrico. Se presentaba en las salas de prensa con unos trajes inmaculados, hechos a medida. Era, en palabras de otro colega, «de una

apostura que lo deja a uno ciego». Pero, a pesar de todo su refinamiento exterior y de su juventud, se planteaba su trabajo como periodista que era, tratando de conectar con los jugadores para conocerlos mejor. En aquellos tiempos, ese comportamiento no era representativo de la sección de deportes del *Times*. Davies, que venía siendo el columnista más importante desde los años cuarenta, derivaba su prestigio del propio periódico. Cuando ganó el premio Pulitzer, muchos colegas suyos refunfuñaron, afirmando que deberían habérselo dado a Red Smith, del *Herald Tribune*, o a Cannon, del *Post*. Dale practicaba una escritura sin relieve, pero ése era el tipo de prosa que mejor leía el comité del Pulitzer, si es que ponía los ojos en algún escrito sobre deportes. Casi todos los demás integrantes de la sección de deportes del *Times* eran igual de altaneros: se comportaban como si fuesen embajadores de *The New York Times* en la corte del béisbol o en la del baloncesto. Cuando Allan Danzig cubrió el Abierto de Estados Unidos de Forest Hills, ni se molestó en acercarse a ninguno de los tenistas participantes para tomar nota de lo que tuvieran que decir; era el jugador quien tenía que ir en busca de Allan Danzig. No eran escasos, entre los chicos de la prensa, quienes se sentían verdaderamente ofendidos por el aspecto heterodoxo de Guy Talese, y no lograban concebir que el redactor jefe, Turner Cutledge, le permitiera campar por sus respetos en el mundo del boxeo.

Cuando Talase dejó el periódico en 1965, para dedicarse a escribir libros y artículos más largos, para las revistas, ya tenía un heredero en plaza, un reportero de veintitantes años llamado Robert Lipsyte. Al igual

que Cannon, Lipsyte se crió en Nueva York, pero con una diferencia: era un judío de clase media, de la zona de Rego Park, Queens, que había pasado directamente de su primer año de enseñanza secundaria, en el Instituto Forest Hills, a la Universidad de Columbia, donde obtuvo la licenciatura en 1957. Tras haberle dado muchas vueltas, dudando entre hacerse guionista de cine o profesor de inglés, Lipsyte se presentó a un puesto de meritorio en el Times y, para gran sorpresa suya, lo consiguió. «Solían decir que sólo contrataban chicos de Rhodes, en aquellos días», ha comentado al respecto³¹. En sus tiempos de meritorio, Lipsyte admiraba a Talese por su sentido del estilo y de la innovación, por su capacidad para colar de rondón su voz propia en las uniformadas páginas del Times. Lipsyte entró en plantilla a los veintiuno, cuando puso el debido empeño: un día, el columnista de caza y pesca, que estaba en Cuba, dejó de enviar su columna, y Lipsyte, con el cierre encima, puso manos a la obra y escribió una divertida y extraña columna sobre un eventual ataque de los peces y los pájaros contra los pescadores y cazadores. Lipsyte escribió sobre jugadores de baloncesto juveniles, como Connie Hawkins y Roger Brown. Durante el año 1962, colaboró en la cobertura de los Mets con Louis Effrat, un hombre del Times que había perdido el seguimiento de los Dodgers cuando éstos abandonaron Brooklyn. La admiración de Effrat por su joven colega rayaba con la envidia: «Chico, los de Nueva York dicen que escribes muy bien, pero que no tienes ni puta idea de lo que escribes.» Hubo un tema que Lipsyte puso especial cuidado en dominar: lo tocante a la raza.

³¹ Nota del T. Las becas Rhodes, aún prestigiosísimas, permiten a muy distinguidos alumnos universitarios norteamericanos proseguir sus estudios en Oxford.

En 1963 conoció a Dick Gregory, uno de los cómicos más divertidos del país y presencia constante en el movimiento pro derechos civiles. Los dos hombres se hicieron muy amigos. Al final, Lipsyte ayudó a Gregory a escribir su autobiografía, titulada *Nigger*³². También en su actividad como periodista deportivo hallaba Lipsyte el modo de escribir sobre temas raciales. Trató el tema de la banda de los Blackstone Rangers, llegó a entrar en contacto personal con Malcom X y con Elija Muhammad. Cubrió manifestaciones en las que los protestatarios negros expresaban su cólera contra un país que sólo festejaba a negros a condición de que llevaran una pelota en la mano o se encerraran entre las cuatro cuerdas de un ring.

En el invierno de 1963-1964, el encargado de la sección de boxeo del Times, Joe Nichols, llegó a la conclusión de que la pelea Liston-Clay era un montaje y que a él le interesaba más pasarse la temporada en Hialeah, cubriendo la temporada hípica. Así fue como el encargo fue a parar a manos de Lipsyte.

Éste, a diferencia de Jimmy Cannon y los restantes veteranos del cotarro, estaba entusiasmado con Clay. Era un joven apuesto y divertido, con talento, capaz de llenarle a uno el cuaderno de notas en quince minutos.

«Clay era único», ha dicho Lipsyte, «pero tampoco es que a mí me pareciera una criatura del espacio exterior. Para Jimmy Cannon era, perdónenme la expresión, un puñetero negro engreído, y nunca pudo aceptarlo. Los negros que a él le gustaban eran los de los años cuarenta y cincuenta. Los que no sacaban los

³² Despectivo para «negro».

pies del plato. Joe Louis se pasó años llamando “señor Cannon” a Cannon. Era un chico humilde. Y pronto, como de la nada, surge Clay, con toda su locuacidad y toda su impertinencia. Muchos periodistas deportivos, Cannon entre ellos, no lograron superar el choque. Aquél fue un periodo de transición. Lo que hizo Clay fue obligar a que todo el mundo se pusiera en pie y cada cual decidiera de qué lado de la valla estaba».

«Clay alteró el orden natural de las cosas en dos niveles. La idea de que fuera un charlatán suponía un desprecio para su noble oficio deportivo. O eso sostenían Cannon y toda su banda. Nada que ver que Rocky Marciano fuera un desastre que solía acudir a los actos en camiseta de manga corta, para hacer que los lugareños le regalasen buena ropa. Decían que a Clay le faltaba dignidad. Clay era una combinación de Little Richard y Gorgeous George. No era el típico tonto del haba acomodaticio a que estaban acostumbrados los periodistas. Tampoco puede decirse que él considerara a los periodistas capaces de orientarlo en su camino. Estaba por encima de la prensa deportiva. Jimmy Cannon, Red Smith, y tantos otros, estaban horrorizados. No veían nada divertido en el asunto. Y, sin embargo, todo aquello era, más allá de cualquier otra consideración, pura y simplemente divertido.»

Una semana antes de la pelea, Clay, tumbado a lo largo de una mesa de masaje del Gimnasio de la Calle Quinta, con los periodistas apiñados a su alrededor, dijo lo siguiente:

— Yo voy a ganar dinero, el vendedor de palomitas va a ganar dinero, el de las cervezas va a ganar dinero, y ustedes tienen algo de qué escribir.

Al día siguiente, Lipsyte se enteró de que los Beatles iban a pasarse por el Gimnasio de la Calle Quinta. Ni que decir tiene que la visita había sido organizada por *Harold Conrad*, el hombre que siempre estaba a la última y a cuya cuenta corría la promoción del combate para MacDonald. Los Beatles estaba en Miami para participar en el show de Ed Sullivan. De hecho, Liston fue a verlos, pero no le gustaron nada. Mientras los Beatles iban desgranando su último sencillo, el campeón se volvió hacia Conrad y le dijo:

—¿Qué mierda les ve la gente a estos cuatro chupapenes? El narigón ese toca la batería peor que mi perro.

Conrad se figuró que Clay captaría un poco mejor el intríngulis de la cuestión.

Lipsyte tenía veintiséis años y era miembro acreditado de la generación del rock and roll. Para él no había duda de que, a pesar de toda la superficialidad implícita, un encuentro entre los Beatles y Clay era un encuentro de lo Nuevo, de dos fenómenos que marcarían los años sesenta. Los periodistas de más edad pasaron del asunto, pero él vio la historia.

Llegaron los Beatles. Aún estaban en su fase de corte de pelo a lo paje, pero ya eran muy conscientes de su propio atractivo. Clay no estaba a la vista, y George Harrison se enfadó:

—¿Dónde arajo está Clay? —exclamó.

Para ganar unos minutos, Ringo empezó a hacer la presentación de los miembros del grupo a Lipsyte y los demás periodistas que por allí andaban, pero diciendo que George Harrison era Paul y que Lennon era Harrison. Al final, Lennon acabó perdiendo los estribos:

—Vámonos de aquí —dijo.

Pero dos guardias del estado de Florida bloqueaban la salida del gimnasio y se las apañaron para retener al grupo el tiempo suficiente como para que apareciera Clay.

—Hola, Beatles —dijo Cassius Clay—. Tendríamos que hacer una gira juntos. Nos haríamos ricos.

Los fotógrafos colocaron a los Beatles en el ring, hombro con hombro, y Clay amagó un falso golpe, como para tumbarlos a todos: el golpe dominó.

Luego, el futuro de la música y el futuro del boxeo se pusieron a perorar sobre el dinero que ya estaban ganando y el que pensaban ganar en lo sucesivo.

—No son tan estúpidos como parecen —dijo Clay.

—Nosotros, no. Tú, en cambio, sí —contestó Lennon.

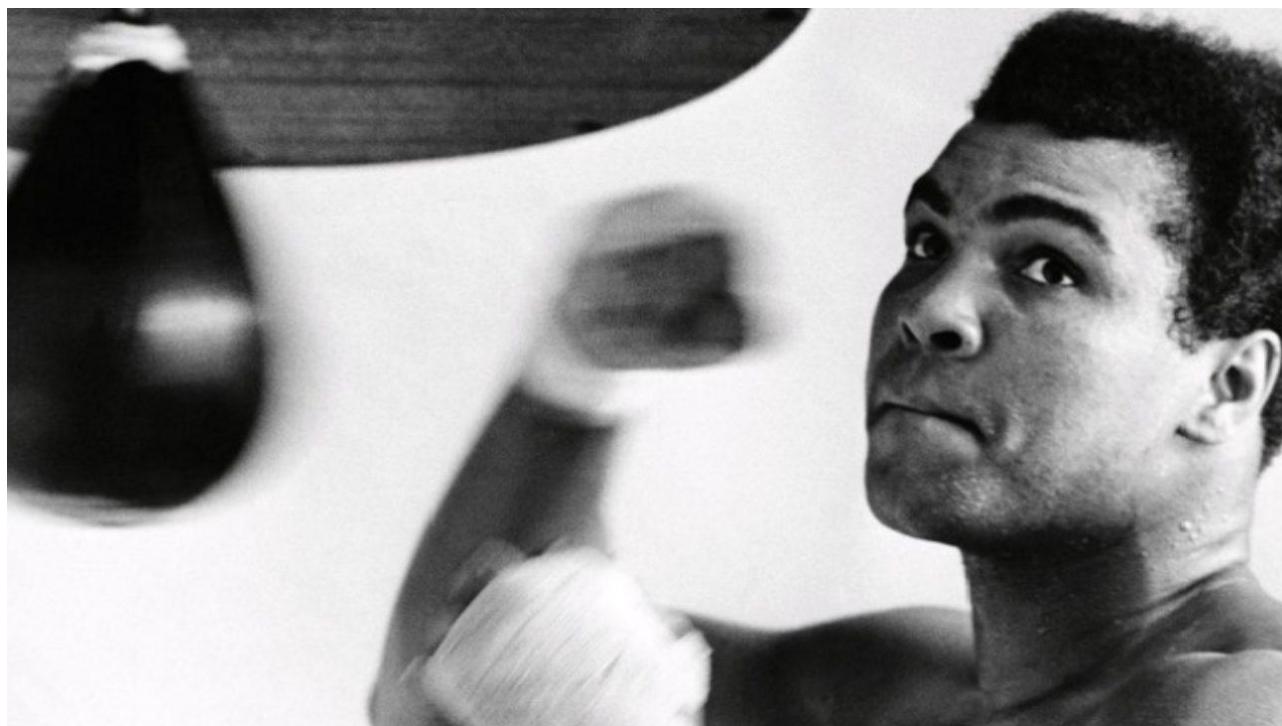
Clay miró atentamente, buscando una sonrisa en el rostro de Lennon. La había.

Los periodistas más jóvenes —Lipsyte entre ellos— realmente veían en Cassius Clay al quinto Beatle, un factor paralelo en el gran movimiento generacional que se estaba produciendo en la sociedad norteamericana. Estados Unidos se hallaba en mitad de un gigantesco cambio, un auténtico terremoto, y ese púgil de Louisville, junto con ese grupo de Liverpool, eran parte de él, estaban entre sus líderes, fueran o no conscientes de ello. La mezcla que los Beatles hacían del rythm & blues negro con el pop de Liverpool, la mezcla de desafío y humor que había en Clay, estaban modificando el sonido de los tiempos, su carácter. Junto con la marcha sobre Washington y el conflicto vietnamita, todos ellos, cada uno a su modo, serían elementos esenciales en la puesta en escena de los años sesenta.

Para los periodistas más veteranos, en general, el espectáculo de relaciones públicas montado en el Gimnasio de la Calle Quinta no era sino otra muestra de que algo iba mal en el mundo: más ruido, más falta de respeto, más impertinencia, por parte de unos jóvenes que los periodistas renunciaban a comprender. «*Clay es parte del mismo movimiento que los Beatles*», escribiría años más tarde Cannon, en un texto muy conocido. «*Clay encaja perfectamente con esos cantantes que nadie logra oír, y con los punks montados en sus motocicletas, con cruces de hierro en las chupas de cuero, y con Batman, y con los chicos de melenas sucias, y con las chicas con aspecto de no lavarse nunca, y con los universitarios bailando desnudos en reuniones secretas, y con la rebelión de los estudiantes que todos los primeros de mes reciben dinerito de sus papás, y con los pintores que copian etiquetas de sopa, y con los vagabundos*

que se niegan a trabajar, y con todo el traído y llevado culto de los niños mimados y aburridos.»

TERCERA PARTE



IX

LA CRUZ Y LA MEDIA LUNA

Clay era consciente de que haciendo público su interés por la Nación del Islam ponía en peligro su oportunidad de enfrentarse a Liston con el título en juego, pero no consiguió contenerse. La ocultación, el engaño, la mentira, no encajaban bien con su modo de ser. Como consecuencia de ello, sus nuevas creencias empezaron a filtrarse a la prensa, no como gran noticia, de la noche a la mañana, sino poco a poco, artículo por artículo. El 30 de septiembre de 1963 el *Philadelphia Daily News* escribió que Clay había asistido, en la propia Filadelfia, a un mitin de los Musulmanes Negros, en el cual Elijah Muhammad había soltado su habitual discurso de tres horas contra el movimiento pro derechos civiles y la raza blanca. «*Cassius Clay afirmó que no era musulmán*», decía el artículo, «*pero añadió que, en su opinión, "Muhammad era estupendo"*».

Lo que no sabía el *Philadelphia Daily News* era que Elijah Muhammad seguía manteniendo sus distancias con respecto a Clay, pero que no ocurría lo mismo, en cambio, con Malcom X. Como muchos de los prosélitos de la Nación durante los años cincuenta, Malcom había llegado a la secta procedente de la miseria urbana, de la delincuencia y de la cárcel. Como «*Detroit Red*», Malcom Little tenía antecedentes por contrabando de licores,

apostador ilegal y díler de droga. También había trabajado como bailarín en locales nocturnos, con el nombre artístico de Rhythm Red. Y, finalmente, había cumplido condena en la prisión de Charlestown y en el reformatorio de Concord, donde se convirtió, en 1948, a la fe del Islam Negro. Al salir de la cárcel, en 1952, Malcom entró en contacto con Elijah Muhammad y rápidamente se abrió camino ascendente en el escalafón de los sacerdotes Musulmanes. Ningún seguidor de Muhammad había dado antes tamañas muestras de inteligencia y de soltura retórica. En los mítinges anuales del Día del Salvador, Malcom solía hablar en presencia de Elijah Muhammad, y lo cierto es que el protegido solía robarle el protagonista al mismísimo Salvador. Por razón de su juventud, de su vida en las calles, de su redención final; por razón de su disciplina, de su agudeza, de su claro y resplandeciente lenguaje, Malcom era un poderoso imán para captar prosélitos. Pronto se convirtió en un símbolo de fuerza e intransigencia, de autenticidad y de virilidad. Malcom llevó su osadía hasta el extremo de desafiar a Muhammad (sutilmente, al principio), presionándolo para que renunciase al aislamiento tradicional de la Nación del Islam y pasara a un compromiso más directo con la acción política. No era, en modo alguno, el primer nacionalista negro —Hubert Harrison, Henry McNeal Turner, Martin Delany, entre otros, le habían precedido—, pero nadie, ni siquiera Elijah Muhammad, alcanzaría a popularizar la idea de la identidad afroamericana negra con la misma fuerza. «Las ideas nacionalistas y separatistas negras, en boca de Elijah Muhammad, sonaban raras, sectarias, turbias y marginales», escribe Gerald Early. «*Estas mismas ideas, en boca de Malcom, sonaban revolucionarias, actuales y vibrantes.*»

Elijah Muhammad se dio perfecta cuenta de que Malcom X era un rival suyo en potencia, pero también percibió su utilidad, como orador y como organizador, como captador de prosélitos y como puente con los medios y con el mundo exterior. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta, Malcom, como líder de la Mezquita número 7 de Nueva York, se había convertido en un valor seguro para los medios. A pesar de las posturas violentas de la secta y de los «*demonios de ojos azules*», el caso es que logró fascinar a muchísimos periodistas blancos, incluidos Murray Kempton, del *New York Post*, y Dick Schaap, que se había mudado del *Newsweek* al *Herald Tribune*. «*Lo más raro de Malcom era que sí, que sin duda alguna pronunciaba discursos comparando a los blancos con el diablo, pero que en el contacto personal, cara a cara, trataba a todo el mundo con respeto y humor, sin dar jamás la impresión de falta de honradez*», ha dicho Schaap. «*¿Cómo podía caerme bien un hombre que me consideraba un diablo? No lo sé, pero me caía bien. Puede que algo en mi interior me dijera que terminaría cambiando. Y desde luego que cambió.*» Elijah Muhammad era más exótico y más distante con los medios blancos: con su fez y con sus largos y oscuros discursos sobre la Aeronave Madre y la cosmología musulmana negra, Elijah no poseía la capacidad de Malcom para la expresión directa, ni contactaba con los jóvenes con tanta facilidad como él. Esto último era aplicable a Clay. Éste había aprendido sus primeras lecciones musulmanas con los delegados en Miami y en el Centro Regional de Atlanta, pero quien verdaderamente lo cautivó fue Malcom. Clay reverenciaba a Elija Muhammad en cuanto presencia divina de su nueva religión, pero con Malcom estableció una

relación típica de su juventud, aceptándolo como un hermano mayor muy admirado. Malcom era ahora su asesor espiritual, su amigo y mentor.

«*Malcom X y Ali eran como hermanos*», ha dicho Ferdie Pacheco. «*Era casi como un enamoramiento. Malcom pensaba que Ali era el chico más estupendo que había conocido nunca, y Ali consideraba que Malcom era el negro más inteligente de la faz de la tierra, porque todo lo que decía se tenía en pie. Malcom X era increíblemente brillante, convincente, carismático, al modo en que suelen serlo los grandes líderes y los mártires. Todo ello, ciertamente, dejó su impronta en Ali. Lo único que Ali no acababa de asimilar bien era eso de que los blancos fuesen el demonio. No hay más que fijarse en la cantidad de blancos que tenía alrededor: yo, Angelo, Chris, Morty Rothstein, el abogado, el grupo blanco de Louisville que juntó todo el dinero para que él lo tuviese cuando le hiciera falta. A sus ojos, no había ningún demonio blanco. Pero, en esto como en todo, tomó de los Musulmanes Negros lo que más le convino. Los Musulmanes Negros, sobre todo Malcom, satisfacían una profunda necesidad suya.*»

Malcom y Ali se conocieron en Detroit, en 1962. Cassius y su hermano Rudy se habían desplazado a esta ciudad para asistir a una reunión de la mezquita local. Antes de que comenzara el acto, los Clay tropezaron con Malcom en el comedor de estudiantes que había al lado. Clay le tendió inmediatamente la mano y le dijo:

—Soy Cassius Clay.

Malcom no tenía ni idea de quién podía ser ese chico tan guapo. De pequeño había practicado el boxeo, porque le interesaban casi todos los

deportes, pero en los últimos años había estado demasiado ocupado como para fijarse en las páginas de deporte. Al final, alguien le explicó que Cassius Clay era uno de los principales aspirantes al título de todos los pesos. Y, a pesar de que Elijah Muhammad condenaba el boxeo, Malcom se interesó en aquel joven tan seguro de sí mismo, que asistía a los mítinges de la congregación en todo el país. Malcom buscó a Clay y estuvo hablando con él sobre el Islam Negro y sobre el racismo, y Clay empezó a confiar en Malcom, hasta el punto de contarle algunos de sus secretos profesionales.

«Cassius era, sencillamente, un jovencito muy simpático y agradable, muy bien vestido, con mucho sentido práctico», le contó Malcom a Alex

Haley, para su autobiografía. *«En seguida me di cuenta de que no se le escapaba un detalle. Me malicié que algún propósito habría tras sus payasadas públicas. Me malicié, y él me lo confirmó, que estaba haciendo todo lo posible por embauchar y controlar mentalmente a Sonny Liston, para que subiera al ring muy enfadado, mal entrenado y con demasiada confianza en que aquello iba a ser otro de esos K.O. en el primer asalto de que tanto se jactaba.»*

A principios de 1963 Malcom estaba empezando a perder su entusiasmo inicial por Elijah Muhammad. No podía no ver que, a pesar de todas sus prédicas sobre rectitud moral y disciplina, había dejado preñadas por lo menos a dos de sus secretarias. Para seducirlas, Elijah Muhammad les contaba a sus secretarias que su mujer estaba muerta para él —igual que la mujer del profeta Mahoma para Mahoma— y que, por tanto, tenía permiso divino para procurarse vírgenes en que sembrar su sagrada simiente. Los agentes que intervenían en la feroz campaña del FBI contra la

Nación del Islam conocían ya en 1959 la existencia de varios hijos de Elijah Muhammad, y habían difundido la noticia por medio de cartas anónimas. Pero los Musulmanes Negros se mantenían fieles al Mensajero, y el FBI no logró gran cosa con su campaña de difamación. Malcom, que era decididamente abstemio, también percibió la corrupción financiera de la Nación, la acumulación de propiedades inmobiliarias, joyas y automóviles de lujo. Malcom acogió con reservas la declaración de Muhammad proclamando que Fard era la encarnación del Salvador de Alá, algo que no encajaba en absoluto con la ortodoxia islámica. Incluso estaba empezando a tener sus dudas sobre la enconada denuncia del hombre blanco en cuanto manifestación del diablo. Con el tiempo, Malcom hablaría menos de supremacía para insistir en el carácter necesario de la fraternidad.

A mediados de noviembre de 1963, dio su respaldo al boicot a los propietarios de tiendas de Queens que se negaban a contratar empleados negros, desafiando así la prohibición que la Nación del Islam mantenía sobre el activismo secular en el mundo blanco. A partir de ese momento, los líderes de la Nación lo consideraron fuera de control. Había que silenciarlo. Semanas más tarde, tras el asesinato de John Kennedy, Elijah Muhammad envió instrucciones escritas a sus principales ministros, ordenándoles que se abstuvieran de todo comentario directo sobre el asunto. En el caso de Malcom, Elijah se tomó incluso la molestia de comunicárselo él mismo, por teléfono. Elijah Muhammad no solía medir sus palabras para referirse a los líderes blancos de los Estados Unidos, pero había llegado a la conclusión de que en aquel momento, con la nación en

duelo, cualquier error de contenido o de tono en cualquier comentario podría resultar perjudicial para la Nación del Islam.

Unos días más adelante, en el Manhattan Center de Harlem, Malcom pronunció un discurso en el que afirmaba que ahora, en los tiempos modernos, al igual que en los tiempos de Noé y de Lot, el hombre blanco no podía esperar sino calamidades, en justo castigo por sus pecados. Terminada la conferencia, una señora del público se puso en pie e hizo una pregunta sobre el asesinato de Kennedy. En ese punto, Malcom perdió los estribos y llegó a afirmar que aquel homicidio venía a significar que las maldiciones siempre vuelven contra quienes las han lanzado, «*igual que las gallinas vuelven al gallinero*». La Norteamérica blanca, afirmó, llevaba años utilizando todos sus recursos con el propósito de reducir a los negros, tanto dentro como fuera de sus límites nacionales. Ahora, todos esos esfuerzos se estaban volviendo en contra de sus líderes. El público, en Harlem, manifestó su alborozo, y Malcom, acallando los aplausos, añadió que él se había criado en el campo y que «nunca me puse triste al ver que las gallinas vuelven al gallinero. Al contrario. Es algo que siempre me ha alegrado».

La frase apareció citada en *The New York Times* a la mañana siguiente, y Elijah Muhammad hizo que Malcom X acudiera inmediatamente a su presencia, en Chicago.

— ¿Has visto los periódicos de esta mañana? — preguntó Muhammad.

— Sí, señor, los he visto.

—Han sido unas palabras muy equivocadas —prosiguió Muhammad—. El país entero amaba a ese hombre. No había justificación alguna. Una afirmación así puede hacerles mucho daño a los Musulmanes Negros en general. Tendré que reducirte al silencio durante los próximos noventa días, para que no se asocie a los Musulmanes con esta metedura de pata.

—Estoy de acuerdo con usted, señor, al ciento por ciento.

La decisión de Elijah Muhammad de aislar a Malcom era todavía más fuerte de lo que había dado a entender durante aquel encuentro. Inmediatamente dio orden de que el periódico de la secta, el *Muhammad Speaks*, publicara una foto conmemorativa de Kennedy en primera página. «*La nación entera lamenta la muerte de nuestro presidente*», declaró Muhammad a los periodistas. También les dijo a sus lugartenientes que pusieran todos los medios para impedir que Malcom predicara en la mezquita número 7 de Nueva York. Si lo intentaba, había que impedírselo incluso por medios físicos.

—Lo voy a desposeer de todo —dijo Muhammad a su ministro de Boston, Louis X, que más tarde se añadiría el apellido Farrakhan.

Una vez regresado a Nueva York, Malcom reaccionó como si la censura hubiese sido una puñalada o un cachiporrazo. Cuando empezó a llegarle el rumor de que no sólo había caído en desgracia con Muhammad, sino que estaba en verdadero peligro y que podían asesinarlo en cualquier momento, sabía demasiado como para no tomárselo en serio. «*Me sentí*

como si me estuviera sangrando la cabeza por dentro», le contó a Alex Haley. «*Como si hubiera sufrido alguna lesión cerebral.*» Su médica familiar, Leona Turner, lo dijo que se encontraba bajo una tremenda tensión y que necesitaba descanso.

Malcom se debatía entre su lealtad a Muhammad y su imperioso deseo de someterlo a crítica. De inmediato pidió perdón a dos de los principales lugartenientes de Muhammad, Louis X y Lonni X, manifestando su propósito de enmienda. También grabó una apología de Elijah Muhammad, pero el caso es que el Mensajero, al escucharla, captó con claridad los dejes de reproche que había en algunas frases de Malcom. «*A veces habla estupendamente*», comentó Muhammad; «*pero otras veces es completamente distinto*». Y amplió por tiempo indefinido su condena de Malcom.

Haciendo caso omiso del enfrentamiento entre los líderes de la Nación, Clay invitó a Malcom, junto con su mujer y sus tres hijas, a que pasaran una temporada con él en Miami. Era su regalo por el sexto aniversario de boda de la pareja. Iban a ser las primeras vacaciones que los Malcom disfrutaran desde el día en que contrajeron matrimonio. Malcom necesitaba descansar y pensó que sería bueno mantenerse alejado de Chicago y Nueva York. Aceptó con gusto. El 14 de enero, Clay fue a recoger a Malcom y familia al aeropuerto, y un informador puso el hecho en conocimiento del FBI. No obstante, la oficina local de este organismo consideró el informe tan extraño, tan poco verídico, que no lo enviaron a

Washington hasta el 21 de febrero, cuando Malcom y Clay tomaron un avión con destino a Nueva York.

Una vez allí, cenaron juntos y, luego, Clay asistió a un mitin de los Musulmanes Negros en la sala de baile del *Rockland Palace*, cerca de los Old Polo Grounds. Malcom no asistió al mitin, para no provocar la cólera de nadie. Dos días más tarde, en un artículo que el *Herald Tribune* publicó en primera página, Dick Schaap, antiguo amigo de Clay, contaba lo ocurrido el día en que el púgil y él se conocieron, allá por 1960, cuando el púgil tenía dieciocho años: cómo tropezaron ambos, en Harlem, con aquel hombre que desde lo alto de una caja de jabón, y para enorme sorpresa de Clay, predicaba que los negros debían empezar por ayudarse a sí mismos y no comprar más que en tiendas de propiedad negra. Y ahora, seguía Schaap, aquí teníamos a Clay, aspirante al título de los pesos pesados, aplaudiendo a Elijah Muhammad con otras mil quinientas personas. Schaap afirmaba que Clay ya era un devoto seguidor de la Nación del Islam, por mucho que se empeñara en no confirmarlo. (De hecho, Clay se negó a hablar con Schaap durante una temporada, tras la publicación del artículo.) Schaap, no obstante, consiguió ponerse en contacto con Sonny Liston, que declaró: «*Sé lo de Clay y los Musulmanes Negros desde hace cosa de un mes. A mí me da igual. Yo no me meto en sus asuntos personales, y él no debería meterse en los míos. Pero dile que yo he hecho poner en el contrato que el combate no se podría celebrar en ningún local donde no puedan ir los negros a verlo.*»

Cuando Clay y Malcom regresaron a Miami, la noticia empezó verdaderamente a trascender. El 3 de febrero, el *Courier-Journal* de

Louisville, periódico de la ciudad natal de Clay, publicó una entrevista en la que éste renunciaba a todo intento de distanciarse de los Musulmanes Negros. «*Por supuesto que he hablado con los Musulmanes Negros*», decía Clay. «*Y seguiré hablando. Me caen bien. No voy a hacer que me maten tratando de imponerme a gente que no quiere saber nada de mí. Me gusta mi vida. La integración es un error. Los blancos no quieren la integración. Yo no creo que sea adecuado imponerla, y tampoco lo creen los Musulmanes Negros. Y lo que yo pregunto es: ¿qué tienen de malo los Musulmanes Negros?*»

A continuación vino la noticia más importante de todas. Pat Putnam, encargado de la sección de boxeo de *The Miami Herald*, localizó a Cassius Clay padre y le hizo una serie de preguntas sobre el rumor de que su hijo se había convertido a la Nación del Islam y de que todo ello se haría público inmediatamente después del combate. En un artículo que apareció el 8 de febrero, Clay padre, muy enfadado, confirmaba los rumores y se marcaba una perorata diciendo que a su hijo lo habían echado a perder. Según él, los Musulmanes Negros estaban quedándose con el dinero de su hijo y explotando su nombre.

Para Putnam era un gran reportaje, adelantándose a todo el mundo, pero tan pronto como lo publicó empezó a recibir llamadas telefónicas con amenazas contra su mujer y él. «*De manera que un día, al terminar de trabajar*», ha contado, «*fui a la zona negra de la ciudad, donde Clay vivía, y puse en su conocimiento lo que estaba ocurriendo. En aquella época lo conocía muy bien. Y me dijo: "No te preocupes, Pat. No volverás a recibir ninguna llamada."* Y acertó. Ahí terminó el asunto».

Durante cierto tiempo, Clay, Malcom y la familia de éste disfrutaron de su estancia juntos. Clay alojó a la familia de Malcom en el motel *Hampton House*, y ambos se veían casi a diario. A veces, cuando caía el sol, se les veía pasear juntos por los barrios negros de Miami. Malcom llevaba siempre una cámara fotográfica colgando del cuello, y le hizo docenas de fotos a Clay. Éste bromeara con la gente, hablaba de política y de boxeo, besaba a los niños, como los políticos en época electoral. Las tres hijas de Malcom correteaban en torno al púgil. Betty, que estaba embarazada, tuvo oportunidad de relajarse un poco. Y Malcom huía de los teléfonos; pero lo que no podía evitar era su desesperación personal ante el fracaso en sus relaciones con la Nación. «*Me encontraba en un estado de conmoción emocional*», le explicó a Alex Haley más tarde. «*Me sentía como se tiene que sentir alguien cuando después de doce años de matrimonio feliz, una buena mañana, el cónyuge le planta los papeles del divorcio entre las tazas del desayuno. Tenía la impresión de que algo había fallado en la naturaleza, el sol o las estrellas.*» También le preocupaban, en ciertos momentos, los rumores de asesinato, aunque lo que verdaderamente le resultaba insopportable era su propia noción de haber traicionado a la causa, la pésima impresión que le producía la idea que el hombre a quien él siempre había tomado por el Mensajero, por el prototipo de la honradez, hubiera optado por encubrir sus corruptelas, en lugar de hacerlas públicas.

La fe que Malcom tenía en Elijah Muhammad se estaba viendo abajo, pero él seguía persuadido de la necesidad de un fuerte movimiento nacionalista negro. Durante el desayuno, le mostraba Clay las fotos de los

sacerdotes católicos blancos que habían estado cerca de Floyd Patterson y también de Sonny Liston. Trataba de meterle a Clay en la cabeza la idea de que el combate era una batalla religiosa, no sólo un acontecimiento deportivo.

«Esta pelea es la verdad», le decía. «Es la Cruz y la Media Luna enfrentadas por primera vez en un cuadrilátero. Es una moderna Cruzada, un enfrentamiento entre cristianos y musulmanes, delante de la televisión, para que ésta lo envíe al Telstar y el mundo entero pueda ver lo que ocurre. ¿Crees tú que Alá puede haber permitido que todo esto suceda para que luego tú salgas del ring sin haber conseguido el campeonato?»

La presencia de Malcom en Miami fue una inspiración para el púgil: el día del pesaje se pondría a gritar: «*¡Está profetizado que yo ganaré!*» Pero el efecto en la taquilla no era positivo. El promotor, Bill MacDonald, tenía que facturar 800.000 dólares para quedar a la par, y estaba cada vez más claro que no los facturaría. El David contra Goliat que él pensaba haber contratado estaba perdiendo rápidamente su equilibrio de fuerzas morales en litigio, sobre todo a ojos de los floridenses blancos, a quienes no les gustaba nada ver a un negrito arrogante en el papel de David. *El Palacio de Convenciones de Miami* tenía un aforo de 15.744 personas, y MacDonald ya sabía muy bien que iba a tener mucha suerte si lo cubría a medias.

Al final, tres días antes de la pelea, MacDonald le puso a Clay ante las narices los artículos periodísticos publicados y le dijo que esas noticias iban a costarle su intento de ganar el título. MacDonald llegó a decir que ya casi tenía tomada la decisión de suspender el combate. ¿Era verdad? ¿Era cierto

que Cassius pertenecía a la Nación del Islam? MacDonald puso en conocimiento de Clay que si tenía que cancelar el combate le iba a resultar muy difícil conseguir una segunda oportunidad de acceder al título de los pesos pesados.

Clay era consciente de que MacDonald tenía razón, pero, así y todo, se le enfrentó. El campeonato era lo único que le interesaba, desde los doce años, el campeonato era su destino en la vida, pero jamás negaría su vínculo con la Nación del Islam. Si MacDonald quería cancelar el combate, era asunto suyo.

«*Mi religión es más importante para mí que este combate*», recuerda haber dicho en aquella ocasión.

MacDonald dijo que muy bien, que el combate quedaba cancelado, y Clay se fue a su casa a hacer el equipaje.

Después de la reunión, el publicista, Harold Conrad, acudió inmediatamente al Gimnasio de la Calle Quinta, a contarles a los Dundee que no habría combate y que Clay se había ido a casa a hacer el equipaje. Luego, Conrad fue a ver a MacDonald y le dijo que era imposible cancelar la pelea, que estaban vendidas todas las entradas, que había una considerable cantidad de contratos para la retransmisión en circuito cerrado.

—Me vas tú a contar a mí que no puedo cancelarla —respondió MacDonald, según Conrad—. Tú eres del Norte. No entiendes. No te das cuenta de que Miami es el Sur Profundo y que aquí hay más segregación

que en cualquier pueblo de Mississippi. ¿Cómo quieres que promocione una pelea donde participa un tipo que anda por ahí diciendo que los blancos somos el diablo?

—Tú sabrás lo que haces —dijo Conrad—. En este país hay libertad de culto.

—Una mierda —replicó MacDonald—. Y no me empieces a dar la badila con la Constitución.

—No te das cuenta de lo que estás haciendo, Bill. Pasarás a la historia como el promotor que negó a un ciudadano, por motivos religiosos, su derecho a pelear por el título de los pesos pesados.

—Joder, ¿qué quieres que haga? Es el Malcom X ese. Él tiene la culpa de todo este follón. Él es prácticamente quien lleva los entrenamientos del chico. Y la cosa está fatal.

—Supongamos que Malcom X abandona la ciudad hoy mismo —sugirió Conrad—. ¿Te haría eso cambiar de opinión?

MacDonald reconoció que sí, que eso podría llevarlo a cambiar de opinión.

Conrad fue en busca de Malcom y le dijo:

—Mira, tal como están las cosas, la pelea puede darse por cancelada. Cassius va a perder su oportunidad de conquistar el campeonato del mundo, pero tú puedes salvarlo.

— ¿Cómo? — preguntó Malcom.

— Tienes que abandonar la ciudad ahora mismo. Tú eres el punto focal.

Tú eres el tío a quien conoce la prensa.

Malcom dijo que se iría, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que podía regresar la noche misma del combate, cuando la atención de los medios estuviera concentrada en el cuadrilátero. Le dieron un asiento de primera fila, el número 7, cerca del rincón de Clay.

Terminada la reunión, Conrad le tendió la mano a Malcom.

Malcom se negó a estrechársela. Se limitó a tocar la muñeca de Conrad con el dedo índice y salir hacia el aeropuerto.

X

LA CAZA DEL OSO

25 de febrero de 1964

Clay no estaba en modo alguno engañado en cuanto a la capacidad física de Liston. Sonny era un armario moviente, desde luego; pero resultaba muy fácil herir sus sentimientos, confundirle las ideas y hacerlo más vulnerable. Liston no carecía de ingenio y era mucho más listo de lo que se desprendía de su pobre expediente escolar, sin dejar por ello de ser vulnerable. Evidentemente, había una serie de temas que herían su sensibilidad: la edad y que lo tomaran por un esbirro de la Mafia, un asesino en calzón corto, botas y guantes. Liston pedía respeto, la solemnidad que merece un rey; y eso precisamente —el respeto— era lo que Clay iba a negarle. Desempeñaría el papel del idiota, sacando de sus casillas a Liston y llevándolo hacia peligrosas zonas de complacencia.

La estrategia de Clay entró en funcionamiento tan pronto como Liston llegó a Miami para entrenar. En el aeropuerto, Clay esperaba a Liston junto al avión. Nada más aparecer el campeón en lo alto de la escalerilla, Clay lo acogió con una serie de gritos:

— ¡Eh! ¡Imbécil! ¡Oso feo! ¡Te voy a destrozar aquí mismo!

Cuando estuvo cerca de Clay, Liston le dijo:

—Mira, no te pases de listo con las payasadas. Hablo en serio.

—¿En serio tú? —dijo Clay—. Eres un imbécil tremendo, y te voy a destrozar aquí mismo.

Liston miró a Clay, primero de la cabeza a los pies, luego de los pies a la cabeza. No pudo dejar de percibir que el chico, a pesar de su velocidad de peso pluma, era un tipo muy grande, incluso más alto que él.

Liston iba acompañado por Jack Nilon, su mánager, y por Joe Louis, a quien tenía a sueldo para que estuviera en su rincón y le contara a la prensa lo buen chico que era. Liston, Nilon y Louis se subieron a un coche para vips y partieron rumbo a la casa que Liston había alquilado en la playa.

Pero Clay no se conformó con tan poco. Se metió en su coche y salió en persecución de Liston mientras éste abandonaba el aeropuerto.

De pronto, el automóvil de Liston se detuvo al borde de la calzada, y de él bajó el campeón, echando humo, para dirigirse a Clay.

—Mira, gamberrito, te voy a dar un golpe en los morros. Esto ha ido ya demasiado lejos.

Clay hizo ademán de quitarse la chaqueta, gritando al mismo tiempo:

—¡Venga, imbécil, acércate!

Los separaron antes de que nada serio pudiera ocurrir, pero Liston, ahora, ya sabía la clase de acoso a que iba a verse sometido. Clay y su

entorno pusieron en marcha el rumor de que estaban preparando un «*asalto en toda regla*» contra el *Surfside Auditorium*, donde entrenaba Liston, y de vez en cuando le enviaban emisarios, para que no se olvidara de ellos. En otra ocasión, Clay se trasladó en automóvil hasta el chalé donde vivía Liston y se instaló en el césped con toda su cohorte, sabiendo que el campeón los veía desde sus ventanas. «*Fue una humillación para Liston*», ha dicho Mort Sharnik, que estaba en Miami por el *Sports Illustrated*. «*Ya había tenido dificultades para conseguir la casa, porque se hallaba en un barrio blanco. Al principio, cogió la costumbre de sentarse en el jardín delantero con toda su familia, como un plantador acaudalado. Pero luego tuvo que dejar de sentarse fuera, cuando Clay se presentó por allí, en su cacería del oso. Estaba como prisionero en sus lujosas instalaciones. Era algo que chocaba fuertemente con la noción que Liston tenía de su derecho a ocupar el espacio, como un rey.*»

Mientras tanto, Clay se entrenaba más a fondo que nunca. Tras haber estudiado filmaciones de varias peleas anteriores de Liston —contra Cleveland Williams, Eddie Machen, Patterson y otros rivales—, se le ocurrió una bien planeada estrategia:

«*Mira, el púgil puede condicionar su propio cuerpo para estar más duro en unos asaltos y escamotearse en otros*», contó a la revista *Playboy*, más tarde. «*Nadie puede pelear durante quince asaltos. De modo que me entrené para pelear los dos primeros asaltos e impedir que Liston me tocara. Sabía que él empezaría a cansarse en el tercero, y que a partir de ese momento iría a peor en cada asalto. De modo que me entrené para escamotearme a lo largo del tercero, del cuarto y del quinto. Por dos motivos. Primero, porque quería demostrar que era capaz de*

aguantar a Liston. Segundo, porque quería gastarlo a fondo, que se desesperara. Era cosa de que se pasara el tiempo lanzando golpes sin ton ni son, y fallándolos. Si me limitaba a eso, mientras él aguantara sobre las piernas, era imposible que no ganara el combate a los puntos. De modo que me condicioné para pelear a fondo desde el sexto al noveno asalto, si es que la cosa se prolongaba tanto. Nunca pensé que pasaría del noveno asalto. Por eso anuncié que lo liquidaría en el octavo. Di por sentado que a partir del sexto me habría hecho con el control de la situación. Tenía que andarme con mucho cuidado, que no me tocara, acosándolo y sacudiéndolo hasta hacerle perder los estribos, hasta dejarlo ciego, para que fallase todos los golpes y se volviera loco. Mi plan era tumbarlo en algún momento del octavo asalto, aprovechando algún golpe suyo que me lo pusiera en posición favorable. ¡Yo sabía muy bien que iba a conmocionar el planeta!»

Liston, por su parte, se entrenaba con idea de llegar a un K.O. rápido. Hizo lo que en él era costumbre: saltar la cuerda y aporrear el saco a los marcados sones de «*Night Train*». Pero corrió mucho menos de lo que debería haber corrido —tres o cuatro kilómetros, como mucho, un par de veces a la semana— y trabajó con sparrings bastante mediocres. Tras su último combate con Patterson, Liston había llegado a la conclusión de que le bastaba con saltar al cuadrilátero y quitarse el batín para que el otro cayera por la cuenta de diez.

«No creo que Sonny estuviera en su punto óptimo», ha dicho Hank Kaplan, uno de los habituales del gimnasio de la Calle Quinta. «Yo, con mis propios ojos, lo vi bebiendo cerveza y comiendo perritos calientes y palomitas, en Surfside, pocos días antes de la pelea.»

Clay ocupaba sus ocios con Malcom X. Las diversiones de Liston no rayaban a tanto nivel: fuera de horas, con quien departía era con Ash Resnik, que había acudido desde Las Vegas para el combate. Alguien del equipo de Liston le dijo a Jack McKinney que Resnik le había proporcionado un par de prostitutas a Liston. «*Nilon tiene una gran responsabilidad en la destrucción de Sonny Liston*», ha dicho McKinney al respecto. «*Era un gusano sin cojones, y no logró afianzarse. Pretendía desempeñar el papel de próspero hombre de negocios metido a mánager en sus ratos libres, pero carecía de carácter... En Miami Beach, Joe Pollino hizo que todos se fijaran en dos mujeres, evidentemente putas, que Resnik le había proporcionado a Liston y con quien éste andaba follando por la Veintitrés y Collins. Esa fue toda la riqueza intelectual y cultural que Ash Resnik le aportó. Mira, cuando vas a pelear con alguien, sea quien sea, necesitas que a tu alrededor haya un montón de gente recordándote que todo puede suceder. Hay que entrenar, aunque el otro sea pan comido.*»

«*Sonny no se lo empezó a tomar en serio hasta un mes antes del combate*», ha dicho uno de sus sparrings, Foneda Cox. «*Y acudió a Miami convencido de que iba a matar a Clay. Lo digo en serio, matarlo de verdad. No tenía por qué molestarte.*»

Cuando alguien de su equipo le echaba en cara lo defectuoso de su entrenamiento, Liston se encogía de hombros. Harold Conrad le comunicó su preocupación, porque Clay estaba muy en forma, y no era ningún farol.

Liston se limitó a sonreír.

—No te preocupes, Hal —le contestó—. Voy a echarle el mal de ojo a ese mariquita en el pesaje, y luego lo haré salir del ring levitando.

No hay razón alguna para que dos pesos pesados tengan que pasar por la báscula antes del combate. A diferencia de otros púgiles, de categorías más ligeras, los pesos pesados no tienen por qué atenerse a ningún límite de peso. Ocurre a veces, cuando un peso pesado se quita el batín, que la gente exclama, en tono verdaderamente dramático: «*¡Dios! ¡Qué gordo está!*» O, por el contrario: «*¡Tiene una pinta impresionante!*» Pero no es frecuente. Los periodistas ya han visto a los púgiles en los entrenamientos y conocen muy bien la condición física del campeón y del aspirante. Si hay alguna razón que justifique el pesaje, habrá que buscarla en un deseo de intensificar el ritual, como los luchadores de sumo golpean el suelo con los pies y arrojan puñados de sal antes de sus batallas. Al igual que en las verdaderas guerras, el ritual tiene su importancia. Es importantísima la solemnidad del pesaje y de la talla, del espectáculo que ofrecen dos hombres de gran tamaño subidos en paños menores a una báscula. Puede que a quienes verdaderamente les importe la cosa sea a los periodistas, que necesitan material, texto y fotos, para la primera edición del día en cuya noche, a eso de las once, se celebrará el combate. El pesaje permite evaluar la «mirada ceñuda» de los púgiles y su estado de nervios. El presentador de televisión puede decir cosas como «está perfectamente claro que estos dos hombres no se tienen ningún cariño». El promotor tratará de vender entradas y, si es generoso, incluirá un recadito para los púgiles en el programa de mano.

La ceremonia de pesaje previa a la pelea entre Liston y Clay estaba prevista para la mañana de la pelea, e iba a celebrarse en la zona de carga del *Palacio de Convenciones de Miami Beach*. Clay se presentó luciendo una chaqueta vaquera de color azul con las palabras «*caza del oso*» bordadas en rojo. Con él iban Dundee, Sugar Ray Robinson, William Faversham, del Grupo de Louisville, y Bundini. Apenas había nadie en el local aún, pero ello no impidió que Clay empezara su calentamiento. Secundado por Bundini, se puso a gritar: «*¡Vuela como una mariposa! ¡Pica como una abeja!*», golpeando el suelo rítmicamente con un cayado africano.

— ¡Soy el campeón! ¡Estoy aquí para hacer ruido! ¡Díganle a Sonny que ya he llegado! ¡El campeón no es él! ¡En el octavo asalto se demostrará! ¡Que me traigan al oso grande y feo!

La comitiva entró en uno de los vestuarios. Robinson y Dundee trataban de calmar a Clay mientras éste se ponía un batín blanco de felpa.

— Tienes que comportarte correctamente —le decía Dundee—. Esto es el campeonato. Va a estar la prensa.

La posibilidad de que Clay montase un buen número durante el pesaje no era un secreto para nadie que hubiese asistido a sus conferencias de prensa y sus entrevistas de Miami. Tanto era así, que un veterano miembro de la Miami Beach Boxing Commission acudió al vestuario para aconsejar a Clay en lo tocante al protocolo.

«*Luego salimos*», ha contado Dundee, «*y Clay se volvió loco*». «*El problema estaba en que era demasiado temprano. Aún no había llegado nadie. De*

manera que acabamos teniendo que hacerlo todo dos veces. Fue sorprendentísimo. Pensábamos que era una determinada hora y que íbamos a hacer una entrada tremenda, con Muhammad gritando “¡Soy el boxeador más guapo del mundo!” Gritando, aullando, todo lo que hiciera falta. Pero habíamos llegado con una hora de antelación. Así que nos batimos en retirada, estuvimos enredando un rato en el despacho de Chris, y volvimos a montar el número completo una hora más tarde.»

«Sabía que iba a ser el caos. Muhammad me lo había dicho en el gimnasio: “Angie [Angelo], voy a llevarte a Drew Brown.” Y yo le contesté: “¿Qué dices? Ni se te ocurra. Ese tipo está como una cabra. No me hagas eso.” Pero a él le encantaba Drew, porque le metía marcha. Le gustaba muchísimo ese tipo de gente. Le cargaban las pilas.»

Clay y Bundini volvieron a salir, gritando y aullando, a las 11.09. En ello seguían cuando llegó Liston, dos minutos más tarde.

— ¡Aquí estoy, para que se me oiga! — aulló Clay —. ¡Te gano cuando yo quiera, imbécil! ¡Alguien va a morir en el ring esta noche! ¡Estás muerto de miedo, imbécil! ¡No eres ningún gigante! ¡Te voy a comer vivo!

Clay arremetió contra Liston. Bundini lo agarró por el cinturón del batín y Faversham, Robinson y Dundee lograron frenarlo. Robinson trataba de sujetar a Clay contra la pared, y éste se debatía, vociferando «¡Soy un gran actor! ¡Soy un gran actor!».

Años más adelante, cuando ya todo el mundo había aprendido a ver en este tipo de histeria una especie de número cómico, como cuando Emmett Kelly pisa una piel de plátano o Don Rickles le llama palo de

hockey a alguien del público, los periodistas se limitaban a alzar los ojos al cielo con resignación³³. Cosas de Ali. Pero en aquel momento nadie había visto nada igual. La tradición boxística enseñaba que todo comportamiento no rigurosamente sobrio era señal de que el púgil estaba muerto de miedo. Y eso era precisamente lo que Clay quería que Liston creyera.

«*Alí me dijo al oído “Sujétame”, y luego me guiñó el ojo*», contó Mort Sharnik, cronista del *Sports Illustrated*. «*Ali poseía una capacidad casi de autohipnosis, para inducirse la histeria. Él mismo se provocaba esa locura.*»

— ¡En el octavo asalto se verá que soy el más grande! — gritaba Clay, mostrando ocho dedos en el aire —. ¡En el octavo asalto!

Liston sonrió levemente y enseñó dos dedos.

Cuando llegó el momento de pesarse, Clay se empeñó en que Bundini y Robinson subieran a la plataforma con él, y se negó a mover un dedo hasta que los representantes de la comisión boxística no aceptaran su petición.

— ¡Éste espectáculo es mío! ¡Éste espectáculo es mío! — gritaba.

— Yo lo tranquilizo — dijo Bundini a los policías —. Tengo que estar ahí arriba con él, para que se quede tranquilo.

Al final, los representantes cedieron y la policía les hizo seña de que subieran los tres. Clay dio 210 libras, equivalentes 95,250 kilos.

³³ Nota del T. Emmett Kelly (1923) es seguramente el clown más famoso de Estados Unidos. Don Rickles es un humorista de sala de fiestas, también muy conocido: «el rey del insulto».

Luego subió Liston a la báscula.

— ¡Liston, 218 libras! — gritó Morris Kein, representante oficial de la Comisión de Boxeo de Miami Beach. Liston se bajó de la báscula.

— ¡Eh, mamón! — le vociferó Clay —. ¡Eres un imbécil! ¡Te han engañado, imbécil!

Liston miró desde arriba a Clay con una especie de extraña sonrisa paternal en los labios:

— Pues que nadie lo sepa — dijo —. No se lo cuentes al mundo entero. — ¡Te pasas de feo! — aulló Clay —. ¡Eres un oso! ¡Te voy a pegar una paliza tremenda! Eres un imbécil, imbécil, imbécil...

Clay chillaba en un tono muy alto, con los ojos fuera de las órbitas, dando saltos como un enajenado mental.

«Nadie que hubiera visto a Clay aquella mañana podría haber pensado que aguantaría más de tres minutos sobre sus propios pies aquella noche», escribiría luego Murray Kempton, para *The New Republic*. *«De pronto, todo el que estaba en aquella habitación empezó a odiar a Cassius Clay»*, proseguía Kempton. *«Sonny Liston se limitaba a mirarlo. Liston, antes, era el delincuente; ahora se había convertido en nuestro policía, ahora era el negro grande y fuerte a quien pagamos para que tenga a raya a los negritos impertinentes, y estaba ahí, esperando a que su jefe le indicara que ya había llegado el momento de poner a ese chico de patitas en la calle... Para los periodistas del norte de Italia fue una especie de consuelo ver en el rostro de Liston la misma mirada que los mafiosi utilizan para mantener a raya a los campesinos sicilianos. Los promotores y organizadores de la*

pelea vieron que Clay, un animal de su ganadería, iba totalmente fuera de control, como un caballo encabritado, y para ellos era un alivio saber que muy pronto lo perderían de vista, porque ni siquiera le reconocían la posibilidad de volver a ponerse en la cola... En este caso, hasta el mismísimo Norman Mailer se puso a favor de la sociedad organizada. "Supongamos que Clay gana el campeonato del mundo", escribió. "Como primera consecuencia, nos veríamos obligados a dar crédito al primer bocazas de esquina callejera que se pusiese a fanfarronear".»

Los numeritos de Clay eran como los desvaríos de un chiflado, los chillidos de terror de un chico a quien todavía no se la había pasado el susto de aquel enfrentamiento con Liston en el casino de Las Vegas, hacía ya más de un año. Nadie pareció darse cuenta de que era algo perfectamente calculado y, también, muy eficaz en su propósito de desorientar a Liston. «Dejó convencido a Liston, hasta el fin de sus días, de que Clay estaba loco», ha dicho uno de los segundos de Clay, Ferdie Pacheco. «Ali hizo imposible que sus rivales lo calibraran. Años después, cuando Ernie Shavers estuvo a punto de noquearlo en el Garden, Ali caía hacia las cuerdas, y Shavers reculó, temiendo que le estuviera tomando el pelo. Lo mismo le ocurrió a Joe Frazier, en el tercer combate de Manila. Vio que Ali empezaba a caerse, tambaleándose hacia atrás, y en lugar de echársele encima se quedó quieto, mirándolo, porque nunca logró averiguar cuándo Clay estaba verdaderamente tocado y cuándo se burlaba de él. La gente siempre pensó que estaba loco. Su reputación era tan tremebunda, que incluso le achacaban cosas que nunca había hecho. Y todo ello empezó en Miami, durante el pesaje del Liston-Clay.»

En vista de que Clay seguía ladando, sin hacer caso de ninguna advertencia, Klein entró en el recinto y gritó:

—Se aplica a Cassius Clay una multa de dos mil quinientos dólares por su comportamiento en la plataforma. Esta cantidad le será deducida de la bolsa.

El médico de la comisión, Alexander Robbins, les midió el pulso y la tensión sanguínea a ambos púgiles. Liston arrojó resultados ligeramente por encima de lo normal, lo cual, teniendo en cuenta el lío que se había montado, no era como para preocuparse. Robbins a duras penas consiguió acercarse a Clay, que seguía saltando y gritando como si le hubiera picado una tarántula. Varias veces se aproximó Robbins a Clay, con el estetoscopio por delante, pero en todas las ocasiones acababa por retroceder, tan desconcertado como asustado, ante las contorsiones del púgil. Al final, el médico logró tomarle los valores: el pulso de Clay, que en estado normal era de 54 pulsaciones por minuto, se había disparado hasta las 120, y lo mismo la tensión sanguínea, que era de 21/10.

Jimmy Cannon, cuyas maneras irradiaban tal autoridad que cualquiera lo habría tomado por el médico en jefe, además de columnista del World Telegram, se situó en una silla contigua a la del doctor Robbins y le preguntó:

—¿No será que este chico está completamente aterrorizado, doc?

—Sí, sí, míster Cannon —dijo el médico—. Este púgil está completamente aterrorizado. Si sigue teniendo así la tensión sanguínea a la hora de empezar el combate, habrá que cancelarlo todo.

Al cabo de un tiempo, ambos púgiles se retiraron a sus respectivos vestuarios, para cambiarse. Clay ya estaba mucho más tranquilo.

—¿Qué les parece? —preguntó, mientras se sentaba en una mesa de entrenamiento—. Estaba commocionado. Pequeño y bajito, por más que se empeñe todo el mundo en convencerme de que es enorme. Creo que estaba commocionado.

Al salir del local, Clay se encontró con un personaje de Miami que daba la impresión de estar en todas partes, un tal King Levinsky, que había militado en los «*perdedores del mes*» de Joe Louis: un peso pesado que tenía en el currículo una buena noche bajo los focos, pero cuya carrera pugilística lo había dejado más pobre, de cabeza y de dinero, que al principio. Ahora, Levinsky vendía unas corbatas feísimas, que llevaba expuestas en un corbatero no menos horrible. «*King te agarraba por la nuca y te decía “¿Quieres una corbata de King Levinsky?”*», recuerda George Plimpton. «*Aparecía en todas partes. Cuando ya estabas harto de comprarle corbatas, lo único que te quedaba era correr.*»

Ahora, mientras Clay salía del local, era Levinsky quien le corría en pos, no para venderle una corbata, sino para ofrecerle empleo:

—Te va a liquidar, chaval —gritaba—. Hazte socio mío. Puedes hacerte socio mío.

La comisión dio instrucciones a Pacheco en el sentido de que mantuviera un control constante de la tensión sanguínea de Clay y de que informara si los valores seguían siendo demasiado altos. Clay salió del vestuario con su chaqueta de cazador de osos. Luego regresó a casa con toda su comitiva.

«*Fue una cosa increíble*», ha dicho Pacheco. «*Una hora después de todo aquel jaleo, le hice un control y tenía un pulso de 54, normal para él, y una tensión de 12/8, perfecta. Había sido puro teatro.*»

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Pacheco a Clay—. ¿Por qué te has hecho pasar por loco delante de todo el mundo?

Clay se inclinó hacia adelante y le contestó:

—Porque Liston piensa que estoy chiflado. Es un hombre que no le teme a nadie, pero a los chiflados sí. Ahora no tiene ni idea de qué es lo que voy a hacer.

Los apostadores de la ciudad estaban igualmente convencidos de que Clay había demostrado ser un aspirante muerto de miedo. Formando equipo, Sammy Davis Jr., Joe Louis y Ash Respink llamaron a un contacto que tenían en Las Vegas, un tomador de apuestas llamado Lem Bunker, con intención de apostar una enorme cantidad de dinero a favor de Liston.

«*No dudaban de que Liston ganaría, porque tampoco dudaban de que Clay estaba mal de la cabeza*», ha dicho Bunker. «*Pero Sonny había hecho su preentrenamiento en Las Vegas, en el Thunderbird, y yo lo había visto haciendo*

guantes con Foneda Cox y con Jesse Bowdry, y me pareció lamentable. Nunca llegó a tomarse en serio la pelea. Detrás del Thunderbird había un hipódromo donde solía hacer un par de vueltas. Total, que Ash, Louis y Sammy David me llamaron para que les dijera cómo se cotizaban las apuestas, y yo les dije que no había cotización, por culpa del pesaje. Sólo se aceptaban apuestas a favor de Clay. Pero les dije que había una posibilidad en los cuatro asaltos. ¿Durará cuatro asaltos la pelea? Ash quería apostar cincuenta mil. Pero Ash era lento pagando, y Sammy nunca pagaba sus cuentas, de modo que les acepté diez mil a "sí o no" para el cuarto asalto. Yo sabía que Sonny no estaba en forma. Sonny era amigo mío, pero no podía dejar de gustarme Clay.»

A última hora de la tarde, las emisoras de radio decían que Clay estaba tan asustado que había decidido huir, que lo habían visto en el aeropuerto de Miami comprando un billete para el extranjero.

Cuando iba hacia el recinto deportivo, aquella noche, Mort Sharnik se encontró con Geraldine Liston.

— ¡Sonny piensa que ese chico está loco! — dijo ella.

— ¿Quién? — le preguntó Sharnik.

— El chico ese, Cassius Clay. Que está fuera de sus cabales. — ¿Dices que está convencido de que Cassius Clay es un loco?

— De que no le queda ni un gramo de cordura en esa cabeza que tiene de recolector de algodón — dijo ella —. Y nunca se sabe qué esperar de un tipo así. Nunca se sabe qué esperar de un loco.

XI

¡AHORA SE TRAGÁN SUS PROPIAS PALABRAS!

25 de febrero de 1964

Una vez quedó claramente dictaminada, en sentido afirmativo, la locura de Clay, el púgil se echó a dormir. Y, mientras dormía, su médico, Ferdie Pacheco, llamó a las autoridades boxísticas de la localidad para comunicarles que el sistema del aspirante había recuperado la normalidad y que sin duda alguna se podía seguir adelante con la pelea.

Pero entonces Pacheco pensó en la noche que se les venía encima, en lo que podía suceder. A él no le ocurría lo que a Geraldine Liston y a Jack McKinney, y unos pocos más, que estaban lo suficientemente cerca del campeón como para percibir lo complejo que Liston era en realidad: un mezcla explosiva de penuria y de rabia, el afán constante de demostrar su valía. A ojos de Pacheco, Liston era un púgil tan formidable como terrorífico. Pacheco llevaba años dando vueltas por los gimnasios de Florida, y el caso era que nunca antes había visto a nadie tan despiadado y tan fuerte, ni dentro ni fuera del ring. Pacheco era un pintor aficionado bastante bueno —pintaba escenas de la historia mexicana, o de las fábricas de cigarros puros de Tampa—, y cuando pensaba en Liston los tonos que se le venían a la mente eran la sombra oscura y el azul Prusia. «*Nunca me*

dio la impresión de que en Sonny hubiera zona grises», ha dicho al respecto. Como a muchas otras personas del equipo de Clay, a Pacheco le preocupaba que la noche se cerrase no solamente con una derrota, sino también con alguna lesión grave para Clay.

Dundee poseía otro talante, más lanzado, más optimista. Para él, era evidente que «*los estilos determinan las peleas*», y Clay tenía el estilo que hacía falta para ganarle a Liston. «*Estaba convencido de que sería más rápido que él y que lo superaría mentalmente, con lo cual acabaría desgastándolo en once o doce asaltos.*» Pacheco, en cambio, tenía la impresión de que Liston —un gran campeón— estaba tan irritado con Clay por toda la acumulación de humillaciones a que lo había sometido (las burlas ante la prensa, los versos insultantes y, ahora, las payasadas del pesaje), que ya no se conformaría con dejarlo K.O., sino que trataría de hacerle daño, de terminar con él. En lógica consecuencia, Pacheco quería que todo estuviese en muy buen orden. Así, se había estudiado a fondo el camino más rápido para llegar a los diversos hospitales de la ciudad. ¿Cuál estaba más cerca? ¿Cuál tenía la mejor sala de urgencias? ¿Quién iba a estar de guardia? ¿Conocía él a los médicos? Al final, optó por el Mount Sinai, donde había estado, como internista, en 1958.

A última hora de la tarde, Clay cenó un filete con ensalada y algo de verdura; luego, ya de noche, se puso el esmoquin y se encaminó hacia el recinto deportivo, en compañía de Dundee, Pacheco, Luis Sarria —su masajista—, Bundini y algún otro. Iba con bastante adelanto sobre el horario previsto, pero es que quería ver a su hermano Rudy, que peleaba,

en uno de los combates preliminares, con Chip Johnson, un peso pesado del montón, pero bastante sólido.

El recinto deportivo, con capacidad para 15.744 espectadores, estaba casi vacío cuando Rudy subió al ring. En las peleas con el título mundial en juego se consideraba de mal gusto asistir a demasiados combates preliminares, de modo que los asientos vacíos no eran un dato preocupante. Pero, por desgracia para el promotor, el local iba a seguir más o menos así: sólo se habían vendido 8.297 entradas. Las primeras filas estaban todas vendidas, pero a partir de ahí, según se iba subiendo, la situación era desoladora. Clay y sus patrocinadores se repartieron 630.000 dólares, mientras Liston y los suyos se llevaban 1.300.000 dólares, pero MacDonald perdió más de 300.000. No resultaba fácil determinar qué había sido lo que más daño le había hecho al combate: la abrumadora ventaja de Liston en las apuestas, los rumores sobre la conversión de Clay a la Nación del Islam, o la tormenta que en aquel momento azotaba Miami. A pesar de lo mucho que se esforzó Harold Conrad en tal sentido, los promotores nunca consiguieron colocarle el sombrerito blanco a Clay: no lograron que se repitiese el estúpido show promocional del Patterson-Liston, aquello del Negro Bueno contra el Negro Malo. Para casi todos los blancos de Florida (y quién, que no fuera blanco, tenía dinero para pagarse la entrada), esta pelea era un enfrentamiento entre un gamberro musulmán y un terrorífico delincuente.

Clay se quedó en el pasillo, muy lejos del ring, viendo pelear a su hermano. Rudy no era especialmente bueno como boxeador, y le costó

muchísimo trabajo sobrevivir al primer asalto. Los periodistas que se habían tomado la molestia de asistir a la pelea de Rudy se pasaban el rato observando cómo gritaba Clay para animar a su hermano, en vez de mirar al ring. Al final, Rudy aguantó lo suficiente como para ganar a los puntos, pero no impresionó a nadie. Había salido bastante vapuleado del asunto, y las cosas no podían sino ponérsele peor, si seguía adelante en la competición. A Clay no le gustó nada que le pegasen de ese modo a un hermano suyo.

—A partir de esta noche —le dijo luego—, no volverás a pelear, Rudy. Poco a poco, el público —o lo que de él había— iba entrando en el recinto. Malcom X, recién regresado a Miami el día anterior, ocupó su asiento. Como de costumbre, iba vestido al modo más tradicional, con traje oscuro, corbata oscura y camisa blanca. A pesar de la commoción que lo rodeaba, del conflicto con la Nación, del muy desagradable encontronazo con Bill MacDonald, Malcom estaba de muy buen humor, charlando con los periodistas que se le acercaban. Seguro que no había en aquel recinto deportivo nadie que menos dudas abrigara sobre el feliz desenlace de la pelea. La noche antes, Malcom se había encontrado con Murray Kempton, que por aquel entonces llevaba una columna en el *New York World-Telegram*. Kempton expresó su esperanza de que el miedo no inmovilizara en exceso a Clay cuando subiera al ring a pelear con Liston.

—Ser musulmán —lo aleccionó Malcom— es no conocer el miedo. Pero Kempton, que era el más agudo observador de caracteres de la fila de prensa, percibió algo más en Cassius Clay aquella noche. Observando el

modo en que Clay pasaba revista al recinto, pensó que tenía los ojos «en blanco» y errantes. «*De pronto me asaltó la horrorosa idea*», escribió Kempton, «*de que justo antes del combate principal, mientras anuncian por megafonía la presencia de los visitantes más ilustres, Cassius Clay, con el esmoquin puesto, saltaría al ring, volvería a gritar que era el más grande y luego bajaría por las escaleras, saldría del local y desaparecería para siempre de la vista de los hombres. Los espectadores le gritaban insultos; sus segundos lo empujaban hacia el vestuario, y él iba rígido, con paso vacilante. Por la mañana cualquiera lo habría tomado por un histérico; ahora parecía catatónico*».

Una vez en el vestuario, Clay se vistió sin prisas. Esperó mientras le vendaban las manos y luego empezó a hacer ejercicios de calentamiento, dando golpes al aire. Lo tenía todo pensado: mantenerse en movimiento y golpeando durante dos o tres asaltos, emprender el desgaste de Liston, luego arriar las velas, esperar a que Liston estuviera exhausto, y empezar a acercarse de veras, para rematarlo, en el octavo o noveno asalto. Normalmente, Dundee tenía que vigilar que Cassius no se cansara demasiado ya en el vestuario, antes de la pelea: estaba tan rebosante de energía, tenía tantas ganas de entrar en funcionamiento, que se ponía a lanzar golpes y bailar hasta que lo cubría el sudor. Esta vez, en cambio, sus movimientos eran ponderados, serios. Aquello no era un número más, sino una pelea.

«*A pesar de todas sus bromas y sus payasadas de por la mañana*», ha dicho Dundee, «*él sabía muy bien que la cosa iba en serio. Estaban a punto de cumplirse todos sus sueños, pero antes había que superar un obstáculo nada despreciable*».

«Estaba nerviosísimo, se le notaba», ha dicho Pacheco. «Estuve junto a él cuando Joe Frazier –las tres peleas–, contra George Foreman en el Zaire, estuve allí siempre, y ésta fue la única vez en que lo vi nervioso. La primera y última vez. Luego, bueno, fue como la otra noche. Estaba viendo The Benny Goodman Story y llegó esa escena en que alguien le dice a la madre de Benny: "Benny tiene que tocar el concierto para clarinete de Mozart esta noche. ¿No está nervioso?" Y ella contesta: "¿Qué? ¿Está usted loco? El clarinete es su vida. No hay más que ponerle la música delante, que él se las apaña. Nunca se pone nervioso. Es todo lo demás que hay en la vida lo que puede suponerle un problema." Lo mismo podía decirse de Ali. Lo que él sabía hacer era boxear. Eran las demás cosas que hay en la vida las que le resultaban confusas. Menos en la primera pelea con Liston. Era un chaval y aquella noche aún no sabía si sería capaz de hacer lo que había estado anunciando todo el tiempo.»

Liston y la perspectiva de salir lesionado y con vergüenza no eran lo único que preocupaba a Clay. También estaba muy inquieto con los rumores que le habían susurrado al oído.

—Ándate con ojo —le había dicho el Capitán Sam Saxon—. El poder blanco ha decidido terminar contigo.

—Ándate con ojo —le habían dicho otros Musulmanes—. Dundee es de la Mafia. No puedes confiar en él, no puedes confiar en Pacheco, ni en ninguno de los blancos que te rodean.

Ahora, Clay se movía en su asiento del vestuario. «Lo previsto era entrar, echar la llave y no dejar pasar a nadie», ha contado Pacheco. «Uno de los

rumores más enloquecidos que circulaban por ahí era que la Mafia iba a envenenarle el agua. Era ridículo, pero Muhammad no se lo quitaba de la cabeza. Lo que hicimos fue llenar una botella de agua y luego cerrarla con esparadrapo. Muhammad quiso que fueran los Musulmanes quienes llenaran la botella, no nosotros. Estuvimos ahí dentro durante más de una hora. Sólo estábamos Luis Sarria y Bundini, ambos negros, Angelo y yo, ambos blancos, y Rudy. Y si apartábamos la vista del agua, Muhammad nos decía: "Tirad toda esa agua y ponedla nueva." Así, tres o cuatro veces. Al final, le dije: "¿Quién te va a envenenar? ¿Angelo o yo? Yo soy tu médico. Si quisiera envenenarte, te habría puesto una inyección." Y con Angelo nunca logró superar el hecho de que los Musulmanes le habían dicho que Angelo era italiano, que estaba relacionado con Frankie Carbo, con la misma gente que rodeaba a Liston. Es más fácil poner paranoico a un boxeador que a ninguna otra persona. Basta con darle a entender algo. El hecho era que en el mundo del boxeo todo el mundo había estado relacionado con Frankie Carbo, en los cuarenta y los cincuenta. Bastaba con entender un poco de boxeo para saberlo. Pero los Musulmanes eran gente de Chicago y no tenían ni idea de boxeo. Ni siquiera les entraba en la cabeza que pudiera haber nada bueno en la práctica de ningún deporte, pero es que Ali los mantenía a cuerpo de rey. Total, que no hacíamos más que vaciar la botella y volverla a llenar.»

Cuando ya estaba próximo el momento del combate, Cassius y Rudy trataron de localizar el este y, cuando consideraron haberlo conseguido, se postraron de rodillas para rezar a Alá, secundados por Malcom X. En los años venideros, habiéndose convertido ya en Muhammad Ali, los rezos los haría en su rincón antes del primer toque de campana, con la cabeza

inclinada y los guantes cerca del rostro, pero aquella noche todavía era Cassius Clay, y le pareció más conveniente mantener lo poco que quedaba de su secreto.

En el vestuario de Liston, el ambiente era de plena confianza, de tranquilidad. «*A pesar de que Clay había conseguido obsesionar a Sonny, todos estábamos convencidos de que la velada terminaría bien*», ha dicho uno de los segundos de Liston. Willie Reddish y Joe Pollino se pusieron camisetas con rótulos publicitarios del hotel que Ash Resnik tenía en Las Vegas, el Thunderbird. Liston se puso unos calzones blancos de satín, con franjas negras y dejó que sus cuidadores le envolvieran los hombros y el pecho con toallas, hasta parecer una momia. Luego se puso la bata y se subió la capucha: la «*bata del verdugo*», como dijo Willie Reddish.

A las diez en punto, los púgiles subieron al ring: primero Clay, luego el campeón. Clay brincaba y daba golpes al aire, en su rincón. Liston estiraba los músculos, como desperezándose, asumiendo poco a poco la tarea. El juez árbitro, un individuo muy macizo, llamado Barney Felix, permanecía en uno de los rincones neutrales, con los brazos, cortos y rechonchos, apoyados hacia atrás en las cuerdas. Con un bastoncito de algodón en la parte superior de la oreja, Dundee le daba la espalda a Liston para concentrar su atención en Clay, recordándole una y otra vez que cuando estuviera en el centro del ring, escuchando las instrucciones de Felix, procurara erguirse todo lo posible.

—Te va a estar mirando fijamente, para intimidarte —dijo Dundee—. Que se entere de que eres más alto que él.

Junto al cuadrilátero, Steve Ellis y Joe Louis iniciaban su retransmisión nacional en circuito cerrado.

El presentador, Frank Waymon, tiró hacia abajo del micrófono que pendía del techo.

— ¡Buenas noches, damas y caballeros! ¡Bienvenidos a Miami Beach, Florida! ¡Bienvenidos al *Palacio de Convenciones de Miami Beach*! Permítanme presentarles a unos púgiles de los que ya han oído hablar ustedes en el pasado, y de los que probablemente seguirán ustedes oyendo hablar en el futuro!

Y salieron los aludidos: dos viejos amigos de Clay, el ex campeón de los pesos welter, Luis Rodríguez, y el campeón de los pesos semipesados — «*el maestro del baile!*» —, Willie Pastrano. Luego Sugar Ray Robinson, con una flamante chaqueta a cuadros. Clay le hizo dos reverencias a su posible mentor.

— Y ahora... Procedente de Louisville, Kentucky, con calzón blanco de franjas rojas y doscientas diez libras y media de peso, el campeón olímpico de los pesos semipesados y aspirante al título mundial de todos los pesos... ¡Cassius Clay!

El público, a pesar de su escaso número, montó un impresionante coro de abucheos y burlas. Clay aguantó impasible, jugando con el protector bucal y bailando de puntillas.

—Y procedente de Denver, Colorado, su oponente, con doscientas dieciocho libras y calzón blanco de franjas negras, el campeón del mundo de todos los pesos... Charles... Sonny... ¡Liston!

Barney Felix convocó a ambos boxeadores al centro del cuadrilátero para el recitado ritual de las «*instrucciones*». En una pelea con el título en juego, las advertencias del juez relativas a los golpes de después de la campana o por debajo del cinturón vienen a ser como advertir a los mejores abogados del mundo que a continuación van a escuchar una exposición de las normas procesales: el ritual es puramente psicológico. Liston fijó la mirada en Clay y, por muy relajado que hubiera sido su entrenamiento, se hizo evidente que su única intención era hacer el mayor daño posible. Su mirada no podía interpretarse en ningún otro sentido. Clay seguía con el miedo dentro —«*Te digo la verdad, ¡estaba aterrorizado!*»—, pero no lo manifestó. Le devolvió la mirada a Liston, de arriba abajo. Este hecho era muy importante. Miró a Liston de arriba abajo y con ello estableció un punto físico de información: era muy rápido, pero también muy grande. Cuando estaba a punto de concluir la letanía de advertencias («¿De acuerdo, señores?»), Clay abrió la boca por primera vez aquella noche, para gritarle a Liston:

—¡Ya te tengo, mamón!

De nuevo en el rincón, Willie Reddish le dijo a Liston que se tomara su tiempo. No trates de precipitar el K.KK O. Tarde o temprano lo cazarás.

Pero si había algo que a Liston le constara en aquel momento era que no disponía de una cantidad ilimitada de tiempo para deshacerse de Clay. Tenía que hacerlo cuanto antes. Se había entrenado para seis o siete asaltos, como mucho. A partir de ahí, empezaría a no sentirse bien, empezarían a pesarle las piernas y los hombros, vendría el sabor a bilis en la boca, se le echaría encima —y eso era lo peor— la noción de los años que tenía (a saber cuántos).

Sonó la campana del primer asalto.

Clay se lanzó en seguida a ganar puntos, pero sobre todo uno en especial: demostrarle a Liston que no podía alcanzarlo, o no fácilmente, al menos. Quería que Liston supiera que se le avecinaba una noche muy larga. Quería obligarlo a sentir por anticipado el cansancio que se adueñaría de él.

Clay empezó a moverse por el ring en el sentido de las agujas del reloj, en una especie de trote cansino que de vez en cuando interrumpía para mover la parte superior del cuerpo, al modo de un limpiaparabrisas, haciendo así muy difícil cualquier intento de ataque por parte de su rival. Liston lo perseguía con dificultad y no pudo tardar mucho tiempo en darse cuenta que de cerca era todavía más rápido, que le iba a costar muchísimo trabajo conectarle un golpe. Intentó un directo de derecha —¡mira que si lo tumbo ahora mismo!—, pero Clay se había ido antes de que el golpe llegara a enderezarse. Luego falló otro directo, y luego otro. Marraba los golpes por medio metro, o poco menos.

«*Yo corría y corría, vigilándole la mirada*», dijo Clay luego. «*La mirada de Liston te avisa cuando va a lanzarte un golpe fuerte. Es algo así como un destello.*»

Liston, por fin, alcanzó a Clay con un golpe al cuerpo bastante decente, un izquierdazo entre las costillas y la cintura. Dio la impresión de que el guante desaparecía, un golpe muy doloroso, pero Liston no fue capaz de rematar el trabajo. Clay se alejó de su alcance, haciéndolo parecer el boxeador más torpe del mundo. «*Sonny estaba descubriendo hasta qué punto eran sorprendentes los reflejos de Clay*», ha dicho Jack McKinney. «*Se deslizaba sobre los pies para retroceder, pero a veces no, a veces mantenía los pies inmóviles y echaba el cuerpo hacia atrás, de modo que el golpe de Liston fallaba por un milímetro. Sonny tenía el jab más devastador de la historia, un jab hacia arriba que era una especie de cañonazo –levantaba a la gente del suelo–, y Clay estaba evitándolo. Liston era un atleta soberbio, con unos reflejos soberbios y con un magnífico control de los pies y de su rapidez. Pero viendo el primer asalto, era como para reírse y no salir del asombro. Clay retrocede y Liston se le echa encima, lanzando el jab, y se queda corto, no logra alcanzar a Clay en ningún intento.*» No era la primera vez que Liston peleaba con gente rápida —Marty Marshall, Eddie Machen, Zora Folley—, pero nadie había visto nunca una cosa igual.

Luego, cuando quedaba más o menos un minuto del primer asalto, Clay empezó a aportar sus propios golpes a la situación. Empezó a lanzar directos de izquierda contra las cejas de Liston —primero de uno en uno, luego en series rápidas, dos, tres, cuatro, y luego los directos vinieron seguidos de una derecha alta o de un gancho de izquierda. Era como si Clay no quisiera descubrir más de una de sus armas al mismo tiempo, para

así ir desmoralizando gradualmente a Liston, para que pensara que Clay poseía un inagotable arsenal de recursos y mañas.

Cuando quedaban cuarenta segundos de asalto, Liston se encontró cubriéndose, completamente atónito, no tanto por los golpes en sí, como por el hecho de que Clay estuviera pegando más que él. Muy al final del asalto, Clay alcanzó a Liston con ocho jabs consecutivos, y cuando Liston logró salir de la posición encogida y levantó la cabeza en busca de algo que golpear, Clay ya no estaba ahí.

Sonó la campana, dando fin al primer asalto, pero ambos púgiles siguieron peleando, hasta que, por fin, tuvo que interponerse Felix.

«*Recuerdo que volví a mi rincón pensando: "Se suponía que iba a matarme. Y aquí estoy"*», le contó Clay a Haley en la entrevista de *Playboy*, unos días después de la pelea. «*Angelo Dundee, mientras me atendía, hablaba a cien por hora. Yo no hacía más que mirar a Liston, que de pura rabia ni siquiera se sentó. Y me dijo: "Al final del próximo asalto vas a arrepentirte de no haber descansado todo lo que podías."* Me llegaba la voz de algún experto de la radio o la televisión, muy excitado, ya sabes el modo que tienen de hablar. La gran noticia era que todavía no me habían contado hasta diez.»

En primera fila, Joe Louis, que estaba en el rincón de Liston, tanto espiritual como financieramente, apenas podía creerse lo que estaba viendo. Normalmente se habría inclinado a pensar que el campeón estaba tomándose las cosas con calma y que iría incrementando su potencia con el tiempo, pero Louis no pudo dejar de valorar positivamente a Clay. Se dio

cuenta de que algo muy significativo estaba ocurriendo en el cuadrilátero, algo que él no había visto nunca antes, ni como púgil ni como presentador de boxeo. «*Creo que acabamos de asistir a uno de los mejores asaltos que le hemos visto a nadie en mucho tiempo*», les dijo a sus espectadores del circuito cerrado. «*Creo que Clay ha superado por completo a Liston en este primer asalto...*»

— ¿Quién ha ganado este asalto? — preguntó Clay a su rincón.

— ¡Tú! — le contestó Bundini, gritando.

— Has ganado el asalto — le dijo Dundee — y vas a ganarlo todo.

El miedo se desvanecía. Y Clay abrió la boca de un modo desmesurado, una especie de tazón sin fondo, y, dirigiéndose a los periodistas de la primera fila, gritó:

— ¿Cerrarme la boca? ¡No podés!

Liston entró en el segundo asalto con desesperación, lanzando golpes tremendos, de uno en uno. Fallaba por mucho. Trataba de acorralar a Clay contra las cuerdas, donde podía impedir todo aquel bailoteo, apuntar a gusto y disparar. Por un momento, dio la impresión de que tal estrategia podía funcionar, pero, tras encajar varios golpes y detener otros con los guantes, Clay se apartó bailando de las cuerdas y siguió trazando círculos, con ese trote en el sentido de las agujas del reloj que estaba empezando a desorientar a Liston. Era como un tipo que acaba de beberse media docena de cervezas y se sube a la montaña rusa, el látigo, la caída libre, a todo lo

más vertiginoso que hay en un parque de atracciones. En un momento determinado, Liston falló tan escandalosamente un gancho de izquierda, que golpeó una de las cuerdas. Ésta quedó vibrando de un modo aparatoso, lo cual venía a ser como una especie de burla, y Liston se sintió bastante ridículo. ¿Qué podía hacer? ¿Qué probabilidades había de que Clay, tan joven y tan en forma, bajara el ritmo? ¿Qué probabilidades había de que Liston mejorara con el transcurso de los asaltos?

A continuación, Clay empezó a colocar su jabde izquierda en las bolsas carnosas que Liston tenía debajo de los ojos, y, de pronto, todos los espectadores que estaban lo suficientemente cerca como para percibirlo se quedaron conmocionados al ver que a Liston empezaba a salirle un bullo por debajo del ojo izquierdo. La hinchazón confería al campeón un aspecto no de dolor, sino de vejez, de cansancio. Clay no estaba evitando todos los golpes, pero ahora estaba claro que el primer asalto no había sido ninguna anomalía, que no había sido resultado de la sobreestimulación propia de un aspirante que se desboca como un potro salvaje. «*Alguno que otro sí que me colocó, pero la mayor parte de los golpes los esquivé echándome hacia atrás y agachándome*», contó Clay a *Playboy*. «*Recuerdo que en una ocasión me rozó la nuca con un brazo, y yo pensé, o más bien me grité a mí mismo: "Lo único que tengo que hacer es seguir así."* Luego me salí de debajo y lo cacé con varias izquierdas y derechas. *Casi en seguida le vi el primer corte, muy en lo alto de la mejilla. El primer corte, por lo general, siempre es de color rosa, muy brillante. Luego vi la sangre, y supe que a partir de entonces aquel ojo tenía que ser mi objetivo. Fue por culpa de estar tan concentrado en aquel corte por lo que logró meterme el golpe más fuerte que recibí, una izquierda larga. Casi me tumba de*

espaldas. Pero no se dio cuenta de hasta qué punto me había tocado, o estaba ya empezando a cansarse, pero el caso es que no apuró su suerte. Esa vez sí que oí la campana. Necesitaba acudir al rincón para aclararme la cabeza.»

«En el segundo», ha dicho Dundee, «Liston trataba de acumular puntos marcando golpes, pero mi chico no estaba ahí para permitirlo. Le digo a usted que Liston habría vencido a Tyson en su mejor época. Era un hombre grande y fuerte, tenía unas espaldas que tapaban entero el ring, y era más rápido que Tyson. Pero tenía delante a un tipo muy intrincado. Muhammad estaba ganándole incluso en fuerza, destrabándose a empujones, y, por añadidura, no paraba de moverse, breándolo a golpes».

«Mis dudas se desvanecieron tras los dos primeros asaltos, cuando vi el modo en que Ali manejaba a Liston», ha dicho Pacheco. «Bam, bam, y se escaqueaba. Liston no encontraba la solución. Al terminar el primero, se le notó que volvía a su rincón pensando: “¿Y ahora qué coño hago?” Liston era un púgil de uno-dos, como Joe Louis. Pero no tenía a qué darle, estaba pegándole al aire.»

En el rincón de Liston, Joe Pollino atendía el corte de su pupilo, pero en el tercer asalto ya se hizo evidente que se trataba de un corte en toda regla. Clay entró con los pies bien apoyados en el suelo, para apalancar mejor sus golpes más potentes, y a los treinta segundos ya estaba trabajándole el ojo a Liston, como un escultor aplicándose contra su bloque de mármol. Cada vez que lanzaba el jab, o casi cada vez, seguía con una derecha fulminante que rebotaba en el cráneo de Liston: el mismo tipo de derechazo del que Archie Moore había dicho que le oscureció las ideas. Tras una de estas combinaciones, a Liston se le doblaron las rodillas y

estuvo a punto de irse a la lona. Logró sostenerse, agarrándose a las cuerdas, y recuperar el equilibrio, pero a estas alturas no había nadie en el recinto deportivo, ni en los salones donde se estaba viendo el combate en circuito cerrado, que no se hubiera dado cuenta de que Clay controlaba enteramente la pelea.

– ¡Venga, desgraciado! – gritó Clay, a pesar de que el protector hacía las veces de una sordina.

¡Cuánta audacia! No habían transcurrido unos segundos, tras esta provocación, cuando Liston se lanzó directamente contra Clay, pero éste le contuvo todos los golpes con los codos y con los guantes, como había aprendido a hacer en los entrenamientos con «Shotgun» (cañonazo) Sheldon, durante semanas y más semanas de gimnasio. Ahora, Liston no sólo sangraba por el corte, sino también por la nariz.

«Ya en el tercer asalto le vi esa expresión en la cara, como si no lograra hacerse a la idea de que ahí seguíamos los dos y de que era él y no yo quien tenía un corte y sangraba», dijo Clay más tarde. *«No sabía qué hacer. Pero ni por esas iba yo a descuidarme, como le pasó a Conn aquella vez, con Joe Louis. Segundo lo tenía planeado, éste iba a ser uno de mis asaltos de escamoteo y descanso, pero no tenía tiempo que perder. Necesitaba otro buen golpe, para sacarle todo el partido posible a ese ojo. Así que cuando sonó la campana me limité comprobar si estaba cansado, y lo estaba, de modo que lo llevé a las cuerdas. Sólo me costó una buena combinación. Le metí una izquierda en el ojo derecho, de pleno, y una derecha debajo del izquierdo, que le abrió una brecha profunda. Supe que era profunda porque empezó a sangrar inmediatamente. Le vi la cara de muy cerca cuando se llevó el guante al*

corte y se dio cuenta de la sangre. En ese momento fue como si de pronto le hubieran caído veinte años encima.»

Sonó la campana del final del tercer asalto, y Liston regresó trabajosamente a su rincón. Andaba como perdido en un desierto nevado, con ventisca. Le corría la sangre por la cara. Estaba agotado, no sólo de perseguir a Clay, sino por todos los golpes que había lanzado, todos los golpes que no había conseguido colocar en ningún sitio.

«*Los golpes fallidos son los que te desgastan*», ha dicho Dundee. «*A partir de cierto punto, empiezan a afectarte la cabeza y el cuerpo.*» Jack Nilon espió a Liston entre las cuerdas. Estaba en su banqueta, respirando tan pesadamente que no alcanzaba a pronunciar más de dos palabras seguidas. Los pulmones le sonaban como fuelles. Miró en dirección a las luces del techo. Joe Pollino le prestaba sus cuidados. Él y Liston cambiaron unas palabras. Nadie las oyó, ni siquiera los de primera fila.

Hay muchas maneras de sacar ventaja durante un combate, y los entrenadores las conocen todas. Uno de los grandes mitos del boxeo, jamás demostrado, es que los cuidadores de Jack Dempsey le envolvieron las manos en escayola y le dijeron que apretara el puño; luego le pusieron las manos en remojo, las dejaron secar y le colocaron los guantes. Así equipado, Dempsey le partió la mitad de los huesos de la cara a Jess Willard. También hay entrenadores que, sin llegar tan lejos, lo que hacen es bajar el relleno de los guantes para dejar los nudillos directamente en contacto con el cuero, logrando así que el golpe resulte mucho más potente.

Y ocurrió que, tras el brutal y frustrante tercer asalto, Liston le pidió a su cuidador, Pollino, que procediera a aplicar su remedio casero. Las pruebas son de oídas (Liston, Pollino y Reddish ya no están entre nosotros para confirmarlas), pero tan fiables como pueden darse en el ámbito del boxeo. «*Es muy sencillo*», ha dicho Jack McKinney, el cronista del Philadelphia Daily News que se hallaba tan cerca de Liston y Pollino.

«Inmediatamente después de la pelea, Joe, que era muy amigo mío, se sinceró conmigo. Me contó que Sonny le había dado instrucciones de que untara los guantes, y que él lo había hecho. No sólo eso: también dijo que esa solución siempre la tenía preparada, para casos de peligro, y que habían acudido a ella en peleas contra Eddie Machen y Cleveland Williams.» Pollino no llegó a explicarle a McKinney de qué sustancia impregnaron los guantes de Liston –un aceite parecido al linimento, hecho con gaulteria, o con cloruro de hierro, que se utilizaba para cerrar las heridas–, pero se trataba de una solución que produce escoceduras y cuya finalidad era cegar a Clay durante el tiempo suficiente como para que Liston lo pusiera en su sitio y lo dejara K.O. «*Pollino me dijo que puso la cosa esa en los guantes de Liston siguiendo instrucciones concretas de éste, y que luego tiró el frasco debajo del ring, tan lejos como pudo*», ha dicho también McKinney. «*Joe se sentía muy mal al respecto. Lo hizo a la fuerza, porque sabía que nunca más volvería a encontrar trabajo, si se negaba.*»

En el cuarto asalto, Clay retomó su primer plan. Se escabulló todo lo que pudo. Seguía moviéndose por el cuadrilátero, pero más despacio, con tranquilidad, lo suficiente para obligar a Liston a seguir persiguiéndolo y

fallar sus golpes. No hizo mucho daño en ese asalto, pero bastó para tener en vilo a Liston, para que se cansara todavía más. Su intención era seguir agotándolo hasta que llegara el momento de pasar otra vez al ataque. Pero muy hacia el final del asalto empezaron a picarle los ojos, y luego, cuando ya estaba en su banqueta, era como si le estuvieran clavando alfileres en los ojos. Clay había recibido golpes en combates anteriores —Banks y Cooper lo habían derribado, Jones lo había atontado—, pero ése era un dolor que no lograba identificar. Y, de pronto, con el dolor acentuándose,

Clay se quedó casi ciego. Se daba de manotazos en la cara, tratando de quitarse el dolor de los ojos. Le entró el pánico.

— ¡No veo nada! ¡Córtamelos! — gritó al vacío, al ruido del público— .
¡No veo nada! ¡Córtame los guantes!

Aquél iba a ser el minuto más importante en los veinte años que Dundee pasó con Clay. Sin ese minuto, sin las reacciones instintivas de Dundee, puede que nunca hubiera existido Muhammad Ali. No habría sido muy factible que Liston concediera la revancha al hombre que lo había obligado a rebajarse y acudir al procedimiento de pringarse los guantes. Ni tampoco habría habido mucha insistencia por parte del público en reclamar justicia pugilística para un miembro de una secta religiosa que profesaba el odio a la Norteamérica blanca.

Mientras su pupilo le gritaba, pidiéndole que lo dejara abandonar, Dundee supo mantener la calma.

«*Había tenido este problema antes*», ha dicho. «*¿No es una maravilla tener experiencia? Total, sólo llevo cuarenta y ocho años haciendo esto. No vas a llegar a ninguna parte poniéndote histérico y perdiendo la calma. Así no le sirves de nada al boxeador.*» Dundee tenía idea del dolor que producía aquella sustancia, porque había aplicado el meñique en el rabillo del ojo de Clay y luego se había tocado él un ojo. Era una barbaridad lo que quemaba. Pero no cedió.

— ¡Ésta es la gran ocasión, caballerete! — gritó al oído de Clay — . ¡Corta el rollo! No vamos a abandonar ahora.

Utilizando la esponja, trató de aplicar la mayor cantidad posible de agua limpia en los ojos de Clay. No tenía ni idea de cómo podía haber ocurrido aquello —aún hoy, sigue descartando toda posibilidad de que los cuidadores de Liston le untaran los guantes: es demasiado bondadoso como para creer una cosa así—, ni le importaba. Lo que importaba ahora era seguir con la pelea y superar el próximo asalto.

— ¡Sal ahí y no pares de correr!

Durante aquellos tensos segundos, Dundee también tuvo que ocuparse de los Musulmanes Negros que estaban detrás de su rincón. El hermano de Dundee vino corriendo a decirle que los Musulmanes estaban convencidos de que era el propio Angelo quien había dejado ciego a Clay, por orden de los gánsteres italianos que apoyaban a Liston.

Hasta los oídos de Pacheco y de Dundee llegaban los gritos de los musulmanes:

— ¡Ese hombre está intentando dejar ciego a Clay! ¡Es una conspiración! ¡Es una conspiración!

Dundee pensó que el único modo de demostrar su inocencia era coger la esponja y frotarse los ojos con ella.

Barney Felix se dio cuenta de que algo ocurría en el rincón de Clay y empezó a acercarse. Dundee no quería que Felix oyera las quejas de Clay, de modo que se interpuso entre el árbitro y el púgil.

Sonó la campana del quinto asalto.

— ¡Ahora sal ahí y no pares de correr! — gritó Dundee.

La idea era que Clay siguiera moviéndose, manteniendo a raya a Liston con el jab de izquierda, hasta que se le disipara el escozor de los ojos. Clay se levantó de su banqueta, se irguió todo lo que pudo y echó a andar lentamente.

«*Ésa fue la vez en que Angelo se ganó de veras su sueldo*», ha afirmado Pacheco. «*Dijo: "Sal ahí y no pares de correr." Era peligroso, pero cuando sonó la campana ya no estaba completamente ciego. Nadie necesita dos ojos para huir de Sonny Liston. Lo que hace falta es un ojo y un buen par de piernas. Liston ya había quemado su último cartucho.*»

Muy fácil, según Pacheco; pero el caso es que Clay entró en el quinto asalto parpadeando incontroladamente, con fuego en los ojos. Sólo percibía la silueta borrosa de su rival. Liston cargó contra Clay inmediatamente. Estaba cansadísimo, pero sabía que ahí estaba su oportunidad. La única

esperanza de Clay, en cambio, era mantenerse en movimiento y utilizar la «vara»: extender su larga izquierda y tratar de mantenerla en la cara de Liston, como si fuera una vara de medir, para distraerlo.

«Le pedía al cielo que Liston no se diese cuenta de lo que ocurría», contó Clay a Alex Haley. «Pero tenía que verme parpadear, y luego me sacudió con una izquierda en la cabeza y muchos golpes al cuerpo.» Durante la primera parte del asalto, Liston se concentró en el cuerpo de Clay, con grandes golpes cargados a las costillas y al estómago, muchos de los cuales alcanzaron su objetivo. «Yo lo único que intentaba era seguir vivo, esperando que se me quitaran las lágrimas de los ojos. Sólo podía abrirlos del todo por un instante, para ver dónde estaba Liston, pero en seguida tenía que volver a cerrarlos, porque el dolor era muy grande. Liston resoplaba como un caballo. Estaba tratando de asestarme el golpe definitivo, y yo no paraba de moverme de un lado a otro, porque sabía que si me acertaba de lleno ahí terminaría la cosa.»

Liston estaba pegándole a Clay y, sin duda, ganando aquel asalto; pero también lo dominaba el cansancio, y Clay era demasiado hábil para él. No logró colocar un golpe ganador. Meses más tarde, Clay, recordando aquel penoso quinto asalto, le contó a Playboy cómo se siente uno cuando le pega un peso pesado.

«Agarra una rama dura con la mano y da un golpe fuerte contra el suelo: notarás que la mano te hace boinggg. Pues cuando te pegan es el mismo tipo de sacudida, en el cuerpo entero, y necesitas por lo menos diez o veinte segundos para que se pase. Pero antes te vuelven a pegar, y tienes otro boinggg... Te quedas aturdido y no sabes ni dónde estás. No hay dolor, es sólo esa sensación de sacudida.

Pero yo sé automáticamente qué hacer cuando eso me ocurre, igual que se ponen en marcha los aspersores cuando algo se quema. Cuando estoy grogui no soy realmente consciente de dónde me encuentro ni de qué está pasando, pero siempre me pongo a bailar, a correr, a trabarme con el otro, o, si no agacho la cabeza todo lo posible.»

Eso fue lo que hizo. Se mantuvo en movimiento, con la «vara» por delante, y, cuando Liston lo alcanzaba, abría sus largos brazos y envolvía en ellos a su oponente, haciéndole imposible colocar los golpes con eficacia. La táctica no podía prolongarse durante mucho tiempo, por la sencilla razón de que Liston era demasiado fuerte para ello, pero le permitió a Clay ganar los dos o tres minutos que necesitaba. Cuando faltaban treinta segundos para terminar el asalto, a Clay se le aclaró la vista. Éste fue el momento decisivo de la pelea, cuando Liston comprendió que ya no tenía a su favor la ceguera del rival. Liston era un matón. En el cuadrilátero, y también como «mensajero» de la Mafia, siempre había confiado en la intimidación, en hacer que los demás se achantarán. Pero Clay nunca se amilanó. Y es lo que les ocurre a los matones, que nunca esperan nada de su oponente, excepto que se rinda, y se quedan inermes cuando encuentran resistencia. Muchos años más tarde, en mitad de una pelea con Sugar Ray Leonard, Roberto Durán prefirió detenerse de pronto y decir: «No más», en vez de prolongar su humillación.

En el sexto asalto, Clay salió con la vista despejada y con redoblados ánimos. Prescindiendo de la coreografía, se mantuvo durante casi todo el asalto con los pies bien plantados en el suelo, trabajando a Liston a base de

jabs, combinaciones, ganchos de izquierda, uppercuts de derecha en los cuerpo a cuerpo. Le entraba todo. Liston no disponía de ningún recurso más. Ahora estaba pagando los perritos calientes y los whiskies, sus tardes con las prostitutas de la Collins Avenue, las veces en que dejó de correr antes de tiempo, por pura arrogancia. Ahora ya era consciente de que ni siquiera hacer trampas le valdría. Clay había calculado que tardaría unos ocho asaltos, más o menos, en tener a Liston en esas condiciones de cansancio y hundimiento general, pero el caso es que ya no le hacía ninguna falta contenerse.

En un momento dado, contaba Clay, «le metí ocho golpes seguidos, hasta que se quedó doblado. Recuerdo haber pensado algo así como "Ya te tengo, mamón. A ver si te atreves ahora a seguir siendo tan feo y tan malo". Estaba liquidado. Sabía que no podía aguantar... Fallé una derecha que podía haberlo tumbado. Pero seguí tocándole una y otra vez el corte de debajo del ojo, hasta que se abrió del todo y empezó a sangrar mucho más que al principio. Me di cuenta de que no podía aguantar mucho más». Justo antes de que terminara el asalto, Clay colocó dos tremendos ganchos de izquierda en la cabeza de Liston, y fue asombroso que el campeón no cayera a la lona.

«A esas alturas, hasta los más inveterados detractores de Clay sabían que algo especial estaba ocurriendo», ha dicho Robert Lipsyte. «Sonny tenía la cara hecha un desastre y no podía hacer nada por evitar esa cosa tan terrible que le estaba ocurriendo.»

Sonó la campana y terminó el sexto asalto. Liston regresó a su rincón con la mirada perdida.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo al sentarse.

Por primera vez en aquella velada, Pollino y Reddish notaron que les subía el ánimo. Hasta aquí hemos llegado. Pensaron que ahora, por fin, Sonny se metería de veras en la pelea. Ahora le iba a enseñar a ese crío a no jugar con él. Por fin se había enfadado lo suficiente como para ganar.

Se aplicaron, uno y otro, al cuidado de Liston. Como se había quejado de un dolor en los hombros, allí, y en la espalda, le aplicaron masajes. Luego le dieron agua y le pusieron vaselina en las cejas. Por último, Pollino le colocó el protector.

Liston lo escupió.

—¡He dicho que hasta aquí hemos llegado!

Pollino y Reddish comprendieron al fin lo que de veras había querido decir Liston. Tenía que abandonar. Le dijeron que no estaban de acuerdo, que no podía dejar el campeonato del mundo desde la banqueta, que tenía que levantarse y pelear con Clay, quitarle el combate de las manos y ganarle. El abandono era algo impensable, y más aun en una pelea con el título de los pesos pesados en juego. Él, que nunca había perdido por K.O., ¿iba ahora a tirar la toalla? La última vez en que un campeón de los pesos pesados entregó así su corona fue el 4 de julio de 1919, en Toledo de Ohio, cuando Willard no se levantó al oír la campana del cuarto asalto en su pelea con Dempsey. Lo de Willard, sin embargo, no era un dolor en los hombros y un par de cortes: tenía la mandíbula rota, varias costillas fracturadas y un par de dientes menos que al empezar la pelea.

Liston no parecía escuchar. Miraba hacia adelante con los ojos fijos, más allá de sus cuidadores.

— Hasta aquí hemos llegado.

Reddish exhaló un prolongado suspiro y dijo:

— Bueno. Pues otro día será.

Reddish alzó la mano y la movió en el aire. Barney Felix comprendió inmediatamente la señal.

En su banqueta, mientras aguardaba el inicio del séptimo asalto, Clay captaba el insistente murmullo de los periodistas. Entendió algunas frases sueltas, la idea de que él, un crío absurdo, estaba zurrándole la badana a Sonny Liston, y que no había quien se creyera una cosa así. Se volvió en la banqueta, se inclinó hacia los periodistas y les gritó:

— ¡Voy a poner el mundo patas para arriba!

«*Nunca olvidaré las caras que pusieron, mirándome desde abajo, como si no pudieran creérselo*», le contó más tarde a Haley en su entrevista para *Playboy*. «*Dio la casualidad de que tenía la mirada puesta en Liston cuando sonó el zumbido de preaviso, y no podía creérmelo cuando lo vi escupir el protector. No podía creérmelo, pero ahí estaba. Y, de pronto, algo me dijo que no iba a salir. Di un brinco y me aparté de la banqueta como si hubiera estado al rojo vivo. Es curioso, pero ni siquiera pensaba ya en Liston. En lo único que pensaba era en la prensa y en su hipocresía. La cantidad de cosas que habían escrito todos esos, los de ahí abajo, explicando el modo en que un par de puños enormes acabaría conmigo.*»

Ahora, Clay estaba en pie, con ambas manos en la cabeza. Supo inmediatamente lo que significaba la señal de Reddish.

—¡Soy el rey! —gritó—. ¡Soy el rey! ¡El rey del mundo! ¡Ahora os tragáis vuestras palabras! ¡Ahora os tragáis vuestras palabras!

Ahora se tragan sus palabras.

El ataque de nervios de por la mañana había sido fingido, pero, ahora, la exuberancia de Clay no podía ser más auténtica. Steve Ellis, de la televisión, y Howard Cosell, de la radio, le plantaban los micrófonos en la cara, y él aullaba si parar: «*¡Dios todopoderoso estaba a mi lado! ¡Quiero que todo el mundo sea testigo! ¡Soy el más grande! ¡Soy la conmoción del mundo! ¡Soy lo más grande que ha habido nunca! ¡No tengo ni una señal en la cara, y he liquidado a Sonny Liston, y acabo de cumplir veintidós años! ¡No puede haber nadie más grande que yo! ¡Se lo he demostrado al mundo! ¡Soy el rey del mundo!*»

En primera fila, Red Smith, del *Herald Tribune*, que había escrito una crónica tras otra poniendo en duda la capacidad del joven Clay, y burlándose de él, oía con toda claridad las mofas del nuevo campeón. Ahora se tragan sus palabras. Nada más llegarle esta frase a los oídos, Smith se puso a escribir: «*Nadie con mejor derecho para decirlo. Con la boca todavía seca por la emoción de uno de los más sorprendentes resultados de los últimos y muy movidos años, hay que decir que las palabras no saben bien, pero sí algo mejor de lo que parece al leerlas. Las palabras, las mías y las de prácticamente todos los demás, hasta que lo imposible se trocó en la inverosímil verdad, decían que Sonny Liston aplastaría a Clay como a una chinche...*

Smith puntuó la pelea abrumadoramente a favor de Clay, dándole el primero, el tercero, el cuarto y el sexto asalto. El segundo lo consideró discutible. Y, claro, Clay había estado ciego durante casi todo el quinto asalto.

Pero entre los restantes detractores de Clay no faltaban quienes a duras penas lograron reconocer que se hubieran equivocado tanto con él. La crónica de Dick Young para el *Daily News* rezumaba resentimiento, como si el desenlace de la pelea hubiera sido fruto de una maquinación pensada para ofenderlo personalmente. «*Si Cassius quiere que diga lo de que es el más grande, está muy bien: lo diré*», refunfuñaba Young por escrito; «*pero también diré que ha obtenido el más importante triunfo por retirada desde que los rusos timaron a Napoleón y lo empantanaron en la nieve. Nunca he visto que Joe Louis huyese para ganar, ni que lo hiciera Rocky Marciano, y estoy seguro de que mi padre tampoco vio a Dempsey hacerlo, ni mi abuelo a John L. Sullivan. Así que si Cassius pretende que lo valoremos, tendrá que estarse quieto el tiempo suficiente*».

Clay no pensaba quedarse quieto por nadie. Iba dando saltos por el cuadrilátero, con Bundini a un lado y Dundee al otro. En ningún momento dejó de gritar ni de señalar con el dedo. ¡El éxtasis! «*Las luces eléctricas parecían resplandecer en las grandes lagunas de sus ojos, como la luna rielá en el agua*», escribió Jimmy Cannon.

Rocky Marciano, que ocupaba el asiento contiguo al de Cannon, se golpeó la frente con la palma de la mano y dijo:

— ¿Qué diablos es esto?

Cannon utilizó la frase como titular de su crónica del día siguiente. Cannon reconoció que Clay había peleado con una «*dignidad*» de todo punto inesperada para él; pero lo que verdaderamente trascendía de su texto era desilusión y desprecio. Liston le había fallado, y al hacerlo había dado paso a algo desconocido y extraño. Cuando desde el rincón de Liston se comunicó que el abandono había sido por una lesión en los hombros, Cannon y otros periodistas rechazaron la excusa: «*El viejo gorila, que se había dedicado, lleno de desprecio, a ridiculizar a Clay, llamándolo muñeco parlante de tamaño natural, alegó que se había dislocado el hombro izquierdo en el primer asalto de una pelea que debe considerarse peculiar incluso aplicando los criterios de un timador medio.*»

En los locales de todo el país donde la pelea se retransmitió en circuito cerrado, el público aceptó de buen grado la victoria del segundón, pero no el hecho de que un campeón, un campeón al que se reverenciaba por ser el hombre más duro de la Tierra, abandonara sin levantarse de la banqueta. En la cárcel de Jefferson City, donde Liston aprendió a pelear, el alcaide compró los derechos de recepción e instaló una serie de televisores. Cuando los reclusos vieron que Liston renunciaba al título sin levantarse del asiento, los gritos de escarnio fueron de tal calibre que se oyeron más allá de los muros de la prisión, resonando en la fría oscuridad. A Liston, sin duda alguna, le dolían los hombros. («*Un hombre de semejante fortaleza no puede lanzar el brazo y fallar tantas veces sin que le duela algo*», dijo McKinney.) Nilon, Pollino y otros miembros del equipo de Liston habían utilizado el

hombro como excusa, pero todos sabían que no era más que parcialmente cierto.

Liston, con Pollino a su lado, hizo con lágrimas en los ojos el camino de los vestuarios al coche. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y una venda en la parte alta de la mejilla. Al salir, Liston declaró que perder lo hacía sentirse como el día en que mataron a Kennedy, pero luego añadió que no era sino «*una más de esas pequeñas cosas que le ocurren a uno*». Comportándose de un modo insólito en él, dio las gracias a los periodistas y se marchó.

«*Liston eran un miserable, pero cada vez que perdía se convertía en un minino*», recuerda Robert Lipsyte.

Llevaron a Liston al St. Francis Hospital. Mort Sharnik fue el único periodista que se reunió con él allí. «*En el hospital, Sonny, tendido sobre una mesa, parecía un hombre instantáneamente envejecido*», dijo Sharnik. «*Parecía un conductor de autobús de mediana edad que acababa de chocar con un muro de contención. Estaba todo él hinchado: los ojos, la cara, el cuerpo. Permanecía ahí, tumbado, con Nilon dándole golpecitos en el hombro y diciéndole "Ya volveremos por él". Mientras los médicos atendían a Liston, Nilon dijo algo de buscarle trabajo en Nilon Brothers, una compañía de suministros alimenticios que vendía perros calientes en los partidos de béisbol. Liston parecía un montón de barro. Hinchado por todas partes.*»

El doctor Alexander Robbins, médico de la comisión, declaró que Liston tenía lesionado el hombro izquierdo, un tendón fuera de sitio, pero

lo que todo el mundo se preguntaba en la sala de prensa era hasta qué punto podía considerarse decisiva esa lesión del hombro. No lo era. «Era un camelo total», ha reconocido uno de los cuidadores de Liston, que todavía vive. «Teníamos una cláusula de combate de revancha con Clay, pero si dices que tu hombre ha abandonado, sin más, ¿quién va a organizarte el desquite? Nos inventamos lo del hombro allí mismo.» La lesión del hombro era auténtica, como más adelante confirmaría media docena de médicos, pero Liston había superado peores padecimientos físicos. Lo que no pudo soportar en Miami fue que prosiguiera la humillación.

Liston, sentado en la cama del hospital, se volvió hacia Nilon y Sharnik para decirles, en un tono ronco y bajo, apenas inteligible:

—Ése no era el individuo con quien se suponía que iba a pelear. Ése pegaba.

Permanecieron todos en silencio durante un rato. Luego, Nilon dijo:

—¿Qué vamos a hacer con Sonny?

Cualquiera que conociese a Liston podía temer que regresara a sus peores hábitos, los más autodestructivos. Todo aquello por lo que había trabajado, cualquier conato de orgullo que hubiera podido fabricarse, había quedado atrás en Miami.

A primera hora de la mañana, cuando terminó de escribir su crónica, Jimmy Cannon volvió al Fontainebleau y se encontró allí con el gran peso ligero Beau Jack, que ahora trabajada de limpiabotas en el hotel.

—Más le valdría estar muerto, a Sonny —le dijo Beau Jack a Cannon—. ¿Cómo va a mirarse a los ojos, qué va a decirles a su mujer y a sus hijos?

Clay llevó su obsesión por la prensa desde el cuadrilátero a la sala de conferencias:

—... ¿Y ahora qué van a decir? ¿No aguanta un asalto? ¿Se cae en el segundo? ¿Cuántos ataques al corazón ha habido? Estoy perfecto. Le he zurrado de lo lindo y me siento bieeeeen... El oso no ha logrado tocarme, ni siquiera me ha podido pegar un lametón.

Y así se extendía, desgañitándose, hasta que de pronto pasó a decir que quería justicia de los periodistas allí presentes.

—Les voy a enseñar lo que es ser un buen periodista —dijo—. ¿Quién es el más grande?

No hubo respuesta.

—No hay justicia. No obtengo justicia. Nadie va a hacerme justicia. Voy a darles una nueva oportunidad. ¿Quién es el más grande?

Hubo una pausa, al cabo de la cual algún que otro periodista masculló:

—Tú.

Jackie Gleason, que estaba interpretando el papel de periodista, llenando crónicas para el *New York Post*, era seguramente el único miembro de la prensa que estaba arrepentido de verdad. En su crónica de la mañana siguiente dijo: «*Muy bien, pues aquí estoy, tragándome un buen sapo, que no es cosa muy agradable de masticar, sobre todo la piel. No son sólo los 600 dólares que aposté (yo, cuando respaldo a alguien, lo respaldo), es también la apuesta paralela... Prometí comerme cinco correas de chanclos por cada asalto que el Bocazas aguantara de pie. No hará falta explicarles a ustedes la forma exacta en que me encontraba cuando llegó el final. Cassius se vengó de mí sin mover un dedo.*»

Cuando Clay se disponía a abandonar el recinto, Gordon Davidson, el abogado del Grupo Patrocinador de Louisville —quien lo máximo que se había atrevido a esperar era que su pupilo saliese vivo de la pelea—, se encontró en la tesitura de tener que improvisar la fiesta de celebración que nadie había previsto. «*No se nos había pasado por la cabeza*», ha dicho, «*de modo que tuvimos que agarrarnos al teléfono y llamar al Roney Plaza a eso de las doce de la noche, con la cocina cerrada, tratando de que nos pusieran algo de comer y de champán y todo lo demás. Mucha gente se vino para allá —nuestro grupo, varios periodistas, Bud Schulberg, George Plimpton, Norman Mailer, etcétera—, pero Cassius decidió no participar*».

Clay fue en automóvil al *Hampton Hotel* y estuvo un rato con Malcom X y Jim Brown, el gran jugador de los Cleveland Browns. También se comió una enorme ración de helado de vainilla. Clay echó una cabezada en

la cama de Malcom y luego acabó yéndose a casa. Les dijo a sus amigos que tenía un cambio en mente.

—Hice el ruido que tenía que hacer durante la campaña por las elecciones —les comunicó—. Bueno, pues ya ha sido la votación, y he ganado. Ahora voy a tomármelo con calma durante un tiempo.

XII

EL NIÑO CAMBIADO EN LA CLÍNICA

Clay llegó al Salón de *Veteranos del Palacio de Convenciones* para su conferencia de prensa matinal. Contestó las consabidas preguntas sobre cómo se sentía, quién sería su próximo contrincante, si Liston era más duro, menos duro o exactamente tan duro como él había pensado. La sesión, teniendo en cuenta lo que podía considerarse normal en Clay, resultó bastante discreta: ni un verso, ni un monólogo, ni una fanfarronada.

—Lo único que quiero es ser un señor agradable y fino —dijo—. Ya he demostrado lo que tenía que demostrar. Ahora seré un ejemplo a seguir por todos los buenos chicos y las buenas chicas. Se acabó la cháchara.

Fuertes e irónicos aplausos acogieron esta declaración, y hasta el propio Clay tuvo que sonreír. Pero lo cierto era que Clay nunca había mentido realmente a la prensa: el primero que se creía lo que estaba diciendo, cuando lo estaba diciendo, era él. Y en aquel momento veía su carrera como un proyecto de riesgo limitado.

—Boxeo solamente para vivir, y cuando tenga suficiente dinero dejaré de boxear —prosiguió—. No me gusta boxear. No me gusta que me hagan daño. No me gusta hacer daño a nadie... Lo siento mucho por Liston. Está hecho polvo.

Clay dijo que sería un campeón «*del pueblo*» y que volvería a su casa, a Louisville, a «*pasearme por las calles, hablar con los pobres y con los borrachos y con los vagabundos. Lo único que quiero es hacer feliz a la gente*».

Al final lo interrumpió un periodista, con una pregunta espinosa. Quería saber si era o no era cierto que Clay pertenecía, como «*miembro con carné, a los Musulmanes Negros*».

Clay retrocedió no tanto ante la idea de revelar la noticia —ahora ya tenía asumido que todo el mundo, más o menos, estaba al cabo de la calle en cuanto a su pertenencia a la Nación del Islam—, como ante la terminología empleada. «*Miembro con carné*» llevaba toda la impronta del mccarthyismo, y «*musulmán negro*» era una denominación que los miembros de la Nación rechazaban de plano.

—¿Miembro con carné? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó—. Creo en Alá y en la paz. No pretendo vivir en un barrio blanco. No quiero casarme con una blanca. Me bautizaron cuando tenía doce años, pero no sabía lo que hacía. Ahora ya no soy cristiano. Sé adónde voy y conozco la verdad, y no tengo por qué ser lo que vosotros queráis. Soy libre de ser lo que quiera.

Estas palabras bastaron para confirmar todas las historias que habían aparecido en la prensa: Clay era miembro de la Nación del Islam. Pero, supiéralo la prensa o no, el caso era que, poco a poco, Clay había renunciado a la imagen de púgil negro nada intimidatorio forjada por Joe Louis y luego copiada por Jersey Joe Walcott y Floyd Patterson, y otras

varias decenas de púgiles. Clay estaba diciendo que no se ajustaría a ningún estereotipo, que no seguiría ninguna norma establecida de conducta. Liston también había manifestado su alejamiento de lo convencional (por pura truculencia del tipo «me cago en todo»); pero el mensaje de Clay era político. Sería él, y no Jimmy Cannon, ni la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, quien definiría su negritud, su religión, su historia. Era miembro de un grupo marginal norteamericano, y Norteamérica no tardaría en enterarse.

La prensa deportiva, que no tenía ni idea de qué podía ser o dejar de ser la Nación del Islam, quería más detalles, de modo que a la mañana siguiente varios periodistas cayeron sobre Clay y Malcom X mientras desayunaban en el motel Hampton House. Si algún periodista acudía con la idea de que Clay se retractaría de sus declaraciones del día anterior, estaba muy equivocado. Ahora iba a ser más rotundo.

—Los gallos sólo cacarean cuando ven luz —dijo—. Si los encerramos a oscuras, nunca cacarearán. Yo he visto la luz y estoy cacareando.

Malcom, por su parte, declaró:

—Clay es el mejor deportista negro que he conocido, un hombre que significará más para su pueblo que cualquier otro deportista anterior. Es más de lo que fue Jackie Robinson, porque Robinson es un héroe de los blancos. La prensa blanca quería que Clay perdiése. Querían que perdiése porque es musulmán. Como ustedes saben bien, a nadie le importa la

religión que puedan tener otros deportistas. Pero los prejuicios contra Clay hicieron que la prensa quedase ciega a su talento.

Clay se pasó el resto del día suministrando material para que todo el mundo llenara el cuaderno de notas. Con los periodistas alrededor, Clay se sintió con ganas de instruirlos:

—Lo de «*Musulmanes Negros*» es un término acuñado por la prensa — dijo —. No es el nombre legítimo. El nombre auténtico es «*Islam*». Significa paz. El Islam es una religión con setecientos cincuenta millones de adeptos en el mundo, y yo soy uno de ellos. No soy cristiano. No puedo serlo, viendo cómo tratan a la gente de color que lucha por forzar la integración. Los apedrean y les lanzan los perros, y luego dinamitan una iglesia negra y no encuentran a los asesinos. Recibo llamadas telefónicas a diario. Quieren que lleve carteles. Quieren que participe en piquetes. Me dicen que sería maravilloso que me casara con una mujer blanca, porque resultaría beneficioso para la hermandad. No quiero que me dinamiten. No quiero que me arrojen por una alcantarilla. Lo único que quiero es ser feliz en compañía de los míos.

«Soy el campeón del mundo de los pesos pesados, pero ahora mismo hay barrios en los que no puedo instalarme. Sé cómo evitar las trampas explosivas y los perros. Las evito quedándome en mi barrio. No soy un buscapleitos. No creo en la integración forzada. Sé cuál es mi sitio. No pienso imponer mi presencia en casa de nadie.»

»Se nos califica de grupo basado en el odio. Dicen que queremos ocupar el país. Dicen que somos comunistas. Nada de eso es verdad. Los seguidores de Alá son la gente más buena del mundo. No llevan navaja. No andan por ahí con armas. Rezan cinco veces al día. Las mujeres llevan ropa que las cubre hasta el suelo y no cometan adulterio. Lo único que quieren es vivir en paz.

»Soy un buen chico. Nunca he hecho nada malo. Nunca he estado en la cárcel... Quiero a los blancos. Quiero a mi gente. Podemos vivir juntos sin hacernos mal unos a otros. No pueden ustedes condenar a un hombre por desear la paz. Si lo hacen, estarán condenando la propia paz...»

El mismo día en que Clay hizo pública su conversión, Elijah Muhammad, durante un acto del Día del Salvador, en el Coliseo de Chicago, puso fin a la ambigüedad de su postura pública ante Cassius Clay, acogiéndolo en el redil. Hasta ese momento, Elijah Muhammad había mantenido las distancias, pensando que Clay iba a perder la pelea y que, con ello, sería un bochorno para la Nación; pero ahora, en la victoria, todo era cariño y buena acogida. De hecho, Elijah Muhammad declaró que Clay había ganado la pelea gracias a Alá y a su Mensajero. Proclamándose amigo de Clay y luz que lo alumbraba, Elijah Muhammad ponía también término a sus rencillas con Malcom X.

Podría quizá decirse que los únicos que reaccionaron con un encogimiento de hombros ante la noticia de la conversión de Clay fueron sus cuidadores. «¿Qué significado tiene un nombre?», dijo Dundee, en un arranque shakespeariano. «Para mí sigue siendo la misma persona, el mismo chico. La verdad es que ni siquiera sabía qué era eso de “musulmán”, creía que era

*una clase de tela.*³⁴» Probablemente, ningún otro entrenador habría sido tan imprudente como para enajenarse a su nuevo campeón: había demasiado dinero en juego. Pero era verdad que a Dundee no le importaba nada la religión a que perteneciera su púgil, siempre que no faltara al gimnasio. «*Lo aprendí ya de pequeño*», dijo Dundee años más tarde. «*Hay una cosa en la que uno no se mete, tratando con un boxeador, y es la religión. Tampoco con su vida amorosa. En eso tampoco te metes. Cómo lanzar la izquierda. Lo mejor es atenerse a eso.*»

Fuera del reducido círculo de sus cuidadores, la conversión de Clay sí que supuso una verdadera commoción. Incluso en su familia. Su padre, que nunca fue lo que se llama un cristiano devoto, no se privó, sin embargo, de exponer su enfado, tanto en persona como en la prensa. Clay padre les dijo a los periodistas que su hijo había sido «*timado*» por los Musulmanes, ávidos de dinero. «*Yo, desde luego, no me cambio el nombre*», dijo. «*Si él quiere hacerlo, allá él, estupendo. Pero yo no. De hecho, pienso hacer muy buen uso de mi nombre, Cassius Clay. Voy a sacar dinero de mi nombre. Lo voy a capitalizar.*» Las relaciones entre padre e hijo se deterioraron hasta tal punto, que la vez siguiente en que Clay volvió a Louisville no se alojó en su casa, sino en un hotel del centro. «*Vino a visitarnos*», ha dicho Odessa, su madre, «*pero no se quedó más que veinticinco minutos, con el taxi esperándole en la acera. Le han dicho que se mantenga apartado de su padre, por la cosa de la religión, y supongo que también le habrán dicho que se mantenga apartado de mí. A los Musulmanes no les gusto nada, porque tengo la piel demasiado clara.*»

³⁴ Nota del T. «Muslim», musulmán en inglés, puede sonar muy parecido a «muslin», muselina.

Los principales cronistas reaccionaron casi con tanta virulencia como Cassius Clay padre.

«*El negocio del boxeo, desde sus pútridos comienzos, siempre ha sido el barrio de mala nota del deporte. Pero ésta es la primera vez que lo convierten en una herramienta de odio*», escribió Jimmy Cannon. «*Ha dañado el cuerpo y destruido la mente de numerosos hombres, pero ahora, en su calidad de misionero de Elijah Muhammad, Clay lo está utilizando como arma de maldad en un ataque contra el espíritu. Me apiado de Clay y aborrezco lo que representa. En los años del hambre, durante la Depresión, los comunistas se sirvieron de las personas famosas del mismo modo en que los Musulmanes explotan ahora a Clay. Es una secta que deforma el hermoso propósito de la religión.*» El norte por el que Cannon se orientaba en todo lo pertinente a la raza siempre sería Joe Louis. La vinculación de Clay con la Nación del Islam —llegó a declarar— era «*un símbolo de odio más dañino que Schmeling y el nazismo*³⁵»

Lipsyte, en el *Times*, trató la cuestión de modo muy diferente. Ello se explica, en parte, porque las nuevas columnas del periódico apenas admitían opinión, pero tampoco puede olvidarse que Lipsyte pertenecía ya a otra generación y había vivido experiencias completamente distintas (una de las cuales, y no precisamente la que menos pesaba, era su amistad con Dick Gregory). «*Es verdad que no me escandalicé ante la conversión, como les pasó a Cannon o a Smith*», ha dicho, «*pero también conviene recordar que Malcom X les daba mucho miedo a ciertas personas, no todas ellas de raza blanca.*

³⁵ Nota del T. En 1938 se enfrentaron Joe Louis y Max Schmeling. Ésta era la gran esperanza de la raza aria en el ámbito del boxeo. La pelea tuvo muy amplias repercusiones políticas. Terminó con la victoria de Joe Louis en dos minutos y cuatro segundos.

The New York Times, por ejemplo, nunca llegó a estar seguro de cuánta gente podía Malcom sacar a la calle en caso de revolución».

Malcom supo apreciar la profundidad y la medida con que Lipsyte trató el asunto, y se lo dijo. Al volver a la sala de redacción de la calle Cuarenta y Tres Oeste, Lipsyte le comentó el cumplido a uno de sus redactores jefe.

—Estupendo —dijo éste—. Quizá deberíamos pintarlo con letras enormes en el lateral de todos nuestros camiones de reparto: «*A Malcom X le gusta Bob Lipsyte.*»

La Asociación Mundial de Boxeo suspendió al nuevo campeón «*por conducta contraria a los intereses del boxeo*». No obstante, la suspensión perdió toda su fuerza cuando las muy importantes comisiones estatales de Nueva York, California y Pensilvania dejaron totalmente claro que la ignorarían. Entre los miembros del Grupo de Patrocinadores de Louisville hubo algunos que al principio reaccionaron de modo visceral. Suponían, con razón, que la conversión de Clay iba a costarles cientos de miles de dólares, tanto al propio Clay como a ellos. Aún peor: tampoco tardaron nada en darse cuenta de que Clay no renovaría su contrato con el grupo, que expiraba en 1966. «*Dimos por supuesto que los Musulmanes querían controlar las cosas ellos mismos*», ha dicho Gordon Davidson. «*Y no cabe afirmar que nos equivocáramos, desde luego.*»

Quizá pueda decirse que el único político blanco que expresó su apoyo al nuevo campeón de los pesos pesados fue Richard Russell, senador

por Georgia y segregacionista. A Russell le pareció de perlas que los objetivos de la Nación del Islam coincidieran con los suyos propios en lo tocante a mantener las razas separadas. (De hecho, en 1961 Elijah Muhammad había emprendido contactos con la jefatura del Ku Klux Klan, partiendo de la idea de que ambos grupos preconizaban la separación de blancos y negros.)

Las reacciones más complicadas vinieron de los comentaristas y agentes políticos negros. Los periódicos llevados por negros estaban profundamente comprometidos en su apoyo a los derechos civiles, y casi todos ellos veían a la Nación del Islam con ojos de sospecha. Estábamos en febrero de 1964 y los estadounidenses llevaban un decenio asistiendo como testigos a una serie de hitos en la lucha por los derechos civiles: la muerte violenta de Emmett Till en 1955, el boicot de los autobuses de Montgomery en 1957-1958, las sentadas estudiantiles de Nashville en 1961, la integración de la Universidad de Mississippi por obra de James Meredith en 1962, las reyertas de Birmingham y la bomba que voló la iglesia de la calle Dieciséis en 1963, la marcha sobre Washington. Muchos negros, sobre todo de clase media, admiraban en privado ciertos aspectos de la Nación —el modo en que rehabilitaban a gente salida de la cárcel, el modo en que respaldaban la aplicación de una moral rígida dentro de casa y la seguridad en las calles—, pero también les preocupaba que la acción conjunta de un discurso de concentración muy vehemente y un estilo religioso totalmente ajeno al sentir mayoritario de los norteamericanos acabara por poner en peligro el movimiento.

En el diario de la ciudad natal de Clay, el *Louisville Defender*, llevado por negros, Frank Stanley escribió, no sin delicadeza: «*Nuestro desacuerdo no es con la elección de grupo religioso que Clay ha hecho, aunque tengamos nuestras reservas en cuanto a los motivos de esta secta concreta. Lo que nos descorazona es que la juventud de Louisville llegue a desentenderse del movimiento antisegregacionista.*» Martin Luther King, que se hallaba entonces en el apogeo de su poder y de su capacidad de convocatoria dentro del movimiento, no se anduvo en cambio con remilgos: «*En cuanto se hizo miembro de los Musulmanes Negros y empezó a llamarse Cassius X, Cassius Clay se convirtió en un paladín de la segregación racial, que es precisamente lo que nosotros combatimos*», dijo. «*Creo que Cassius quizá debería invertir más tiempo en demostrar sus talentos pugilísticos y menos en hablar.*» King acabó llamando por teléfono a Clay para felicitarlo por sus triunfos como boxeador — llamada que fue sometida a escucha por parte del FBI —. Según la minuta oficial de las conversaciones de King, Clay le aseguró que «*sigue los pasos de MLK, que MLK es su hermano, que está con él al ciento por ciento, pero que no puede correr riesgos*». Clay le dijo a King que se cuidara y tuviese mucho cuidado con los blancuchos³⁶.

Un mes después de la pelea, Jackie Robinson escribió un artículo para *The Chicago Defender*, el más destacado de los periódicos de propiedad negra. Robinson ponía todo el énfasis en la magnitud de la victoria del nuevo campeón en el cuadrilátero, pero también se tomaba con tranquilidad su conversión a la Nación del Islam. Mientras los

³⁶ Nota del T. El término despectivo para «white» (blanco) en inglés es «whitey», que no puede traducirse adecuadamente al castellano ni a ningún otro idioma europeo, por la lógica falta de una palabra despectiva para la raza blanca.

comentaristas blancos a quienes era legítimo atribuir una admiración por Johnson bramaban de cólera y confusión ante este nuevo campeón tan seguro de sí mismo, el propio Robinson, que no necesitaba su paternal aprobación, percibió ciertas virtudes en la decisión de aquel joven, aunque no la compartiera.

«*No es que los negros abracen multitudinariamente el islamismo negro, como tampoco han abrazado el comunismo*», escribió Robinson. «*Jóvenes y viejos, decenas de miles de negros se han lanzado a las calles de Norteamérica para demostrar su disposición a sufrir, luchar e incluso morir por la libertad. Lo que estas personas quieren es más democracia, no menos. Quieren verse integrados en la corriente principal de la vida norteamericana, no que se les invite a vivir en algún pequeño cubículo de este territorio, en un espléndido aislamiento. Si los negros alguna vez se vuelven hacia el movimiento del Islam Negro, en cantidades significativas, no será por Cassius, ni tampoco, siquiera, por Malcom X. Será porque la Norteamérica blanca se ha negado a reconocer a los líderes responsables del pueblo negro y no nos ha concedido los mismos derechos de que disfrutan los demás ciudadanos en esta tierra.*»

A finales de los sesenta, cuando hubo de marchar al exilio por su negativa a incorporarse a filas, muchas voces —radicales o no— exaltaron la figura de Ali como ejemplo de desafío al sistema y de valor. Elridge Cleaver dijo de él que era un «*auténtico revolucionario*» y «*el primer campeón negro “libre”, capaz de enfrentarse a la Norteamérica blanca*». Deportistas como Lew Alcindor se radicalizarían hasta el extremo de convertirse. Incluso el propio Red Smith adoptaría posturas cercanas. Pero en el momento en que

ahora estamos, en 1964, hubo muy pocas personas —blancas o negras— que celebrasen la transformación de Clay. «*Recuerdo cuáles eran, a principios de los sesenta, nuestros sentimientos con respecto a Ali*», ha dicho el escritor Jill Nelson, que se crió en Harlem y en el Upper West Side. «*No es que nos fuéramos a hacer miembros de la Nación, pero adorábamos a Ali por su acto de desafío. Era el desafío contra la obligación de ser un buen negrito, de ser un buen cristiano en espera de recompensa por parte del proveedor blanco. Nos encantaba Ali porque era tan bello y tan poderoso, y porque decía muchas groserías. Pero también ejemplarizaba muchas de las cosas que los negros sentían en aquella época: nuestra cólera, nuestro sentido de la justicia, la necesidad de ser mejor sólo para alcanzar la media, la sensación de estarse enfrentando a las furias.*»

Clay se trasladó a Nueva York y se instaló en el Hotel Theresa, de Harlem. Llegó en Cadillac con chófer, pero en seguida contó a los periodistas que a lo largo de su viaje de dos días desde Miami le habían negado la entrada en varios restaurantes. («*Una desilusión que me hizo picadillo:/dos días en el coche comiendo bocadillos.*») En el Theresa — una verdadera institución en Harlem — lo recibieron mucho mejor. Allí era donde se alojaba Joe Louis, y también otras muchísimas celebridades negras, cuando visitaba Manhattan. Allí se alojaba Fidel Castro. Prácticamente todas las manifestaciones que se organizaban en Harlem tenían la puerta del Theresa como punto de comienzo.

Durante los primeros días de marzo Clay sentó sus reales en el hotel y estuvo yendo a todas partes con Malcom X: paseos por Harlem, por *Times Square*, también una visita a las Naciones Unidas, con conferencia de

prensa incluida. Un periodista escribió que el púgil y el líder político habían causado la mayor conmoción en Naciones Unidas desde que Khrushchev se quitó un zapato y golpeó con él su pupitre. Malcom, en su afán por granjearse el apoyo de Clay a alguna nueva coalición que estuviera creando, lo llevó incluso a Long Island, con idea de convencerlo de que se comprase una casa allí, cerca de la suya en Queens. Pero Clay no podía seguir repartiendo su lealtad durante mucho más tiempo. La querella entre Elijah Muhammad y Malcom X era muy seria: los dirigentes de la Nación no podían permitir que Clay gozara, al mismo tiempo, de la condición de miembro de la secta y de la condición de amigo de un enemigo. Aunque siguiera proclamando en público su lealtad a Muhammad, Malcom ya había dicho que trataría de crear un nuevo grupo, independiente. Un grupo que la Nación vio de inmediato como una amenaza.

El 6 de marzo, Elijah Muhammad pronunció un discurso radiofónico en el que vino a decir que al nombre Cassius Clay le faltaba «*significación divina*» y debía ser sustituido por un nombre musulmán. «*Yo lo llamaré "Muhammad Ali", mientras crea en Alá y quiera seguirme.*» Anteriormente, el púgil siempre había manifestado su admiración por los antecedentes históricos y la eufonía de su nombre. «*Hace pensar en el Coliseo y en los gladiadores romanos. Cassius Marcellus Clay. Dilo en voz alta, y ya verás lo bonito que es.*» Pero ahora le habían dado otras instrucciones: «*Muhammad*» era una persona muy digna de alabanza, y «*Ali*» era el nombre de un primo

del Profeta³⁷. Casi todos los miembros de la Nación utilizaban X como apellido: Elijah Muhammad sólo otorgaba nombres islámicos «completos» y santos para honrar a Musulmanes con una muy larga hoja de servicios al grupo. Elijah necesitaba a Clay no sólo como gallina de los huevos de oro y refuerzo del proselitismo, sino también para su guerra con Malcom X.

Malcom se indignó al escuchar el discurso por la radio. «*¡Esto es una jugada política!*», dijo. «*Lo ha hecho para impedir que se venga conmigo.*» Ni que decir tiene que Malcom tenía razón. De Chicago llegaron al Theresa unos cuantos emisarios, para hacer un llamamiento al nuevo campeón, Muhammad Ali. Apelaron a la lealtad y a la fe de Ali, pidiéndole que recordara quién era el auténtico «*Mensajero*» y quién no pasaba de pretendiente. Llegaron incluso a prometerle a Ali que Elijah Muhammad le daría por esposa una de sus hijas, si le parecía bien.

Unos días más tarde llegó al hotel Alex Haley, para cumplir el encargo de la revista Playboy. Haley estaba ya en posiciones muy cercanas a las de Malcom, quien iba un par de veces por semana a verlo a su casa, para trabajar juntos en una muy extensa entrevista que acabaría convirtiéndose en la autobiografía del líder político. Haley no tardó en descubrir que Ali ya había elegido:

- No se puede cargar contra Mr. Muhammad y luego irse de rositas
- dijo—. No pienso hablar nunca más de él.

³⁷ Nota del T. En español tenemos cierta confusión con el nombre de Mahoma, que no es sino adaptación nuestra de Muhammad, o Mohammed en árabe vulgar.

Ali cortó con Malcom X de un modo verdaderamente radical. En mayo emprendió una gira que había de durar un mes, por Egipto, Nigeria y Ghana, con su amigo íntimo el fotógrafo Howard Bingham y dos camaradas de la Nación del Islam, Osman Karreim (antes Archie Robinson) y Herbert Muhammad (tercero de los seis hijos de Elijah y futuro mánager de Ali). En los años venideros, la emoción del viaje a África —las manifestaciones de afecto, los cánticos de «*Ali, Ali*» en los pueblos más remotos— se repetiría muchas veces, en muchos países. Pero aquel viaje fue el primero en su género, y Ali estaba entusiasmado. Lo entusiasmaba hallarse entre africanos, «*mi verdadero pueblo*», dijo. Lo entusiasmaba entrevistarse con líderes de talla mundial, como Kwame Nkrumah. Lo entusiasmaba que lo reconociesen en sitios donde nadie había oído hablar nunca de Joe Louis, y mucho menos de Rocky Marciano. Aquello fue, en pocas palabras, su primer contacto con lo que significaba ser Muhammad Ali, símbolo internacional, un púgil más importante que el propio campeonato del mundo, el hombre más famoso de la Tierra. Era el principio de la transfiguración de Ali.

Al mismo tiempo, los periodistas, que estaban tan entusiasmados con Ali como Ali lo estaba consigo mismo, empezaban a aprender hasta qué punto tenían que habérselas con una persona complicada, un alma tierna y sensible que al mismo tiempo tenía destellos de desdeñosa crueldad. Malcom X, que ahora ya había adoptado el nombre sunní de El-Hajj Malik El-Shabbaz, andaba también de viaje por África, camino de La Meca. Se había dejado perilla y llevaba, además del correspondiente cayado, las

túnicas de gasa blanca propias de los peregrinos. Durante su viaje, Malcom había tropezado con muchos musulmanes de piel clara, con lo cual había llegado a la conclusión de que todo eso de los «demonios de ojos azules» venía a ser un montón de «*generalizaciones que han hecho daño a algunos blancos que no se lo merecían*». Este viaje significó un importante cambio en la vida de Malcom, hasta el punto de contestarle lo siguiente a un periodista que le preguntó si era cierto que ya no odiaba a los blancos: «*¡Totalmente cierto, señor! El viaje a La Meca me ha abierto los ojos.*» Al mismo tiempo que Martin Luther King extendía su crítica de la sociedad norteamericana al rechazo de la guerra de Vietnam y de la injusticia económica, Malcom se iba haciendo más moderado, más universalista en sus percepciones morales. Los dos vectores del liderazgo negro empezaban a converger, y fue el viaje de Malcom a Oriente Medio y África lo que más contribuyó a que así ocurriera. En el Hotel Ambassador de Accra, cuando estaba a punto de salir hacia el aeropuerto, Malcom se cruzó con Ali.

— ¡Hermano Muhammad! ¡Hermano Muhammad! — lo llamó.

Ali miró en dirección a Malcom, pero no lo saludó como amigo.

— Has abandonado al Honorable Elijah Muhammad — le dijo, en tono gélido —. Y eso no ha estado bien, Hermano Malcom.

Malcom no quiso empeorar las cosas acercándose a Ali, y éste apartó la mirada de él.

Fue un momento terrible para Malcom. A pesar de la fuerza y de la capacidad de aguante que en apariencia poseía, Malcom llevaba toda la

vida con sus pérdidas a cuestas. «*He perdido muchas cosas*», dijo, tras aquel encuentro casual en Accra. «*Casi demasiadas*.» De niño, había visto a su padre —un predicador de Garvey llamado Earl Little— amenazado de muerte por los racistas blancos. Recordaba su misteriosa muerte en los raíles del tranvía, y el modo en que su madre se había vuelto loca, como consecuencia de ello. Recordaba, tras haber manifestado su intención de hacerse abogado, lo que le dijo su profesor: «*Hay que tomarse con realismo lo de ser un negro asqueroso*.» Y ahora, expulsado de la Nación del Islam, amenazado de muerte por el Fruto del Islam, había sido muy ásperamente rechazado por Muhammad Ali, su gran protegido y amigo.

Poco antes de abandonar África, Malcom le envió a Ali un telegrama en el que aún apelaba al tono de su anterior amistad. «*Dado que mil millones de personas de nuestro pueblo, en África, en Arabia, en Asia, te aman ciegamente*», escribió Malcom, «*ahora tienes que ser consciente de tu tremenda responsabilidad para con ellos*.» En el telegrama, que no tardó en aparecer en *The New York Times*, Malcom advertía a Ali de que no permitiera a sus enemigos explotar su reputación. No entró en detalles, pero estaba claro que los explotadores que tenía en mente eran los de la Nación del Islam.

Ali no estaba de humor para aceptar consejos. Les contó a los periodistas, de broma, que había venido a África a buscarse cuatro esposas: una que le limpiara los zapatos, otra que le sirviera uvas, otra que lo ungiera de aceite de oliva, y una que se llamara «*Peaches*» (melocotones). No estaba dispuesto a aceptar la rectitud moralizante de un profesor desacreditado.

—¿Viste a Malcom, tío? —le preguntó a Herbert Muhammad—. Con esa ropa rara que se ha puesto, y con barba, y llevando un bastón que parecía el báculo del Profeta. Está ido, tío. No tiene arreglo posible. Totalmente ido. Yo nadie lo escucha.

A los ciudadanos norteamericanos, en su abrumadora mayor parte, les importaban un pimiento las diferencias entre Malcom y Elijah Muhammad, por no decir nada del papel que pudiera desempeñar, entre uno y otro, un boxeador de Louisville de veintidós años. Esta ruptura no tenía la más mínima importancia, comparada con la auténtica batalla épica, la que sostenían los manifestantes a favor de los derechos civiles y sus oponentes, en las calles, en el Congreso y en los tribunales. Hubo muy poca gente (fuera del FBI, claro) que se molestara en enterarse un poco de qué iban esas diferencias. Pero sí que hubo nacionalistas negros que admiraban a Ali, como boxeador y como espíritu independiente, y que pusieron en tela de juicio su madurez y su capacidad de elección. El poeta y nacionalista negro LeRoi Jones, que más tarde adoptaría el nombre de Imamu Amiri Baraka, declaró que Ali, ahora, le «*caía muy bien*», pero que al inclinarse por Elijah Muhammad, en vez de Malcom X, estaba dando pruebas de que era un paletó que se agarraba a las tendencias folcloristas directamente derivadas del espiritualismo duro implícito en las aspiraciones de los negros pobres, o, dicho en otras palabras: «*ahora mismo está mucho más colérico que intelectualmente (sociopolíticamente) motivado*».

Sonia Sanchez, conocida poeta y activista del CORE, consideró que Baraka se excedía en su inflexibilidad y en su falta de comprensión,

especialmente teniendo en cuenta la edad que tenía Ali y la posición en que se encontraba. «Ali no ha tenido tiempo de analizar nada», dijo. «En una fracción de segundo, tuvo que optar entre Malcom y Elijah Muhammad, y no había zonas grises ni posiciones intermedias. Se encontraba rodeado de personas con poder dentro de la Nación, personas capaces de convencerlo de que Malcom podía estar muy cercano a él, pero que el verdadero líder era Elijah Muhammad. No olvidemos, tampoco, que la ruptura no se vio beneficiada por el modo en que fuerzas exteriores, incluido entre ellos el FBI, se infiltraron en la Nación y en otros grupos negros, con intención de debilitarlos. El establishment se dio cuenta de que ahora hasta la clase media estaba desplazándose hacia posturas más radicales, es decir la postura de Malcom, que era necesario socavar. Ali era un gran hombre, pero no tenía nada de pensador ni de analista. No cabía esperar de él que sus decisiones fueran mejores que las de cualquier otro.»

Robert Lipsyte, del *Times*, estaba desilusionado con Ali, pero no tanto por haber roto con Malcom como por el hecho de que aceptara con demasiada facilidad el modo en que los miembros de un pequeño núcleo de la Nación estaban atacando a los disidentes. Lipsyte conocía a un musulmán llamado Leon 4X Ameer, que había trabajado para Ali, como una especie de encargado de prensa provisional. Ameer también había sido guardaespaldas y organizador al servicio de Malcom X antes de que la Nación lo suspendiera. Ahora, su relación con Malcom lo hacía sospechoso para los Musulmanes. Un día, en el vestíbulo del *Sherry Biltmore Hotel* de Boston, el capitán de la mezquita de la Nación en esta ciudad, junto con otros tres Musulmanes Negros, agredieron a Ameer, dándole de golpes y garrotazos en las rodillas. En aquella ocasión, Ameer tuvo suerte, porque lo

salvó un guardia de seguridad. Pero esa misma noche, sin embargo, otros varios Musulmanes de la mezquita de Boston se abrieron paso a golpes hasta la habitación de Ameer y estuvieron a punto de matarlo. Lo encontraron a la mañana siguiente en la bañera, con la cara como un filete ruso, los tímpanos reventados y varias costillas rotas.

Lipsyte pensaba haber colaborado con Ameer en un artículo sobre los Musulmanes para una revista. Cuando Ali se desplazó a Nueva York, para firmar los derechos radiofónicos del combate de revancha con Sonny Liston, Lipsyte quiso saber lo que pensaba el nuevo campeón de la paliza que le habían dado a su antiguo amigo.

—¿Ah-meer? ¿Uno bajito? —contestó burlonamente Ali—. Me parece recordar a uno bajito que andaba por los entrenamientos, sí, uno pequeñito a quien le gustaba mucho bajar las escaleras y traermelos los periódicos. Tengo entendido que ahora anda por ahí contando mentiras, diciendo que ha sido encargado de prensa mío.

Lipsyte insistió hasta hacer estallar a Ali:

—Llega cualquier negro estúpido atacándonos y vosotros en seguida estáis dispuestos a convertirlo en una estrella. Jim Brown dijo no sé qué de los Musulmanes y lo hicieron estrella de cine. Ameer fue sorprendido con una chica. Está casado y tiene nueve hijos. El tipo robó ochocientos dólares, es karateka, atacó a tres representantes de la Nación y recibió su merecido.

Lipsyte le preguntó si estaba justificado que Ameer temiese por su vida. —Si piensan que todo el mundo quiere matarlos, es porque saben que se lo merecen, que merecen que los maten, por lo que han hecho.

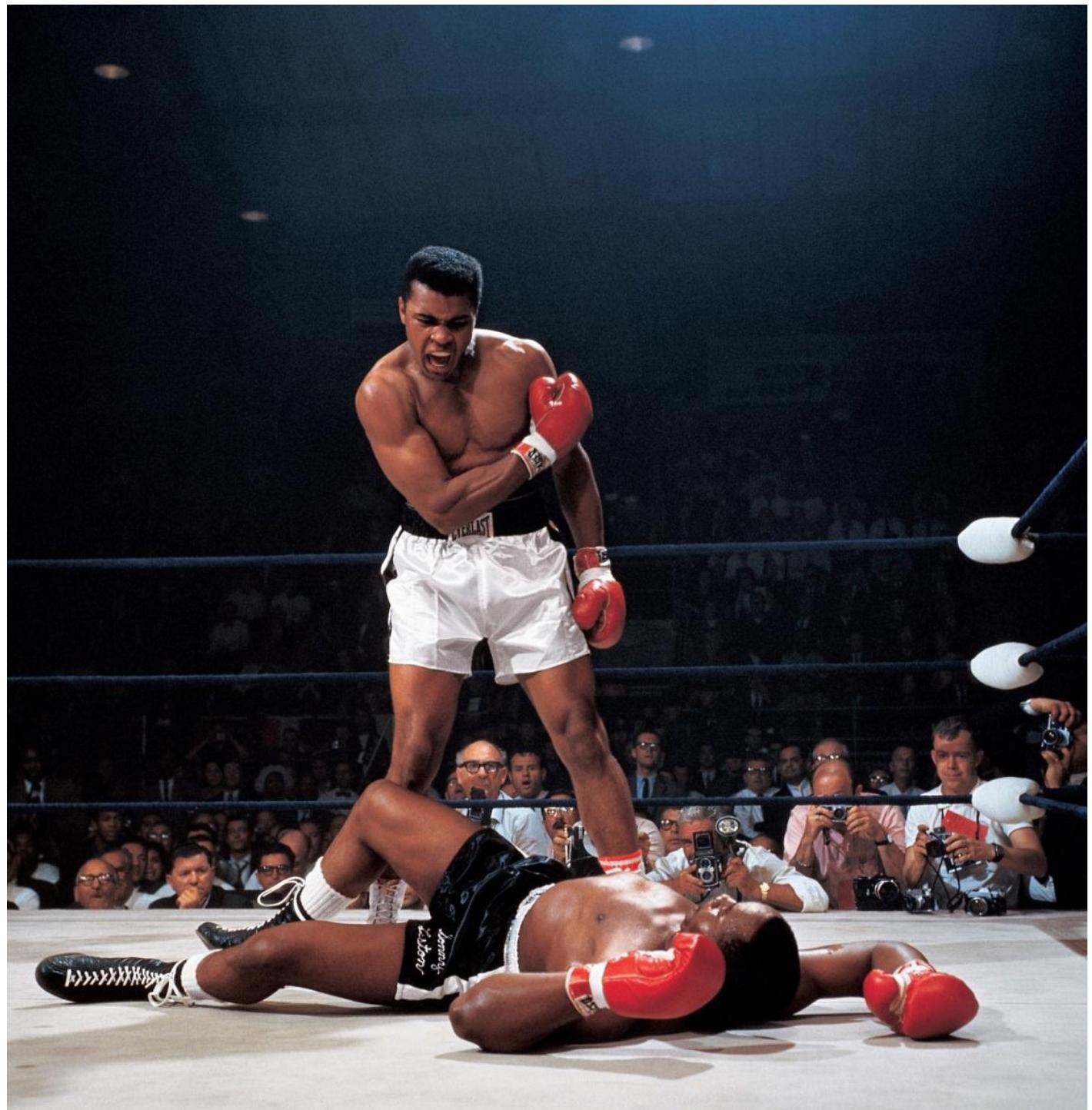
Malcom X, por su parte, no mostraba predisposición alguna a dar por terminada su oposición a la secta «*pseudoislámica*» de Elijah Muhammad. Estando en la cárcel, su descubrimiento de la Nación del Islam le había permitido rehacerse. Había pasado de puto esquinero a figura nacional. Pero ahora estaba remoldeándose casi tan a fondo como a mediados de los cincuenta. Hablaba de la utilidad potencial de la ley de derechos civiles.

Cambió un apretón de manos con Martin Luther King en un pasillo del Senado de los Estados Unidos. Empezó a vincular la lucha de los negros norteamericanos con la lucha de los africanos y de otros «hermanos del tercer mundo», y, en esa línea, intentó poner en marcha dos nuevos grupos, Muslim Mosque Inc. y Afro-American Unity (Mezquita Musulmana, S.A. y Unidad Afroamericana).

Elijah Muhammad, sin duda, seguía de cerca sus actividades. El 30 de noviembre de 1964, un informador del FBI pasó aviso desde la Mezquita Número 4 de Washington diciendo que Fruto del Islam había recibido instrucciones de atacar a Malcom nada más ponerle el ojo encima. Una semana más adelante, Louis X (que pronto se convertiría en Louis Farrakhan) escribió en el Muhammad Speaks que Malcom no lograría escapar de la venganza. Proponía a Malcom que imaginase su propia cabeza rodando por la acera. Y en enero de 1965 otro artículo de la misma

publicación vaticinaba que 1965 el año en que «los más desaforados adversarios del Honorable Elijah Muhammad se hundirán en un silencio innoble».

CUARTA PARTE



XIII

«JOE LOUIS, SÁLVAME...»

En Estados Unidos, el boxeo nació de la esclavitud. Al modo de los emperadores romanos, que acudían al Coliseo a contemplar peleas entre personas de su propiedad, los plantadores sureños se divertían juntando a sus esclavos más fuertes y haciéndolos enfrentarse, por juego y para apuesta. Los esclavos llevaban collares de hierro y solían pelear hasta el borde de la muerte. Frederick Douglass se oponía al boxeo y a la lucha no sólo por lo que tenían de cruel, sino también porque sofocaban el espíritu de rebeldía³⁸.

El propio Ali, que ganaría millones de dólares en el ring y que se haría famoso y se granjearía el cariño de la gente por su talento para pegar a otras personas, veía con cierta prevención el espectáculo de dos negros peleando: «*Se te quedan mirando y te dicen: "Buena pelea, chico. Eres un buen chico. Muy bien"*», dijo Ali en 1970. «*No consideran que los púgiles puedan tener cabeza. No consideran que puedan ser hombres de negocios, ni seres humanos, ni inteligentes. Los boxeadores no son más que brutos que vienen a entretener a los blancos ricos. Pegarse entre ellos, y romperse la nariz, y sangrar, y actuar como monitos para el público, y matarse por el público. Y la mitad del público son blancos. En lo alto del ring no somos más que esclavos. Los amos escogen a dos*

³⁸ Nota del T. Frederick Douglass (1817-1895). Periodista y abolicionista norteamericano que escapó de la esclavitud en 1838 y que llegó a ejercer gran influencia merced a sus conferencias, tanto en el norte de Estados Unidos como en el extranjero. Escribió *Narrative of the Life of Frederick Douglass* (1845) y fue cofundador y director del *North Star* (1847-1860), un periódico abolicionista.

esclavos grandes y fuertes y los ponen a pelear, mientras ellos apuestan: "A que mi esclavo machaca al tuyo." Eso es lo que veo cuando veo a dos negros peleando.»

El primer campeón norteamericano reconocido fue un esclavo nacido en Virginia y llamado Tom Molineaux. Muchos caballeros virginianos adquirieron su entusiasmo por el boxeo en sus visitas a Inglaterra, donde este deporte era extremadamente popular. Molineaux, tras haber vencido a todos los demás púgiles de Virginia, se trasladó a Nueva York, ya libre, y siguió derrotando, en los muelles del río Hudson, a todo el que le ponían por delante, nacional o extranjero. A continuación lo enviaron a Londres, a desafiar al gran Tom Cribb, campeón oficioso del Imperio Británico, de raza blanca. Se enfrentaron en Copthorne, Sussex, en diciembre de 1810. Según pasaban los asaltos se hizo evidente que Molineaux estaba destrozando a Cribb, pero los seguidores de éste no podían tolerar que lo derrotase un negro. De modo que optaron por apuntalar —literalmente— a su campeón, para que no cayera, provocando con ello grandes dilaciones en la pelea y dando lugar a que Cribb tuviera tiempo de recuperarse del vapuleo. Hubo incluso quien la emprendió a golpes con Molineaux, rompiéndole algún dedo. Al final, Cribb resucitó lo suficiente como para ganar en el cuarto asalto.

El hedor de la esclavitud, de los ricos brutos explotando a los más fuertes y más desesperados, no se desvaneció tras la proclamación oficial de la emancipación. John. L. Sullivan, primer campeón de la era moderna, trazó la «*barrera de color*» en el boxeo, negándose a pelear con aspirantes negros. «*Nunca pelearé con un negro*», declaró Sullivan. «*Nunca lo he hecho y*

nunca lo haré.» El sucesor de Sullivan, Jim Jeffries, también afirmó que se retiraría cuando ya no quedasen blancos con quienes pelear.

Y así lo hizo. Pero luego consiguieron sacarlo de su retiro para enfrentarse a Jack Johnson, que acababa de arrebatar el título a un púgil blanco, Tommy Burns.

Jeffries reconoció que su regreso al cuadrilátero no se debía tanto al deseo de recuperar el título como al de redimir a la raza blanca. «*Acudo a este combate con el único propósito de demostrar que un blanco es mejor que un negro*», dijo. Naturalmente, contó con el pleno apoyo —a voz en grito— de la prensa, incluido un corresponsal esporádico de *The New York Herald* llamado Jack London. Éste se consideraba un verdadero revolucionario, amigo de los trabajadores, pero su racismo no podía ser más evidente. «*Jeff tiene que salir de sus campos de alfalfa y borrar esa sonrisa de la cara de Johnson*», escribió. «*De ti depende, Jeff.*» Los responsables de la popular revista *Collier's* declararon que Jeffries tenía que ganar, por su larga trayectoria de coraje. A fin de cuentas, «*el hombre blanco tiene detrás treinta siglos de tradición: todos los esfuerzos supremos, los inventos y las conquistas, así como, seamos o no conscientes de ello, Bunker Hill y las Termópilas, Hastings y Agincourt.*³⁹» Era sencillamente imposible que Jeffries perdiera. Una tal Dorothy Forrester compuso una canción en alabanza de Jeffries, dándole estas indicaciones:

³⁹ Nota del T. En Bunker Hill, Charlestown, Massachusetts, ocurrió la primera gran batalla de la guerra de la Independencia norteamericana, el 17 de junio de 1775. En la batalla de Hastings (1066), los invasores normandos, acaudillados por Guillermo el Conquistador, derrotaron a los ingleses del rey Harold, culminando así la conquista normanda de Inglaterra. La batalla de las Termópilas, en el 480 a.C., supuso la derrota de los espartanos ante los persas. Agincourt es una ciudad del norte de Francia donde Enrique V de Inglaterra infligió una decisiva derrota a los franceses, el 25 de octubre de 1415.

*Ponte al asunto sin tardanza alguna
y pégale de noche y pégale de día
y en cuanto se presente la suerte oportuna
le arreas una torta que se pierda de vista.*

¿Quién le va a dar a Jack la más tremenda tunda, quién lo va a hacer dormir como una marmotilla, quién va a borrar del mapa la africana bravura? Será Jim, será Jeffries, será la maravilla.

Cuando por fin Johnson subió al ring para enfrentarse con Jeffries en Reno, Nevada, el 4 de julio de 1910, la multitud se puso a cantar «¡Mata al negro, mata al negro!». La orquesta tocaba «*All Coons Look Alike to Me*» (todos los mapaches —despectivo para “negro”— me parecen iguales). Puede que todo ello disgustara profundamente a Johnson, pero lo cierto es que en el ring no se le notó nada. Johnson destrozó a Jeffries, humillándolo tanto física como verbalmente, mofándose de él y de sus cuidadores a todo lo largo de la pelea. «*Aún no habíamos cruzado un golpe cuando ya supe que Jeffries estaba en mis manos*», escribió Johnson en su autobiografía.

Cuando se anunció en todo el país la victoria de Johnson, hubo disturbios callejeros en Illinois, Missouri, Nueva York, Ohio, Pensilvania, Colorado y el distrito de Columbia. En Houston, un blanco le rebanó el pescuezo a un negro llamado Charles Williams, por poner demasiado entusiasmo en sus gritos a favor de Johnson. En la ciudad de Washington, un grupo de negros apuñaló de muerte a dos hombres blancos. En la

localidad de Uvalda, Georgia, una pandilla de blancos abrió fuego contra un grupo de negros que celebraba la victoria de Johnson: hubo tres muertos y cinco heridos entre los negros. En Manhattan, la policía rescató a un negro cuando estaba a punto de ser linchado. Miles de blancos se congregaron en la Cuarta Avenida, amenazando con moler a golpes a todo negro que se les pusiera por delante. Hasta el asesinato de Martin Luther King, en 1968, ningún otro acontecimiento racial provocaría semejante reacción de violencia. Aterrorizado, el Congreso aprobó una ley por la que se prohibía la distribución interestatal de filmaciones boxísticas. Varios grupos religiosos y de extrema derecha que jamás habían evidenciado interés alguno en el boxeo propugnaron en aquel momento su prohibición.

Ni que decir tiene que Johnson se veía acuciado con gritos de «*¡Vamos a lincharlo! ¡Vamos a matar al negro!*» cada vez que se dejaba ver en público. A pesar de que corrían los tiempos de Booker T. Washington y de las tácticas de concesión y gradualismo, Johnson estuvo desafiante. Fue probablemente el negro más vilipendiado de su época, y trató de no mostrarse afectado. Llegó incluso a desafiar de modo ostensible la variante sexual del odio que recibía: tuvo relaciones con jóvenes blancas y con prostitutas de la misma raza. Su mujer, que se llamaba Etta Dureya y que era blanca, se suicidó en 1912, tras un año de matrimonio. Cuando sabía que iba a haber periodistas en una sesión de entrenamiento, se envolvía el pene en gasa y exhibía toda su grandeza en un calzón muy ceñido. Johnson era magníficamente desafiante y desafiantemente magnífico. Poseía automóviles absurdamente caros y bebía con pajita los vinos de las mejores

cosechas. Leía mucho, tanto en inglés como en español y francés (le gustaban mucho las novelas de Dumas) y tocaba la viola. Cuando abrió el Cabaret de Champion, en Chicago, dotó el local de escupideras de plata.

Pero el establishment blanco acabó por ajustarle las cuentas a Johnson, obligándolo a una prolongado destierro. Johnson fue acusado por la *ley Mann*, cuyo propósito consistía en evitar la prostitución comercial y el traslado interestatal de mujeres con fines contrarios a la moral. Johnson evitó la cárcel desplazándose por Canadá y por Europa. Al final volvió a Estados Unidos y cumplió condena en Leavenworth. En 1915, en La Habana, perdió su título ante Jess Willard, aunque luego alegó que se había tirado. Acabó su carrera como promotor de su propio legado y haciendo de narrador en un museo de objetos estrañarios. Muhammad Ali era extremadamente consciente de los paralelos entre su vida y la de Johnson. Año más tarde, hablando con James Earl Jones, que hacía el papel de Johnson en *La gran esperanza blanca*, Ali afirmó que su apartamiento del ring, tras su negativa a incorporarse a filas, era «*la historia que se repite*».

«Me encariñé con la imagen de Johnson desde pequeño», ha dicho. «Quería ser duro, intratable, arrogante, el tipo de negro que no les gusta a los blancos.»

Tras el eclipse de Johnson, la corona estuvo en manos de blancos hasta principios de los años treinta. Era tan evidente el modo en que los campeones evitaban por sistema a los aspirantes de raza negra, que los más relevantes pesos pesados negros peleaban entre ellos, por el honor de convertirse en campeones de su raza. Cuando Jack Dempsey le arrebató el título a Jess Willard, en 1919, lo primero que hizo –presionado al respecto

por Tex Rickard — fue tranquilizar al país, garantizando que nunca pondría el título en juego ante ninguno de los grandes boxeadores negros del momento, es decir Sam McVey, Sam Langford y Harry Wills. Estos dos últimos se vieron obligados a pelear entre ellos hasta dieciocho veces, mientras el campeonato oficial del mundo iba pasando de púgil blanco en púgil blanco, durante dos decenios: Willard, Dempsey, Gene Tunney, Max Schmeling, Jack Sharkey, Primo Carnera, Max Baer y Jim Braddock.

La era de la blancura infinita llegó a su fin con Joe Louis, que derrotó a Braddock en 1937, alzándose con el campeonato de los pesos pesados. Louis conservó el título hasta el momento de su primera retirada, en 1948. Determinados órganos de la prensa deportiva quedaron tan conmocionados ante el desarrollo de los acontecimientos, que llegaron a la conclusión de que Louis había ganado precisamente porque era negro, como si ello hubiera implicado alguna ventaja no ajustada a la ética. Un editorial del *Daily Mirror* de Nueva York afirmaba que «*en África hay decenas de miles de jóvenes salvajes que, con un poco de adiestramiento, podrían aniquilar a Mr. Joe Louis*». Paul Gallico, del *Daily News* de Nueva York, otro legendario cronista deportivo, famoso por lo ilustrado de sus puntos de vista, tenía a Louis en la consideración de un bruto ignorante —cargado de gloria, eso sí—, una bestia «*que vive como un animal, pelea como un animal, posee toda la crueldad y la fiereza de lo salvaje*».

«*Me sentí fuertemente dominado por la impresión de hallarme ante un hombre malo*», escribió Gallico, «*un individuo verdaderamente salvaje, un ser que apenas llevaba encima una leve capa de civilización, a punto de desprendérsele*

en cualquier momento... En pocas palabras: me hallaba ante el primer luchador perfecto que surgía en muchas generaciones. Era como estar encerrado en una habitación con una fiera».

Louis era hijo de un aparcero de Alabama cuya familia rota llegó a Detroit en 1926. En el colegio no pasó del sexto grado, hecho que autorizó a todos los periodistas a dar por sentado que era un estolido ignorante. Apenas hablaba en público, pero, de hecho, ello era fruto de los cuidadosos cálculos de las personas de raza negra que lo llevaban. El equipo compuesto por Jack «Chappie» Blackburn, entrenador y confesor, y los mánagers John Roxborough y Julian Black, cuidó de Louis no sólo como púgil, sino también en su aspecto de personaje público. No querían que su boxeador se ganase la enemiga de la Norteamérica blanca. El nivel de racismo ordinario era tan alto en los años treinta, que hasta la prensa blanca del Norte seguía refiriéndose a los negros en términos como «oscuritos», «animales» y «sambos». Al final, el equipo le dictó a Louis las siguientes normas:

1. No permitir jamás que lo fotografiaran con una mujer blanca al lado.
2. No ir nunca solo a los clubes nocturnos.
3. No aceptar ninguna pelea blanda.
4. No aceptar ninguna pelea arreglada.

5. No adoptar posturas arrogantes ante un rival caído.
6. Mantenerse impasible ante las cámaras.
7. Llevar una vida limpia y pelear del mismo modo.

En otras palabras: Louis tenía que ser el anti-Jack Johnson. Poseía una talento tan innegable y se comportaba de un modo tan sumiso, que al final acabó ganándose hasta a la prensa blanca del Sur, que llevó su amabilidad hasta el extremo de llamarlo «*buen negrito*» y «*ex pickaninny*»⁴⁰. A diferencia de Johnson, Louis parecía saber cuál era su sitio. No ofendía a nadie. No huyó del país, como Johnson, sino que se puso a su servicio. Se enroló en el ejército durante la segunda guerra mundial y donó al gobierno las ganancias de sus peleas. Ni que decir tiene que la prensa sureña le retiró su especialísimo apoyo a la primera oportunidad. Cuando Louis perdió con el alemán Max Schmeling, en junio de 1936, William McG. Keefe, del *Times-Picayune* de Nueva Orleans, se apresuró a escribir que en aquella pelea quedaba demostrada la supremacía de la raza blanca. Para Keefe, era un alivio que Schmeling hubiera puesto fin al «reinado del terror en la categoría de los pesos pesados».

El combate de revancha entre Schmeling y Louis, el 22 de junio de 1938 –un K.O. en el primer asalto– constituyó una metáfora aún más complicada que la derrota de Jeffries ante Johnson. Para todos los

⁴⁰ Nota del T. Designación despectiva aplicada en el sur de Estados Unidos a los niños negros; quizás del portugués «pequenino».

norteamericanos, Louis había ahuyentado el espectro de lo ario, del nazi que se proclamaba superhombre. Ello lo hacía, otra vez, digno de admiración por parte de la raza blanca, de la famosísima frase de Jimmy Cannon: «*es un honor para su raza, es decir para la raza humana*». Para los negros norteamericanos, la celebración era más intensa, incluso subversiva. En primer lugar, estaba la satisfacción de ver por fin a un negro glorificado por todos los ciudadanos del país, incluidos los más acérrimos racistas. La tarea de los activistas e intelectuales negros que no practicaban ningún deporte —personas de tanta talla como A. Philip Randolph y W. E. B. Du Bois— pasaba prácticamente inadvertida para la Norteamérica blanca, pero esta hazaña no podía ignorarla ni el mismísimo Gran Dragón del Ku Klux Klan. La prensa blanca ya nunca dejaría de estar obsesionada con el color de Louis —era «*el tornado moreno*», «*el machacador de caoba*», «*la esfinge de azafrán*», «*el David oscuro de Detroit*», «*la sombra que se revuelve*», «*el rey del K.O., de color café*», «*el ciclón de azabache*», «*el Tarzán moreno de los puñetazos*», «*el garrote de chocolate*», «*el homicida de los guantes marrones*», «*el golpeador color sepia*» y, la designación más célebre, «*el bombardero marrón*»—. Pero no podían atacarlo del modo en que atacaron a Jack Johnson. Su buen comportamiento —o más bien su total ausencia de mal comportamiento— era inatacable.

Louis era un dios en las comunidades negras, incluido entre ellas el West End de Louisville. Era una especie de sustituto, pero también un redentor. «*En casa lo amábamos*», dijo en cierta ocasión Cassius Clay padre. «*No hay nada más grande que Joe Louis.*» En 1940, Franklin Frazier escribió

que Louis permitía a los negros «*perpetrar por delegación el ataque a los blancos que les gustaría llevar a la práctica, por toda la discriminación y todos los insultos que padecen*». De modo similar, la poetisa Maya Angelou recuerda que de niña era devota del «*único negro invencible, el que se erguía ante el blanco y lo derribaba con sus puños. Era él, en cierto sentido, quien llevaba a cuestas muchas de nuestras esperanzas, puede incluso que de nuestros sueños de venganza*».

Los adoradores de Joe Louis abarcaban un espectro muy amplio, desde Count Basie, que escribió una canción en honor suyo (Joe Louis Blues), hasta Richard Wright, que cubrió sus peleas para *The New Masses* («*Joe Louis revela la dinamita*»). En Por qué no podemos esperar, Martin Luther King recuerda lo siguiente: «*Hace más de veinticinco años, un estado sureño adoptó un nuevo método de aplicación de la pena capital. El gas venenoso sustituyó a la horca. En una primera fase, colocaron un micrófono en el interior de la cámara mortuoria sellada, para que los observadores científicos pudieran oír las palabras del reo agonizante y valorar la reacción de la víctima ante la novedad. El primer condenado fue un joven negro. Cuando la bolita cayó en el recipiente y empezó a salir gas, por medio del micrófono llegaron las siguientes palabras: "Joe Louis, sálvame. Joe Louis, sálvame. Joe Louis, sálvame."*»

A principios de los sesenta, mientras el movimiento pro derechos civiles iba generando diversos tipos de militantes políticos, muchos negros consideraban excesiva la atención que los norteamericanos dedicaban a los héroes del deporte, y escasa la que dedicaban al sufrimiento de millones de personas corrientes. El día mismo de la primera pelea Patterson-Liston, en

1962, Bob Lipsyte tuvo que cubrir para The Times una marcha contra la discriminación en materia de vivienda en Nueva York. Uno de los jóvenes afroamericanos del piquete le dijo lo siguiente: «*Ya hemos dejado atrás la capacidad para emocionarnos cuando un negro logra un home run o gana algún campeonato.*»

Pero la emoción en torno al deporte ha sido una constante del siglo XX en Estados Unidos. El valor del boxeo como metáfora social se intensificó en los sesenta. Y aunque bien puede ser que Ali no leyera todo lo que se escribió sobre él, no por ello era menos consciente de su posición con respecto a Jack Johnson y Joe Louis. Ali era capaz de soportar los predecibles insultos: los periódicos que seguían llamándolo Clay, los epítetos de Jimmy Cannon y Dick Young. Lo que verdaderamente le hizo daño fue que Joe Louis, el héroe de su infancia, no aprobara su comportamiento.

«*Clay se va a ganar el odio del público por su relación con los Musulmanes Negros*», declaró Louis a los periodistas. «*Lo que ellos predicen es justamente lo contrario de lo que nosotros creemos. El campeón de los pesos pesados tiene que ser campeón para todo el mundo. Tiene esa responsabilidad ante todo el mundo.*»

«*Clay vale un millón de dólares en confianza y un centavo en coraje*», prosiguió. «*No tiene pegada. No hace daño, ni creo que sea capaz de encajar un buen golpe. Su suerte es que no haya buenos boxeadores por ahí, en este momento. Lo coloco más o menos al nivel de Johnny Paycheck, Abe Simon y Buddy Baer... Yo lo habría machacado. No tiene ni idea de pelear en las cuerdas, que es donde estaría conmigo. Yo lo que iría es a pegar más fuerte que él, no a boxear mejor. Lo*

agobiaría, le pegaría por todos lados, por arriba, por abajo, con todas mis fuerzas, cortándole la velocidad, colocando los golpes entre la cintura y las costillas. Le castigaría el cuerpo, que es donde duele de verdad. Le dejaría el cuerpo lleno de cardenales. Le dolería. La boca se le cerraría de dolor y las lágrimas le arrasarían los ojos.»

Ali podría haber ignorado a Louis. A principios de los sesenta, Louis era adicto a la cocaína, había tenido muy malas experiencias amorosas, padecía deterioro mental y tenía unos problemas espantosos con el fisco. Para pagar sus deudas, trató de pasarse al campo de la lucha profesional, pero su carrera terminó el día en que le aterrizó en pleno pecho un mozallón de ciento cuarenta kilos llamado Rocky Lee, rompiéndole dos costillas y lesionándole el músculo que rodea el corazón. Al final, Ash Resnik, el buen amigo de Sonny Liston, se llevó a Louis al *Caesars Palace* para trabajar de «saludador». Louis se ganaba un sueldo, comiendo y jugando en la casa, a cambio de estar ahí, siendo Joe Louis. Para cualquiera que tuviese memoria y corazón, Louis era un hombre roto, un hombre que nunca llegó a comprender bien su propia aportación. «A veces», dijo en cierta oportunidad, «me gustaría tener la fogosidad de Jackie Robinson, para romper a hablar y contar la historia del hombre negro». Cuando murió, en 1981, a los sesenta y seis años, lo tuvieron de cuerpo presente en el *Caesars Palace*.

Al joven y orgulloso Ali le resultaba difícilísimo perdonar las hirientes críticas de Louis. Y contestó en el mismo tono. Dijo que Louis era un Tío Tom e hizo votos por no terminar como él. En un documental, Ali

contestó al desafío pugilístico de Louis con estas palabras: «*¿Ganarme a mí el lento de Joe Louis, arrastrando los pies? A lo mejor es verdad que pega duro, pero ¿de qué sirve pegar duro si no encuentras dónde pegar? Yo no soy uno de esos boxeadores con los pies planos... Joe Louis tenía una cosa que se llamaba el Club del Perdedor del Mes. La gente con quien peleaba Joe Louis, si hoy subieran al ring en el Madison Square Garden, tendrían que salir corriendo, del abucheo.*»

Con el tiempo, cuando Ali dejó de necesitar a Louis para confirmar su grandeza y el propio Louis se fue haciendo más débil, los términos de la relación llegaron a invertirse. Louis reconoció el talento de Ali como boxeador, insistiendo en que él le habría ganado, pero no con tanta facilidad como a Johnny Paycheck. A mediados de los setenta, Ali lo invitó a sus instalaciones de entrenamiento y le regaló 30.000 dólares.

Cuando murió Louis, un periodista recordó a Ali sus dificultades iniciales con el gran campeón. No quiso saber nada. «*Yo nunca dije semejante cosa. No así, desde luego*», afirmó. «*Es degradante. Échale un vistazo a la vida de Joe. Todo el mundo lo quería. Se habría sabido que era malo, si hubiera sido malo, pero a Joe lo quería todo el mundo. Los negros, los blancos más chulos del Mississippi, todo el mundo lo quería. Todos lo lloran. Ahí lo tienes. Se muere Howard Hughes, con todos sus millones, y ni una lágrima. Se muere Joe Louis, y todo el mundo llorando.*»

Por dañino que el boxeo resulte para los boxeadores, es innegable que, al menos en parte, el atractivo de Ali provenía del boxeo, del hecho de salir al ring desnudo de medio cuerpo para arriba, tan guapo como era, solo ante la inminencia del combate. Es perfectamente posible que como

jugador de baloncesto o incluso «*halfback*» de fútbol norteamericano —apenas visible bajo el forro de protecciones—, hubiera sido igual de famoso y mercurial. Pero el boxeador representa una forma más inmediata, aunque bastante retrógrada, de supermasculinidad. A pesar de sus dotes verbales, Ali era, por encima de todo, un verdadero artista de la superioridad física y de la presencia sexual. «*¿A que soy guapo?*», preguntaba una y otra vez, y por supuesto que lo era. A ese respecto, Ali era un chico con suerte. Si hubiera tenido la cara de Sonny Liston, habría perdido gran parte de su atractivo.

Cuando conquistó el campeonato del mundo, a la edad de veintidós años, e hizo pública su pertenencia a la Nación del Islam, Ali alcanzó el apogeo de su magnetismo sexual. Refiriéndose a la noche de la pelea, Gloria Guinness, auténtico puntal del mundo de la moda, que cubrió para *Harper's Bazaar* el primer combate de Liston, le dijo a George Plimpton: «*El tío estaba para morirse.*»

Y, sin embargo, a diferencia de Jack Johnson, Ali fue, al principio, un símbolo sexual muy cauteloso. Antes de ganar el título, su experiencia con las mujeres era —según todas las fuentes, incluido él mismo— extremadamente sucinta. No deja de resultar irónico que fuera descubriendo al mismo tiempo su vocación de musulmán negro y su hambre sexual.

«*Me avergüenzo de mí mismo*», le dijo a Alex Haley, «*pero el caso es que a veces me sorprende pensando que ojalá hubiera tardado cinco años más en descubrir el Islam. Con todas las tentaciones que tengo que resistir. Pero es que ni*

siquiera le doy un beso a nadie, porque hay demasiado contacto y luego es imposible parar. Soy un hombre joven, en la flor de la vida. Se me insinúan mujeres de todo tipo, también blancas. Las chicas me localizan y se presentan en casa a la una o las dos de la madrugada. Me envían fotos con el número de teléfono, diciendo: "Por favor, sólo tienes que llamarme..." Hasta ha habido chicas que se me han presentado con turbante y sin maquillaje, queriendo hacerse pasar por hermanas musulmanas. La única pega es que una hermana musulmana nunca haría una cosa así».

La vida social de Ali era tan limitada antes de ganar el título, que ciertos periodistas deportivos llegaron a sospechar, por sospechar algo, que fuera un homosexual no manifiesto. («*Hombre, a todos nos resultaba raro un tipo que nunca salía con chicas y que se pasaba el rato explicándonos lo guapo que era*», dijo uno de ellos.) No obstante, cualquiera que lo conociese un poco sabía sin duda alguna que le gustaban las mujeres. En la autobiografía seminovelesca titulada *The Greatest* (el más grande), Ali —o, mejor dicho, quien verdaderamente escribió el libro — cuenta cómo perdió la inocencia con una prostituta y cómo perdió también un avión, en los comienzos de su carrera, porque había pasado la noche anterior con una mujer.

Puede que sí, puede que no. Lo indudable es que fue Herbert Muhammad quien le presentó a Ali su primer amor verdadero, una mujer mayor que él, con más experiencia, llamada Sonji Roi.

Durante el viaje a Egipto de la primavera de 1964, Herbert Muhammad asistió divertido a otro más de los frecuentes enamoramientos del nuevo campeón con una bonita camarera. «*Yo tengo una chica en Estados*

Unidos que es mucho más guapa que ésa», le dijo. Antes de partir con destino a África, Herbert Muhammad le había hecho unas fotos a Ali en su estudio fotográfico. Como llevaba consigo una de las fotos, se la enseñó a Ali. El campeón se quedó tan impresionado, que le pidió a Herbert que le presentara a la chica nada más volvieran a casa.

Sonji Roi era una extraña elección, para haberla hecho Herbert Muhammad, hijo del Mensajero. Era una preciosidad y, en palabras del primer instructor musulmán de Ali, Jeremiah Shabbaz, «*un pelín superficial*». Era una chica de fiestas, que se pasaba la noche de bar en bar y de club nocturno en club nocturno. Ali no iba a ser el primer deportista con quien saliera. La conducta sexual de Elijah Muhammad era bastante hipócrita, pero resulta extraño que Herbert escogiera una mujer tan poco en consonancia con el estilo puritano de la Nación. El padre de Sonji había muerto en una pelea de tahúres cuando ella tenía dos años, y su madre murió antes de que cumpliera los nueve. La criaron sus abuelos. Tuvo un hijo cuando aún no había salido de la adolescencia, desertó del colegio, trabajó en clubes nocturnos, participó en algún concurso de belleza de segundo nivel. Tras el encuentro con Herbert Muhammad en el estudio fotográfico de éste, el hijo del Mensajero la contrató para hacer trabajos de marketing telefónico para el Muhammad Speaks.

Ali salió por primera vez con Roi el 3 de julio de 1964, justo seis meses después de haber ganado el título. «*Esa misma noche me pidió que me casara con él*», le ha contado ella a Thomas Hauser. «*No sabía si me hablaba en serio o no. No sabía nada de él. No tengo una madre a quien preguntarle nada más*

volver a casa. Tuve que tomar la decisión por mí misma. Cuando pasamos un tiempo juntos, me sentí necesitada por él. Era muy fuerte, pero había un montón de cosas que ignoraba. Necesitaba un amigo, y ¿qué otra persona mejor que yo? Me dije, mira, no hay nada mejor que puedas hacer con tu vida. Esto sí lo puedes hacer. Puedes ser una buena esposa para este hombre. Alguien tenía que estar a su lado, y me pareció que para mí era una buena oportunidad de ayudar a alguien. Quería ser su esposa y también su mejor amiga. No lo hacía por el dinero.»

Tras su primer encuentro, Ali y Roi se pasaban el tiempo juntos; lo cual preocupaba a los Musulmanes de su equipo y divertía a los demás. Muchos años más tarde, casado por cuarta vez, Ali reconocería que su mayor debilidad y su más flagrante traición de la ideología musulmana había sido su insaciable necesidad de mujeres. Casado o no, tuvo tantas relaciones que Ferdi Pacheco lo llamaba el «*misionero pélvico*». Cuando esta historia alcanza su punto más bajo es en Manila, antes de la tercera pelea con Joe Frazier, cuando Ali, casado entonces con Belinda, presentó a su amante, Veronica Porsche, como su esposa. Belinda se subió al primer avión con destino a Manila, y lo que vino a continuación dio lugar al divorcio y al consiguiente matrimonio con Porsche. El mito más pertinaz, en lo tocante a Ali y el sexo, es el que afirma que Sonji fue su gran maestra. «*Siempre corrió el rumor*», ha dicho Pacheco, «*de que Sonji era una gran maestra, capaz de ilustrar el Kama Sutra en todo su esplendor*».

«*Es como si yo fuera una especie de objeto sexual, y la gente sigue creyéndoselo*», ha contado Sonji a Hauser. «*Hace un par de años, una amiga me llamó desde la Universidad de Texas. Estaba estudiando psicología, y me llamaba*

para comunicarme que yo aparecía en uno de sus libros de texto... Allí se afirmaba que Ali no sabía por dónde tirar, porque creía en su religión, pero también me amaba a mí, y mi comportamiento era totalmente impropio de su religión. Pero yo lo tenía hipnotizado con mi sexualidad, y no lograba renunciar a mí. Leyendo una cosa así, te imaginas a alguien que anda todo el rato por ahí en paños menores. Pero, déjame que te diga, yo no le enseñé nada en absoluto sobre el sexo. Él sabía muy bien lo que había que hacer, cuando nos conocimos. Lo único es que a lo mejor yo di lugar a que deseara hacerlo.»

Ali y Sonji se casaron el 14 de agosto de 1964. Ella adoptó el apellido Clay, pero dio promesa de ser una buena esposa musulmana. Ali también llegó a un acuerdo con Sonny Liston: habría desquite, el 16 de noviembre de 1964, en el Boston Garden.

XIV

DISPAROS

Ali nunca puso en duda lo legítimo y respetable de su victoria en Miami. «*En Miami fui como Cristóbal Colón*», ha dicho. «*Navegaba hacia lo desconocido. Tenía que andar con cuidado, porque no sabía lo que me esperaba. Ahora lo sé.*»

Pero hasta sus más íntimos allegados sentían cierto temblor de duda en las rodillas. Liston era aún tan fuerte y tan amenazador, y Ali tan joven, tan difícil de comprender, que el acontecimiento, visto en retrospectiva, se les antojaba una especie de ensoñación. Los cuidadores y ayudantes de Clay repasaban los detalles de la pelea: el fácil dominio de Ali en los primeros asaltos, su lucha por la supervivencia en el quinto asalto, boxeando a ciegas, el abandono de Liston sin levantarse de la banqueta, antes de empezar el séptimo asalto, cuando nadie había sido capaz de noquearlo con anterioridad... Eran cosas que seguían siendo difíciles de asimilar. «*Tenía uno lo impresión de no haber visto lo que había visto*», ha dicho Ferdie Pacheco. «*Primero, el final nos dejó en la duda, porque Liston abandonó. Eso le quitó muchísimo brillo al asunto. Empañó la victoria. Lo único seguro, sin duda alguna, era que el chico había salido vivo del empeño. No hubo una celebración general, como cuando Joe Louis recuperó el título y todo Harlem, y el país entero, se echó a la calle. Quedaron dudas.*»

Las dudas se extendieron al Senado de los Estados Unidos de Norteamérica. Resultó que los colaboradores de Clay habían llegado con los de Liston a un acuerdo por el que se preveía la revancha automática en caso de que el título cambiara de manos. La *International Promotions* de Liston pagó cincuenta mil dólares a Clay por los derechos de organización del siguiente combate, fuera éste la revancha con Liston o un encuentro con cualquier otro púgil. A los senadores se les pasaron unas cuantas cosas por la cabeza. En primer lugar, ese acuerdo era contrario a la ley, porque equivalía a incentivar al campeón para que perdiera y luego concertara la revancha con una bolsa muy superior. En segundo lugar, Liston, el Imbatible, había abandonado sin haber medido la lona ni una sola vez. Esto último se les antojaba inconcebible a los senadores. En tercer lugar, Liston nunca se había molestado en seguir las paternales admoniciones de Estes Kefauver en el sentido de que pusiera más cuidado en su elección de mánagers. Carbo estaba entre rejas, pero Liston seguía siendo propiedad de individuos como Pep Barone y Sam Margolis, y amigo de Ash Resnick.

De manera que en marzo de 1964 se reunió el subcomité antitrust y antimonopolio del Senado, ahora presidido por un demócrata de Michigan, Philip A. Hart. No desveló nada que los lectores de las páginas deportivas no supieran ya. Jack Nilon declaró como testigo, confirmando que Liston era, de veras, una persona «*muy difícil*» de manejar, un «*neurótico*» que se negaba a entrenar muy fuertemente o a seguir las instrucciones que se le daban. Según Nilon, a Liston le bastaba con un ligero resfriado para ponerse a morir y meterse en la cama. También era cierto, reconoció Nilon,

que Liston anduvo en muy malas compañías durante su estancia en Miami. «*Sonny tiene muy en cuenta a Mr. Barone*», declaró en testimonio Nilon. «*Piensa que Pep Barone da buena suerte. Sonny es muy supersticioso. No soporta que nadie ponga un sombrero de paja encima de la cama.*»

El hermano de Nilon, Bob, en cambio, declaró que a pesar de la terquedad de Liston, a pesar de sus pocas ganas de entrenarse adecuadamente y de seguir los consejos que se le daban, sus preparadores y sus socios financieros no tenían la más remota idea de que fuera a ser necesaria una pelea de revancha con Muhammad Ali. «*Nunca, ni por un momento, consideré ni por lo más remoto la posibilidad de que Cassius Clay pudiera ganarle a Sonny Liston*», declaró Bob Nilon en su testimonio. «*Juro por Dios que jamás se me ocurrió que tuviera más posibilidad de ganar a Sonny Liston de la que hubiera tenido mi abuela. Pero sí pensé que Clay representaba una estupenda inversión como espectáculo, quizá la mejor desde Jenny Lind.*⁴¹»[41]

El subcomité Hart se quedó refunfuñando, pero no adoptó una postura claramente en contra. Los senadores no hallaron ninguna prueba de connivencia impropia, y menos aún de tongo, de modo que no hicieron nada por oponerse a la celebración de la segunda pelea entre Ali y Liston. Lo único que resultó del asunto fue la consabida serie de resoluciones encaminadas a mejorar la regulación; pero no inmediatamente, sino en un algún momento muy, muy cercano.

⁴¹ Nota del T.Jenny Lind (1820-1887). Soprano sueca a quien se tuvo por la mejor de su tiempo. Su gira por los Estados Unidos, entre 1850 y 1852, fue un verdadero hito en la historia del teatro norteamericano.

Liston se entrenó para la revancha en un club de kárate y yudo del sur de Denver. Por primera vez desde los inicios de su carrera, parecía resuelto a prepararse para una pelea larga. A primera hora de la mañana solía ir en coche a las montañas y luego correr hasta el Santuario de la Madre Cabrini. Subía a la carrera los 350 peldaños hasta la estatua del Sagrado Corazón y, una vez allí, él solo, se ponía a hacer sombra, respirando el aire fresco de la montaña. Cuando llegó el momento de trasladar el campo a Nueva Inglaterra, Liston se instaló en White Cliffs, un agradable club de campo situado en las cercanías de Plymouth Rock, con campo de golf dominando el Atlántico. Liston corría un mínimo de ocho kilómetros todas las mañanas, subiendo y bajando dunas. Luego, por la tarde, en el gimnasio, llevaba a cabo todos los ejercicios de rutina y hacía guantes con algún sparring. Llegó incluso a trabajar con un instructor de artes marciales, para ganar agilidad. Su entrenador, Willie Reddish, se había enfadado muchísimo con él en Miami. No podía soportar la idea de que su boxeador se hubiera echado a perder de ese modo por culpa del whisky y de las prostitutas. Pero Liston se hallaba ahora en una disposición verdaderamente monacal, en tensión, concentrado en derrotar a Ali. Reddish veía un nuevo Liston, o quizá el Liston de antes, el feroz boxeador que aniquiló dos veces a Floyd Patterson en un total de menos de cinco minutos.

Una tarde de finales de octubre, Liston trabajó tan a fondo boxeando con un sparring llamado Lee Williams, que éste salió tambaleándose y con una brecha muy fea entre ceja y ceja. Tuvieron que ponerle ocho puntos.

Liston —no Williams, claro— se quedó encantado. «La sangre es como champán para los boxeadores», ha observado Al Lacey, un viejo entrenador. «Les pone el ego en ebullición. Los reaviva por dentro. A Dempsey, en los últimos días de entrenamiento, le ponían púgiles muy veteranos, para que pudiera tumbarlos fácilmente. Era algo que siempre le levantaba el ánimo.» Otros sparrings del equipo de Liston decidieron abandonar, porque, como dijo uno de ellos, «*no vale la pena arriesgar la cara por cincuenta dólares diarios*».

Ali no se entrenaba con menor dureza. No tardó en deshacerse del peso que había ganado durante su viaje por África. Emprendió un régimen de carreras aún más riguroso que antes. También parecía más fuerte, más ancho que en Miami. Su cuerpo estaba madurando, aunque no por hacerse más fuerte perdía velocidad. Dundee, como es lógico, supo que Liston se estaba entrenando con más disciplina, pero la noticia no pareció preocuparle. Liston no iba a llegar a Boston más joven que ahora, se decía Dundee. Además, seguía diciendo Dundee, la diferencia estilística entre ambos púgiles —por no mencionar la diferencia de edad— seguía siendo la misma, con idéntico resultado al final: «*Liston le entra a todo. Es un boxeador de una sola marcha. Nunca podrá con un boxeador de dos marchas, y menos aún con un boxeador de cuatro marchas, un tipo que se mueve hacia delante y hacia atrás, y hacia los lados.*»

Los tomadores de apuestas pensaban que la pelea de Miami había sido una especie de aberración. Según sus cálculos, el mundo no tardaría en volver a la normalidad. Una semana antes de la fecha prevista para la

pelea del Boston Garden, las apuestas de Las Vegas estaban nueve a cinco a favor de Liston.

Los promotores estaban todos de un humor excelente. Lejos del desastre económico de Miami, esta pelea prometía beneficios. Los aficionados estaban deseando ver el desquite entre un Liston herido y un personaje emergente tan rápido y tan bocazas como Ali. Los responsables del Boston Garden predecían un lleno total y unas ingresos récord de cinco millones por derechos de retransmisión en circuito cerrado y radio. Buenas noticias por todas partes.

Tres días antes de la pelea, el viernes 13 de noviembre, Ali estaba en la habitación 611 del Sherry Baltimore, relajándose. Por la mañana había corrido ocho kilómetros, pero eso fue todo. Ya no entrenaba con sparrings. Lo que hacía, sobre todo, era dar vueltas por el hotel con su creciente cohorte: su hermano, ahora llamado Rahaman Ali, Bundini, Dundee, el Capitán Sam y varios nuevos amigos de los Musulmanes Negros. De vez en cuando hacía acto de presencia, aunque sólo fuera para decir hola, algún ministro o adlátere, como Clarence X, Louis X, Thomas J., el Hermano John, y Ministro George. Era un día de ayuno musulmán, pero como ya estaba cerca la pelea, Ali sí que cenó algo: un filete, verdura, una patata cocida. Después puso en marcha un proyector de 16 milímetros y vio una película alquilada: *Little Caesar*, con Edward G. Robinson⁴².

⁴² Nota del T. *Little Caesar* (1930). Película de Melvin LeRoy, una de las primeras en presentar al público las actividades de la Mafia.

De pronto, cuando acababan de dar las seis y media de la mañana, Ali saltó de la cama, corrió al cuarto de baño y empezó a vomitar. Tenía unos dolores tremendos.

—Algo grave me pasa —dijo débilmente, al salir del cuarto de baño— Hay que hacer algo.

—Voy a llamar a un médico, para que no se entere la prensa —dijo Rahaman.

—Al diablo la prensa —dijo Ali—. Llévame al hospital. Estoy malo de verdad.

El Capitán Sam, Rudy y unos cuantos más llevaron a Ali en una camilla por los pasillos del hotel, hasta el ascensor de servicio. Le cubrieron la cara con una toalla, para no llamar la atención de la prensa. Al cabo de unos pocos minutos Ali iba en dirección al Hospital de la Ciudad de Boston en una ambulancia, un vehículo cuadrado, con todo el aspecto de una furgoneta de reparto de helados. Cuando llegaron al hospital ya estaba allí esperándolos un fotógrafo del *Boston Herald*, dispuesto a hacer unas cuantas fotos. Un plantel del Fruto del Islam lo persuadió de que no lo hiciera.

—¡Fuera! —gritó Louis X—. ¡Que nadie cruce esta puerta, si no quiere salir malparado!

Los médicos no tardaron en localizar la fuente del dolor: un bulto en el abdomen del tamaño de un huevo, una peligrosa afección conocida por

el nombre de hernia inguinal cerrada. Si hubieran tardado más en llamar a una ambulancia, este incidente podía haber puesto en peligro la vida de Ali. En las condiciones actuales, requería de intervención quirúrgica inmediata.

Mientras lo llevaban al quirófano, una enfermera le dijo a Ali, con voz muy tranquilizadora:

—Acuérdate de que ahora eres el más grande.

—No, esta noche, no —dijo él.

El cirujano declaró que era una verdadera pena tener que abrir un torso tan espléndido, pero que no había otro remedio. Ahora ya se había congregado en el hospital una verdadera multitud, incluidos todos los preparadores y segundos de Ali. Dundee estaba en un cine, viendo en circuito cerrado un partido de rugby universitario, cuando le llegó la noticia. Acudió corriendo al hospital, y allí, mientras lo entrevistaban para una televisión local, se echó a llorar. Bundini se quedó mirando a Dundee y les dijo a los periodistas:

—Ojalá viesen ahora a Angelo los Musulmanes Negros. Ésas son lágrimas, lágrimas de auténtico cariño, que está derramando un blanco por un negro. Ellos no creen que nada semejante pueda ocurrir. Deberían tomar nota de esta lección.

Cuando los teletipos difundieron la noticia de la enfermedad de Ali y el inevitable aplazamiento de la pelea, empezó a circular el rumor de que

Ali había sido envenenado. Todo ello era parte de la guerra entre la Nación del Islam y los seguidores de Malcom X. Ali estaba fingiendo, por orden de H. L. Hunt, o de Robert Kennedy, o de Elijah Muhammad. Era la Mafia. Era el propio Ali quien se había provocado la hernia, del miedo que le tenía a Liston.

Geraldine Liston oyó la noticia por televisión, y en el campo de entrenamiento todo el mundo la oyó gritar:

— ¡Chaaaaarles! ¡Date prisa, ven! ¿A que no sabes lo que ha hecho el chico ese?

Una vez asimilada la novedad, Liston abrió una botella de vodka y se preparó un «destornillador». El entrenamiento había acabado oficialmente. «*Si Clay no anduviera por las calles como anda*», dijo Liston, «*no le pasaría nada malo. Cuando abre la boca se le mete dentro un montón de viento. Eso es lo que le ha producido la hernia. Lo siento, pero podría haber sido peor. Podría haberme pasado a mí*».

A pesar de tanto chiste, Liston estaba hecho polvo. Se había estado entrenando hasta alcanzar su máximo físico, y era difícil saber si volvería a reunir la voluntad y la disciplina suficientes como para volver a empezar. Se pasó la noche mascullando, sin dirigirse a nadie en concreto:

— El tonto ese. El tonto ese.

El promotor, Sam Silverman, acabaría perdiendo cientos de miles de dólares. Su reacción ante la noticia de la hernia de Ali sólo difirió ligeramente de la de Liston. Se sirvió una buena copa de bourbon.

La revancha se aplazó al 25 de mayo de 1965.

A finales de 1964, Malcom X tenía todas las razones para creer que no viviría un año más. La Nación del Islam le había declarado la guerra; varios ministros lo habían anunciado así, tanto en los púlpitos de Chicago y de Boston como en las páginas del *Muhammad Speaks*. Malcom tomaba cuantas precauciones podía. Cuando acudió a un estudio de televisión de Nueva York, para que le hicieran una entrevista, hombres armados con escopetas protegían el edificio. Antes de salir al aire, llamó a su mujer, que estaba en su casa de Queens, y le dijo: «*Ten todo eso cerca de la puerta y no dejes entrar a nadie hasta que yo vuelva.*» Seis semanas más tarde, el día de San Valentín de 1965, la casa de Malcom fue atacada con bombas incendiarias. Ningún miembro de la familia —Malcom, Betty, las cuatro hijas— resultó herido de consideración. Mientras el fuego se extendía por la casa, Malcom permaneció en la acera, descalzo y en pijama, con una pistola del 25 en la mano. Estaba furioso, pero no sorprendido. Llevaba meses oyendo que la Nación había organizado escuadrones asesinos para matarlo. Había habido rumores de bombas en el coche y de personas alcanzadas por algún disparo. Los artículos del *Muhammad Speaks* no hacían sino confirmar lo que él ya sabía. Malcom estaba convencido, incluso, de que los hombres de Elijah Muhammad trabajaban en connivencia con el Ku Klux Klan y el Partido Nazi Norteamericano para librarse de él. El 18 de febrero llamó al

FBI —la misma agencia que lo había controlado y acosado con gran diligencia durante tanto tiempo— para comunicar que había una conspiración cuyo propósito era acabar con su vida.

—Ahora es el momento de los mártires —le dijo al fotógrafo Gordon Parks—. Si uno de ellos voy a ser yo, será por la causa de la hermandad.

El 21 de febrero estaba previsto que Malcom hablase en el salón de baile Audubon, en la parte de Washington Heights, en Manhattan. Tras haber dado rienda suelta a su cólera y a sus nervios, acogiéndose a la excusa de que no había nadie previsto para presentarlo, Malcom salió a la tribuna y pronunció las salutaciones islámicas tradicionales. Mientras el público contestaba a coro, un chófer de la Mezquita 25 de Newark prendió una bomba de humo y al mismo tiempo gritó: «*¡Saca esa mano de mi bolsillo!*» Mientras la mayor parte del público se volvía para localizar aquella espectacular maniobra de distracción, tres pistoleros se situaron delante del escenario.

—¡Un momento! —gritó Malcom.

Vinieron entonces los disparos. Malcom fue alcanzado al menos por uno de los proyectiles y murió casi al instante. Tenía treinta y nueve años. Uno de los pistoleros, Talmadge X Hayer, fue arrestado. Los otros dos lograron huir.

Unas horas después del atentado, se declaró fuego en el piso de Ali, en el South Side de Chicago. El hecho se consideró accidental. «*Había una colcha en el suelo y se incendió*», contó Ali a la prensa. «*Ya nos advirtió Elijah de*

que habría mala publicidad, y ello servirá para poner a prueba a los malos creyentes. Habrá otras pruebas, y los verdaderos creyentes sobrevivirán. Los blancos tienen todos los aviones y todas las balas, y a mí no me asustan. ¿Por qué habían de asustarme los negros?» Dos días más tarde, en Nueva York, estalló una bomba en la mezquita de la Nación, y el fuego subsiguiente casi dejó el edificio reducido a escombros.

Ni Elijah Muhammad ni Muhammad Ali expresaron satisfacción ante la muerte de Malcom, pero tampoco manifestaron ninguna condolencia: «*Malcom X era amigo mío, y de todo el mundo, mientras fue miembro del Islam*», declaró Ali. «*Ahora no quiero hablar de él. A todos nos ha conmocionado el modo en que se ha producido su muerte. Elijah Muhammad ha negado que los Musulmanes sean culpables. Nosotros no somos gente violenta. No llevamos armas.*»

«*Malcom murió de conformidad con sus predicciones*», dijo Elijah Muhammad en un mitin que se celebró en Chicago el 26 de febrero. «*Predicó la violencia, y la violencia se lo ha llevado.*»

Una vez recuperado de su operación quirúrgica, Ali reanudó su entrenamiento en Miami, pero en seguida, el primero de abril, decidió trasladar el campo a Nueva Inglaterra. La idea era llevar su autobús de Miami al centro de entrenamiento de Chicopee Falls, Massachusetts.

Además de un séquito de doce personas, incluidos sus sparrings, Cody Jones y Jimmy Ellis, su mujer (Sonji) y varios amigos, cocineros y ayudantes, Ali también invitó a unos cuantos periodistas: Edwin Pope, de

The Miami Herald, Mort Sharnik y George Plimpton, del *Sports Illustrated*, Bud Collins de *The Boston Globe*. Todos estaban reunidos en casa de Ali, en el noroeste de Miami, esperando que el campeón estuviera listo.

—No hacen falta planos de carreteras —dijo Ali a todo el mundo—. Apuntamos este vejestorio de autobús hacia el norte y llegamos a Chicago en nada de tiempo.

Sonji salió de la casa e interrumpió el monólogo de su marido:

—Ali —dijo—, ¿qué pasa con la tintorería?

—Todo enviado.

—¿Y mis zapatos de la tienda?

—Hecho.

—Pues saca la basura.

Ali se llevó un dedo a los labios.

—Los campeones no sacan la basura —protestó, pero el caso es que lo hizo.

Una vez hecha provisión de agua destilada, soda y varios cestos de pollo, todo el mundo se subió al autobús y éste enfiló hacia la autopista de peaje del Sunshine State o Florida. El autobús seguía llevando el decorado exterior con la publicidad de sí mismo que Ali había preparado —«*El púgil más vistoso del mundo*», etc.—, pero en el interior no había nada especial. Muchos asientos —la mitad de ellos— estaban rotos. «*Desde el momento en*

que salimos, el ambiente era como el de una caravana circense de otros tiempos», ha dicho Pope; «*y, por supuesto, Ali era el artista principal*». Ali se ponía frecuentemente al volante (una experiencia bastante terrorífica, especialmente cuando llevaba el autobús a ciento veinte o ciento treinta kilómetros por hora sin dejar por ello de darse la vuelta en el asiento para adoctrinar a los pasajeros). De vez en cuando, Ali le dejaba el volante a algún hombre de su equipo y así podía actuar sin el engorro del volante. Al principio del viaje se instaló en el hueco de la puerta del ascensor y, luchando por no perder el equilibrio, bailó un claqué blando con el calzado de entrenamiento, mientras Howard Bingham cantaba *The Darktown Strutters' Ball* de Albert Papa French⁴³.

«*He de reconocer que antes del recorrido en autobús no comprendía a Ali*», ha dicho Ed Pope, «*a pesar de que lo había visto bastantes veces en Miami. Me parecía hostil y raro. Pero en aquel autobús llegué a darme cuenta de lo que complicado que era y de lo simpático y lo divertido – eso siempre – que podía ser*».

Al anochecer hicieron parada en Sanford, Florida, de donde era Bundini. Éste le había contado a todo el mundo que cuando él era pequeño, en las noches en que peleaba Joe Louis, la gente de la parte negra de la ciudad, de Goose Hollow, colgaba altavoces de los pinos para seguir la acción.

Luego prosiguieron rumbo norte, en la oscuridad de la noche, hasta que, a eso de las once, Bundini anunció que tenía un hambre feroz.

⁴³ Nota del T. Soft-shoe: claqué bailado con zapatos de suela blanda y sin conteras metálicas.

—Vamos a parar y comer algo —dijo—. Estoy vacío.

Pararon en la localidad de Yulee, no lejos de la frontera con Georgia, junto a un restaurante de carretera bastante viejo y decadente. Bundini y los cuatro periodistas blancos se bajaron del autobús. Los demás se quedaron.

—Vas a ver la realidad con tus propios ojos, eso es lo que te va a pasar —advirtió Rahaman.

—Puedo no ser bien recibido —le dijo Ali a Bundini—, y, además, yo no soy partidario de forzar la integración. Pero ve tú, Jackie Robinson.

Bundini se había criado en Florida, pero llevaba tantos años fuera, y además en el Norte, que creyó que podía evitar un incidente. Pero una vez en el restaurante el encargado les dijo lisa y llanamente que había un local aparte, una ventana «*trasera*», donde podían darles algo de comer, si se empeñaban en hacerlo todos juntos.

—Quiere usted decir que al campeón del mundo no lo atenderían ustedes aquí como a otra persona cualquiera, si le diera por venir —dijo Bundini.

—Eso mismo.

—¿No va en contra de la ley esa discriminación?

—No en el condado de Nassau —contestó el encargado.

—¿No pertenece este condado a los Estados Unidos?

—Todavía no.

Ali entró, agarró a Bundini por el cuello y se puso a gritarle:

—¿Pero es que no lo entiendes, idiota? Te he dicho que te hagas musulmán. Así no te meterás en sitios donde no te quieren. ¡Sal de este sitio, negrazo! ¡No te quieren aquí!

Ali siguió gritando mientras recorrían la distancia que los separaba del autobús. Los periodistas se miraban, sorprendidos. Bundini estaba a punto de romper a llorar.

—¡Te han echado la bronca, Bundini! ¡Te han echado una bronca!

El autobús prosiguió su camino, pero Ali no dejaba de gritar. Estuvo así un largo rato, conminando a Bundini a que aceptase de una vez la cruda realidad, llamándolo «*¡Tío Tom, tío Tom!*» y golpeándole la cara con una almohada.

Bundini sólo acertaba a replicar, sin fuerza alguna:

—Soy un hombre libre. No llevo cadenas en el corazón.

Ahora ya estaba llorando. Plimpton se dijo que su rostro hacía pensar en la máscara tradicional de la tragedia. Al final, cuando Ali se dio cuenta de la conmoción que padecía Bundini, lo tranquilizó un poco y le gastó unas bromas, hasta hacer las paces.

El desvencijado autobús de Ali aguantó hasta Fayetteville, Carolina del Norte, donde entró en coma y no quedó más remedio que abandonarlo.

El grupo tendría que hacer el resto del viaje contando con la amabilidad de Transportes Trailsway.

—Mi pobre autobusito rojo —decía Ali—. Eras el más famosísimo autobús de la historia del mundo.

Cincuenta horas más tarde llegaron a Chicopee Falls.

—Soy Cassius Clay —dijo Muhammad Ali en la recepción del mejor hotel de la localidad—. Deme la suite de sesenta dólares diarios.

—Pero es que está ocupada —dijo el recepcionista.

—Pues desocúpela. Está aquí el Más Grande.

A principios de mayo, cuando sólo quedaban unas semanas para la pelea, las autoridades pugilísticas de Massachusetts, en un extraño arranque de moralidad, decidieron que la pelea no se podía celebrar en su territorio, no fuera a contaminarse con las ambiguas credenciales de los promotores y, cómo saberlo, quizá con la propia delincuencia organizada. En su lugar, representantes de Maine, ansiosos de publicidad y de dinero, ofrecieron St. Dominic's, un campo de hockey escolar, en la depauperada localidad textil de Lewiston. Lewiston está a treinta y cinco millas de Portland y no destaca precisamente por su encanto. Tenía una población de 41.000 habitantes, casi todos ellos francocanadienses. Había precisamente dos pequeños hoteles y un local nocturno. Henry Hollis, del Holly's Leopard Room, contrató una estriptisera extra para el mes de mayo. «*Las*

llamamos bailarinas», explicó. «*Suena mejor. Este sitio es pequeño. Sólo puede mantener a una estrip... quiero decir bailarina.*»

St. Dominic's sólo tenía capacidad para cinco mil espectadores sentados. Desde el Día de la Independencia de 1923, cuando Jack Dempsey peleó con Tommy Gibson en Shelby, Montana, no había habido un sitio más pequeño para una pelea con el campeonato del mundo en juego. Shelby era una ciudad pecuaria de quinientos habitantes, muy venida a menos. El mánager de Dempsey, Jack «Doc» Kearns, engañó a los padres de la ciudad para que le abonaran por adelantado a Dempsey una garantía de 300.000 dólares (y nada para Gibson). Sólo siete mil personas acudieron a ver el combate, y Dempsey tuvo una actuación flojísima, pegando lo justo para ganar a los puntos en quince asaltos. Al terminar el combate, Kearns y Dempsey huyeron en el tren que tenían a la espera por si se producía el desastre.

La pelea de Dempsey desembocó en la bancarrota total de la localidad de Shelby, pero Lewiston, en cambio, no arriesgaba demasiado. De todas formas, la mayor parte del dinero para el Ali-Liston procedería de los derechos de retransmisión. Incluso ofrecía ciertas ventajas el hecho de celebrar la pelea en Maine. Ya no habría necesidad de eliminar el estado de Massachusetts de la difusión en circuito cerrado.

El alcalde de Lewiston, Robert T. Courturier, de veinticuatro años, tenía en mala consideración el boxeo, pero consideraba que la publicidad resultaría impagable. No tardó en descubrir que su apacible pueblo era ahora foco de un tipo más patológico de atención: los periódicos de todo el

país empezaron pronto a difundir graves rumores de asesinato. Quienes los ponían en circulación eran la policía, los periodistas, la gente del pueblo, los campos de entrenamiento y, sobre todos ellos, el irreprimible publicista llamado Harold Conrad, a quien le encantaba que el acontecimiento se viese envuelto en un aura amenazadora, para vender más entradas en los cines donde la pelea se daría en circuito cerrado. Uno de los rumores decía que los seguidores de Malcom X iban a enviar a Lewiston un escuadrón de choque, en un Cadillac rojo, para matar a Ali, quizá cuando ya estuviera en lo alto del cuadrilátero, quizá antes. Jimmy Cannon se quedó con el rumor tras habérselo oído a Conrad, y lo publicó muy destacado en su sección. Ello, como es lógico, dio lugar a una llamada telefónica del jefe de deportes del *New York Post*, Ike Gellis, preguntando que dónde estaba su historia de amenaza y gran peligro. Gross le aseguró que le llegaría en cualquier momento, y además que se iba a enterar, porque lo publicado no era ni la mitad de lo que había.

Otro rumor decía que la Nación del Islam amenazaba a Liston con matarlo si no se dejaba caer. El cuidador de Liston, Joe Pollino, le dijo a Jack McKinney que, en efecto, Liston había recibido la visita de dos Musulmanes Negros y que después se había quedado «catatónico». McKinney, que esta vez no estaba en Nueva Inglaterra siguiendo los entrenamientos de Liston, escribió: «*Sonny estaba entrenando con Thad Spencer y Amos «Big Train» Lincoln, como sparrings, y pasaba por encima de ellos como una oca pisando cagadas. Pero después de la reunión se quedó zombi y ambos sparrings le estaban superando. Al final, Joe le prometió que les pagaría el*

doble si dejaban salir airoso a Sonny, para levantarle el ánimo.» Otros muchos periodistas descartaron la idea de que Liston pudiera ser intimidado por los Musulmanes. «*Liston tenía a la maldita Mafia en su rincón*», ha dicho Larry Merchant, que entonces trabajaba para el *Philadelphia Daily News*. «*¿Cómo iba a asustarse de dos individuos con pajarita, cuando él era producto de los tipos más duros del país?*»

Los enviados especiales blancos no se sentían a gusto con la nueva y evidente presencia de los Musulmanes Negros en torno a Ali. A Cannon y a Gross, así como a otros periodistas jóvenes, los Musulmanes, con sus pajaritas negras y con sus teatrales miradas de acero, les parecían fuera de lugar en el ambiente alegre, como de carnaval, que cabe esperar en torno a una pelea con el título en juego. El propio Angelo Dundee, siempre tan acomodaticio, se sentía a disgusto. En un momento dado, fue a darle las gracias a una de las mujeres del campo de Ali por haberle cosido una camisa. Mientras expresaba su gratitud, tocó ligeramente con la mano el brazo de la mujer. Rahaman Ali lo llamó a capítulo, muy serio:

—Ven un segundo —le dijo—. No vuelvas a poner una mano nunca más en ninguna de las hermanas.

«*Las vibraciones de los Musulmanes Negros fueron bastante sutiles en Miami, pero en Lewiston ya eran enormes*», ha recordado Robert Lipsyte. «*Ahí estaban esos Musulmanes altos, fuertes, austeros, con un brillo en los ojos. Llegaban hasta a intentar cobrarles las entrevistas con Ali a los reporteros. En su mayor parte eran ex presidiarios, porque en la cárcel era incesante el proselitismo, en aquella época.*»

Cuantos más despachos enviaban los reporteros hablando del ambiente de temor que reinaba en Lewiston, más medidas de seguridad tomaban las autoridades del pueblo. Se efectuaban minuciosos registros en las conferencias de prensa, como luego se haría en la pelea propiamente dicha. Melvin Durslag, del *Los Angeles Herald Examiner*, contó que a su mujer le habían confiscado las agujas de hacer punto. El jefe de policía de Lewiston, Joseph Farrand, puso 250 agentes en la calle, entre ellos los ayudantes del sherif, miembros de la caballería estatal y noventa reservistas de los condados vecinos. Y aún consiguió otros cuarenta y cinco hombres para la noche de la pelea. De Nueva York llegó un destacamento especializado en homicidios. No había precauciones suficientes. «No quiero que pasemos a la historia como el sitio en que mataron al campeón del mundo», dijo el jefe Farrand.

También hubo sus momentos de rara comedia. En Chicopee Falls, Ali se entrenaba en un salón de baile de la posada Schine. El gimnasio provisional se hallaba justo encima de las boleras, y durante todas las sesiones de entrenamiento el choque de las bolas hacía que la voz de Ali resultara apenas audible. En su séquito estaban los muy curtidos miembros de la Nación del Islam, pero también un antiguo actor de vodevil llamado Stepin Fetchit. Ali llamaba a Fetchit su «*estratega secreto*», al parecer porque el hombre era lo suficientemente viejo —setenta y tres años— como para haber conocido al héroe histórico de Ali, Jack Johnson. Fetchit, cuyo nombre de cuna era Lincoln Theodore Monroe Andrew Perry, porque su padre quiso que llevara el nombre de cuatro presidentes, era el telonero de

la velada y también su maestro de ceremonias. Fetchit había protagonizado una docena de películas entre los años veinte y los cincuenta, entre ellas *Steamboat 'Round the Bend* y *The Sun Shines Bright*. Tomó su nombre del caballo que le ganó al caballo por el cual él había apostado todo lo que poseía en el mundo, a principios de los años veinte, cuando vivía en Texas. Fetchit hizo su buen dinero en el cine («Tenía una mansión tan grande que en la cocina eran las tres de la tarde y en el cuarto de estar eran las cinco»), pero a principios de los sesenta, en Chicago, pasó a vivir de la caridad. En los días inmediatamente anteriores a una gran pelea, los periodistas, en su desesperación por encontrar un tema sobre el cual escribir, deambulan por los campos de entrenamiento, en busca de suerte. A diferencia de los Musulmanes Negros, Fetchit siempre contribuía a que llenaran el cuaderno de notas. Quizá por poseer una idea tan ladina del arte de la interpretación, Fetchit comprendía muy bien la capacidad de Ali para transformarse. «La gente no entiende al campeón, pero un día de estos se convertirá en el héroe más grande de los Estados Unidos», le dijo a un periodista. «Es como una de esas obras donde el villano del primer acto resulta ser el héroe, en el último acto. Así va a ocurrir con el campeón. Y es así como lo quiere él, porque para la taquilla es mejor que la gente no lo entienda.»

A los entendidos ojos de los periodistas blancos que había en el campo de entrenamiento, Fetchit era también un perfecto ejemplo del Tío Tom Negro, siempre diciendo: «Sí, señó, ahora mimmo, señó.» En una conferencia de prensa surgió de pronto el término «Tío Tom», y Fetchit interrumpió a Ali para decir: «*El tío Tom no era un negro inferior. Era hijo de*

un hombre blanco. Su verdadero nombre era MacPherson y vivía cerca de Harriet Beecher Stowe. Tom fue el primer reformista e integracionista negro. El negro inferior era Sambo.»

Los periodistas se quedaron estupefactos.

—¿Qué les pasa? —les gritó Ali—. ¿Se os han paralizado los lápices? ¡Escribanlo todo!

—A ver, hermano —dijo uno de los Musulmanes, cuando menos lo esperaba nadie—. ¡Dilo clarito, que lo entendamos!

«*La verdad es*», recuerda Robert Lipsyte, «*que Stepin Fetchit era un tipo muy divertido. Trataba de convencer a todo el mundo de que eso de rascarse la cabeza y andar arrastrando los pies era un modo de salir adelante, como la astuta deferencia de los indios colonizados en la India sometida a los británicos*». Se da la circunstancia de que Fetchit se convirtió a la Nación del Islam unos años más tarde.

La mayoría de los periódicos seguía llamando Cassius Clay a Muhammad Ali. Casi todos los periodistas estaban de acuerdo con sus jefes de redacción, y no se les habría pasado por la cabeza enfrentarse con ellos a ese respecto. Lipsyte, no obstante, no se sentía a gusto con el hecho de que el Times siguiera llamando Clay al campeón (*«también conocido en ocasiones por el nombre de Muhammad Ali»*), y un día fue a hablar con Ali, para darle explicaciones. Ali le dio unos golpecitos en la nuca y le dijo que no se preocupara:

—No eres más que el hermanito pequeño de la estructura de poder de los blancos —le dijo.

Ali, como de costumbre, se mantenía accesible a todos los periodistas y visitantes. Un día llegó al gimnasio un joven campeón olímpico:

—¿Tienes algún consejo que darme? —le preguntó Joe Frazier a Muhammad Ali.

—Sí —le contestó Ali—, pierde peso y pásate a los semipesados. Cuando Ali se trasladó de Chicopee Falls a un Holiday Inn más cerca de

Lewiston, unos días antes de la pelea, una docena de policías, tanto de uniforme como de paisano, lo recibieron en la raya de la frontera, para acompañarlo hasta Maine. Ali aceptó la protección, pero burlándose. «Yo sólo temo a Alá», dijo. «Él me protegerá. Todo el mundo me quiere: los blancos, los negros, los amarillos. Nadie quiere matarme. Si me disparan, la pistola les estallará en las manos. Las balas se volverán contra ellos. Alá me protegerá.» Además, señaló: «Soy demasiado rápido para que me alcance una bala.» Todo ello estaba muy bien, para el campeón, pero la dirección de *The Boston Globe* decidió contratarles un seguro especial a los cinco periodistas que tenía en Lewiston.

Si comparamos con los números que montó antes de la pelea de Miami, hay que decir que en esta ocasión Ali se comportaba de un modo relativamente discreto. A juzgar por lo habitual en él, al menos. Se propuso asaltar el campo de entrenamiento de Liston en Poland Springs, pero cambió de idea cuando averiguó que el dueño del hotel había pedido que

le prestaran dos osos de la fauna local y los tenía encadenados junto a la entrada.

Ali había eliminado todo el sobrepeso que ganó en África, pero lo cierto era que en el gimnasio le estaban dando bastante fuerte, sobre todo Jimmy Ellis. Pero se trataba de algo intencionado. A lo largo de su carrera, Ali siempre preparó sus combates más importantes permitiendo que sus sparrings le pegaran muy fuerte, porque así mejoraba su defensa y su capacidad de encajar golpes.

En casa, sin embargo, Ali estaba pasándolo muy mal. Su relación con Sonji se venía abajo. Sonji había tenido algún que otro contacto con los Musulmanes, pero seguía utilizando maquillaje y poniéndose ropa inapropiada a ojos de la multitud de miembros de la Nación que permanentemente pululaban en torno a Ali, y éste no soportaba el bochorno. En cierta ocasión llegó a expresar su queja en voz alta, cuando Sonji apareció con un conjunto de ante muy ceñido. Ali le pidió que volviera a casa y se pusiera algo más decente.

Años más tarde, Ali no tendría inconveniente en admitir que había estado profundamente enamorado de Sonji y que su matrimonio había conocido muchos momentos de felicidad, especialmente cuando estaban solos, lejos de las miradas reprobadoras de sus compañeros Musulmanes. Ali le cantaba casi todas las noches a Sonji su canción favorita, el Stand By Me de Ben E. King. Pero había veces en que a Ali le resultaba imposible soportar el desajuste que había entre ellos. Se enfadaba cuando ella cuestionaba las restricciones y los mitos de los Musulmanes, o cuando le

hacía ver que su comportamiento variaba muchísimo según estuvieran solos o en compañía de Herbert Muhammad o algún otro musulmán. En una ocasión, Ali llegó a abofetear a Sonji, algo que recordaba, lamentándolo, treinta y tantos años más tarde: «*Estuvo mal*», le ha dicho a Thomas Hauser. «*Fue la única vez que hice algo así, y después de haberle dado la bofetada me sentí yo peor que ella. Me hizo más daño a mí que a ella. Era joven, veintidós años, y ella estaba haciendo cosas en contra de mi religión. Pero eso no es excusa. Un hombre nunca debe pegarle a una mujer.*»

No obstante, a pesar de la commoción, de los rumores de violencia y de los desarreglos conyugales, Ali conservaba la calma, incluso en lo tocante a la pelea con Liston. Cuando empezó a reducir el nivel de entrenamiento, dejándolo en unas cuantas carreras mañaneras con Howard Bingham, Ali apenas si hacia nada más que dejar pasar el tiempo en su suite del segundo piso del Holiday Inn. Cierta tarde estaban en la habitación —con Ali y con Sonji— tanto Bundini como Pat Putman, de The Miami Herald. Bundini estaba en el cuarto de baño y Ali en la cama. Sonji se cepillaba el pelo frente a un tocador. La policía ocupaba una serie de habitaciones, pasillo abajo. De pronto, se oyó un disparo. «*Era el puñetero loco de Bundini, jugando con su pistola en el cuarto de baño, y se le disparó*», ha dicho Putman. «*Todo el mundo se quedó más tenso que una piel de tambor, menos Ali. Ni que decir tiene que se comió vivo a Bundini, pero ahí quedó la cosa. Tenía la cabeza en la pelea, no en los escuadrones de la muerte que le pudieran haber enviado.*»

Liston se entrenaba ahora en la estación balnearia de Poland Springs. Entre los huéspedes del hotel había más de cien sacerdotes católicos que asistían a una convención y también los participantes en un multitudinario concurso de trompeta y tambor. Los cronistas de boxeo, que hasta entonces habían vivido en el convencimiento de que el sol salía a las diez de la mañana, se llevaron una desagradabilísima sorpresa cuando primero los despertaban a las siete de la madrugada, a golpe de tambor y trompeta, y luego tenían que desayunar con una cáfila de hombres vestidos de negro. Tampoco los impresionó mucho el propio hotel, el Poland Springs, que en cuanto a servicios parecía algo así como el epítome de las posadas polvorrientas que uno ve en los westerns de John Ford. A guisa de «salida de incendios» había una larga soga en cada habitación. Los cuartos de baño eran comunes.

En el cuartel general de Liston, la determinación iba cediendo su sitio al cansancio y la dejadez. Liston se peleaba a grito pelado con Jack Nilon, no sólo en privado, sino también en el vestíbulo del hotel. Generalmente, por culpa del dinero. Geraldine Liston dijo, años más tarde, que a Sonny le dieron 250.000 dólares por la segunda pelea con Ali, pero que nunca vio los 150.000 que le debían por el combate celebrado en Miami. Liston lo estaba pasando francamente mal en Lewiston.

«*Fue muy decepcionante*», dijo Geraldine, años después. «*El entrenamiento era malo. Había humedad. Estaba todo mojado. Y el sitio aquel, tan pequeño, donde iban a pelear, era espantoso. De modo que Sonny estaba*

muy decepcionado y yo... Creo que había llegado a un punto en que le daba igual ganar que perder. Estaba con el ánimo muy bajo.»

Si alguien de la Nación del Islam visitó de veras a Liston, el caso es que él no lo hizo público. En lo que sí ponía todo su empeño era en hacer alarde de su desdén por Ali. También en esta ocasión iba arropado por los tradicionalistas de los pesos pesados —Louis, Marciano, Walcott, Braddock y Patterson—, y tradicional fue también su método de trabajo. Bajo una espectacular araña de cristal, y con la luz del sol filtrándose por las vidrieras de colores, Liston hacía cuerda a la música de Railroad NoNN 2, de Lionel Hampton, cuyo ritmo era más animado que el de *Night Train*. A ojo de quien no fuera un experto, daba la impresión de que seguía dominando a aquellos de sus sparrings que habían reunido valor para seguir hasta el final. «*No me digan que le tengo miedo a Clay*», dijo Liston a los periodistas durante una sesión de entrenamiento. «*Lo único que me preocupa es que abra tanto la bocaza esa que tiene que se me pierda dentro un brazo. Tengo que redimirme de haber permitido que Clay me arrebatara el título... Lo voy a convertir de verdad, pero en cadáver.*» Seis días antes del combate, el médico de la Comisión Deportiva de Maine declaró que Liston era el hombre más en forma que él había examinado nunca.

Puede que los médicos de Maine no estuvieran acostumbrados a un nivel de forma demasiado alto. La verdad era muy otra. El aplazamiento había hecho perder el ritmo a Liston. Dado su poco carácter y lo avanzado de su edad, tirar por la borda lo que había logrado en la primera fase del entrenamiento y luego verse obligado a empezar otra vez, por culpa de la

hernia de Ali, fue mucho más de lo que pudo soportar. Bebía bastante, por lo general whisky J&B, y pasaba las noches en vela. A los perros viejos del boxeo que lo rodeaban en el campamento se les hizo evidente que Liston estaba envejeciendo ante sus ojos. Cuando un sparring, Wendell Newton, su puso a imitar en el ring la velocidad de Ali, Liston dio toda la impresión de quedarse sin aliento. ¿Qué iba a poder hacer contra el verdadero Ali? Amos «Big Train» Lincoln hizo todo lo posible por levantarle el ánimo a Liston, ofreciéndose para que le pegara a gusto, pero no sirvió de gran cosa. Liston se tambaleaba, mas no por ello dejaba de exhibir su mal talante a ojos de los periodistas allí presentes. Ello hizo que Mark Kram, del *Sports Illustrated*, escribiera: «*Liston sigue siendo Liston: un primitivo social, tristemente desconfiado, un niño pequeño en el cuerpo de un hombre hecho y derecho.*»

Un sacerdote de su campo de entrenamiento dijo que Liston era «*un hombre herido y humillado*». Gil Rogin, que más adelante sería jefe de redacción del *Sports Illustrated*, había escrito para esta revista un artículo verdaderamente profético, hablando de la desintegración del espíritu y del talento pugilístico de Liston que se había producido ya mientras entrenaba en Massachusetts.

«*Se le ve en los ojos*», le dijo a Rogin uno de los sparrings de Liston. «*Ya no dan tanto miedo como antes.*»

«*Un día eres el campeón y tus amigos te dicen: "No, campeón, nadie en el mundo puede ganarte a ti"*», comentó Liston un día, al volver de la compra con Geraldine. «*Luego dejas de ser el campeón y te quedas solo. En ese momento,*

tus amigos y todos los que han estado viviendo a tu costa te dejan de hablar a ti directamente y empiezan a hablar todo el tiempo de ti. Y lo que dicen no es lo que decían antes.»

Liston parecía pensativo, más reflexivo y triste que nunca. En Poland Springs cayó abiertamente en la melancolía. Geraldine y él visitaron un cementerio del siglo XIX que había cerca del hotel. Se detuvieron ante la tumba de un tal Richard Pottle, cuya lápida rezaba:

Que te vaya bien.

*¿Por qué llorar
viéndote aquí
profundamente descansar?*

—Tenemos que hacer fotos de esta lápida, Charles —dijo Geraldine.
—¿Para qué? —contestó Liston—. Bastante pronto vas a tener la tuya propia, y además para siempre.

XV

EL GOLPE DE ANCLA

25 de mayo de 1965

La muchedumbre, si así podía llamársele, empezó a congregarse frente al *St. Dominic's* al caer el sol. Se había anunciado la asistencia de 4.280 personas, pero estaba claro, una vez en el local, que la verdadera cifra no pasaba de tres mil, como mucho. Los ciudadanos de Lewiston y alrededores centraban su interés en el concurso de tambor y trompeta. Los promotores ofrecían entradas prácticamente gratis, pero nadie las quería. La pelea era para las cámaras y la prensa. Los técnicos habían levantado un conjunto de torres de radiodifusión en el aparcamiento, para transmitir por primera vez la pelea por el título a África y la Unión Soviética. La Western Union tenía preparado una fila de camiones para la emisión de texto. La UPI contrató a los cuatro corredores más rápidos del Bates College para llevar los mensajes escritos desde la primera fila de ring hasta los camiones. Hoy tendrían que correr muy de prisa, pero sería una noche bastante corta.

La paranoia había aumentado en Lewiston. Los hombres de seguridad registraban bolsos, maletines y bolsillos. Cuando entraba en el local, la mujer de Red Smith dijo lo siguiente al hombre que le hurgaba en el bolso:

—Ahí no va a encontrar usted nada. La pistola la llevo en el liguero. Jimmy Cannon, todavía en pleno ánimo de crisis, sin aliento, hizo saber que dos funcionarios de la sección de homicidios de Nueva York seguían registrado *St. Dominic's* la noche misma del combate, en busca de explosivos. «Buscaban bombas de gas letal, que... según un matón de la mezquita de Boston, con antecedentes policiales, estaban colocadas entre los andamiajes de acero», escribió Cannon. «*No las encontraron, pero a continuación se situaron ante la puerta y procedieron a arrestar a los nacionalistas negros que iban localizando. Los conocen a todos.*»

Proseguía Cannon: «*En el edificio de cemento armado se habían infiltrado doscientos policías de Maine, de todos los niveles del escalafón: agentes urbanos de Lewiston, ayudantes de sheriff del condado, policías estatales de tráfico y, moviéndose discretamente entre todos ellos, agentes del FBI. Hasta a los inspectores estatales de fabricación y consumo alcohólico les habían dado pistolas esa noche, y las llevaban a la cintura, en sus correspondientes fundas. Se registraron todos los bolsos de las señoras que accedían al recinto, y hubo que abrir, para inspección, todos los paquetes, carteras y bolsas. Colaboraban en las tareas de control los gorilas de los Musulmanes Negros, que se aliaban con las fuerzas del orden para proteger al único negro famoso que apoyaba públicamente su cruzada a favor de la supremacía negra.*» Lo que no decía Cannon era que, para empezar, si allí había tantos policías y agentes especiales era por culpa de su crónica —y, por tanto, de la astuta manipulación de los rumores que había hecho Harold Conrad.

Ali esperó hasta las nueve para salir del hotel con destino al recinto deportivo. Llevaba unos pantalones vaqueros y una sudadera. Mort Sharnik, de *Sports Illustrated*, que acompañaba a Ali, dijo el campeón no iba de muy buen talante.

—¿Cómo ves tú la pelea? —preguntó Sharnik a Ali.

Ante una pregunta así, lo normal habría sido que Ali se embarcara en un número completo, con imitaciones de su contrincante y de los presentadores de ring. Pero esta vez, tranquilo y serio, dijo que sería una pelea rara.

—Puede que al principio yo no lance un solo golpe. Voy a limitarme a retroceder, que Liston me persiga, y de pronto ¡bang! Le meto la mano derecha y se terminó.

—Una pelea corta —dijo Sharnik.

—Va a ser una pelea corta, sí —dijo Ali—. Así es el boxeo. No hay plan. No se parece a ningún otro deporte. Pero creo que voy a poder con él. La última vez podría haberlo noqueado en el asalto que predije.

Ali no estaba improvisando para Sharnik. Tres semanas antes ya le había contado a un periodista un sueño recurrente que tenía: nada más sonar la campana cruzaba el cuadrilátero corriendo y le metía a Liston una rápida mano derecha. «*Es un truco psicológico que me enseñó el viejo Archie Moore*», dijo, «*y es para que el oso se entere de quién está al mando. En el sueño no lo veo caer a la lona, pero no logra recuperarse y le gano por la vía rápida*».

Mientras tanto, Liston recibía en su vestuario la visita de José Torres, campeón de los semipesados, que se encontraba en Lewiston para ocuparse de la retransmisión del combate en español. Torres le preguntó a Liston si había visto su pelea con Willie Pastrano con el título en juego. Liston dijo que sí.

— Pues tú tienes que hacer lo mismo — dijo Torres —. Cortarle el ring.

Tienes que cortarle el ring a Ali.

Los funcionarios responsables del boxeo en Maine no se molestaron en reunir un grupo de gente de primer nivel para coordinar la pelea. El juez árbitro, Jersey Joe Walcott, había sido campeón del mundo en sus tiempos, desde luego, pero en su nueva profesión no poseía un gran currículu. Era un «*famoso metido a árbitro*», contratado sobre el supuesto de que no había que ser ningún genio para poner a dos pesos pesados juntos y, al final, contar hasta diez. El encargado de medir los tiempos de caída era Francis McDonough, impresor retirado, de sesenta y tres años. El árbitro siempre coordina su conteo con el medidor de tiempos, pero la verdad es que Walcott nunca llegó a saber dónde se sentaba McDonough. El cronometrador oficial era una maestro de escuela de cincuenta y cinco años llamado Russell Carroll, que llevaba treinta y tantos años cronometrando peleas, entre ellas la más rápida de que se tiene noticia en la historia del boxeo, un extraño show de diez segundos y medios en el que un púgil llamado Al Couture cruzó el ring una fracción de segundo antes de que sonara la campana y le atizó a su rival mientras éste volvía la cabeza para mirarlo de frente. Lo normal es que en las cercanías del ring, cuando

no sobre él, haya un cronómetro. No fue así en Lewiston. Todo lo relativo al tiempo quedaba a cargo de los cronómetros que McDonough y Carroll tenía en sus manos.

El honor de interpretar el himno nacional correspondió a Robert Goulet, un cantante muy eficaz despertando los sentimientos del oyente, como hecho a medida para Las Vegas y las veladas de boxeo. Pero ésta no sería su mejor noche en el ring. Cuando salía de su vestuario empezó a buscarse por todos los bolsillos y tuvo que llegar a la conclusión de que había perdido sus «*chuletas*», en este caso la letra de The Star-Spangled Banner.

«¿Qué hago ahora?», se preguntaba Goulet mientras se metía entre las cuerdas para saltar al cuadrilátero. Luego, para colmo, resultó que apenas si lograba oír las notas del órgano que lo acompañaba. Cameleó con la letra y las pasó moradas para seguir la melodía: parecía un niño pequeño tratando de no perder el paso de su apresurado padre, entre una multitud de gente. Hubo sonrisas en la sección de prensa y en las filas de los famosos. Estaban, entre otros, Elizabeth Taylor, Jackie Gleason y Frank Sinatra.

En su rincón, Ali parecía más seguro de sí mismo que en Miami. No se le notaba inquietud alguna, ni en el trote de calentamiento ni en la mirada. ¿Tendría alguna vez, en el futuro, un aspecto más resplandeciente? Llevaba unos calzones blancos con franjas negras. Pesaba 93,4 kilos y se le veía mucho más fuerte, tanto de torso como de brazos.

Liston, por su parte, parecía ausente, lejos de allí. Se quitó el batín e hizo estiramientos de torso, primero hacia delante y hacia atrás, luego hacia ambos lados. Pesaba 97,5 kilos y llevaba calzones negros con franjas blancas.

Cuando sonó la campana inicial, un enviado especial de UPI le alargó a uno de los corredores del Bates College un parte con el texto siguiente: «*Ha comenzado la pelea Clay-Liston. Damos a continuación todos los detalles del combate, asalto por asalto...*»

Cuando el chico de Bates llegaba con esa nota al camión transmisor, el empleado de la Western Union, que seguía el combate en un monitor, tenía novedades que contarle.

Los aficionados al boxeo han estudiado las filmaciones del minuto — más o menos — siguiente con la misma atención fanática que los eruditos sobre el asesinato de Kennedy han puesto en la película de Zapruder. Pero, a diferencia de la película de Zapruder, con sus colores distorsionados y sus nubes de sangre, las filmaciones del Ali-Liston sí que despejan todo el misterio que supuestamente envolvió la acción, mientras sucedía.

Como mejor se ve la película, por supuesto, es a cámara lenta.

En su sueño, Ali cruza el cuadrilátero y abre la pelea con un golpe de derecha. Pero Liston lo encaja fácilmente, y viene a continuación un minuto que Ali invierte en danzar alrededor de su rival, en el sentido de las agujas del reloj, con los guantes a la altura de las caderas. Liston lo persigue pesadamente. Pasan veinte segundos sin que ninguno de los dos intente

siquiera lanzar un golpe. Entonces, Liston llega a la conclusión de que tiene que pelear y lanza cuatro veces la izquierda. Todas ellas entran, pero sin fuerza, porque Ali las ha dejado sin ella, echándose hacia atrás y parándolas con los guantes y los antebrazos. Liston pega una y otra vez, pero ninguno de sus golpes alcanza claramente a Ali.

Entonces llega el momento que dejó desconcertados a muchos de los asistentes. Con Ali deslizándose por las cuerdas, Liston arremete con la izquierda por delante. Ali retira la mandíbula justo lo suficiente para evitar todo daño y, a continuación, mientras gira hacia adelante, lanza una mano en trayectoria ascendente contra la sien de Liston. La cabeza de éste se inclina a un lado y el púgil se derrumba directamente contra la lona. Puede que de haberse producido en un momento posterior de la pelea este golpe no hubiera sido suficiente para tumbar a Liston, pero éste acaba ahora de perder el equilibrio por el golpe fallido, frustrado, y aún no ha entrado en calor, porque sólo llevamos un minuto de pelea.

Ni que decir tiene que todo esto se percibe gracias a un proyector que reduce la velocidad de los púgiles del modo en que el fotógrafo Eadweard Muybridge redujo el galope de un caballo de carreras a una sucesión de imágenes fijas y fácilmente discernibles. Si vemos la película en tiempo real, hay un minuto, más o menos, de bailoteo inane, unos cuantos zarpazos y, a continuación, un momento en el que Ali, evidentemente, hace algo —su brazo se convierte en un latigazo borroso—, pero lo único que queda perfectamente claro es que lo ocurrido ha afectado profundamente a Sonny Liston, que está ahora tendido en el suelo cuan largo es. El momento

es tan confuso, y tan rápida la caída de Liston, que muchos espectadores bien podrían haber pensado que a Liston acababan de pegarle un tiro desde fuera del ring. No obstante, varios observadores afirmaron, antes de tener acceso a la visión en cámara lenta de lo sucedido, que ellos habían captado perfectamente el golpe.

«Era como si Ali hubiese tenido una visión del golpe mientras iba en el autobús», dijo Mort Sharnik, que ocupaba asiento de primera fila. *«Liston sobrecargó la izquierda y la lanzó, Ali esquivó el golpe echándose hacia atrás y apartándose, y luego, al incorporarse, levantó la mano derecha y la dejó caer mientras Liston caía hacia adelante. Liston no vio venir el golpe, que le dio en la mejilla, y siempre son los golpes que no se ven venir los que causan los peores problemas. La gente habló de “golpe fantasma”. En seguida se empezó a oír la frase. Bueno, pues yo estaba ahí con Floyd Patterson a un lado y Cus D’Amato al otro, y también había un agente de la policía estatal de Maine, con un sombrero como del oso Yogui, gritando “¡Le ha dado en plena mandíbula!”. Y todos nosotros vimos lo que pasó. No nos planteamos ninguna duda al respecto, ya en un primer instante.»*

A cámara lenta, vemos que la fuerza descendente del golpe no sólo le ladea el cuello a Liston, sino que le hace levantar el pie izquierdo del suelo antes de caer sobre la lona. «Es uno de los golpes que yo enseño», dijo Angelo Dundee mientras miraba la filmación, treinta y tantos años más tarde. «Parar, deslizarse hacia la derecha, dejar caer la mano derecha. Liston no lo vio, pero es uno de esos golpes que te sacan de donde estés.» Mientras Liston caía, Ali intentó encadenar un gancho de izquierda, pero falló. Liston ya estaba en el suelo.

«*El golpe dejó liquidado a Liston*», declaró entonces Chicky Ferrara, un avezado entrenador que Dundee había situado cerca del rincón de Liston, para evitar que se produjesen incidentes como el de la ceguera de Ali en la pelea anterior. «*Pestañeó tres veces, como tratando de despejarse la cabeza, y yo miré a Willie Reddish. Me di cuenta de la cara que se le puso al comprender que su púgil estaba en serios apuros.*» Liston cayó de espaldas, con los brazos hacia atrás. Las normas del boxeo exigen que el púgil que queda en pie se eche inmediatamente hacia atrás, antes de que el árbitro inicie la cuenta. Pero Ali se negaba a retirarse. Jersey Joe Walcott se pasó de condescendiente, en este punto, porque debió obligarlo a que lo hiciera.

Ali seguía ahí, cerniéndose sobre Liston. Seguía con la mano derecha como a punto de golpear de nuevo, y le gritaba a Liston:

— ¡Levántate y pelea, desgraciado! ¿No eras tan malo? ¡Nadie lo diría!

En ese momento apretó el disparador un joven fotógrafo de Sports Illustrated llamado Neil Leifer. La foto resultante —Ali sobre Liston, feroz y bello— fue la imagen perdurable del combate. Puede que incluso sea la mejor imagen perdurable del Ali en un cuadrilátero, sin más. Leifer tenía sus ídolos entre los fotógrafos de prensa de la generación anterior a la suya: Mark Kaufman, John Zimmerman y Hy Peskin en el Sports Illustrated, George Silk en Life. A principios de los sesenta los fotógrafos ya no utilizaban la abultada Speed Graphics favorita de WeeGee, sino cámaras réflex de dos objetivos, o cámaras de 35 milímetros. «*El boxeo, para el fotógrafo, consistía en adelantarse*», ha dicho Leifer. «*Con la Rolleiflex y el flash, disparabas una vez y luego tenías que reboninar y esperar entre tres y cinco*

segundos a que se recargara el flash. Aún no disponíamos de la supertecnología, pero en los principios de la carrera de Ali la situación, para los fotógrafos, era mejor de lo que sería años más tarde. Había tres cuerdas, no cuatro. Había menos luces, de modo que el fondo salía negro. No había publicidad de coches o cervezas en los faldones del ring. La gente fumaba, y el humo ponía un toque dramático en el ambiente. Y todo esto fue antes de que la televisión se deshiciera de los flashes, para poder iluminar más dramáticamente. Las imágenes eran más poéticas entonces.»

Leifer gozó de dos ventajas: la poesía y la suerte. «*Estaba en el sitio adecuado*», ha dicho. «*Tenía visión directa, sin el árbitro por medio. Nos habíamos tirado tres días iluminando el ring y sobornando a los electricistas del local. Las luces nos las prestó el hipódromo Roosevelt, de Long Island –cuarenta condensadores de casi cuarenta kilos cada uno– y nos las trajimos a Maine en camión. Las usamos para un ojo de pez de todo el recinto en el momento del K.O. Todo salió perfecto. Estaba tomando la foto y ya sabía que el sitio era perfecto. Menos una cosa. Para la portada utilizaron una de las fotos que sacó George Silk del momento del golpe, y la mía la pusieron dentro, con la crónica.*»

Ali, por fin, se apartó de Liston, que seguía en el suelo, y permitió que Walcott lo condujera a un rincón neutral. Pero a esas alturas ya todo estaba fuera de control. El público gritaba «*;Tongo, tongo!*», Liston seguía durmiendo sobre la lona y Walcott estaba desconcertado al máximo. «*Me quedé con Clay, apartándolo, porque temía que se acercase a Liston y le diera una patada en la cabeza*», comunicó Walcott a los periodistas. «*Clay era como un salvaje. Corría por todo el ring gritándole a Liston que se levantase. Ya podéis imaginarnos lo que habrían dicho de mí si Clay le hubiera dado una patada a Liston*

en la cabeza. También podía haberle pegado a Sonny mientras se levantaba... Yo, como todos los árbitros, estaba ahí para proteger al púgil caído. Liston era un hombre hecho trizas. Se le notaba por los ojos vidriosos que tenía. Daba igual que yo contara o dejase de contar, podía haber contado hasta veinticuatro. Liston estaba en el mundo de los sueños, y lo único que podía haber pasado es que saliese del asunto con una lesión grave.» Walcott no llegó a contarle el K.O. a Liston, según él, por la sencilla razón de que Clay no se le permitió. Tampoco le llegaba el conteo del cronometrador de caídas. «Tendrían que haber puesto un altavoz», se lamentaba Walcott.

Entre los circundantes, quienes conservaban la presencia de ánimo suficiente para pensar en términos históricos recordaron inmediatamente el Tunney-Dempsey de 1927, cuando este último no se molestó en situarse en rincón neutral mientras Tunney estaba en el suelo. Tunney logró levantarse en un momento en que ya le habrían contado «catorce», si el árbitro hubiera podido iniciar el conteo, y acabó ganando el combate.

Francis McDonough, el cronometrador de caídas, se vio perseguido durante años por los periodistas que desconfiaban de él, hasta que al final se negó a tratar con ellos. Murió en 1968. «*Si a alguien hay que echarle la culpa de semejante fracaso*», dijo, «*es al desgraciado ese de Clay. Si Clay se hubiera ido a un rincón neutral, en lugar de quedarse correteando como un poseso, nos habríamos evitado todos estos problemas. Yo puse en marcha el cronómetro cuando Liston tocó la lona, y lo mantuve hasta que vi que marcaba doce segundos y lo paré. Cuando se me acercó el árbitro, le dije que había parado el cronómetro a los doce*

segundos y que Liston en aquel momento ya llevaba en la lona por lo menos veinte segundos».

Y, sin embargo, cuando ya Ali estaba bien situado en un rincón neutral, Liston se puso en pie. Walcott le limpió los guantes en su camisa y convocó a los púgiles para reanudar la pelea. Ali se acercó a Liston con ánimo de liquidarlo cuanto antes. Empezó inmediatamente a golpear, sin prestar demasiada atención ni a la coreografía ni a la defensa. Buscaba el K.O.

Pero, al mismo tiempo, con ambos púgiles en acción, Walcott empezó a alejarse de ellos para situarse en el borde del cuadrilátero. Estaba contestando al llamamiento de Nat Fleischer, gran decano de la prensa boxística y redactor jefe de la revista Ring, que gritaba su nombre.

– ¡Joe, Joe! ¡La pelea ha terminado! ¡La pelea ha terminado!

– ¿Qué?

– ¡Que la pelea ha terminado!

Fleischer estaba junto McDonough, y le dijo a Walcott que Liston había permanecido en el suelo mucho más de los diez segundos reglamentarios. Así instruido, Walcott regresó junto a los púgiles y los separó. Se ha terminado, les dijo, y declaró vencedor a Ali, que de tal modo retenía su título de los pesos pesados.

Liston estaba confuso y grogui. Willie Reddish tuvo que sujetarlo por el codo para conducirlo a su banqueta.

Dundee atravesó el ring para consolar a Liston y a sus cuidadores. «Miré a Sonny y le dije “Una pelea muy dura, Sonny”. Él ni siquiera me veía», ha dicho Dundee.

«*Fue todo un desastre*», ha dicho Ferdie Pacheco. «*Nos hallábamos en un estado donde nadie sabía nada de boxeo. Fue una comedia de disparates. Pero ni se me pasa por la cabeza que el desenlace hubiera podido ser otro. Liston se había entrenado a la manera de los viejos púgiles, para ponerse en una forma aceptable. Más allá no puede ir ningún púgil viejo. Es como si ya tienes el depósito lleno de gasolina y no te cabe más. Cuando a Ali le ocurrió lo de la hernia, Liston no pudo sostenerse al límite. Cuando uno es viejo, los músculos no lo aguantan, porque ya no son jóvenes. Y si te pasas de punto en los entrenamientos, estás terminado. Mientras tanto, Ali disfrutó de un buen periodo de descanso. Lo mismo ocurrió en Zaire, diez años más tarde. Ali no estaba totalmente preparado, Frazier sufrió un corte en los entrenamientos, hubo que posponer el combate, Ali se puso verdaderamente a punto y acabó ganando. Si nos paramos a considerar la carrera de Ali, no se puede dejar de tener en cuenta el factor suerte. Ali, mientras no alargó demasiado las cosas, y tuvo que pagar por ello, la verdad es que parecía gozar de una bendición.*»

Pero no eran solamente los segundos de Ali quienes se daban cuenta de que Liston estaba acabado. Una vez en el vestuario, Liston le pidió con voz suave a uno de sus ayudantes, Milt Bailey, que le diera a oler sales. «*Oler sales es algo muy desagradable. No se te ocurre pedirlo si no te han pegado verdaderamente fuerte*», ha dicho Bailey. «*Lo sentí muchísimo por él. Lo peor del*

asunto era que Sonny estaba preparado para la fecha en que la pelea iba a celebrarse en Boston, pero luego no estaba en forma. La perdió, y eso fue todo.»

Floyd Patterson, que algo sabía de perder y de sentir vergüenza, estuvo entre los visitantes del vestuario de Liston. Un gesto increíble por su parte, habida cuenta de lo humillantes que habían resultado sus derrotas ante Liston. Patterson estaba atónito ante el hecho de que Liston hubiera perdido tan de prisa. Había visto a Liston pelear contra púgiles muy duros —Machen, Williams y otros muchos— y nunca había parecido importarle recibir algún que otro golpe. Y ahora se había venido abajo con un simple golpe descendente de derecha. Liston estaba solo, sentado en una mesa de masaje.

—Sé cómo te sientes —le dijo Patterson en tono deferente, con suavidad—. Lo he sufrido en mis propias carnes.

Liston no contestó en seguida, y Patterson se sorprendió al notar que en sus ojos seguía habiendo la misma mirada de antes, la de «mala intención». Patterson dijo unas cuantas frases de consuelo más, pero al cabo de un tiempo llegó a la conclusión de que no podía conectar con Liston. Era una tontería seguir intentándolo.

—Bueno, pues hasta luego —dijo Patterson, y volvió a la puerta.

Liston se levantó, corrió tras Patterson y le puso un brazo sobre el hombro:

—Gracias —le dijo, y Patterson se sintió algo mejor.

«Entonces supe que le había llegado.»

Allá en cuadrilátero, Ali regresó a su rincón. Su hermano Rahaman le quitó el protector.

—Se ha tirado —dijo Ali, en voz baja.

—No, lo has tirado tú —contestó Rahaman.

—Creo que se ha...

—No, tío, lo has tirado tú —insistió Rahaman.

Al final, tuvieron que poner a Ali delante de un monitor de televisión y enseñarle la pelea a cámara lenta. Así pudo ver lo que había conseguido gracias a sus reflejos y a su potencia. Ali no tardó en ponerle nombre al golpe, aunque alternaba entre «*mi golpe de kárate*» y «*el famoso golpe de ancla*», aunque en este último caso no olvidaba mencionar que la frase era de Jack Johnson y que a él se la había pasado Stepin Fetchit. Más tarde, Nat Fleischer dijo que había estudiado el asunto a fondo y que había llegado a la conclusión de que Jack Johnson nunca había utilizado semejante golpe. A su entender, el golpe de Ali más bien debía compararse con el que practicaba Charles «Kid» McCoy, campeón de los semipesados en la vuelta del siglo: el «*golpe del sacacorchos*».

Sea cual sea el nombre que mejor le cuadre, Ali dijo más adelante que había sido «*una perfecta combinación de ritmo y equilibrio. Tuvo la potencia de dos automóviles chocando en movimiento, que es el doble de fuerte que si uno de los dos está parado en el momento de la colisión*». Liston declaró más tarde que se

había quedado tendido en la lona un poco más de lo necesario, porque Ali seguía ahí, y era un «*chiflado*». Temió que Ali lo golpeará mientras trataba de levantarse. Lo cierto, por otra parte, es que antes del K.O. tampoco había logrado acertarle a Ali ni una sola vez. Por decirlo en palabras de Jerry Izenberg, del Star Ledger de Newark: «*Si Ali no hubiera lanzado su golpe y la pelea se hubiera prolongado durante tres asaltos más de lo mismo, [Liston] ni se le habría acercado. Sonny no habría sido capaz de acertarle a Ali en el culo con un remo de canoa.*»

Liston nunca negó que Ali lo había alcanzado con un golpe verdaderamente fuerte. «*No creí que fuera capaz de pegar tan fuerte*», dijo. «*No abandoné. Me acertó de lleno y me hizo mucho daño. La mano derecha de Clay me dio en la mejilla izquierda y me sentí morir. Calculé que podría levantarme antes de la cuenta de diez, pero la verdad es que no se calcula muy bien cuando se está sonado. No es el golpe más fuerte que me han dado en mi vida, pero sí que fue duro.*»

Es probable que las dudas sobre la segunda pelea entre Ali y Liston sigan en pie mientras quede en el mundo algún aficionado al boxeo. Aun reconociendo el hecho de que Ali realmente le aplicó a Liston un golpe tremendo e inesperado, y aun teniendo en cuenta la confusión que se produjo en el ring y la disposición de Liston a proseguir el combate, cuando logró levantarse, sería una ingenuidad descartar por completo la posibilidad de que Liston se tirara —o de que estuviera dispuesto a tirarse.

Johnny Toco, un entrenador que trabajó con Liston tanto en Saint Louis como, más tarde, en Las Vegas, contó a los periodistas —antes de su

muerte, en 1997 – que a él también le había llegado el rumor de que los Musulmanes Negros habían tratado de intimidar a Liston. «*Le pregunté al respecto*», dijo Toco, «*y todo lo que Sonny me dijo fue “Vamos a no hablar del asunto. La pelea acabó como tenía que acabar”*». Según Toco, John Vitale le había dicho que la pelea no duraría más que un asalto. Pero, claro, un testimonio de oídas, hecho por un gángster de Saint Louis a una rata de cuadrilátero de Las Vegas, no podemos pretender que demuestre nada.

Ya anciana, a Geraldine Liston le dio por pedir dinero a quienes querían entrevistarla –arreglo que yo no acepté–. Pero en la última entrevista gratis que concedió, a una productora que trabajaba para el canal *Home Box Office*, en 1996, negó por completo que hubiera habido tongo.

«*Él decía: “unas veces se pierde, otras veces se gana... En todo tiene que haber un ganador, comprendes”. Era ese tipo de persona... Decía que son cosas que pasan... Si vendió el combate, se fue a la tumba sin decírmelo. Y yo, desde luego, no vi el dinero por ninguna parte, si lo vendió.*»

Ali nunca creyó que hubiera tongo, y su incredulidad no era solamente un modo de salvaguardar su reputación. Lo que dijo al respecto tenía sentido: «*Sonny es demasiado torpe y demasiado lento para vender una pelea. Y, además, habría esperado algo más de un minuto, aunque sólo fuera para guardar las apariencias. Le pegué como un rayo, con todos y cada uno de mis noventa y tantos kilos de peso, y les molestó terriblemente tener que reconocerlo... ¿No oísteis a la gente gritando “tongo”? ¿No oísteis cómo empezaron a gritar “se ha tirado” nada más que tocó el suelo? Yo quería que todo el mundo supiese que no estaba satisfecho con su K.O. Quería que todo el mundo supiese que yo no tenía*

nada que ver con ninguna clase de tongo... No me quitéis lo que me corresponde, porque cuando os pase algo, también vosotros tendréis lo que os corresponda... Hacedme justicia, aunque la gente siga diciendo que fue cuento. Mi boca ha eclipsado mi talento.»

Casi ningún periodista se inclinaba a conceder a Ali el beneficio de la duda. No, tras haber tenido que aguantar una semana de rumores de conspiración, para luego encontrarse con una pelea de apenas un minuto. Gene Ward, del Daily News, presentó así su crónica: «*Esta noche, un golpe de derecha, lanzado con fuerza aparente y que produjo un ruido sordo al impactar, noqueó a Sonny Liston cuando llevábamos un minuto del primer asalto, dando lugar a que la gente que llenaba el pequeño recinto de St. Dominic's prorrumpiera en gritos de "tongo" y "teatro".»*

Jimmy Cannon le echó la culpa a Liston. En uno de sus artículos dijo que la pelea Ali-Liston —«*una estafa y una farsa*»— podía ser la última gota, el «*asesinato*» definitivo del boxeo. «*Y el asesino es Sonny Liston, que en tiempos ejerció de gorila para el hampa de Saint Louis. Pues al diablo con el boxeo. Que se acabe. Se ha ganado a fondo su pasaporte para el olvido. No hay razón alguna para que siga existiendo.*»

Las augustas voces de *The New York Times* aprovecharon lo ocurrido para lanzar un ataque contra el boxeo propiamente dicho.

Bajo el titular de «*Un ring vacío*», el *Times* publicó un editorial en que se decía: «*Aceptando el principio de que resulta antideportivo atacar a un adversario cuando está en el suelo, posponemos en esta ocasión nuestra habitual*

proclama del día después pidiendo la abolición del boxeo profesional. ¿Quién, por mucho que deplore la brutalidad bestial, podría hallar falta alguna en la corta y gentil pelea que sostuvieron Clay y Liston, donde no hubo daño sino para los clientes? Hacía muchos años que tanta gente no viajaba tan lejos para ver tan poco. Cassius Clay y Sonny Liston, en lugar de “matarse” entre sí, como se pide en el pintoresco lenguaje del cuadrilátero, han presidido el principio del fin del boxeo comercial –o eso esperamos nosotros–. Un deporte tan enfermo como éste no podrá sobrevivir durante mucho tiempo más.»

Russell Baker escribió en su columna que la pelea había «hecho por el boxeo lo que París por la moda femenina: que el público pague una fortuna por el encanto de salir estafado... Esta crítica viene agravada por el hecho de que los púgiles suelen proceder de las clases hambrientas y ponen sus sesos en juego para proporcionar un poco de emoción a las gentes sobrealimentadas. Tener que pagar a dos chicos hambrientos para que se den de tortazos, y así no aburrirnos –porque otra cosa no nos vale, de puro sobrealimentados que estamos–, puede corromper el alma de cualquiera. Muhammad y Sonny salvaron de este peligro al público. No faltan quienes han llevado su postura crítica ante el show hasta el extremo de calificarlo de farsa. Están equivocados. Ninguno de los dos protagonistas tenía nada de divertido. Era una fábula moral en la que dos perdedores de la vida –los explotados– vuelven las tornas y explotan a sus explotadores.

»Lo divertido fue la cólera ultrajada de la multitud. Individuos que creen en Santa Claus. Con la cabeza llena de nociones infantiles sobre el enfrentamiento

entre el bien y el mal. Engañados por un par de malandrines astutos que, de no haber sido por sus buenos músculos y sus excelentes reflejos, ahora estarían echando el bofe por cuatro perras, en un puesto de limpiabotas, o machacando cráneos en un piquete».

Durante dos días más, como mínimo, con la ofensa todavía fresca, Cannon y Ward estuvieron en mayoría. Pero después de unos días de mirar las filmaciones, otros miembros de la prensa se mostraron más inclinados a creer lo que veían sus ojos. En las oficinas del Sports Illustrated hubo algún debate sobre lo ocurrido en Lewiston —Bud Schrake fue quien llevó la voz cantante en la denuncia del tongo—, pero la crónica principal, de Tex Maule, recogió la opinión mayoritaria de la redacción: la pelea y el puñetazo eran legítimos. Hasta Arthur Daley, de *The New York Times*, que rara vez había escrito algo amable sobre Ali, llegó a escribir: «La cinética es una rama de la física que se ocupa del efecto de las fuerzas. Pero no hay modo posible de aplicar la cinética al boxeo, para medir la fuerza de un golpe.»

El FBI no llevó a cabo una investigación a fondo, sobre el terreno, de la pelea de Lewiston, pero, a petición del representante en Maine del ministerio fiscal, varios agentes interrogaron a gran número de informadores, en busca de datos sobre un posible tongo. La oficina federal presentó un informe más bien vago, que, a juicio del fiscal, no justificaba seguir adelante con la investigación. «No pensó que hubiéramos reunido suficiente información», contó William Roemer, del FBI —poco antes de su

muerte – a un entrevistador del canal HBO. El informe, según el fiscal de los Estados Unidos, carecía de «valor persecutivo».

Y, sin embargo, tres años después de la pelea, Roemer y su colega John Basset interrogaron a un destacado miembro del hampa de Chicago, Bernard Glickman, que en aquella época se había convertido en testigo cooperante del gobierno. Glickman, que conocía bien a Liston de la época en que lo llevaba la Mafia de Saint Louis, declaró que él había oído cómo Liston le decía a su mujer que se pensaba tirar, y cómo Geraldine, a su vez, le contestaba «ya que vas a entregar la pelea, por lo menos no corras el riesgo de que te hagan daño. Si de todas formas vas a perder, adelante, tírate pronto». El problema, para el FBI, era que el testimonio de Glickman, sin nadie que lo corroborara, tenía muy escaso valor como base para seguir investigando. Glickman ya había incurrido en perjurio en otros casos relacionados con el hampa. Más aún: los investigadores del FBI quizá encontraran sospechosa la pelea, en principio, como les pasó a tantos periodistas, pero tampoco destaparon ningún resultado extraordinariamente beneficioso para nadie en las apuestas, de modo que pudiera pensarse en un amanero. Como tampoco tenía muy fácil respuesta esta pregunta; ¿por qué iba la Mafia a renunciar al campeonato del mundo de los pesos pesados –la mayor fuente de ingresos del ámbito del deporte –, a cambio de una ganancia a corto plazo?

Años más tarde, cuando Liston vivía en Las Vegas, se encontró un día, por casualidad, con Jerry Izenberg, del *Star Ledger* de Newark, uno de los periodistas que parecían caerle bien y en quienes confiaba. Tras

intercambiar una cuantas amenidades, decidieron sentarse juntos a desayunar. Pidieron lo que les apetecía y se pusieron a charlar. Lo primero que salió de la boca de Liston fue:

—No quiero hablar de Lewiston.

—Muy bien —contestó Izenberg—. Hablemos de cualquier otra cosa. Y así lo hicieron, durante un rato. Pero a partir de cierto momento Izenberg decidió poner por delante su deber profesional y dijo:

—Pero es que tenemos que hablar de ello. ¿Qué se siente? Dímelo en una sola frase y te prometo que nunca más volveré a preguntarte.

—En Lewiston perdí el campeonato mundial de los pesos pesados — dijo Liston—. Lo perdí porque Nat Fleischer dijo que lo había perdido.

—¿Qué hace de Fleischer el árbitro de la conducta en el ámbito del boxeo? ¿Quién le ha conferido esa autoridad?

—Era más rápido que Walcott contando hasta diez —dijo Liston.

XVI

LO QUE SIGNIFICA UN NOMBRE

El 23 de junio, un mes después de la pelea, Ali presentó en el tribunal del distrito de Dade Country, Florida, la solicitud de nulidad de su matrimonio con Sonji Clay. Los Musulmanes le habían dicho que tenía que elegir entre su pertenencia a la Nación del Islam o su matrimonio con una infiel. No contaba para nada que hubiera sido Herbert Muhammad quien en su momento se la presentase. En su plan no estaba previsto que se casaran.

Siendo novios, Ali y Sonji fueron en coche a una convención musulmana de Arizona. Durante ese viaje, el Capitán Sam los casó «islámicamente», desde el asiento delantero del coche, volviéndose a mirar a la joven pareja y diciendo: «*Yo te caso, yo te caso, yo te caso.*» Luego recibieron las bendiciones del estado de Indiana, por medio del juez de paz de la localidad de Gary.

En su demanda, Ali alegaba un incumplimiento de promesa por parte de Sonji, que se había comprometido a acatar los mandatos de la Nación del Islam. Su argumento entraba en gran detalle al tratar de la negativa de ella a seguir las normas musulmanas en el modo de vestir. Como prueba, mencionaba la disputa que tuvieron sobre una prenda que

se puso Sonji para asistir a una conferencia de prensa, con anterioridad a la pelea de Lewiston.

— ¡Se le veía todo! ¡Las costuras de la ropa interior! — diría Ali ante el tribunal—. ¡No está bien llevar unos pantalones ajustados cuando hay tanto hombre alrededor!

Los abogados de Ali se vinieron al tribunal con los pantalones en litigio y expresaron al juez la siguiente solicitud:

— Si el tribunal no halla objeción, querríamos que la señora Clay se pusiera esta prenda durante el próximo descanso.

— No creo que sea necesario — contestó el juez—. Este tribunal tiene mucha imaginación.

Sonji había acudido al tribunal con un vestido rojo hasta las rodillas. Su abogado le preguntó a Ali:

— ¿Diría usted que el vestido que hoy lleva la señora Clay es aceptable para los Musulmanes?

— No, es demasiado ajustado — dijo Ali—. Se le ven las rodillas, se le ven las extremidades. Lleva pestañas postizas y pintura de labios. Su aspecto es lujurioso y me hace sentir incómodo.

Salió a relucir que Sonji irritaba a Ali con su irreverencia. Cuando se puso a contarle la cosmología de los Musulmanes Negros, aquello de la gran rueda volante que bombardearía el mundo, ella le tomó el pelo, preguntándole por qué iba a salvarse del apocalipsis la casa de Elijah

Muhammad en Chicago, mientras ardía el resto del South Side. Y, coincidiendo en esto con Cassius Clay padre, Sonji no sentía gran respeto por los siniestros Musulmanes, y se preguntaba en voz alta si no andarían por ahí persiguiendo mujeres y despojando de su dinero al campeón del mundo, sin dejar por ello de predicar su ética puritana.

Sonji abandonó a Ali, muy enfadada, inmediatamente después de la pelea, y no volvieron a verse hasta el 11 de junio, en Chicago. Ese día, Ali quiso de llevarla a una tienda para comprar unos vestidos «*sencillos y simples*», hasta el suelo. Sonji estalló en cólera y le pidió que parara inmediatamente el coche para apearse. No volvieron a vivir juntos.

En su alegato, Ali afirmaba que el tema de la falta de modestia había sido una constante durante todo el año que llevaban casados. En cierta ocasión, tras haber él intentado borrarle el carmín de labios con un trapo, Sonji abandonó el hogar. «*Querido, no lo soporto más*», decía la nota que dejó a Ali. «*No soy feliz. Nunca he sido verdaderamente feliz.*»

«*Lo único que pasa es que amo a mi marido y quiero estar con él*», dijo Sonji a los periodistas. «*Lo malo es la religión esa. He tratado de aceptarla, y se lo he explicado a él, pero no logro entenderla. Me es muy difícil convertirme en lo que quieren que sea... Siempre hemos tenido nuestras pequeñas discusiones sobre la ropa. Yo le decía que si lo hacía sentirse incómodo me quedaría a un lado. Lo único que quiero es ser su mujer, y no me lo van a quitar así como así... Cassius me dijo que Elijah Muhammad le había dicho que yo estaba haciendo sentirse incómoda a toda la Nación Musulmana, por no llevar los vestidos largos y blancos que las mujeres musulmanas tienen que llevar. No bebo, no fumo, asisto a reuniones y*

actos de culto, respeto las normas relativas a la alimentación. Me bauticé en su religión. Todo menos la ropa. Nunca acepté eso. No estoy acostumbrada a llevar cosas así. Soy una mujer normal, como otra cualquiera. No me gusta llevar cosas así.»

Ali declaraba en su alegato que el matrimonio se había ido a pique en seguida, al día siguiente de haber hecho los votos. Según él, la promesa de Sonji de practicar la fe era un «*mero simulacro*», un engaño de Sonji destinado a procurarse las riquezas materiales que el campeón le prometía. «*Todas las chicas soñamos con encontrar a un Príncipe Azul que pueda permitirse lo que nosotras queremos*», dijo ella en cierta ocasión. «*Yo un día levanté la cabeza y ahí estaba el mío.*» Y, sin embargo, según todos los no Musulmanes de su entorno, el matrimonio entre Ali y Sonji parecía funcionar perfectamente, y las cosas sólo se complicaban cuando los líderes de la Nación presionaban a Ali. Se tenían cariño. Sonji incluso se llevaba bien con los padres de Ali. Con el tiempo, Ali se convertiría en un conquistador de talla mundial –el «misionero pélvico»–, pero mientras estuvo con Sonji le guardó fidelidad.

Cuando se dictó la sentencia de divorcio, Sonji salió con el corazón destrozado y sólo moderadamente enriquecida. El tribunal ordenó a Ali que le pagara 15.000 dólares al año durante diez años, más un pago único de 22.500 para cubrir sus costes legales. Cuando todo terminó, Ali le dejó a Sonji una amarga nota, donde decía: «Has cambiado el cielo por el infierno, querida.» Pero también él tenía el corazón roto. Estaba rodeado de ofertas sexuales –lacayos que se ofrecían a buscarle mujeres y mujeres que se

ofrecían ellas solas—. Pero, durante meses, Ali se mantuvo aparte. En cierta ocasión dijo que se había quedado solo en su habitación, oliendo el perfume de Sonji. Fue sólo cuando este perfume se desvaneció por completo cuando Ali regresó al mundo de las mujeres.

«*Ni que decir tiene que cuando Ali volvió con las mujeres fue con intención de batir todas las marcas mundiales*», ha dicho Pacheco. A diferencia de Jack Johnson, sin embargo, Ali nunca se acercó a las mujeres blancas. El estricto cumplimiento de la ley islámica excluía totalmente las relaciones sexuales fuera del matrimonio, pero, como de costumbre, Ali se lo montó por su cuenta. Para él, evitar a las mujeres blancas era una necesidad, tanto moral como política, una manifestación de fuerza y de pureza. Rara vez se expresaba con tanta vehemencia como al hablar del sexo y del matrimonio entre personas de distinta raza.

—Tío, estaba yo hace un par de meses en Chicago y vi a un blanco meterse en un motel con una negra —le contó a un entrevistador de Playboy—. Estuvo con ella dos o tres horas, y luego salieron. Y había por allí un montón de hermanos, viéndolo, y a ninguno se le ocurrió decir nada. Tendría que haberle apedreado el coche al tío ese, o que haberle echado la puerta abajo mientras estaba ahí follándosela. Algo, para que el individuo ese se enterara de que no les gustaba lo que estaba haciendo. ¿Cómo puede uno ser un hombre cuando otro hombre puede llegar y llevarse a tu mujer, a tu hija, a tu hermana, llevársela a un motel y follársela? ¿Y ni siquiera se te ocurre protestar, negrazo? A nuestras mujeres, en cambio, no las toca nadie, ni negro ni blanco. Pon un solo dedo

en una hermana musulmana, y te cuesta la vida. Seas blanco o seas negro, si vas en un ascensor con una hermana musulmana, como se te ocurra darle una palmada en el culo, te puede costar la vida.

—Está usted empezando a parecer la copia exacta de un racista blanco —le dijo el entrevistador—. Vamos a dejarlo totalmente claro: ¿considera usted que el linchamiento sería una respuesta adecuada al sexo entre personas de distinta raza?

—Todo negro que se meta en líos con una mujer blanca debe ser muerto —dijo Ali—. Y eso es lo que siempre han hecho los blancos. Linchaban a los negros por el mero hecho de mirar a una mujer blanca: lo calificaban de mirada lasciva e iban a buscar la soga. Los toquecitos, las palmadas, el engaño, cualquier tipo de abuso, faltarles el respeto a nuestras mujeres...

Todas esas cosas deberían pagarse con la vida. Y no sólo los blancos. También los negros. Te mataremos. Y los hermanos que no te maten recibirán latigazos en el culo, y probablemente recibirán la muerte si dejan pasar las cosas sin hacer nada al respecto. Dígaselo al presidente: él tampoco hará nada al respecto. Dígaselo al FBI: mataremos a todo el que intente ligarse a nuestras mujeres. Nadie las va a molestar.

—Y ¿qué ocurre si una mujer musulmana quiere salir con un negro no musulmán, o incluso con un blanco? —preguntó el hombre de Playboy.

—Entonces es ella la que muere —replicó Ali—. La matamos a ella también.

Como púgil, Ali se encontró solo de repente. La división de los pesos pesados no estaba totalmente yerma, pero casi. Liston había sido objeto de rigurosa desmitificación. Nadie pedía un tercer combate. ¿Quién iba a tener estómago para eso? ¿Y qué otro boxeador sería capaz de desafiar a Ali? ¿Cleveland Williams? ¿Eddie Machen? Ya los había destruido Liston. Ali afirmaba, en broma, que se moría de ganas de que surgiera una Gran Esperanza Blanca a la que enfrentarse: un rival blanco verdaderamente fuerte haría que la bolsa adquiriera proporciones impensables con un rival negro. De hecho, a lo largo de 1966 pelearía —derrotándolos— con cuatro blancos de los de quiero y no puedo: George Chuvalo (el más fuerte del lote), Henry Cooper, Brian London y Karl Mildenberger.

No obstante, Ali tuvo que empezar por ocuparse de un aspirante más serio, el que lo había encolerizado de verdad: Floyd Patterson. Tras haber sobrellevado sus humillantes derrotas ante Liston y luego las victorias de Ali, Patterson decidió adjudicarse el título de vengador, para devolver su buen nombre tanto al boxeo como a la cristiandad. El antagonismo llevaba cociéndose más de un año. Con ocasión de la entrevista que le hizo Alex Haley para *Playboy*, sólo unos días después del primer combate con Liston, Ali sólo prescindió una vez de su buen humor general: «*Va a ser la primera vez que me entreno para desarrollar en mí un instinto asesino*», dijo. «*Nunca me he sentido así ante nadie. El boxeo es un deporte, un juego, para mí. Pero a Patterson me gustaría pegarle hasta que se caiga, por el modo en que salió del escondite en que se había metido tras la última paliza que le dieron, para anunciar que quería enfrentarse a mí porque ningún musulmán merece el campeonato del*

mundo. A mí nunca me importó para nada que él tuviera la religión católica. Pero él dio un salto adelante para enfrentarse conmigo y ser el campeón de los blancos.»

Para Ali, que lo había aprendido de Malcom X, Patterson representaba la actitud bufonesca propia de la política negra al viejo estilo. Patterson era el integracionista, el acomodaticio, el símbolo de las sentadas y del matrimonio entre personas de distinta raza. Esto era a finales de 1965, no mucho después de los disturbios ocurridos en el gueto Watts de Los Ángeles, un hecho que vino a marcar una profunda insatisfacción ante los integracionistas y la reforma política, avalando, al menos en apariencia, la invitación de Malcom X a la conquista del poder «*por todos los medios necesarios*»⁴⁴. Para muchos jóvenes negros, el modelo Patterson era digno de compasión. Ali se mofó de Patterson cuando éste compró una casa en un barrio blanco y a continuación tuvo que mudarse, porque no tardó en descubrir que sus vecinos blancos no lo aceptaban. En este sentido, dijo: «Nunca he leído nada más digno de lástima que cuando leí en los periódicos eso que dijo Patterson: “Traté de integrarme, pero no funcionó.”»

Ali, mientras se recuperaba de su operación de hernia, en espera de la segunda pelea con Liston, se presentó un día en el campo de entrenamiento de Patterson, en el estado de Nueva York, con una brazada de lechugas y zanahorias, gritando que lo único que pretendía era que el «conejo» regresara a su madriguera. «*No eres más que un tío Tom, un negro de los*

⁴⁴ Nota del T. Watts, área residencial del Centro Sur de Los Ángeles. Recibe el nombre de C. H. Watts, un agente inmobiliario de Pasadena.

blancos, un negro amarillo», insultaba Ali a Patterson. «Has abandonado dos veces ante Liston. Súbete al ring conmigo y verás la paliza que te pego.»

Como siempre ocurría, tratándose de Ali, el humor subyacente en sus palabras hacía que éstas no sonaran tan mal. Ali repitió este número varias veces, en lo sucesivo. Para promover una pelea y para mentalizarse él, solía montar algún tipo de animosidad tragicómica contra su rival, encontrando siempre el modo de presentarlo como un engañado del establishment blanco. Estos números llegaron a convertirse en una especie de ritual: la visita «*por sorpresa*» al gimnasio de su rival; los apodos; las burlas; las algaradas de «*sujétame que lo mato, vamos a arreglar esto ahora mismo*»; la venganza imaginaria. No faltaron quienes le guardaron rencor a Ali por estos números durante muchos años. Sobre todo Frazier, quien se tomó muy mal que Ali lo llamara tío Tom ignorante y lo presentara como boxeador al servicio de las «*estructuras del poder blanco*». Otros, con más confianza en sí mismos, o complacidos por la mera idea de estar en el mismo escenario que el deportista más famoso del planeta, le siguieron la corriente. Era una satisfacción y, de paso, se sacaban un buen dinero participando del tejemaneje.

Pero la cólera de Ali ante Patterson, aunque adoptara formas humorísticas, era auténtica, por no decir visceral. Era cierto que Patterson estaba empezando a tomarse por el salvador cristiano del boxeo. Ali planificó una pelea con Patterson para el 22 de noviembre de 1965, en Las Vegas, pero mucho antes de eso Patterson ya había dado muestras de su ansiedad por desempeñar el papel de redentor. En el número de 19 de

octubre de 1964, colaboró con Milton Gross, del New York Post, en el primero de los tres artículos en que expuso su postura:

Soy negro y estoy orgulloso de serlo, pero también soy norteamericano. No soy tan tonto como para ignorar que los negros no poseen los derechos y privilegios que todo norteamericano debería poseer. Sé que algún día los conseguirán. Dios nos hizo, y nada de lo hecho por Dios puede ser malo. Todos los hombres – blancos, negros, amarillos – son hermanos. Es algo que acabará reconociéndose. Tomará su tiempo, pero nunca llegará si pensamos al modo de los Musulmanes Negros. Éstos predicán el odio y la separación, en vez del amor y la integración. Predican la desconfianza, donde debería haber entendimiento. Clay es tan joven y lo han descarriado hasta tal punto las malas personas, que no sabe apreciar lo lejos que hemos llegado y todo el daño que ha hecho enrolándose en la Nación del Islam. Igual habría dado que se enrolase en el Ku Klux Klan...

Hay una carta que siempre recordaré, porque me hizo ver cómo puede el mal trocarse en bien, cómo puede la incomprendición trocarse en comprensión, sólo con vivir adecuadamente. Era de un hombre que poseía un restaurante en el Sur. En la carta me decía que nunca le habían gustado los negros, pero que había cambiado de opinión al enterarse por los periódicos de mi comportamiento como campeón del mundo. Me decía que podía ir a su restaurante con quien quisiera, a tomar una taza de café, y que él se sentaría con nosotros. A partir de ese momento, aseguraba, no dejaría de atender a nadie. No es gran cosa, por supuesto, e incluso puede parecer condescendiente por su parte, pero creo que es importante... ¿Le

escribiría este mismo hombre a Clay, como miembro de los Musulmanes Negros? No lo creo...

El afán de Patterson por obtener la aceptación de sus inferiores le parecía patético a Ali. Era como si Patterson agradeciera que lo tratasen del modo más condescendiente que cupiera imaginar. Patterson era el chico de Bedford-Stuyvesant a quien habían sacado de sus apuros, respaldándolo, unos cuantos blancos liberales y bondadosos: el colegio Eleanor Roosevelt de Wiltwyck, Cus D'Amato, el presidente Kennedy. La negativa de Ali a mendigar la aceptación reflejaba la nueva actitud popularizada por Malcom X. Pero, al mismo tiempo, descartar a Patterson habría sido algo más que condescendencia. Su impulso, al igual que el de Bundini en aquel restaurante de Yulee, Florida, era insistir en su condición humana, pedir que ésta se atendiera y expresar su queja cuando se la negaban. Desechar la actitud de Patterson, calificándola de mero lloriqueo, equivaldría a desechar el movimiento a favor de los derechos civiles tal como Martin Luther King lo puso en marcha. Al final, la resistencia no violenta resultó mucho más eficaz —y no menos peligrosa— que cualquiera de los intentos de la Nación del Islam y otros grupos nacionalistas. Podría decirse que, en parte, lo mejor de La próxima vez el fuego, el libro publicado por James Baldwin en 1962, era que presentaba a la Nación del Islam no como un grupo político especialmente eficaz, sino como síntoma de una continua opresión y como advertencia sobre el peligro de que un cambio social insuficiente condujera al enfrentamiento abierto —que, en efecto, no tardaría en producirse.

Y sin embargo lo más notable en Patterson era hasta qué punto estaba convencido de que su misión consistía en derrotar a Ali, no sólo para demostrar su superioridad como púgil, ante un público bastante dubitativo al respecto, sino también para probar la superioridad de una religión y del argumento liberal de la igualdad de oportunidades. Patterson, sin duda alguna, estaba ansioso por redimirse del bochorno que significaba haber perdido dos veces con Liston en menos de cinco minutos de ring. Sólo tenía un modo de conseguirlo, y era recuperando el título o, por lo menos, combatiendo dignamente por él. Normalmente, los cronistas de boxeo hacen todo lo posible por extraerle una significación más elevada a los acontecimientos de su deporte, aunque sólo sea para ampliar su ámbito de atención. En este caso, Patterson les había hecho muy fácil y muy real la tarea. Patterson llegó a ofrecerse a pelear gratis con Ali y entregar su bolsa a la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color. Y escuchándolo se tenía la impresión de que sólo bromeaba a medias. Incluso dijo que derrotar a Ali —a Clay, como él se empeñaba en seguir llamándolo— «sería una contribución a la causa de los derechos civiles».

Patterson nunca puso en duda que Liston había sido golpeado de verdad en Lewiston. Lo que no lograba concebir era cómo un púgil tan poderoso podía haber abandonado —¡ante un no cristiano!— en Miami. «Fue para mí un golpe tan fuerte como el que me dio Liston a mí para noquearme», escribió Patterson. «¡Precisamente él! El hombre imbatible, como le llamaba la prensa, abandonando sin levantarse de la banqueta... Si no podía pegar con una mano, ¿no le quedaba la otra?... No soy capaz de dejar las cosas así. No puedo dejar

que la gente me recuerde como el hombre que perdió ante un hombre que abandonó en frío ante otro, que le quitó un campeonato que pertenece al mundo entero para dárselo a los Musulmanes Negros, que no quieren formar parte de nuestro mundo.»

Seis semanas antes de la pelea, en el número de 11 de octubre del *Sports Illustrated*, Patterson se lanzaba de nuevo, todavía con más dramatismo que la primera vez. El artículo abría con la fotocopia de una especie de declaración de intenciones escrita y firmada por Patterson de su puño y letra:

«Amo el boxeo. La imagen de un Musulmán Negro en posesión del título mundial de los pesos pesados es una vergüenza para el deporte y para la nación. Así pues, CASSIUS CLAY DEBE SER DERROTADO por Floyd Patterson.»

Patterson empezaba con modestia, pero luego se lanzaba a fondo: Podrían ustedes quedarse con la idea de que el deporte entero depende de mí y de que si yo, como una especie de sir Galahad casero, no derroto al villano —Clay—, el boxeo sin duda alguna perecerá. Por otra parte, y es algo de lo que estoy completamente convencido, al boxeo no le vendría nada mal una nueva imagen, en este mismo momento. Digo aquí, y lo digo sin ambages, que la imagen de un musulmán negro como campeón mundial de los pesos pesados es una vergüenza para el deporte y para la nación. Cassius Clay debe ser derrotado, para liberar al boxeo del azote de los Musulmanes Negros.

Llamándome «*la Gran Esperanza Blanca Negra*» y mediante otras varias observaciones impertinentes que ha hecho, dejándose aconsejar muy mal, ha causado un mal continuado a la imagen de los negros norteamericanos y de los grupos de derechos civiles que trabajan a su servicio. Ninguna persona decente podría tomar como modelo a un campeón cuyo credo consiste en «*odiar a los blancos*». Sólo siento desprecio por los Musulmanes Negros y lo que representan... Soy católico, apostólico y romano. No creo que Dios nos pusiera aquí para odiarnos unos a otros. Creo firmemente que las predicaciones de los Musulmanes Negros sobre la segregación, el odio, la rebelión y la violencia son intrínsecamente malas. ¿Dónde se ha visto una religión que enseñe semejantes cosas? Difundiendo tal propaganda y absteniéndose de condenar rotundamente el asesinato de Malcom X, que se apartó de los Musulmanes, Cassius Clay se ha convertido en una vergüenza para sí mismo y para la raza negra.

No había límites para la rectitud de Patterson. Pero, a diferencia de Ali, que siempre rebajaba sus insultos con una sonrisa y un chiste, Patterson nunca daba de lado su compromiso con un juego de insultos políticos, con una retórica de «¿y tu padre qué?». Decía totalmente en serio todas y cada una de sus palabras, desde su razonable crítica del comportamiento de Ali ante la muerte de Malcom X, hasta su extraña visión de lo que sucedería en el ring.

«*Si he de ser enteramente franco*», proseguía Patterson, «*incluso he considerado la posibilidad de que se produzca un intento de asesinato de Cassius Clay mientras la pelea esté en marcha. Si el difunto presidente Kennedy puede ser*

asesinado, no debería resultar demasiado difícil matar a Clay, porque no es, ni con mucho, tan importante como nuestro presidente. Supongamos que alguien tratara de asesinar a Clay durante la pelea. No estoy de broma. Los boxeadores nos movemos con mucha rapidez y, si hay un tiro, existe la posibilidad de que yo me coloque en el punto de mira y me convierta en víctima, en lugar de Clay. Si la posibilidad de asesinato se me ha pasado a mí por la cabeza, estoy seguro de que a Clay tiene que habersele ocurrido también».

Patterson se concedía excelentes posibilidades de salir airosa, porque, según él, Ali carecía de suficiente experiencia, se manejaba mal en las distancias cortas y no tenía pegada («*Estoy seguro de que yo pego más fuerte que él*»).

«*Esto es un objetivo personal, pero también una cruzada moral*», declaró Patterson. «*Ahora que pretende librarse de su mujer, porque ella nunca abrazará la fe musulmana, estoy convencido de que Ali es un Musulmán Negro totalmente entregado y que no alberga la más mínima intención de dejarlo.*» Ali, siempre según Patterson, tenía derecho a elegir su propia religión, pero «*también yo tengo mis derechos. Tengo derecho a afirmar que los Musulmanes Negros son una amenaza para los Estados Unidos y para la raza negra. Tengo derecho a afirmar que los Musulmanes Negros son un asco. Entre apoyarlos a ellos o al Ku Klux Klan, casi mejor el Klan*».

Ali leyó estos escritos en el *Sports Illustrated* y reaccionó con rabia. «*Quiero verlo cortado en pedazos, quemado, con las costillas arrancadas, y luego K.O.*», dijo. «*Yo soy norteamericano, pero él es un negro sordo, mudo y ciego, muy necesitado de una buena azotaina. Pueden ustedes estar seguros de que la pelea va*

a ser buena. Tengo intención de utilizar a Patterson como ejemplo para el mundo entero. Voy a castigarlo por las cosas que ha dicho de mí en las revistas.»

Ali estaba interpretando el papel desafiante de Jack Johnson, mientras Patterson invocaba el recuerdo de Peter Jackson. John L. Sullivan, en sus tiempos de campeón, utilizó el color como frontera entre él y Jackson, a quien todo el mundo consideraba uno de los grandes boxeadores de su época. Jackson nació en las Indias Occidentales, pero luego se trasladó a Australia con su familia. Allí obtuvo el título nacional de los pesos pesados en 1880. Los especialistas contemporáneos pensaban que Jackson habría ganado el título mundial si no se le hubiera negado la oportunidad de pelear por él. Uno de sus más gallardos esfuerzos se produjo en 1891, cuando, a los treinta y un años, disputó con «*Gentleman Gim*» Corbett una pelea que el árbitro declaró combate nulo al cabo de sesenta y un asaltos. Para conseguir dinero, Jackson llegó a desempeñar el papel de tío Tom en una adaptación teatral de la novela de Harriet Beecher Stowe. Al terminar la función, Jackson se desnudaba de medio cuerpo para arriba y ofrecía una pelea de exhibición a tres asaltos, en concepto de «*atracción suplementaria*».

Frederick Douglas y, más adelante, el escritor James Weldon Johnson, fueron dos entre los varios líderes negros que admiraron a Peter Jackson por su aguante y por la dignidad con que sobrellevó el racismo de su tiempo. «*En Estados Unidos, Peter Jackson fue el primer caso de hombre que actúa sobre el supuesto de que se podía ser boxeador y, al mismo tiempo, un caballero cultivado*», escribe Johnson en su libro *Black Manhattan*. «*Tan*

grande era su caballerosidad en el ring, que los cronistas deportivos siguen aplicándole, aún hoy, el dudoso elogio de “el negro blanco”. Era muy popular en Nueva York. Si Jack Johnson se hubiera comportado como Peter Jackson, la historia de la raza negra en los cuadriláteros profesionales no habría sido la misma.»

En 1965, los intelectuales negros no eran ni mucho menos unánimes en su respaldo del caballero cultivado como modelo. «*No tenía que haber más Peter Jacksons, más trágicos caballeros negros en que los blancos veían mulatos espirituales (“piel negra, corazón blanco”)*», ha escrito Gerald Early. «*Tal es la razón, en última instancia, de que tanto [Elridge] Cleaver como [Amiri] Baraka condenen a Floyd Patterson con tamaña vehemencia: porque parece estar deseando convertirse en la reencarnación moderna de Peter Jackson. Los sesenta fueron los años en que volvió a aceptarse a Jack Johnson (por medio de Muhammad Ali), el hombre que supuso, sin duda alguna, la revisión histórica de Peter Jackson.*» Patterson ansiaba mostrarse digno de la integración. En los términos de Muhammad Ali, el hombre blanco no era digno de la integración, tras todo el mal que había infligido al negro. Con la pelea Patterson-Ali, la perspectiva Buen Negro-Mal Negro puede que volviera a resultar evidente para el público blanco, pero no así para los negros.

Quizá lo que más indignara a Ali fuera la sugerencia de Patterson en el sentido de que, en cierto modo, siendo Musulmán Negro no podía ser norteamericano al mismo tiempo. No puede negarse que Ali se dejó influir por el viaje a África, que estando allí se refería a los africanos como «mi pueblo» y que mencionó el placer de «volver a casa»; pero tampoco puede negarse que Ali era un auténtico norteamericano y que iba camino de

convertirse en un héroe popular no menos auténtico. Ali no habría leído a W. E. B. Du Bois, pero constituía un ejemplo vivo de la «*dosidad*», de la «*doble conciencia*» que se describe en *The Souls of Black Folk*⁴⁵.

«*Patterson dice que va a devolverle el título a Norteamérica*», le comentó Ali al periodista y biógrafo John Cottrell. «*Quien no crea que el título ya está en Norteamérica, lo único que tiene que hacer es comprobar a quién le pago mis impuestos. Yo soy norteamericano. Y él es un sordomudo que se hace pasar por negro y que necesita una buena azotaina. Tengo intención de castigarlo por las cosas que ha dicho, de hacerle daño. El tipo ha escogido el peor momento para hablar, dirigiéndose además al hombre menos adecuado. Cuando habla de mí, Floyd se sitúa en un lugar universal. No viene a cuento pensar que los Musulmanes tienen el título, como no vendría a cuento pensar que lo tienen los baptistas, aunque lo tuvieron cuando Joe Louis era campeón. ¿Piensa que voy a ser tan ignorante como para atacar su religión? Con la cantidad de amigos católicos que tengo, de todas las razas. Y ¿quién soy yo para erigirme en autoridad de la religión católica? ¿Por qué razón iba a comportarme como un estúpido? Él dice que va a devolverle el título a Norteamérica. Yo me comporto de un modo mucho más norteamericano que él. ¿Por qué voy a permitir que un negro viejo me tome el pelo?»*

Ali tenía una confianza extrema en su capacidad para controlar a Patterson en el ring. Era más joven y más fuerte que Patterson. Le sacaba la

⁴⁵ Nota del T. *The Souls of Black Folk, el alma de la gente negra* (1903), obra del sociólogo negro norteamericano W. E. B. Du Bois (1868-1963). Su punto de partida era la idea de que la «frontera de color» sería el gran problema del siglo XX. Tuvo una considerable influencia. W(illiam) E(dward) B(urghardt) Du Bois fue, también, el más importante líder de la protesta negra norteamericana durante la primera mitad del siglo XX. Participó en la fundación de Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, varias veces mencionada aquí. Al final de su vida se inclinó hacia planteamientos comunistas.

enorme ventaja de veinte centímetros en cuanto a alcance de brazo. Era superior a Patterson en todos los puntos fuertes de éste: la rapidez de mano, el trabajo de pies.

Durante su preparación para la pelea Ali se alojó en el hotel *El Morocco* de Las Vegas, y se entrenó con gran dureza, más de la que necesitaba. Aún no había alcanzado la fase de su carrera en que empezaría a economizar cuidadosamente sus fuerzas. Ahora, además, quería de veras destruir a Patterson. Hizo que uno de sus sparrings, Cody Jones, imitara las acciones características de Patterson: la defensa «*peekaboo*», el golpe de canguro. A veces, por mera diversión, Ali invertía los papeles, imitando él las posturas de Patterson y su gancho con salto. Luego entraba en acción el hermano de Ali, Rahaman, para golpear el cuerpo del campeón, aunque no era muy probable que Patterson lo hiciera.

A todo esto, Aliy Bundini estaban metidos en una de sus disputas. A los Musulmanes del campamento de Ali no les parecía bien que Bundini bebiera ni que anduviese detrás de mujeres blancas, de modo que cuando Bundini confesó que había empeñado el cinturón de campeón de Ali la ruptura se hizo inevitable. Luego, no volvería al rincón de Ali hasta que el propio campeón no volvió del exilio. Y así fue como Ali se quedó sin su principal animador. Esta vez no parecía necesitarlo. Cinco días antes de la pelea, Ali se tomó un día libre y fue a ver a Elijah Muhammad, que estaba en el desierto de Arizona, donde se había comprado una casa, buscando un clima beneficioso para sus dolencias bronquiales.

Tras su derrota ante Liston, Patterson había vencido al comerciante de café italiano llamado Sante Amonti, a Mache, a Charlie Powell, a George Chuvallo y a Tod Herring. Estaba especialmente envalentonado por su victoria sobre Chuvalo, un duro pegador de Toronto. Patterson estaba convencido de haber redondeado su estilo, y el estado de su cabeza, desde las dos peleas con Liston. Se sentía preparado. «*No estaba verdaderamente preparado para Liston*», dijo. «*Estaba preparado para Clay.*»

Normalmente, Patterson era un hombre que siempre se encontraba a disposición de los periodistas; pero según se aproximaba la pelea fue cerrándose a ellos, distanciándose. Corrió el rumor de que había vuelto a apelar a sus disfraces. Patterson lo negó.

«*Tenía tantas esperanzas puestas en esta pelea, había tanto en juego, era tanta la gente que me aplaudía...*», le dijo más tarde a Gay Talese. «*Recuerdo que Frank Sinatra pidió verme en la mañana misma de la pelea, y Al Silvani, un amigo de Sinatra que formaba parte de mi equipo de entrenadores, me condujo a su suite del Sands Hotel. Yo no conocía demasiado bien a Silvani antes de esta pelea, pero Sinatra me había llamado a primeros de año, a raíz de la muerte de mi entrenador, Dan Florio, y me dijo que si quería podía contar con Silvani para echarme una mano. No dije que sí en un primer momento. Me lo pensé un poco, y decidí esperar. Luego Sinatra volvió a llamar, diciéndome otra vez que podía contar con Silvani, que entonces trabajaba en su productora cinematográfica, y al final dije que bueno. De modo que Silvani llegó a Las Vegas dos días antes de la pelea, para ayudarme en mis entrenamientos contra Cassius Clay, y en la mañana de la pelea me llevó a la habitación de Frank Sinatra, y Sinatra estuvo muy simpático,*

animándome mucho. Me dijo que podía ganar, que había un montón de gente en Norteamérica que estaba deseando ver cómo le arrebataba el campeonato a Cassius Clay.»

Una vez más, Floyd Patterson entró en el ring totalmente cubierto de prestigiosos avales.

En la noche de la pelea, segundo aniversario del asesinato de John Fitzgerald Kennedy, llovía sobre el desierto, una lluvia torrencial que hizo disminuir notablemente el volumen de transacciones comerciales en los alrededores del Centro de Convenciones. El total fue de ocho mil espectadores, que dejaron en taquilla unos doscientos cincuenta mil dólares, aunque los promotores se verían compensados por las ventas en los locales de proyección, especialmente en Europa. Ali había querido que fuese un cantante negro quien interpretara el himno norteamericano, pero los promotores optaron por Eddie Fisher. Patterson se presentó en el cuadrilátero con un batín de terciopelo, con muchos perifollos. Ali, en cambio, llevaba un albornoz de felpa que en nada se distinguía de los utilizados por los ancianos de Collins Avenue, allá en Florida, para ir a la playa. Ali parecía plantearse el asunto sin sentido del espectáculo ni de la oportunidad, como una especie de tarea desagradable. Lo que se proponía era demostrarle a Patterson lo mucho que se había equivocado en sus cálculos, qué error tan grave había cometido al suponer que el modo de ganarse el corazón del público, en 1965, era declararse campeón del apaño y el compromiso.

«Ali era un hermoso guerrero y reflejaba una nueva postura para los negros», dijo Toni Morrison. «A mí no me gusta el boxeo, pero él era una cosa aparte. Su gracia resultaba casi abrumadora.» Patterson, en cambio, estaba leyendo mal el fenómeno Ali. Y ahora iba a pagar su equivocación.

La pelea sería dura de ver, y lo peor de todo fue el primer asalto. Como un soberbio peso mosca, Ali revoloteaba sobre la lona y entre las cuerdas, como una libélula. No lanzó ni un solo golpe serio durante los tres minutos. Su propósito estribaba en humillar a su contrario tanto en lo deportivo como en lo psicológico, en lo político y en lo religioso. ¿Qué podía haber desmoralizado más a Patterson? Mientras Ali bailaba, mientras esquivaba con ligereza los lúgubres intentos de Patterson por atacar, el campeón se burlaba del aspirante:

— ¡Venga, americano! ¡Venga, americano blanco!

Ali era tan rápido y tenía tantas ganas de sacar de quicio a Patterson, que se movía por el cuadrilátero amagando golpes, fintando, haciendo reverencias, moviendo los hombros, todo para hacer reaccionar a Patterson de mala manera, poniendo sus reflexivos temores de manifiesto.

Luego, ya en el segundo asalto, Ali añadió el jab a su método de humillación, lanzándoselo a Patterson cada vez que éste osaba acercarse demasiado.

«Tras fallar un swing, tuve un espasmo muscular, y ya no pude intentar ningún swing más, porque me dolía mucho», declaró más tarde Patterson. «De hecho, ni siquiera podía sostenerme derecho, y era un dolor como nunca antes lo

había sentido, y en los últimos asaltos estaba deseando que Ali me noqueara. Resulta desagradable reconocerlo, pero es la verdad.»

No era ninguna mentira La espalda le molestaba de veras y, entre asalto y asalto, sus segundos, Buster Watson y Al Silvani, trataban de aliviarle el dolor a fuerza de masajes en los músculos del cuello y de la parte baja de la espalda. Patterson se había movido bastante bien, quizá al setenta y cinco de lo habitual en él, pero con ello no le bastaba para aproximarse a Ali.

Asalto tras asalto, Ali daba vueltas en torno a Patterson, lanzándole jabs y ganchos de izquierda, desde la altura de la cadera, metiéndole la derecha, haciendo lo que le venía en gana, y, al mismo tiempo, hablándole sin cesar a Patterson, burlándose de él con invitaciones a que pusiera un poco más de empeño y pegara más fuerte.

—¡Ya vale de charla! —decía el juez árbitro, Harry Krause, pero Ali no le hacía ni caso.

Ali estaba derrotando a Patterson de mala manera, machacándolo con ganchos a la cabeza, pero daba la impresión de que no le molestaba que siguiese en pie, prolongando así el espectáculo. No quería, o no podía rematarlo. Llegado el sexto asalto, Patterson estaba tan exhausto y tan vapuleado que, tras haber encajado un gancho de izquierda, dobló la rodilla hasta tocar el suelo, y, sencillamente, así permaneció unos segundos, aceptando que le contaran una caída oficial. Pero no abandonó, ni Ali despachó el asunto. Al final de cada asalto, Ali hacía gestos de

desdén a Patterson. En los cuerpos a cuerpo le llamaba tío Tom, tío Tom, negrito de los blancos.

— ¡Esto no es una pelea! — le gritaba también —. ¡Que me traigan un rival!

En su silla de ring, Robert Lipsyte, del Times, pensaba que Ali estaba tratando a Patterson como un niño malvado y cruel a una mariposa, arrancándole las alas. Fue ésta la imagen que utilizó en la entradilla de su crónica del día siguiente.

En el undécimo asalto, Harry Krause se disponía a detener la pelea, pero Patterson no se lo permitió. Patterson era entonces el único hombre del mundo en haber poseído dos veces el título mundial de los pesos pesados, y ahora trataba de conquistarlo por tercera vez. Era lógico que Krause no quisiera llevarle la contraria. Fue sólo en el décimo segundo asalto cuando se hizo evidente que permitir a Patterson seguir con la pelea era contribuir a que sufriese algún daño irreparable.

«Yo quería caer con algo digno de un K.O.», confesó más tarde Patterson, hablando con Talese. «Pero en el décimo y undécimo asalto Ali no me metía ni un solo golpe bueno. Daba por dar. Luego, en el duodécimo, le entró como una especie de frenesí y empezó a pegarme golpes por todas partes, por un lado, por otro, por el de más allá. Empezaron a caerme manos en la cabeza y entonces me ocurrió una cosa muy extraña. Me invadió una sensación de felicidad. Sabía que el final estaba cerca. El dolor de permanecer de pie en el ring, ese puñal clavado en la espalda que acompañaba todos mis movimientos, terminaría pronto, y en seguida

estaría fuera de allí. Así que cuando Ali empezó a colocarme esos golpes, yo me sentía tan grogui como feliz. Pero entonces se interpuso el juez árbitro para separarnos y detener los golpes de Ali. Y quizás lo recuerdes, si has visto la película de la pelea, entonces yo me vuelto al árbitro y le digo que no con la cabeza, y le grito “¡No, no!”. Mucha gente pensó que protestaba su decisión de detener la pelea, pero no era eso, le protestaba por haber interrumpido los golpes. Quería que me metiese una mano verdaderamente fuerte. Quería terminar con un gran golpe, para caerme.»

Krause detuvo la pelea a los dos minutos y dieciocho segundos del duodécimo asalto. Los preparadores de Patterson tuvieron prácticamente que sacarlo del ring. Como siempre después de perder un combate, se sentía inclinado a pedir perdón:

—Puedo hacerlo mucho mejor, muchísimo mejor —dijo—. De eso estoy seguro.

Al público no le había gustado nada en absoluto la pelea. Cuando Ali salió entre las cuerdas, para bajar por la escalerilla, los abucheos volvieron a sonar en su honor. Como muchos de los periodistas de la primera fila, la gente en general también había percibido el ensañamiento de Ali, aquella noche. Estaba convencidos de que había prolongado innecesariamente el sufrimiento de Patterson. Ali lo negó, sin mucha convicción, diciendo: «Es que le estaba pegando con tanta regularidad y tanta fuerza, que de vez en cuando tenía que echarme un poco para atrás, para no gastarme.»

Ali asistió a la fiesta de celebración organizada en el *Sands Hotel* en compañía de veinte miembros de la Nación y tres mujeres musulmanas de Pakistán. Le dolía tanto la mano derecha, que sólo aceptaba los parabienes con la izquierda.

Sonji se mantuvo aparte, mirando a Ali desde un rincón. Estaba llorando, y era a su compañero de destierro, Bundini, a quien le tocaba consolarla.

—Sal de aquí y recompóntete —le dijo—. No hace falta que toda esta gente te vea llorar. No es el fin del mundo.

Cuando Sonji salía, los ojos de Ali la siguieron desde el otro lado del salón.

«*Ella lo quiere a él y él la quiere a ella*», le dijo Bundini a un amigo de Louisville. «*Es una pena que los Musulmanes se hayan metido por medio. Sonji se agarra a la esperanza de que Cassius acabe por apartarse de esa gente y volver con ella. Si así ocurriera, sería la mujer más feliz del planeta, y él también sería más feliz. Yo lo conozco mejor que nadie.*»

Sonji se recuperó de modo espectacular. La mujer de Harold Conrad le pidió que le enseñase a todo el mundo su vestido rojo, muy ceñido, y ella se puso en pie y giró sobre sí misma. Ali se quedó mirando, pero no durante mucho rato. Más tarde, con Ali sentado a la mesa en compañía de los Musulmanes y de las jóvenes pakistaníes, Sonji se instaló en el regazo de Cassius Clay padre. Al final, Ali se fue a casa a dormir y Sonji salió con

Bundini para oír a Dean Martin, que actuaba en uno de los hoteles. «*Cantó Agita*», dijo Bundini. «*Una canción perfecta.*»

Patterson acudió a la suite de Frank Sinatra para pedirle que lo perdonara por su mala actuación. No ha habido ningún campeón del mundo de los pesos pesados que haya pedido perdón tantas veces como Patterson. El cantante no quiso saber nada. «*Sinatra cambió por completo tras mi derrota ante Clay*», explicó Patterson por aquel entonces. «*Estaba hablándole, en su suite, y de pronto hizo una cosa muy rara. Se levantó, se fue al otro lado de la habitación y se sentó tan lejos de mí, que era inútil decirle nada. Comprendí la indirecta y me marché.*»

De hecho, fue a Ali a quien le tocó consolar al derrotado. Ahora que ya había demostrado su superioridad en el ring, Ali estaba en condiciones de ser magnánimo. Durante una sesión fotográfica para el número de abril de 1966 de la revista Esquire se interesó ante los fotógrafos por el estado de la espalda de Patterson, queriendo saber si respondía al tratamiento.

Patterson dijo a los periodistas que debían apreciar al campeón en toda su valía: «*No tiene más que veinticuatro años. Es un hombre del espectáculo, un joven muy individualista, con una vida nada fácil. Habría que tenerlo en cuenta.*»

«*Floyd, tendrían que cargarte de honores y medallas por lo que has tenido que pasar. Un chico norteamericano, honrado a carta cabal, luchando por Norteamérica*», dijo Ali. «*Esas estrellas de cine que tienes detrás deberían poner*

todo de su parte para que no tuvieras que volver a trabajar en tu vida. Sería una vergüenza para el gobierno que terminaras malviviendo en algún lado.»

Y fue entonces cuando Patterson le hizo al campeón el mejor cumplido que podía hacerlo. Lo llamó por su nombre.

Epílogo

ANCIANOS JUNTO A LA LUMBRE

Tres meses después de haber derrotado a Patterson empezó su combate con el gobierno de los Estados Unidos. Un complicado problema con la oficina de reclutamiento iba a complicarse todavía más. En 1960, a los dieciocho años, se inscribió en Louisville. En 1962 le atribuyeron la clasificación I-A. Dos años más adelante, sólo unas semanas antes de la primera pelea con Liston, le dieron orden de que se presentara en el centro de reclutamiento de Coral Glabes, para pasar los exámenes físicos y escritos a que se someten todos los reclutas. Ali no superó un test de aptitud de cincuenta minutos. Obtuvo un resultado tan bajo, que el ejército le atribuyó un cociente intelectual de 78.

No sin cierto bochorno, Ali explicó luego que no sólo no encontraba las respuestas, sino que ni siquiera lograba plantearse las preguntas. Salió bastante humillado de la experiencia, pero, como de costumbre, trató de encontrarle el lado humorístico: «*He dicho que soy el más grande*», le contaba a todo el mundo, «*no el más listo*». El ejército lo situó en el décimo sexto percentil —catorce puntos por debajo del umbral de admisión— y rebajó su clasificación a I-Y, no apto para el servicio activo. Dos meses más tarde,

cuando Ali ya era campeón, el ejército le hizo pasar de nuevo los tests, para averiguar si estaba fingiendo. No era el caso.

Dos años más tarde, después de la pelea con Patterson, Bob Lipsyte se desplazó a Miami para preparar un artículo sobre Ali y cubrir el principio de la temporada primaveral de entrenamiento. «*Recuerdo que me desperté aquella mañana en mi hotel y estuve viendo en la tele una sesión del Comité de Relaciones Internacionales del Senado, uno de los primeros debates a fondo sobre Vietnam*», ha recordado Lipsyte. «*El presidente era William Fullbright, y tanto él como el senador Wayne Morse se estaban empleando a fondo con Maxwell Taylor, el general. Taylor poseía esa seguridad inalterable que tienen los generales. Esto era a principios de 1966. La opinión pública, en Estados Unidos, aún era contraria a los pacifistas y favorable a la guerra. Pero ya en este debate se percibía con claridad que algo estaba a punto de ocurrir.*»

A primera hora de la tarde Lipsyte cogió su coche y se fue a ver a Ali, que vivía en una casa de perfil bajo, de hormigón, en un barrio negro. Sentados fuera, en sendas sillas de plástico, había dos hombres. Ali estaba en época de entrenamiento, pero ya había dado por terminada la sesión de aquel día. Era la hora de la salida de clase, y Ali miraba pasar a las chicas del instituto, haciendo sobre cada una de ellas algún comentario inofensivo, de esos de pasar el rato. Andaban por ahí varios de los amigos Musulmanes de Ali –el Capitán Sam, entre otros–, y uno de ellos salió a avisar a Ali de que lo llamaban por teléfono. Era de un servicio de noticias. El periodista le dijo a Ali que en mitad de la escalada de la presencia norteamericana en Vietnam el ejército había modificado sus criterios, de

modo que ahora los resultados que él había obtenido en los exámenes pasaban a considerarse suficientes. Lo habían vuelto a clasificar. Volvía a ser I-A. Podía esperar la pronta llamada de su oficina de reclutamiento. ¿Algo que decir?

«*Cuando volvió a salir, el humor de Ali había cambiado por completo. Echaba humo*», ha contado Lipsyte. «*Hasta ese momento, yo había estado pensado que era una maravilla encontrarse ahí, en ese santuario, en ese hueco del tiempo donde nada guardaba relación alguna con la guerra. Yo había estado en el ejército, en Fort Dix, y allí escribí sobre los bravos cocineros de New Jersey. Acababa de salir con el número uno de una academia de administración y mecanografía. Ya trabajaba para el Times. Mis crónicas eran tan brillantes, que me llamaron de The Philadelphia Inquirer para ofrecerme trabajo. De hecho, no lograba entender la guerra. Estaba en la vaga idea de que Fullbright tenía razón y la guerra era mala, pero aún no me había decidido. Era un periodista deportivo de veintiocho años, con muchas ganas de hacer carrera.*»

«*Ali sabía de la guerra aún menos que yo. No la tenía en su pantalla de radar*», prosigue Lipsyte. «*Lo llamaban por teléfono a cada rato y empezaron a aparecer furgonetas de televisión. El coro de Musulmanes reía con todas sus ganas. Todos ellos habían pasado por el ejército. Antes de llegar a la Nación del Islam habían vivido muy malos momentos, en la cárcel, en el ejército. La emprendieron con Ali, tomándole el pelo: "Van a hacer contigo lo que les dé la gana." Uno le dijo que un sargento chiflado le metería una granada en los calzones y le volaría las pelotas.*»

Las llamadas telefónicas se sucedían ininterrumpidamente. Era una gran noticia, con antecedentes en otros casos de jóvenes deportistas y estrellas del pop obligados a hacer el servicio militar cuando se hallaban en el cenit de sus carreras: Joe Louis, Ted Williams, Elvis Presley. Sólo que esta vez era distinto, esta vez era Vietnam, una situación mucho más ambigua y confusa, sobre todo para Muhammad Ali. A estas alturas ya estaba acostumbrado a que le hicieran preguntas sobre política racial, pero las que ahora se le venían encima eran completamente nuevas: ¿Qué piensas del presidente Johnson? ¿Cuál es tu opinión del servicio militar? ¿Qué piensas de la guerra? ¿Y el Vietcong? Ali estuvo un rato tambaleándose.

«*Luego, de pronto, dio en la clave*», recuerda Lipsyte.

—Tío —dijo a un reportero—, no voy a pelearme con el Vietcong ese. La afirmación se produjo tan rápidamente, que a Lipsyte se la pasó por alto al escribir el artículo. «*No cabe duda de que en aquella crónica metí la pata hasta el fondo.*» Pero hubo otros muchos periódicos y canales de televisión que sí recogieron las palabras de Ali, hasta el punto de convertirlas inmediatamente en la comidilla del momento. Al final, también *The New York Times* las publicó. Como ya había ocurrido antes, y como volvería a ocurrir una y otra vez a lo largo de los años, Ali era protagonista de su propio drama norteamericano improvisado. No habría sido capaz de señalar Vietnam en un mapa y lo ignoraba prácticamente todo de la política bélica, pero cuando se vio inmerso en pleno sufrimiento nacional reaccionó, como hacía en el ring, con rapidez y con agudeza: *No voy a pelearme con el Vietcong ese.*

«*Fue el momento de Ali*», ha dicho Lipsyte. «*Durante el resto de su vida, la gente iba a amarlo u odiarlo por aquella frase, que pudo parecer una declaración formal, pero que de hecho fue algo que se sacó de la manga, improvisando.*» Como antes le había ocurrido, y volvería a ocurrirle otras veces, Ali dio en ello muestras de su talento para la acción intuitiva, para la velocidad, y en esta ocasión su comportamiento se convertiría en uno de los rasgos característicos de la época: la resistencia a la autoridad, el principio de que la lealtad nacional no era algo absoluto y automático. Su rebelión, atenida, en principio, al ámbito de la cuestión racial, se hacía ahora mucho más amplia.

Durante los días y meses siguientes, los teléfonos de Ali no dejaron de recibir llamadas, no sólo de los periodistas, sino de gente que quería expresarle su odio, deseándole la muerte fulminante. Pero también hubo llamadas de apoyo, entre ellas la del filósofo y pacifista inglés Bertrand Russell.

«*En los meses venideros*», le escribió Russell a Ali, más adelante, «*los gobernantes de Washington van a tratar de perjudicarle a usted por todos los medios a su alcance, pero usted sabe, estoy seguro, que ha hablado en nombre de su pueblo y en el de todos los oprimidos del mundo que desafían valerosamente el poder norteamericano. Tratarán de hundirle porque usted es el símbolo de una fuerza que no pueden aniquilar, es decir: la conciencia, ya despierta, de un pueblo entero resuelto a no seguir siendo diezmado y envilecido por el miedo y la opresión. Puede usted contar con mi pleno apoyo. No deje de llamarme si viene por Inglaterra*».

El gobierno norteamericano le retiró el pasaporte a Ali coincidiendo, más o menos, con la llegada de esta carta. A partir de ese momento, Ali adoptó una postura de gran virulencia política y empezó a desplazarse de universidad en universidad, hablando contra la guerra. Aprendió cosas sobre Vietnam y ahondó en su comprensión de lo que estaba ocurriendo al país y a él. No mataría vietnamitas en nombre de un gobierno que a duras penas reconocía la condición humana de sus propios ciudadanos. A corto plazo, la decisión de no acudir a filas le costó a Ali todo lo que poseía: su título, su popularidad ante millones de personas y, sin duda, millones de dólares. Los componentes del Grupo Patrocinador de Louisville sabían que pronto dejarían de pertenecer al equipo que gestionaba los intereses financieros de Ali, mas no por ello dejaron de buscarle algún chollo que le facilitara la incorporación al ejército: la reserva, la Guardia Nacional. Si sucedía lo peor, pensaron, siempre podría conseguirse que el ejército utilizara a Ali en peleas de exhibición para la tropa. Así, Ali, como Joe Louis antes que él, podría mejorar su imagen pública sin poner en peligro su vida y su fortuna. «*Pero hay que decir a su favor que Ali rechazó todas las propuestas*», ha dicho Gordon Davidson, abogado del Grupo de Louisville. «*Se trataba, para él, de una verdadera cuestión de principios, y no estaba dispuesto a ceder un ápice. Se hizo esa idea de sí mismo y a ella se atuvo.*»

Ni que decir tiene que Ali fue objeto de inmediata renuncia por parte de Jimmy Cannon, Red Smith, Arthur Daley, de todos los periodistas cuya noción de cómo debía ser un campeón de los pesos pesados se había forjado en los años de Joe Louis. «*Cassius ha hecho de sí mismo un espectáculo*

tan lamentable como el que ofrecen esos desharrapados que andan por las calles manifestándose contra la guerra», escribió Red Smith. Varios miembros del Congreso y del Senado declararon públicamente que Ali era un traidor y un indeseable. Hasta en su propia casa, en el senado estatal de Kentucky, se sintieron en la obligación de emitir un comunicado diciendo que Ali era una deshonra «para todas las personas decentes de Kentucky y para los miles y miles de hombres de nuestro tiempo que han dado la vida por los Estados Unidos».

En los años siguientes, Ali se enfrentó a una serie de rivales —George Chuvalo, Henry Cooper, Brian London, Karl Mildenberger, Cleveland Williams, Ernie Terrell—, mientras su drama militar iba desarrollándose. La derrota que le infligió a Terrell el 6 de febrero de 1967 fue especialmente brutal, a lo cual contribuyó en no poca medida el hecho de que Terrell, como Patterson en su momento, se negara a dar a Ali el nombre de «Ali». Terrell acusó a Ali de utilizar los pulgares y de juego sucio en los cuerpo a cuerpo, pero Alilo negó. A cada golpe que le aplicaba a Terrell, Ali canturreaba: «*¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo?*» Los periodistas a quienes había encolerizado la posición de Ali ante Vietnam aprovecharon la pelea con Terrell —que fue a quince asaltos, con injusta decisión a los puntos— para utilizarla como ejemplo de la maldad del campeón. «*Éste, según los Musulmanes Negros, es uno de sus ministros. ¿Qué clase de sacerdote es?*», escribió Jimmy Cannon en artículo para el *New York World Journal & Telegram*, especialmente retorcido. «*Es cómplice de los enemigos de los sacerdotes. Los Musulmanes Negros exigen que los negros se mantengan en su sitio. Están de acuerdo con el Klan y con la segregación. Así, se le antoja a uno*

normal que Cassius Clay haya disfrutado pegándole a otro negro. Era igual de divertido que perseguirlos con perros o que derribarlos con chorros de agua.»

Durante todo este tiempo Ali estuvo bajo vigilancia del Federal Bureau of Investigation (FBI), que le aplicó el mismo trato de que durante años habían disfrutado Malcom X y Martin Luther King. J. Edgar Hoover recibía información permanente sobre todo lo que hacía Ali: sus viajes, sus llamadas telefónicas, sus apariciones en programas de televisión. Ahora, a ojos del FBI, era un agitador mucho más peligroso de lo que nunca había sido Jack Johnson. Sus asesores legales no le daban muchas esperanzas: eran grandes las posibilidades de acabar en la cárcel, y había que dar por hecho el fin de su carrera pugilística. El abogado de Ali, Hayden Covington, le dijo: «*Estamos en apuros, campeón. Nunca había llevado un caso así. Joe Namath se libra para poder seguir jugando al fútbol, y George Hamilton se libra porque está saliendo con la hija del presidente, pero lo tuyo es distinto. Quieren que sirvas de escarmiento.*»

Cuanto más tiempo pasaba y más presión ejercía el gobierno sobre él, más clara y rotunda se hacía la postura de Ali. No participaría en combates de exhibición para el ejército. No iría al extranjero. «*¿Cómo se atreven a pedirme que me ponga un uniforme y que me vaya a quince mil kilómetros de casa a tirarles bombas y pegarles tiros a los vietnamitas amarillos, mientras a los llamados negros de Louisville se les trata como a perros?*», le dijo a un periodista del *Sports Illustrated*. «*Si yo pensara que yendo a la guerra conseguiría la libertad y la igualdad para mis veintidós millones de compatriotas, no tendrían que movilizarme a la fuerza. Me presentaría mañana mismo. Pero tengo que elegir*

entre obedecer las leyes del país y obedecer las leyes de Alá. No tengo nada que perder poniéndome en pie y cumpliendo con mis creencias. Llevamos cuatrocientos años en la cárcel.»

En la mañana del 28 de abril de 1967, Ali compareció en la Oficina de Admisión y Examen de las Fuerzas Armadas sita en la calle San Jacinto de Houston, atendiendo a una convocatoria de incorporación a filas. En la acera ya había un grupo de manifestantes, casi todos jóvenes, pero también algunos de más edad, entonando sus cánticos de protesta: «*¡No vayas, no vayas! ¡Que tiren cerveza, que no tiren a Ali!*⁴⁶» H. Rap Brown, uno de los principales activistas del Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos, gritaba: «*¡Haznos caso, no des este paso!*» Brown saludó a Ali haciendo el signo del poder negro con el puño, y Ali le contestó del mismo modo. Luego entró para enfrentarse al reclutamiento.

«*Resulta difícil, ahora, transmitir la emoción de aquellos tiempos*», ha dicho Sonia Sanchez, la poeta y activista en pro de los derechos humanos. «*Estábamos todavía en un momento en que casi nadie muy conocido se había enfrentada al reclutamiento. Era una guerra que estaba matando muchos más jóvenes hermanos negros de lo que proporcionalmente habría correspondido, y aquí teníamos a este muchacho guapo, divertido, poético, plantando cara y diciendo ¡no! Imagínenselo por un momento. El campeón de los pesos pesados, un hombre dotado de magia, llevando su pelea más allá de los cuadriláteros, para trasladarla a la arena política, y aguantado firmemente. ¡Qué mensaje fue aquello!*»

⁴⁶ Nota del T. Hay un chiste intraducible. El verbo to draft, en inglés, es, entre otras cosas, «reclutar», «llamar a filas»; pero «draft beer» —que normalmente se escribiría draught beer, con la misma pronunciación— sería «cerveza de grifo».

Ali y otros veinticuatro reclutas potenciales, tras cumplimentar los correspondientes impresos y someterse a los exámenes físicos, quedaron a la espera del autobús en que había de hacer el largo recorrido hasta Fort Polk, Luisiana. A primera hora de la tarde, los chicos estaban ya en formación ante un joven teniente, S. Steven Dunkley, para cumplir con la última formalidad. El oficial iba pronunciando en voz alta el nombre de cada uno de ellos y a continuación les pedía que diesen un paso al frente, con lo cual hacían su entrada en el ejército. Cuando, finalmente, le llegó el turno a Ali —«*¡Cassius Clay! ¡Ejército!*»—, éste no se movió. En vista de ello, el teniente optó por llamarlo Ali, pero tampoco hizo caso. A continuación, otro oficial llevó a Ali a una habitación aparte y puso en su conocimiento que la negativa a incorporarse a filas acarreaba una pena de cinco años de cárcel, más sanción económica. ¿Era consciente de ello? Sí, era consciente de ello. Le dieron otra oportunidad de contestar a la llamada y dar un paso al frente. Volvió a quedarse inmóvil. No había miedo alguno en Ali, ni huella de la ansiedad que sintió durante los breves minutos de calentamiento previos a la primera pelea con Liston. Finalmente, uno de los oficiales de reclutamiento pidió a Ali que pusiera por escrito los motivos de su negativa.

«Me niego a incorporarme a las filas del ejército de los Estados Unidos porque considero que debo estar exento de ello, por mi condición de ministro de la religión del Islam», escribió Ali.

Ali salió del edificio para encontrarse con un verdadero enjambre de periodistas. Seguían allí los manifestantes, también, profiriendo gritos de

árbol. Pero, pasados muchos años, a Ali aún no se le ha borrado de la memoria, tampoco, una mujer que llevaba una pequeña bandera norteamericana y que gritaba: «*¡De cabeza a la cárcel! ¡Ponte de rodillas y pídele perdón a Dios! ¡Mi hijo está en Vietnam y no tiene nada que envidiarte! ¡Ojalá te pudras en la cárcel!*»

La negativa de Ali a ir a Vietnam tuvo un profundo impacto en la gente joven, sobre todo entre los afroamericanos. Gerald Early, profesor de literatura que ha analizado con mucho detenimiento la «*cultura del maltrato*», evoca aquellos momentos en un artículo de 1967 titulado «*Tales of the Wonderboy*» (*cuentos del Muchacho Maravilla*): «*Cuando no quiso ir, sentí algo más grande que el orgullo: tuve la sensación de que mi honor de muchacho negro – de ser humano – quedaba a salvo. Ali era, a fin de cuentas, el gran caballero, el matador de dragones. Y yo, un mero muchachito de ciudad, me sentía su aprendiz en el camino hacia la gran imaginación y las grandes osadías. El día en que Ali se negó a incorporarse a filas lloré en mi habitación, por mi futuro y por el suyo, por todas nuestras perspectivas como negros.*»

Ali fue condenado a cinco años de cárcel y diez mil dólares de multa: el máximo. Al final, en 1971, el Tribunal Supremo acabaría dándole la razón, en sentencia unánime. Pero el caso es que Ali, tras haber noqueado a Zora Folley un mes después de su negativa, se vio apartado de los cuadriláteros durante tres años y medio, en el apogeo de su vida pugilística. No recuperaría el campeonato del mundo de los pesos pesados hasta 1974, cuando fue más listo que George Foreman entre las cuerdas de Kinshasa, en el Zaire. «*Calculo que la decisión vino a costarle diez millones de*

dólares en bolsas, patrocinios y todo eso», ha dicho Gordon Davidson. También le enajenó el afecto de muchos norteamericanos que lo tomaron por un niño rico en perfecto estado de salud y que se niega a cumplir el servicio militar, apelando a la excusa de la religión. Pero Ali nunca se quejó del precio. Vio cómo su antiguo amigo de Louisville, Jimmy Ellis, se hacía con el título, vio cómo éste pasaba luego a manos de Joe Frazier. Su título, el título que él había ansiado desde que cumplió los doce años. Pero había cosas mucho más importantes, incluso para un joven enamorado de su fama. «*Tomé la decisión de ser un negro de los que no se dejan atrapar por los blancos*», contó a la revista *Black Scholar*. «*Un negro menos en tu lista, hombre blanco, ¿comprendes? Un negro al que no vas a atrapar.*»

Mientras Ali peleaba en los tribunales, su viejo antagonista, Sonny Liston, entraba dando tumbos en el olvido. En 1966 se compró una casa en Otawa Drive, Las Vegas. Era una casa de dos plantas, de color verde pastel, muy cerca del décimo sexto hoyo del campo de golf del Stardust Country Club. Había pertenecido antes a un magnate de la industria, Kirk Kerkorian. Los Liston poseían dos Cadillacs: verde y blanco el de Sonny, rosa el de Geraldine. Ésta era dueña de un juego de té estampado en oro. No había que pulirlo con tanta frecuencia. Había dos pares de guantes de boxeo en el salón: uno color bronce, recuerdo de una pelea, y otro de visón, en honor de Geraldine.

Liston retomó su amistad con Ash Resnik y demás indeseables. Se pasaba el día jugando al blackjack y las noches bebiendo, en los casinos o en su casa, delante del televisor. En Las Vegas, la policía le otorgaba el trato

deferente que nunca tuvo en Saint Louis, Filadelfia o Denver. Cuando iba en su Fleetwood negro y le daban el alto, lo dejaban seguir adelante, por mucho que le oliera el aliento a J&B.

«*Estamos muy bien aquí*», le confió Liston a un redactor del *Sports Illustrated*. «*En los hoteles nunca tengo que pagar por nada, siempre hay alguien que se me adelanta.*»

Durante una temporada, Liston habló de recuperar el campeonato, pero lo cierto es que tras la pelea con Ali derrotó a una serie de púgiles de segunda fila y luego perdió por K.O. ante uno de sus antiguos sparrings,

Leotis Martin. Para su siguiente pelea, que había de ser la última, Liston optó por enfrentarse en Jersey City con Chuck Wepner, el «*Sangrador de Bayonne*», a quien, como consecuencia del combate, tuvieron que ponerle cincuenta y siete puntos de sutura. La bolsa ascendía a trece mil dólares. «*El problema era que Sonny había apostado diez mil dólares en otra pelea, entre Jerry Quarry y Mac Foster, y había perdido. Además, les debía tres mil dólares a sus preparadores*», ha dicho su amigo el jugador profesional Lem Bunker, que volvió a casa en el mismo avión que Sonny. «*Entregó el dinero en unos sobres de color marrón y se volvió a Las Vegas con nada en las manos. Exactamente nada.*»

Liston solía desplazarse en coche hasta el Mead, donde, solo en una pequeña motora, pasaba el día bebiendo cerveza con una caña de pescar en la mano. Quizá los mejores momentos de sus últimos días fueran esas madrugadoras mañanas en que salía a correr, durante largo rato, con su

amigo Davey Pearl, un árbitro que había trabajado para él en Jersey City. «Corríamos a la luz de la mañana, por algún campo de golf desierto, con los regadores automáticos en marcha. Estoy convencido de que durante cierto tiempo Sonny se mantuvo en buena forma», ha dicho Pearl. «Pero lo malo de Sonny era que por muy cerca que estuvieses de él – y mira que estábamos cerca –, siempre te quedabas con la impresión de que llevaba por dentro una tristeza muy grande, de la que no quería hablar.» Liston era un hombre con muy graves limitaciones, y muy consciente de ellas. Cuando su viejo amigo el padre Edward Murphy le preguntó que por qué no participaba en el movimiento pro derechos civiles, Liston sacó a relucir su habitual sarcasmo («porque no tengo el culo a prueba de bombas»), para luego añadir, con más sentimiento: «Si me metiera, tendría que tomar parte en alguna manifestación, en primera fila, y luego me tocaría decir algo, y no sabría qué decir.» Liston era un hombre solitario, especialmente ahora, sin el brillo del cinturón de campeón del mundo para atraerle toda clase de chupópteros alrededor. «Muchas veces salía con Sonny Liston y él me preguntaba: “¿A ti te caigo bien, verdad?”, como un niño pequeño», contó en cierta ocasión un antiguo sparring suyo, Ray Schoeninger. «Y yo le decía, “por supuesto que sí”, y él me contestaba “tú también me caes bien a mí”. Creo que era por el pasado tan terrible que tenía, siempre andaba en busca de alguien que no le echase nada en cara, o que no le atizara con un garrote o con un palo.»

Según amigos que no lo habían abandonado, Liston siempre andaba escaso de fondos y, de tapadillo, seguía ejerciendo su antiguo oficio de matón a sueldo, ahora al servicio de usureros y, seguramente, traficantes

de droga. Bunker, que era uno de los profesionales del juego más exitosos de Las Vegas, además de amigo íntimo de Liston, dijo en cierta ocasión que en las últimas semanas de 1970 recibió una llamada de un sheriff de Las Vegas, quien le dijo que Sonny se estaba mezclando con «mala gente» y que más valía que se anduviera con ojo, si no quería caer en una inminente redada antidroga.

A finales de diciembre, Geraldine se ausentó de Las Vegas para hacerle una visita a su madre, que vivía en Saint Louis. Cuando regresó a casa, en la noche del 5 de enero de 1975, se encontró el cadáver. Sonny yacía muerto, en paños menores, sobre un banco que tenían al pie de la cama. Estaba muy hinchado y había derramado sangre por la nariz. Geraldine no había hablado con él durante el tiempo que estuvo ausente. Los periódicos estaban a la puerta, sin recoger. La policía calculó que Liston llevaba unos seis días muerto. Según fuentes policiales de Las Vegas, Geraldine llamó en seguida a su abogado, pero quizá tardara dos horas en llamar a la policía. Ésta encontró en un armario una pequeña cantidad de marihuana, una jeringa y una papelina de heroína, para varias dosis. También encontraron un revólver del 38 y, en una mesa, cerca de la cama, un vaso de vodka. La autopsia reveló restos de morfina y codeína del tipo que genera la descomposición de la heroína en el cuerpo. No obstante, el dictamen oficial atribuía la muerte a una congestión pulmonar seguida de fallo cardíaco.

Tanto entre sus amigos como en los ambientes policiales, aún prevalece la teoría de que lo mataron, de que le aplicaron una dosis letal de

heroína, alguien a quien había molestado, o que deseaba apartarlo de su camino. Gary Beckwith, sargento de la policía local especializado en narcóticos, ha dicho que la policía nunca se quedó satisfecha con la versión oficial de aquella muerte y que se emprendieron pesquisas para averiguar si un antiguo detective de la policía de Las Vegas podía estar implicado en el caso. El detective en cuestión, siempre según Beckwith, también había sido condenado por la comisión de varios robos en la zona. Lo que se suponía era que el detective había dado muerte a Liston por orden de Resnik, que estaba furioso con el púgil por no haberse dejado noquear en una de sus últimas peleas.

«Pusimos todo el empeño del mundo en demostrarlo», seguía diciendo Beckwith. «Fuimos detrás del antiguo detective por los robos, tratando de corroborar esa parte de su historia, pero nunca logramos reunir la más mínima prueba en ese sentido. Ni siquiera yo estoy convencido.»

Harold Conrad se puso en contacto con policías y mafiosos de Las Vegas en los años posteriores a la muerte de Liston, y también llegó a sus oídos la teoría del asesinato por un ex policía contratado al efecto. Pero Conrad sólo estaba seguro de una cosa, es decir: de que Liston había terminado como tenía que terminar, como él mismo había supuesto siempre que terminaría: *«Hablé con un conocido mío de la oficina del sheriff de Las Vegas, y esto es lo que me dijo: "Un mal tipo, el negro ese. Recibió lo que se merecía." No me lo creo»,* ha dicho Conrad. *«También tenía sus cosas buenas, pero lo que a mí me parece es que murió del mismo modo en que nació.»*

Liston fue objeto de un auténtico entierro al modo de Las Vegas. Según declaró Geraldine, Sonny siempre le había dicho que si «alguna vez le ocurría algo», su ultima voluntad era recorrer el Strip por última vez⁴⁷. El entierro empezó con un funeral para cuatrocientas personas, en un despacho de pompas fúnebres llamado Palm Mortuary. Ocupaba los bancos lo más granado de la realeza y casi realeza de Las Vegas: Nipsy Russell, Ed Sullivan, Ella Fitzgerald, Jerry Vale, Jack E. Leonard, Doris Day. Joe Louis llegó un poco tarde, porque estaba jugando a los dados. «*Sonny lo comprenderá*», dijo antes de lanzar la última tirada. El padre Murphy vino en avión desde Denver, para pronunciar el elogio fúnebre. «*De los muertos sólo se debe hablar bien*», dijo. «*Sonny tenía virtudes que poca gente conocía.*» Un coro cantó *Just a Closer Walk with Thee*. Los Ink Spots cantaron *Sunny*.

Según bajaba la comitiva fúnebre por el Strip, los jugadores iban asomándose a la puerta de los casinos, pestañeando ante la luz del sol, para ver cómo pasaba por última vez ante ellos, en un ataúd de acero, el campeón del mundo de los pesos pesados. «*La gente salía de los hoteles a verlo pasar*», ha contado el padre Murphy. «*Lo pararon todo. Lo estuvieron utilizando toda su vida. Lo seguían utilizando, todos, camino del cementerio. Ahí estaba, otro show de Las Vegas. Que Dios nos valga.*»

Liston fue enterrado en los *Paradise Memorial Gardens*, un verde oasis en el desierto de Patrick Lane con la Eastern Avenue. El cementerio está cerca de la pista de aterrizaje del aeropuerto. La tumba se halla en la fila uno de la sección «*Peace*», paz. En la pequeña lápida puede leerse:

⁴⁷ Nota del T. Strip, la franja, es el nombre popular del Las Vegas Boulevard, la avenida más importante de Las Vegas, donde están los principales casinos.

«Charles “Sonny” Liston. 1932-1970. Un hombre.»

Veintiséis años más tarde, otro antiguo campeón del mundo de los pesos pesados y ex presidiario, Mike Tyson, hizo una visita a los *Paradise Memorial Gardens* para poner una flores en la tumba de Liston. No había otras, y éstas no tardaron en secarse al sol de principios de verano. Tyson iba a pelear por el título unos días más tarde, contra Evander Holyfield. Cuando no estaba viendo alguna película de gánsteres, a altas horas de la noche, metía una cinta en el vídeo y miraba a Liston entrenarse al son de *Night Train*. En cierta ocasión dijo que mirar entrenarse a Liston era «una cosa orgásmica».

«*Sonny Liston... Con él es con quien más me identifico*», dijo Tyson una tarde, en la casa que Don Kings tiene donde la ciudad termina. «*Puede parecer enfermizo y siniestro, pero me identifico mucho con esa vida. Quería que la gente lo respetara, pero nunca lo consiguió. No hay modo de hacer que te respeten y te quieran sólo porque estás deseándolo. Tienes que pedirlo.*»

«*Al público quizá no le hicieran ninguna gracia sus antecedentes, pero quienes llegaron a conocerlo en la intimidad tienen una opinión enteramente distinta. Tenía esposa. Estoy seguro de que ella no creía estar casada con una bolsa de basura... Todo el mundo respetaba el talento de Sonny Liston. La cuestión estaba en respetarlo como ser humano. Nadie pone en duda mi talento, tampoco. Pero a mí sí que me van a respetar. Eso es lo que pido.*»

Eran inquietantes las similitudes entre Tyson y Liston: ambos fueron muy pobres en su niñez y se criaron en hogares inestables; ambos

delinquieron a temprana edad, y ambos hubieron de aceptar el hecho de que en la vida sólo podían abrirse camino a puñetazos. Eran personas que no confiaban en nadie, ni antes ni después de conquistar el título. Tyson cumplió condena por violación, Liston por robo a mano armada. Al igual que Muhammad Ali, Tyson tenía la ventaja de hablar con fluidez y de ser rico (ganó decenas de millones de dólares), pero en otros muchos aspectos no se parecía nada a Ali. No había gusto alguno en su discurso: tenía un ingenio ácido, dirigido contra sí mismo de un modo lacerante. Tyson se sintió solo y puso proa a una desenlace infeliz. Se veía parecido a Sonny Liston.

«*No tengo amigos*», ha dicho. «*Cuando salí de la cárcel, todos los antiguos amigos, prescindí de ellos. Si no tienes un objetivo en la vida mejor te quitas de en medio... ¿Para qué quieres a tu lado a alguien que carece de objetivo en la vida? ¿Sólo por tener un amigo o un colega? Ya tengo a mi mujer. Ella puede ser mi amiga y mi colega. No es que esté tratando de mostrarme frío, es que lo he aprendido bien... Si me van a joder, no quiero que me jodan los mismos que me jodieron antes. Quiero que me joda gente nueva.*»

«*Han abusado de mí toda la vida*», prosigue Tyson. «*Me han utilizado, me han deshumanizado, me han humillado, he sido traicionado. Así, más o menos, se resume mi vida, y estoy amargado, siento mucha rabia contra determinadas personas, al respecto... En el boxeo, todo el mundo se las apaña estupendamente, menos el boxeador. Él, básicamente, es el único que padece. Él es el único barriobajero. El único que pierde la cabeza. Una veces se vuelve loco, otras se da al*

bebercio, porque es un deporte que presiona mucho, muy intenso, y mucha gente sale perdiendo. Aguantas hasta cierto punto, y al final te vienes abajo.»

Unas cuantas noches más tarde, Tyson se subió al ring en compañía de Holyfield; y cuando vio que ya no podía ganarle igual que antes, que no era capaz de zarandearlo de un sitio a otro del cuadrilátero por la mera potencia de sus músculos, se descompuso. Le arrancó un trozo de oreja de un mordisco. Y luego le mordió otra vez.

«*Sé que mi carrera ha terminado*», dijo en el vestuario, después del combate. «*Se ha terminado. Lo sé.*»

Terminados sus días como boxeador, Floyd Patterson se retiró a New Paltz, Nueva York, a dirigir el *Huguenot Boys' Club*, donde entrenaba a jóvenes boxeadores sin cobrarles nada. «*Eso es lo que me sacó de las calles cuando era pequeño, de modo que quería hacer lo mismo por los demás*», me dice. En 1995, el nuevo gobernador, George Pataki, lo nombró presidente del Comité Deportivo del Estado de Nueva York, a cuyo cargo están los espectáculos de boxeo y lucha libre. El sueldo era de 76.421 dólares y el trabajo no lo exigía mucho. Hacía mucho tiempo que el boxeo había emigrado de Nueva York para instalarse entre Las Vegas y Atlantic City. Patterson no tenía gran cosa que hacer. Y, sin embargo, estaba claro que apenas lograba manejarse con sus obligaciones, y que si salía adelante era gracias a la discreta ayuda de unos cuantos empleados de las varias oficinas estatales. Llevaba años corriendo el rumor de que a Patterson le fallaba la memoria, de que al final estaba acusando el efecto de sesenta y cuatro combates profesionales e incontables derrotas por K.O., pero nadie

quería poner en un apuro a una persona tan buena como él. El estado de Patterson era un secreto a voces entre los periodistas deportivos, pero durante mucho tiempo nadie publicó una palabra. ¿Qué tenía de malo que desempeñara un cargo? Era una sinecura, una ayuda para una persona que bien se había hecho digno de ella.

Cuando me entrevisté con Patterson vi que tenía, a los sesenta y tres años, prácticamente el mismo aspecto que en su época de campeón de los pesos pesados: la misma constitución esbelta y correosa, los mismos ojos grandes y suplicantes, el mismo pequeño tupé de siempre. Al conocerlo se daba uno cuenta de hasta qué punto era increíble que aquel hombre hubiera sido alguna vez campeón del mundo de todos los pesos y que hubiera compartido el cuadrilátero con púgiles como Liston o Ali. Era de tamaño común y corriente. Sólo en sus manos —hinchadas, ásperas, enormes— asomaba algún conato de fuerza. Mientras hablábamos, Patterson se repitió en varias ocasiones y fue incapaz de recordar ciertos nombres, fechas y lugares, pero no estaba tan «*ido*»; lo suyo era, más que nada, inseguridad, porque no sabía si iba a ser capaz de mantenerse centrado en un tema durante mucho tiempo, ni de recordar los detalles.

—¿Tiene usted la impresión, al oírme, de que soy una persona a quien el boxeo ha perjudicado? —dijo en un momento dado—. ¿No le sueno perfectamente normal? Amo el boxeo. El boxeo es maravilloso. El boxeo me ha dado todo lo que tengo en el mundo.

Unos meses más tarde, en marzo de 1998, Patterson fue invitado a declarar in extenso en un caso judicial en el que estaban implicados los

promotores de la «*lucha final*», un tipo de violencia organizada que estaba prohibida en Nueva York. Esta declaración fue un desastre para Patterson. Tuvo que contestar bajo juramento, durante más de tres horas, a las preguntas del abogado David Meyrowitz.

PREGUNTA: ¿Con quién combatió usted (por el título de los pesos pesados, en 1956)?

RESPUESTA: Tengo que pensármelo... No recuerdo quién era el rival, pero lo cierto es que le gané y que me llevé el título de campeón del mundo...

PREGUNTA: ¿Dónde fue la pelea?

RESPUESTA: No lo sé. Creo que fue en Nueva York.

PREGUNTA: ¿Conoce el nombre de su antecesor?

RESPUESTA: Sí, eso sí que va a venirme. Un segundo. (Se busca en los bolsillos.) Lo tengo aquí. (No logra encontrarlo.)

PREGUNTA: Señor Patterson, ¿conoce usted el nombre de su predecesor en el cargo de presidente del Comité de Deportes del Estado de Nueva York?

RESPUESTA: Sí, lo conozco, pero es que no he dormido bien anoche, si quiere que le diga la verdad, y estoy cansadísimo, y me cuesta mucho trabajo pensar cuando estoy cansado.

PREGUNTA: ¿Puede usted darnos el nombre de otras dos personas que fueran miembros del comité en el momento en que usted fue nombrado?

RESPUESTA: No...

PREGUNTA: ¿Puede darnos el nombre de algún otro miembro actual del Comité de Deportes del Estado de Nueva York?

RESPUESTA: Bueno... Sí y no. Los conozco, pero me cuesta mucho trabajo pensar. Anoche me acosté muy tarde...

PREGUNTA: ¿El nombre de los otros dos miembros del comité...?

RESPUESTA: Son una señora y un señor.

PREGUNTA: ¿Tiene usted el número de teléfono de esa oficina [la del comité en Poughkeepsie]?

RESPUESTA: Tengo el teléfono en casa.

PREGUNTA: ¿Aquí no se acuerda usted?

RESPUESTA: No...

PREGUNTA: ¿Cómo se llama la secretaria?

RESPUESTA: Hombre, por Dios... La veo muy a menudo, la conozco muy bien. Pero ahora mismo no recuerdo su nombre.

Y así sucesivamente. Esta dolorosa sesión se produjo el 20 de marzo y llegó a los periódicos diez días más tarde. Patterson no logró recordar el

nombre del abogado del comité, dio muestras de no conocer las normas más elementales del boxeo (el tamaño del ring, el número de asaltos a que se disputa un combate con el título en juego), y en general dio la impresión de estar totalmente perdido. El hecho de no recordar la noche más grande de toda su vida —la victoria contra Archie Moore, Chicago, 1956, que le valió el título— lo dejó completamente anonadado.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó en un momento determinado—. Estoy perdido.

Reconoció que estando cansado se le daban muy mal los nombres: «*A veces ni siquiera recuerdo el nombre de mi mujer, y llevo treinta y dos o treinta y tres años casado con ella.*»

Cuando el *New York Times* dejó claro que iba a publicar una crónica sobre estas declaraciones, Patterson inmediatamente envió su carta de dimisión al gobernador George Pataki.

«*Me cuesta mucho trabajo pensar cuando estoy cansado*», dijo. «*A veces se me olvida hasta mi propio nombre.*»

A la sombra de Ali han languidecido todos los púgiles de su tiempo, y los que tras él vinieron —Patterson, Liston, Joe Frazier, George Foreman, Larry Holmes, Mike Tyson, Evander Holyfield—. Todos ellos fueron buenos boxeadores, incluso excelentes, pero ni por asomo podían alcanzar la resonancia y el esplendor de Ali. «*Llegué a tenerle cariño a Ali*», me ha dicho Patterson. «*Al final comprendí que yo no era más que un boxeador y que él, en cambio, era historia.*»

Puede resultar que Ali haya sido el pináculo del boxeo y, al mismo tiempo, su punto final. Sus sucesores llegaron en un momento en que el propio boxeo languidece. Uno tras otro, van cerrándose los más famosos gimnasios. El de la Calle Quinta, el *Gramercy Gym*, *Stilman's*, el *Times Square Gym*: todos ellos pertenecen al pasado. Recintos como el *Madison Square Garden* apenas si programan unas cuantas veladas al año. El boxeo se está convirtiendo en el pasatiempo –anacrónico– de las ciudades dedicadas al juego, en el mismo nivel que *Wayne Newton* y *Sigfried & Roy*. Cada vez es más frecuente que las mujeres participen, por activa y por pasiva, en deportes como el baloncesto, el béisbol, incluso el hockey, mientras que del boxeo no quieren saber nada, ni siquiera como espectadoras. Como consecuencia de todo lo anterior, las cadenas que retransmiten los juegos olímpicos apenas si tienen el boxeo en cuenta. Y, además –y éste quizá sea el factor más importante–, el boxeo, un deporte pensado para atontar el cerebro, resulta indefendible, a estas alturas. El boxeo ha pasado a representar la máxima carencia de oportunidades, no una oportunidad en sí. Hay en él cierta belleza – también hay una terrible belleza en la guerra, sobre todo para los no combatientes–, pero basta con conocer a unos cuantos boxeadores retirados y tratar de descifrar lo que le dicen a uno con su lengua de trapo a fuerza de golpes, para empezar a hacerse preguntas. ¿Qué belleza justifica todo esto? ¿Cómo justificar la confusión de Floyd Patterson? ¿Cómo justificar los daños sufridos por Jerry Quarry tras tantísimas somantas, o que Wilfred Benítez se haya quedado viendo pasar fantasmas? Y los que acabamos de mencionar son púgiles de primera fila, hombres que han sufrido menos castigo del que ellos aplicaron. ¿Qué no

ocurrirá entre los aspirantes, los rivales profesionales con historiales de 47 victorias y 44 derrotas, con las orejas como un par de coliflores y los sesos movidos para siempre?

Ali, como tantos otros que le precedieron, estaba convencido de que tendría suficiente sentido común como para abandonar el boxeo a tiempo. *«No voy a abandonarlo cuando tenga recuerdos desagradables de mi carrera», dijo cuando estaba entre los veinte y los treinta años. «No me retiraré del boxeo con cicatrices, con las orejas como un par de coliflores, con la nariz aplastada. Saldré intacto en lo físico, como estoy ahora. Será así porque mi modo de boxear me protege de cortes y heridas, sin por ello impedir que gane. Yo derroto a mis contrincantes, podríamos decir, con suavidad...»*

Ali confiaba en que su estilo lo protegería de las lesiones y de las indignidades habituales. *«¡No me pueden tocar!», gritaba siempre.* Pero cuando volvió del largo destierro su velocidad ya tenía unos límites: sólo lograba alcanzarla a ráfagas. Tuvo que aprender otras maneras de boxear. Puede que su más humillante descubrimiento, en esta segunda parte de su carrera, fuese su capacidad para encajar golpes. Y los encajó a cientos: de Frazier, de Foreman, de Ken Norton, de Ernie Shavers, de Holmes, de Leon Spinks; de una cáfila de pesos pesados de segunda fila, como Jean-Pierre Coopman, Alfredo Evangelista y Trevor Berbick; de un pelotón de sparrings a quienes se les daban instrucciones de pegarle duro a Ali en los entrenamientos, para mejorar su capacidad de encaje en las peleas reales. Aprender a encajar fue, para Ali, un modo de sobrevivir a corto plazo –en

ello estuvo el secreto de sus grandes triunfos en el Zaire y en Filipinas—, pero a largo plazo resultó un desastre.

Una tarde de primavera fui a hacerle una vista a Ferdie Pacheco, que vive en una comunidad cerrada, en Miami. Pasa lo más de su tiempo pintando, escribiendo relatos y haciendo de comentarista televisivo para alguna cadena de televisión, cuando se retransmite un combate. Pacheco se apartó voluntariamente del equipo de Ali en 1977, a raíz de la pelea con Shavers, que Ali ganó a los puntos, pero no sin haber encajado un tremendo castigo. Pacheco se dio cuenta, después de esta pelea, de que Ali padecía un deterioro renal. Es más: desde el tercer enfrentamiento con Frazier, en Manila, en 1975, había llegado a la conclusión de que Ali estaba en grave peligro de sufrir alguna lesión cerebral si no se retiraba. Pacheco envió los correspondientes informes médicos a Ali, a su mujer, Veronica, y a Herbert Muhammad. Ninguno de ellos le acusó recibo, salvo para tomarse a broma sus avisos. En consecuencia, Pacheco decidió que le había llegado el momento de hacer mutis. El resto del equipo, incluido Angelo Dundee, se quedó donde estaba. Todos los implicados —también Ali— estaban demasiado enganchados tanto en el dinero que procuraban las peleas como en la excitación de vivirlas en primera línea.

«Angelo estaba en el convencimiento —erróneo, pero sincero— de que cuando se empieza con un boxeador hay que seguir hasta el final con él», dice Pacheco. «Muy bien, pero el púgil tiene que hacerte caso cuando llega la hora de retirarse. Y si no se retira, te retiras tú. Les ocurre a todos los deportistas. Llega el día en que Babe Ruth deja de ser Babe Ruth, en que Joe Louis es noqueado por un

italiano fabricante de salchichas, en que John Barrymore no puede recitar el monólogo de Hamlet. Llega un día en que estás terminado, en que los años te dejan K.O.»

Es altamente probable que el deterioro neurológico de Ali ya estuviera en marcha en 1981 cuando llevó a cabo sus últimas peleas, contra Larry Holmes en Las Vegas y contra Trevor Berbick en Las Bahamas. Ya hablaba de modo confuso y, desde luego, sus reflejos no eran lo que habían sido. Aquellas peleas fueron francamente criminales.

«Pero la palabra culpa es mucha palabra», dice Pacheco. «Yo no le echo la culpa a nadie. Todos se dejaron ir e hicieron lo que hicieron partiendo del convencimiento de que Ali encontraría, como siempre, una forma de salir vencedor. Nadie se hacía cargo de lo que estas victorias le estaban costando desde el punto de vista físico, nadie lo aceptaba, por muy hartos que estuvieran todos de ver a la gente balbuceando de mala manera en todos los gimnasios. Nadie establecía una conexión entre esa realidad el aquel chico grande, maravilloso, guapo, cuyo aspecto seguía sin cambiar. Ése es el problema. Que siguen teniendo el mismo aspecto. Yo estuve en el rincón de Sugar Ray Robinson durante una de sus últimas peleas. Y seguía teniendo el mismo aspecto.

»La última vez que vi a Ali [como médico] fue en 1977. Pero he asistido a su decadencia. Ahora lo veo todo el tiempo. Cuando nos encontramos, ahora, me dice "Hola, doctor, ¿cómo estás?", y luego me dice que él es responsable de mis éxitos, en lo cual estoy totalmente de acuerdo al ciento por ciento. Dice que le sorprende ver cuánto hemos progresado los dos, él y yo. Pero no dice nada. Trivialidades, chistes, bromas. No trato de sostener una conversación con él. Nada hay que él

pueda decirme a mí o que yo pueda decirle a él para cambiar lo que sé que va a ocurrirle.

»Afortunadamente, posee algo que todos querríamos poseer, es decir: *serenidad espiritual*. No conozco a ninguna otra persona que la tenga. Su mente se halla en completo estado de paz, porque ha logrado convencerse a sí mismo de que el aquí no es lo que cuenta. Lo que cuenta es el cielo. En eso pone todo su empeño, en llegar al cielo, y está convencido de que lo conseguirá. Mire, Ali era único. Ali es una cosa y el boxeo otra. Lo único exclusivamente aplicable al boxeo que ha hecho Ali es terminar de este modo tan trágico, como todos los boxeadores que, habiendo sido muy buenos, no abandonan a tiempo. Joe Louis, Sugar Ray Leonard, Sugar Ray Robinson, George Foreman, Larry Holmes, Tommy Hearns. No se paran, y ya está. Y terminan en tragedia. Esto es lo único, lo único que Ali tiene en común con los demás boxeadores.»

Allá en Michigan, Ali está en la oficina de su finca. La oficina está en el segundo piso de una casita que hay detrás del edificio principal, y es la sede central de la compañía conocida por el nombre de GOAT —Greatest Of All Times, el más grande de todos los tiempos—. Fuera hay un estanque sobre cuya superficie se deslizan las ocas. Unos cuantos hombres trabajan en los campos. Están cortando el césped de la gran pradera que se extiende desde la fachada de la casa, hacia arriba, hasta las puertas de la finca. Se ven por aquí y por allá varios coches de gran calidad, entre ellos un Stutz Bearcat⁴⁸. Hay una pista de tenis, una piscina, un parque infantil que quedaría estupendamente en un pequeño colegio de algún municipio bien

⁴⁸ Nota del T. Muy famoso automóvil de competición que alcanzó su mayor gloria en el segundo decenio del siglo XX. En los años sesenta empezaron a fabricarse réplicas carísimas.

provisto de fondos. Ali es padre de nueve hijos. La mayor es Maryam, que tiene treinta años, y el más pequeño es Asaad Ali, un chaval de ocho años adoptado por Lonnie y Muhammad. «Ahora, por fin, Muhammad ya tiene con quien jugar», dice Lonnie. «Cuando los otros chicos no estaba casi nunca en casa, pero ahora se pasa el día jugando con Asaad.» Los Ali han disfrutado de su permanencia en la finca, pero ahora están buscando comprador. Estuvieron en tratos con alguien que quería comprarla para convertirla en un centro de bienestar. Incluso la han tenido en uno de esos programas de compraventa de casas que hay en televisión. Al final, dice Lonnie, la familia acabará volviendo a Louisville, donde esperan que se levante un centro Muhammad Ali. Los padres de Ali ya no viven, pero su hermano sigue trabajando en Louisville.

La jornada de Ali empieza a las seis de la mañana, con la primera de las cinco plegarias del día. Unas veces reza en una glorieta que tienen fuera, en el césped, y otras utiliza el salón de la casa. Lonnie también es creyente y, por lo general, utiliza una vestimenta muy recatada, aunque no enteramente tradicional. La carrera religiosa de Ali ha ido cambiando con el tiempo. Tras la muerte de Elijah Muhammad en 1975, la Nación del Islam se escindió entre los seguidores del hijo de Muhammad, Wallace — que trató de hacer más llevadera la doctrina de la Nación negando la divinidad de su padre y acercándose al Islam tradicional — y los seguidores de Louis X (ahora Louis Farrakhan), para quien Wallace es un hereje con los sesos reblandecidos. Ali se quedó con Wallace Muhammad, y éste, en uno de sus primeros gestos de reconciliación, rebautizó la mezquita de

Nueva York, poniéndole el nombre del antiguo enemigo de su padre, Malcom X. En más de un sentido, Ali ha ido siguiendo los pasos de Malcom. Al principio, su pertenencia a la Nación tenía un significado más bien político —un gesto de autoafirmación y de solidaridad racial—, pero, como Malcom, Ali ha ido adquiriendo una visión más amplia, sin dejar por ello de incrementar también su grado de devoción. Todo lo que antes era amenazador y oscuro en la Nación del Islam, el discurso separatista tan positivamente acogido por el Ku Klux Klan, el cuento de Yacub el «cabezón» y las misteriosas naves espaciales..., todo ello, para Ali, lleva ya muchos años en la región del olvido.

Ali está intensamente orgulloso de su pasado, pero si de algo se arrepiente es de su apresurado y cruel rechazo de Malcom X. Una de las primeras cosas que hizo Ali cuando nos encontramos en Berrien Springs fue abrir una enorme cartera de mano y extraer de ella una foto de Malcom y suya hecha por Howard Bingham en Miami, poco antes de la primera pelea con Liston.

—Éste de aquí es Malcom. Un hombre muy grande, muy grande —me dijo, con su voz baja y susurrante.

En casa y fuera de casa, Ali suele atenerse a un determinado protocolo en su trato con los demás. También a mí me lo aplicó, por supuesto. Le gusta hacer juegos de magia: se «eleva» sobre un solo dedo del pie; frotando dos dedos de la mano, logra que uno tenga la impresión de que está oyendo un grillo muy molesto, situado detrás de la oreja; hace desaparecer una pequeña pelota. Es como si haciendo estas pequeñas cosas

te recordara, y se recordara a sí mismo, los peores momentos de su carrera: el falso ataque de nervios de la ceremonia de pesaje previa a la primera pelea con Liston, los recitales poéticos con los ojos desorbitados, sus juegos de mano en el ring. Pero como un musulmán no puede engañar a nadie, en seguida desinfla su propia magia, explicándose los trucos que acaba de hacerte, enseñándote incluso a «elevarte» sobre un solo dedo del pie.

Pero los trucos no pasan de eso, de trucos, y ya no representan gran cosa para Ali. Su fe religiosa sí que se la toma en serio. Un planteamiento que le encanta seguir es el de demostrar la «coherencia» de los textos islámicos comparados con los bíblicos, y se dedica a ello con una seriedad absoluta. Siempre lleva consigo una larga lista de «discrepancias» textuales del Viejo y del Nuevo Testamento. Cuando estuve con él, se pasó más tiempo buscando «discrepancias» en su gastado ejemplar de la Biblia — lentamente, con toda minucia — que hablando de temas tocantes al racismo, al boxeo o a cualquier otra cosa. Así, por ejemplo, cuando señalaba las diferencias entre el evangelio de san Marcos y el de san Mateo era como si de pronto, de un solo golpe, hubiera reducido a la nada dos milenios de fe cristiana.

— ¡Hay treinta mil como ésta! — decía —. Hay quien se ha dedicado a localizarlas.

La religión pone orden en la vida de Ali y le ayuda a sobrellevar su enfermedad. A un hombre de menor talla podrían perdonársele unas cuantas horas de depresión, porque estamos ante alguien a quien le han robado lo que parecía su esencia: su belleza física, su rapidez, su voz. Pero

Ali jamás incurre en la compasión de sí mismo. «Sé muy bien por qué ha ocurrido todo esto», dice. «*Dios me está haciendo ver que soy un hombre como otro cualquiera. Y también te lo está haciendo ver a ti. Puedes aprender de lo que me pasa.*»

No es que Ali haya dejado atrás todo su pasado. Se gana la vida firmando fotos que luego se venden en subastas y concesionarios. Tiene varios agentes y varios abogados a su servicio, y es Lonnie quien lo coordina todo.

A veces, mientras duerme, Ali sueña con sus antiguos combates, sobre todo los tres que lo enfrentaron a Joe Frazier. No es inmune a la celebración del pasado. Cuando se estrenó el documental sobre su victoria de Zaire, *When We Were Kings*, cuando éramos reyes, Ali lo vio varias veces en el vídeo. Estuvo en Hollywood cuando el director de la película, Leon Gast, recogió su Óscar de la Academia. Como siempre hace ahora, Ali se limitó a ponerse en pie para acoger la ovación del público.

Su mayor triunfo, en el retiro, ocurrió una noche de verano, en Atlanta, cuando, ante la sorpresa de casi todos los espectadores, apareció de pronto con una antorcha en la mano, dispuesto a inaugurar los Juegos Olímpicos de Verano de 1996. Ali permaneció en pie sosteniendo ante él la pesada antorcha. Tres mil millones de personas lo vieron por televisión, temblando, no sólo por el Parkinson, sino también por la emoción del momento. Pero aguantó. «*Aquella noche, Muhammad estuvo horas y horas sin querer irse a la cama*», cuenta Lonnie Ali. «*Estaba como en una nube. No había*

quién lo levantase del sillón del hotel en que se había sentado, con la antorcha en las manos. Era como si hubiese ganado el campeonato del mundo por cuarta vez.»

Ali es un mito norteamericano que significa muchas cosas distintas para muchas personas: un símbolo de fe, un símbolo de convicción y desafío, un símbolo de hermosura y talento y valor, un símbolo de orgullo racial, de agudeza y de amor. La condición física de Ali resulta conmovedora, porque viene a ser una representación acelerada de algo que todos tememos, del deterioro que traen los años, del carácter imprevisible de los peligros. En Ali vemos la fragilidad de un hombre cuyo desempeño principal consistía precisamente en ser la figura más temible del planeta. Pero la enfermedad de Ali ha dejado de ser noticia, ha dejado de conmovernos, y aun así, a pesar de la rigidez de sus movimientos, a pesar de que apenas hable en público, sigue sirviéndonos de inspiración a todos, donde quiera que se encuentre, en un salón o en un estadio. Cuando Ali regresó del destierro y recuperó su título, ya se había desvanecido casi toda la cólera a él dirigida. Era, en parte, porque la gente había acabado por convencerse de su sinceridad, aunque muchos no pudieran aceptar la Nación del Islam ni compartieran las razones de Ali para negarse a hacer el servicio militar. Hacía reír a todo el mundo. Y, a fin de cuentas, los tiempos habían cambiado, y los hombres también. Algunos, al menos. Así, por ejemplo, Red Smith —cuyos artículos fueron tan hostiles a Ali desde el principio— fue uno de esos norteamericanos que salieron de finales de los sesenta y principios de los setenta viendo la vida de otro modo, y viendo también a Ali de otro modo. Cuando Ali recuperó el campeonato del

mundo en 1974, DC Comics sacó un número especial en que el campeón se enfrentaba a Superman y le ganaba. Ali es un símbolo viviente, tan ambiguo y vaporoso como los símbolos suelen ser, mas no por ello menos válido en la actualidad.

«Clay era un nombre de esclavo», me dijo en voz baja mientras caía la tarde y él iba fatigándose cada vez más. Emprendía así una de sus tiradas más extrañas. «Oyes "Khrushchev" y sabes que es un ruso. "Ching", y es un chino. "Goldberg", y es un judío. ¿Qué es Cassius Clay? Así de claro. Así de cierto. George Washington no es un nombre de negro. Así de claro.

Así de cierto. El Islam era algo fuerte y poderoso. Era algo que podía tocar con mis propias manos. Me hice mayor en la idea de que todo el mundo era blanco. Jesucristo era blanco. Todos los de la última cena eran blancos. Y de pronto llegan los Musulmanes, planteando dudas. Y creo que yo he contribuido. Ahora ves un anuncio en la tele. Salen tres niños, dos negros, uno blanco. O al revés. No era así entonces. Las cosas han cambiado. Las cosas han cambiado. Y yo he contribuido. Cassius se llamaba mi abuelo, Cassius se llamaba mi padre. Pero yo lo cambié. También eso lo cambié.»

Mientras seguíamos mirando las cintas de las peleas con Liston y Patterson, le pregunté a Ali que cómo le gustaría que se le recordase. No contestó. Pero hace mucho tiempo, cuando su cuerpo aún le concedía la libertad de palabra, Ali ya había contestado a esta misma pregunta:

«Le diré cómo me gustaría que me recordasen: como un negro que ganó el título mundial de los pesos pesados y que tenía sentido del humor y que trató a todos con justicia. Como un hombre que nunca miró por encima del hombro a

quienes así lo miraban a él y que ayudó a tantos de los suyos como le fue posible, no sólo financieramente, sino también en su lucha por la libertad, por la justicia y por la igualdad. Como un hombre del que los suyos no se avergonzarían. Como un hombre que trató de unir a los suyos en la fe del Islam, que él encontró escuchando las palabras del Honorable Elijah Muhammad. Y si todo eso es pedir mucho, digamos que me conformaría con ser recordado como un gran campeón de boxeo que se hizo predicador y campeón de su pueblo. Y ni siquiera me importaría que le gente se olvidase de lo guapo que era.»

Sonó el teléfono. Contestó Ali, pero le costó varios segundos llevárselo al oído. Luego, apenas si le quedaron fuerzas para decir «*diga*». Entraban muchas llamadas, y a todas ellas contestaba que volviesen a llamar más tarde, al día siguiente, la semana próxima. Lonnie estaría luego en casa. Le costó mucho tiempo devolver el auricular a su sitio. Casi todo lo que intentaba hacer le costaba muchísimo tiempo.

—Ahora —dijo—, lo único importante es ser un buen musulmán. Ayudar a los demás.

A partir de ahí dejó de hablar. Cerró los ojos. Y durante unos minutos dio la impresión de estar durmiendo. Luego abrió los ojos y sonrió. Era una broma.

—¡Te agarré! —dijo.

Tras una pausa, añadió:

—Dormir es un ensayo de la muerte. Un día te despiertas y es el Juicio Final. No me preocupa la enfermedad. Nada hay que me preocupe. Alá me protegerá. Siempre me protege.

Luego dijo que estaba cansado. Era una forma agradable de despedirme.

Bajó conmigo hasta el exterior.

—¿Es ése tu coche? —me preguntó.

—Bueno, es mío por hoy —le dije.

—Ni siquiera. Nada te pertenece. En esta vida no eres más que un representante. Cuídate.

Me despedí y recorrió el largo trecho que me separaba de la salida. En el espejo retrovisor seguí viendo a Ali, de pie en la gravilla. Me dijo adiós con la mano, una vez, muy lentamente, y se dio media vuelta. Volvía a su casa para la plegaria del atardecer.

AGRADECIMIENTOS Y NOTAS SOBRE FUENTES

Las peleas por el campeonato del mundo celebradas a principios de los años sesenta caen en una extraño hinterland entre la historia y la actualidad. Para los lectores que ya hayan cumplido los cuarenta, las primeras peleas de Ali estarán entre sus primeros (o no tan primeros) recuerdos. Para los no tan jóvenes, son algo tan distante como la batalla de Agincourt. Muchos de quienes participaron o fueron testigos del ascenso de Muhammad Ali están ya muertos. Entre ellos, Sonny Liston, Malcom X, Elijah Muhammad, Betty Shabbaz, Willie Reddish, Jimmy Cannon, Cus D'Amato, Joe Martin, Odessa Clay y Cassius Clay padre. Pero, con excepción de unas cuantas fuentes vivas que se negaron a la entrevista, los principales actores sobrevivientes han sido insólitamente generosos con su tiempo y con sus recuerdos. Estoy especialmente agradecido a Muhammad y Lonnie Ali, que me invitaron a su finca de Michigan, así como a Howard Bingham y Thomas Hauser, por contribuir a que ese encuentro fuera posible.

Agradezco las entrevistas que me concedieron Maury Allen, Debe Anderson, Teddy Atlas, Milt Bailey, Lem Bunker, Gary Beckwith, Jack Bonomi, Kirby Bradley, Dennis Caputo, Gil Clancy, Foneda Fox, Stanley Crouch, Gordon Davidson, Angelo Dundee, Henry Ealy, Gerald Early,

Beverly Edwards, Jimmy Ellis, Ralph Ellison, Sam Eveland, Leon Gast, Truman Gibson, Pete Hamill, Tom Hauser, John Horne, Jerry Izenberg, Lamont Johnson, Murray Kempton, Neil Leifer, Robert Lipsyte, Jack McKinney, Larry Merchant, Archie Moore, Toni Morrison, Jill Nelson, Jack Newfield, Gil Noble, Ferdie Pacheco, Floyd Patterson, Davey Pearl. George Plimpton, Ed Pope, Pat Putnam, Gil Rogin, Harold D. Rowe, Jeffrey Sammons, Sonia Sanchez, Dick Schaap, Mort Sharnick, James Silberman, Bert Sugar, Gay Talese, Ernie Terrell, José Torres, Mike Tyson y Dean Weidemann.

Agradezco a los documentalistas del *Sports Illustrated*, el *Courier Journal* de Louisville y *The New Yorker* que tuvieran la amabilidad de abrirme sus archivos; a Hank Kaplan, historiador del boxeo, que me diera libre acceso a sus cajas de zapatos llenas de recortes de Ali, Liston y Patterson; a la Biblioteca Pública de Nueva York, su colaboración; a Bill Vourvoulias, que me ayudara a descubrir material antiguo y que me concediera varias entrevistas sobre la muerte de Liston; y a Pete Wells, su trabajo de comprobación de los hechos recogidos en el original de este libro.

El lector es consciente, sin duda alguna, de que el paso del tiempo ha dejado su marca inevitable en este trabajo de investigación. Ali ya no habla tan bien como en otros tiempos, y Liston no está con nosotros. Las citas que se incluyen en el libro proceden principalmente de los periódicos, las revistas y los programas radiotelevisivos de la época, o de publicaciones que vinieron más adelante. Hay varios libros que son especialmente

importantes para comprender al Ali de los primeros tiempos. Sobre todo, *Muhammad Ali: His Life and Times*, excelente biografía oral de Thomas Hauser; *The Story of Muhammad Ali, Who Was Once Cassius Clay*, de John Cottrell; y *Black is Best: The Riddle of Cassius Clay*, de Jack Olsen. Cottrell y Olsen destacan en su tratamiento de los antecedentes y primeras peleas de Ali. Hauser suministra material único, entre otras cosas, sobre el complicado ingreso de Ali en la Nación del Islam y su creación de sí mismo. Reconozco mi deuda con Hauser, Cottrell y Olson, y les quedo agradecido.

Otros libros que me sirvieron fueron *Shadow Box*, de George Plimpton, con sus agudas crónicas; *Sting Like a Bee*, de José Torres; *The Champ Nobody Wanted*, de A. S. «Doc» Young, con sus conmovedores retratos iniciales de Liston; *Sonny Boy*, de Rob Steen; *Sportsworld*, de Robert Lipsyte; dos penetrantes ensayos de Gerald Early, *Tuxedo Junction* y *The Culture of Bruising*; *On Boxing*, de Joyce Carol Oates; *Victory Over Myself*, de Floyd Patterson (con Milton Gross); *ff Letters to Muffo*, de Harold Conrad; *The Autobiography of Malcom X* (con Alex Haley); *A Neutral Corner*, de A. J. Liebling; las antologías de Norman Mailer *The Long March* y *The Time of Our Time*, donde se recoge su artículo para Esquire «Ten Thousand Words a Minute», junto con otros trabajos sobre boxeo; *Beyond the Ring: The Role of Boxing in American Society*, un buen trabajo académico de Jeffrey T. Sammons; *Nobody Asked Me, But... The World of Jimmy Cannon*, recopilación de artículos editada por Jack Cannon y Tom Cannon; *Pillar of Fire*, de Taylor Branch, segundo volumen de su historia de la época del Rey; *Fame*

and Obscurity, de Gay Talese, donde su recoge el excelente perfil de Floyd Patterson que antes publicó en *Squire*, «*The Loser*»; *Muhammad Ali: The People's Champ*, editado por Elliot J. Gorn; *The Muhammad Ali Reader*, editado por Gerald Early; *Home: Social Essays*, de LeRoi Jones; y *Soul of Ice*, de Elridge Cleaver.

También me fueron de ayuda Malcom, trabajo biográfico de Bruce Perry; *Message to the Blackman in America*, de Elijah Muhammad; *The Black Muslims in America*, de C. Eric Lincoln; *The Original Man: The Life of Elijah Muhammad*, de Claude Andrew Clegg III; el perfil de Sonny

Liston que publicó Nick Tosche en el *Vanity Fair* de febrero de 1998; *Black Manhattan*, de James Weldon Johnson; *Voices of Freedom: An Oral History of the Civil Rights Movement from the 1950s Through the 1980s*, de Henry Hampton y Steve Fayer; *Trouble in Mind: Black Southerners in the Age of Jim Crow*, de Leon F. Litwack; *The Eyes on the Prize Civil Rights Reader*, editado por Clayborne Carson et al.; *The Crisis of the Negro Intellectual*, de Harold Cruse; *Classical Black Nationalism: From the American Revolution to Marcus Garvey*, editado por Wilson Jeremiah Jones; *Champion: Joe Louis, Black Hero in the White America*, de Chris Mead; *The Autobiography of Jack Johnson*; *The Fire Next Time* y *Knowbody Knows My Name* (La próxima vez el fuego y Nadie sabe mi nombre), de Ralph Ellison.

La revista *Sports Illustrated* es la guía más amplia y fiable del mundo del boxeo a principios y mediados de los sesenta. En parte, su reputación procede de la cobertura que dio a la historia de Ali. Debo dar las gracias a los siguientes colaboradores de la revista: W. C. Heinz, Huston Horn,

Robert H. Boyle, Jack Olsen, Mort Sharnick, Gil Rogin, George Plimpton y, en época posterior, Put Putnam, Gary Smith, Bill Nack y Mark Kram.

Gracias a Jack Bonomi por sus miles de folios de transcripciones del comité Kefauver sobre boxeo; a la cadena *HBO* por su documental *Sonny Liston: The Mysterious Life and Death of a Champion*; y tanto al *Classical Sports Network* como a la compañía de Bill Cayton, por las cintas de docenas de peleas.

Tengo una auténtica deuda con David Halberstam, que contribuyó a la idea inicial del libro y que fija cánones en lo tocante al periodismo y la generosidad. También con mi amiga y agente, Kathy Robbins, por haber convertido una vaga idea en realidad. También les estoy agradecido a Jeffrey Frank, Thomas Hauser, Jack Newfield, Michael Shapiro, Jeffrey

Toobin, Malcom Gladwell, Ted Johnson y Robert Lipsyte, que leyeron todos ellos el manuscrito, con gran atención, y a Joy de Menil, por su constante ayuda en Random House.

Estoy especialmente agradecido a Tina Brown, que hizo que me sintiera en *The New Yorker* como en mi propia casa, y a todos mis colegas de la revista, y a Jason Epstein, que ha sido un vivo ejemplo de integridad, generosidad y agudeza periodísticas durante cuarenta y ocho años.

Mis padres y mi abuela fueron, como de costumbre, una inspiración. El libro está dedicado a mi hermano, que compartió mi fascinación por el tema hasta tal punto que incluso me acompañó al *Beacon Theater* a ver por circuito cerrado una pelea de Ali con un luchador profesional, Antonio

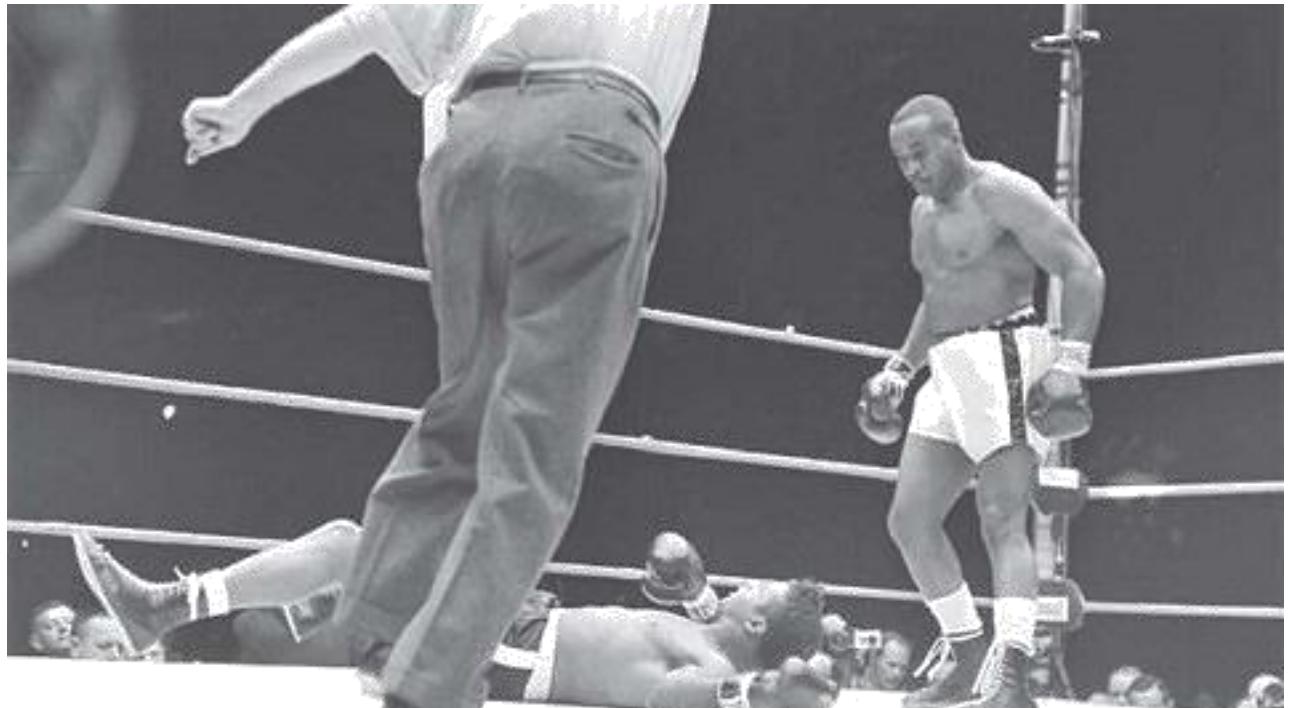
Inoki. Y está dedicado a mi querido amigo Eric Lewis, que se escaqueó del Ali-Inoki, pero que está perdonado.

Como de costumbre, quiero dejar constancia de mi deuda — demasiado grande como para explicarla aquí — con mis hijos, Noah y Alex, y con mi mujer, Esther.

Fotografías



Floyd Patterson en 1954



Sonny Liston y Floyd Patterson



John Carbo (con gafas) en la comisaría de Elizabeth Street, a raíz de su detención. A la derecha, el detective Nicholas Barrett, de la policía fiscal del distrito



Sonny Liston



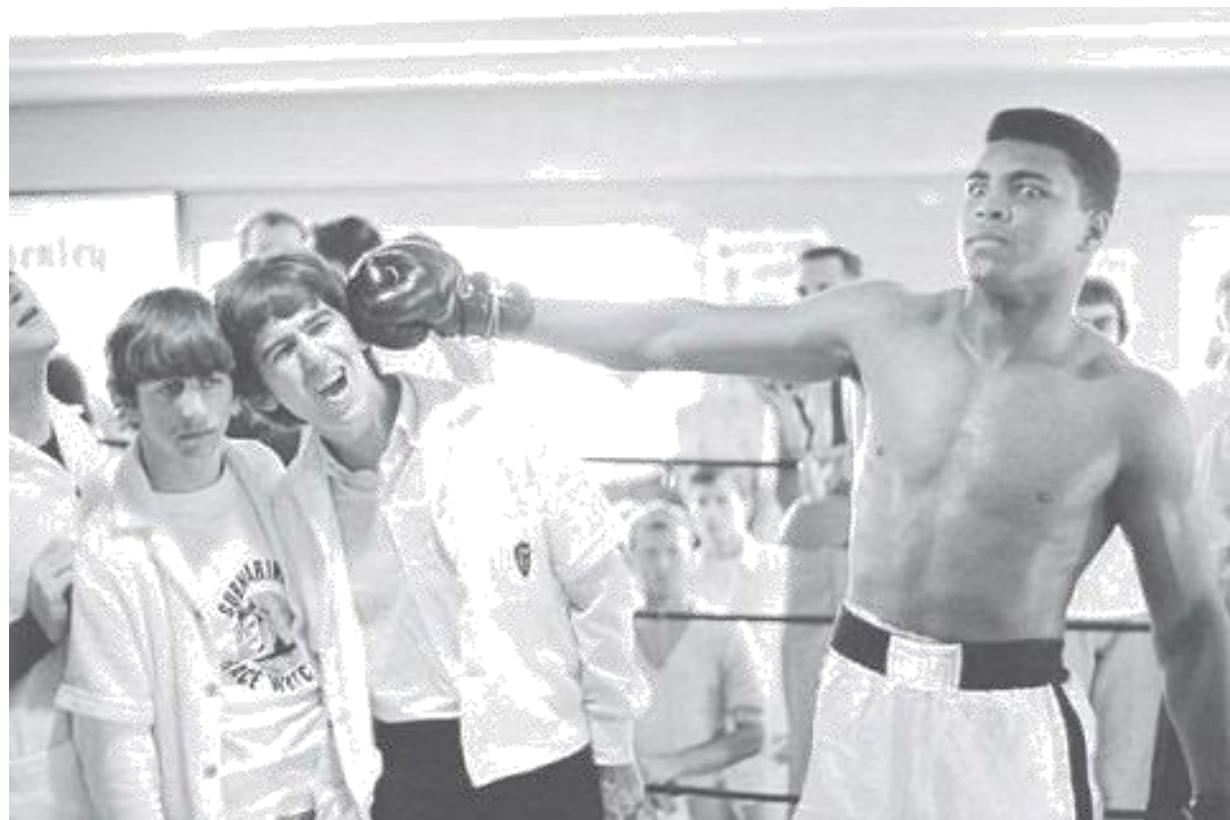
Cassius Clay a los doce años



Louisville, 1963



Nueva York, 1964. Con Elijah Muhammad



Miami, 1963. Jugando con los Beatles



Nueva York, 1963. Con Malcom X



Miami, 1964



Cassius Clay contra Sonny Liston, 1964



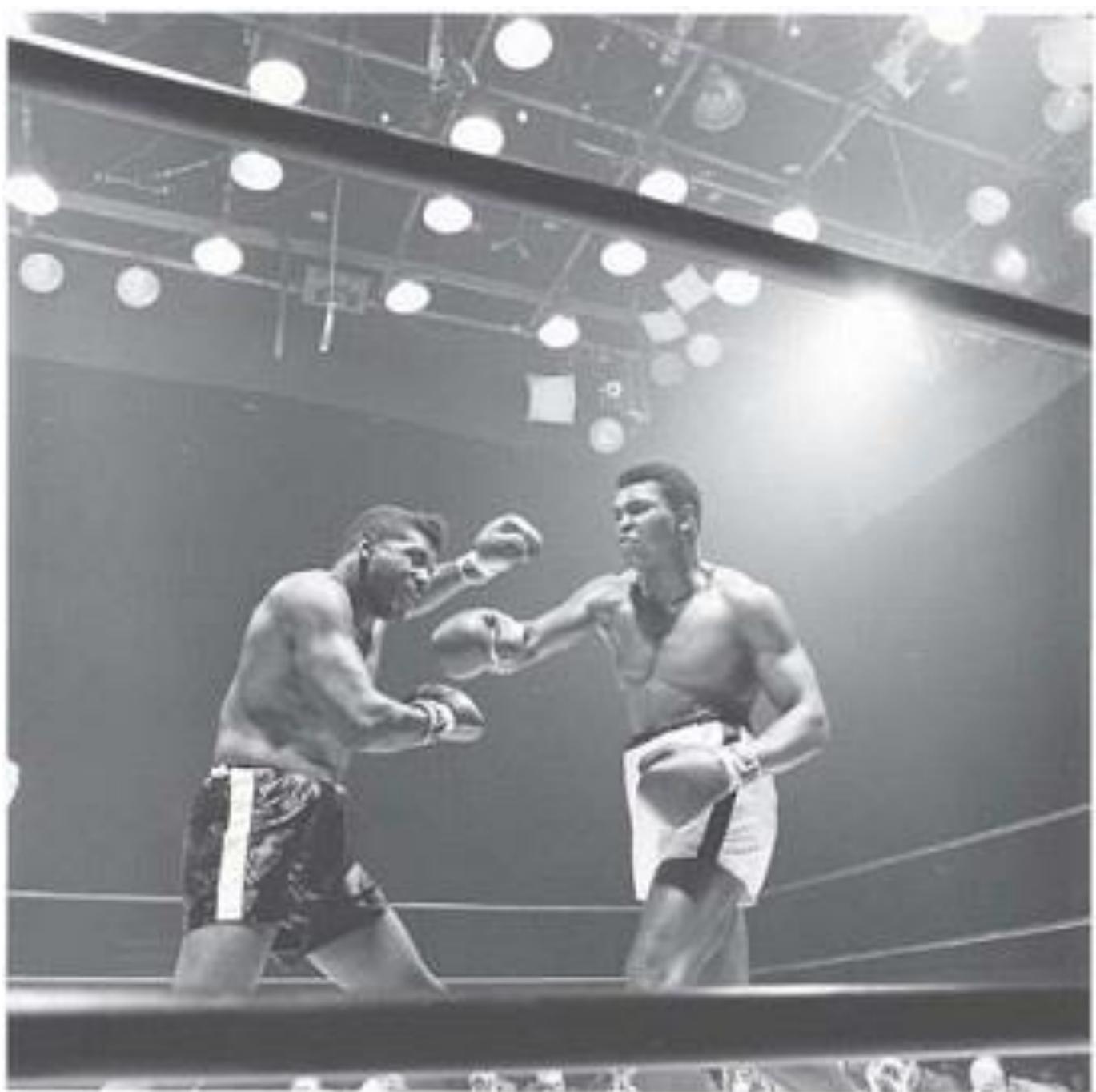
Egipto, 1964



Las Vegas, 1965. Con Joe Louis



Nueva York, 21 de febrero de 1965. Asesinato de Malcom X



Muhammad Ali contra Floyd Patterson, 1965



Berrien Springs, Michigan, 1989. Con Lonnie

Índice

Rey del mundo

Prólogo: en Michigan

PRIMERA PARTE

I. El hombre que vivía bajo tierra

II. Dos minutos, seis segundos

III. Mr. Fury y Mr Gray

IV. El Despojo

SEGUNDA PARTE

V. El ladrón de bicicletas

VI. La exuberancia del siglo xx

VII. Secretos

VIII. La Gran Promoción

TERCERA PARTE

IX. La cruz y la media luna

X. La caza del oso

XI. ¡Ahora os tragáis vuestras palabras!

XII. El niño cambiado en la clínica

CUARTA PARTE

XIII. «Joe Louis, salvame»

XIV. Disparos

XV. El golpe del ancla

XVI. Lo que significa un hombre

Epílogo. Ancianos junto a la lumbre

Agradecimientos y notas sobre fuentes